LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

2 de junio de 1948

80

centavos en todo el país

En este número:

IMPACIENCIA DEL CORAZON

FAMOSA NOVELA DE **STEFAN ZWEIG**

Un nuevo "argumento de amor" para sus labios:

el tono CYCLAMEN del lápiz labial



Descubra toda su belleza!... Ponga en sus labios ese toque de encanto que sólo el tono **CYCLAMEN** de lápiz labial **INVISOL** le brinda!... Contémplese luego en el espejo y verá que **INVISOL** es realmente un nuevo argumento de amor para sus labios.

Pídalo también en los tonos: ***FUEGO, TROPICAL, ROSICLER, LIGHT Y CARIOCA***

Unico distribuidor:
JOSE E. ROSETTI
La Rural 187 *Buenos Aires*

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - Nº 337
2 de junio de 1948

CORREO ARGENTINO — Central B — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
T. A. 33 - 0083
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 246.085

En este número:







ILUSTRARON ESTE NUMERO:
ARTECHE - OLIVAS - LISA - RAUL VALENCIA.

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:
VIGNOLO - VALENCIA - VILLAFAÑE - SEVILLA - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO

En el próximo número:

¡UNA GRAN NOVELA ARGENTINA!

La historia dramática y apasionante de la conquista del desierto, la lucha contra el indio y el esfuerzo por transformar el campo yermo en patria ancha y fecunda.

EL ULTIMO PERRO

la gran novela argentina de
GUILLERMO HOUSE
narra la historia de la Posta del Lobatón, un alto en la soledad, una raíz de patria en tiempos en que hombres y mujeres valerosos ampliaron nuestras fronteras sin más armas que los propios pechos.

LEOPLAN aparece el 16 del actual.



No todos tienen una mamita acróbata...

Cuando el circo

ALGUNA VEZ DETIENESE LA CARAVANA TRASHUMANTE Y SUS MIEMBROS CONSAGRANSE A LA TAREA DE PREPARAR SUS PRUEBAS MARAVILLOSAS

Por

Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

DECIR gente de circo y decir trotamundos, viene a ser la misma cosa en el sentir general. No obstante, hay una época del año en que el circo se está muy quietecito en su casa. En el país de los dólares, por lo menos, donde este tipo de espectáculos comienza en la primavera, así ocurre. Los circos hacen su invernada en Florida, de clima apacible y benigno en los peores meses del año.

Mas si el espectáculo cesa en lo que respecta a su vinculación con el público, prosigue en lo que atañe a la preparación de la próxima temporada. Es como si gestara y madurara, en ese tiempo, la flor de maravillas que luego, echando a rodar, pasea por todos los caminos.

Entrenamiento

Los forzudos, trapecistas, equilibristas y demás, no pueden dedicarse al descanso ni al engorde, pues la primavera los sorprendería fuera de estado atlético. ¡Adiós, entonces, sus estupendas pruebas! Por lo tanto, deben seguir su entrenamiento. Otro punto de no menor importancia es la renovación de "números". Un artista que se precie, no repite jamás la misma suerte dos temporadas seguidas. En cuanto a los empresarios, menos dispuestos están aún a revivir un espectáculo conocido, sabiendo que el circo es, esencialmente, novedad, deslumbramiento.

La familia de simios de paseo, entrenándose.

no viaja



No es tan fácil la prueba, y cuesta a veces la integridad de las costillas.

Un experto en nudos, marinero del circo.



Cuentas y más cuentas... La compleja economía de un circo.

Esta es la dura ley: hay que renovarse constantemente. Y nadie la discute ni se queja de ella. El invierno propicio facilita esta renovación. Las más grandes celebridades mundiales, que ya han hecho maravillas, preparan otras. Jamás deben de estar muy vistos, y el mudar las suertes viene a ser algo así como si mudaran de rostro y ropaje, que son los verdaderos nombres de los saltimbanquis.

Renovación

Y hablando de ropajes, otra de las cosas que se renueva es el vestuario. Se diseñan nuevos trajes, se reemplaza lo nuevo por lo viejo y se arregla lo que tiene compostura. Hasta los hombres se componen. En el campamento de Sarasota, en Florida, donde la gente del Ringling Bros, Barnum y Bailey realiza sus invernadas, un miembro de la "troupe" de los Alzanas, que en la temporada anterior sufrió una caída, de re-

Así se prueban, con el elefante como pasajero, las tribunas del circo.



Parece arrancado de una novela exótica este domador que usa de pieles vivas.

sultas de la cual estuvo internado varios meses en el hospital, se recompuso lentamente, adquirió sus anteriores virtudes y hoy pasea en bicicleta, muy seguro, sobre el alambre. Le acompañan dos hermosas "girls", algo distantes porque penden de las ruedas.

Variedad

Es extraordinaria la variedad de tipos humanos que componen un circo. Mas no siempre tenemos ocasión de verlos en la pista. Y no los vemos sencillamente porque, aunque sean artistas en su género, su presencia estaría de más. Así el caso de los marineros que manejan, atan y recomponen las sogas de las carpas y las maromas de los equilibristas. ¡Quién iba a decirlo, la marinería al servicio del circo! Bien es cierto que, aun cuando muy terreno, se mueve, viaja y bambolea. Los marineros se hallan en él como a bordo.

Otros artistas que no vemos son los diseñadores de los trajes fantásticos, que hieren nuestra imaginación como un cuento en colores. O el diestro carpintero, experto en circos, que ejecuta la notable plataforma en la que caben Rosie, el elefante, y toda la compañía. A pesar de su solidez, el artefacto debe ser no sólo portátil, sino fácilmente armable y desarmable en pocos minutos. Y, efectivamente, lo es.

Leones, leopardos, panteras negras, chimpancés, domadores, etc. Todos los "artistas" se preparan durante el invierno, humanos, paquidermos o felinos. Los visibles y los no visibles. ◈



Una espada en la

Un cuento de
MANUEL PEYROU

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

EVARISTO Félix Ducroix, inspector de policía de París, caminaba a las diez de la noche por la calle de Rivoli. Era un hombre alto, con cierto blanqueo en las sienes, ojos negros y mentón hendido; un hombre sin edad y sin bigotes: combinación sugestiva y contradictoria, porque en París llevan bigotes casi todos los hombres sin edad.

Caía una lluvia fina, que se había desatado por la tarde, después de una mañana radiante. Calculaba que las suelas de sus zapatos resistieran al agua hasta llegar a su casa, por lo cual apuraba su marcha. Pero al cruzar el Puente Nuevo vió algo que lo paralizó. Sobre la borda de una barcaza amarrada al murallón, se veía un hombre con el cráneo destrozado.

El inspector Ducroix estuvo por cerrar los ojos, archivar el suceso, olvidarse de su profesión y continuar su marcha. Pero el sentimiento del deber lo detuvo. Lanzó un largo anatema —muy francés— en el que envolvió a todos los criminales, a todos los horarios, a todos los jefes, a todas las circunstancias de la vida que le impiden a uno llegar a su casa con los pies secos. Después, extrajo el silbato y sonó tres veces.

Por la calle mojada apareció un gendarme. Después apareció otro y dos o tres curiosos. Con la ayuda de una soga bajó el gendarme Dufresne y volvió con el cuerpo del individuo. Estaba muerto, y parecía haber caído, o haber sido arrojado, desde lo alto del murallón.

—Mire usted —gritó uno que se había acercado y miraba el agua con atención—: la canasta del florista del Teatro Miracle.

Dufresne volvió a bajar y subió una gran canasta que flotaba en el agua.

—Es la canasta del *père* François, el florista —agregó el individuo—. Hace un rato lo vi salir del teatro y venir para el río.

Ducroix ordenó a Dufresne que condujera el cuerpo a la comisaría del distrito catorce, y tomando la canasta se dirigió al teatro. Quedaba apenas a doscientos pasos del río, sobre la calle de Bourgogne. La luz endeble de los picos del gas temblaba en sus grandes globos amarillentos, con una vaga periferia de sombras. Las letras del nombre chorreaban luz mojada. Vigilaba la puerta un individuo de uniforme imponente y llamativo.

—¿Conoce usted esta canasta? — interrogó Ducroix.

—Sí, señor — dijo el portero —, es la canasta del *père* François. Hace un rato que salió por la puerta de servicio para el lado del río. Hace tres días fué tomado para ayudar a la limpieza y se le asignó alojamiento en una pieza del fondo.

Entraron por la puerta lateral, traspusieron un corredor, subieron una empinada escalera, que se quejó bajo sus pies, y entraron en una pieza llena de fotografías viejas y recortes de periódicos. El hombre del uniforme llamativo estuvo a punto de desmayarse. Sobre el piso estaba el cuerpo de un hombre con la cabeza y los brazos cortados. Era grueso, de una altura semejante a la del encontrado en el muelle. El cuello había sido limpiamente cortado, como por el brazo de un *preux* de Carlomagno. Algunas manchas de sangre partían desde el suelo y llegaban hasta una silla, pero ésta estaba limpia. Ducroix examinó la pieza: era chica, oscura, con una cama en el lado opuesto a la puerta. No encontró armas; pero en la cama había impresiones digitales sobre manchas de sangre. Ducroix dejó una guardia y bajó en busca del propietario. Este era Whertheimer, el judío, dueño de varios cabarets en Montparnasse.

El teatro era pequeño, lujoso, recién construído; su *hall* central se comunicaba con el bar Lapin d'Or, que pertenecía al mismo propietario. Allí iban las coristas, después de la función, y obtenían un éxito que difícilmente repetían en el escenario. Desde el interior del teatro no se podía pasar al bar; era preciso salir al *hall*.

Estaban en el segundo acto de una comedia entre vodevilesca y realista. Un marido se enamoraba de la hermana de su mujer. La hermana de su mujer se enamoraba del hijo de su hermana. El incesto y el adulterio latían en la atmósfera. El acto transcurría en una lujosa biblioteca con muebles antiguos; en la pared había una panoplia con dos espadas cruzadas.

Dos personas parecían despreciar este brillante espectáculo. Estaban en el bar. El primero era grueso, alto, con gran bigo-

orilla izquierda

te, y tomaba el inevitable Dubonnet: era francés; el segundo era alto, atlético, delgado, con una cara pálida que las negras cejas matizaban sobre la inexpresividad de sus ojos claros; tomaba el inevitable *whisky*: era inglés.

El caballero francés padecía un tic nervioso: continuamente guiñaba un ojo. Por lo demás, su fisonomía era común, salvo una nariz garrafal, de esas que el destino nos inflige de vez en cuando, en compensación, claro está, de alguna virtud interior que nadie ve.

El bar era moderno, gris, brillante, con sillones de respaldo y brazos metálicos, de los que hacen pensar en el dentista.

El joven se había dedicado a contemplar a su vecino, cuando los batientes de la puerta del *hall* se abrieron y apareció Ducroix, junto al gerente del Miracle. El joven reconoció al policía, pero el caballero alto no pareció reconocerlo ni preocuparse por él. Siguió paladeando su lento Dubonnet. Al último trago siguió un chasquido de su lengua, como un punto final.

Entonces el gerente se adelantó y, con una sonrisa que le dislocó la mandíbula, musitó con mucho respeto:

—Conde de Michelet: el inspector Ducroix quiere hablar con usted.

—Pasemos a la Administración — dijo Ducroix.

El conde, algo extrañado, se levantó y lo siguió. Salieron sin reparar en que el joven solitario los seguía. Cruzaron el largo corredor del lado opuesto y entraron en un salón grande, unos metros antes de la escalera que conducía al lugar del crimen.

Pero la puerta se volvió a abrir y apareció la cara del joven.

—¿Qué desea usted? — interrogó Ducroix, sordamente.

—Caballero: me llamo Jorge Vane, y sospecho que se ha descubierto un crimen. Creo que se ha cometido con una espada; habría que encontrarla.

—¿Cómo sabe usted que se ha cometido un crimen, y justamente con una espada? — interrogó Ducroix, sin ninguna amabilidad y mirando al joven con aire de sospecha.

—En el primer acto — contestó el joven, con naturalidad — hay dos espadas en el escenario; en el segundo, una de ellas ha desaparecido; es lógico que haga una deducción.

—Acepto su colaboración, señor Vane — contestó Ducroix con cierta blandura, y luego, dirigiéndose al francés: —Conde Alfred de Michelet: usted es una de las pocas personas que entran habitualmente en los camarines, ¿puede usted informarme si entre las diez y las once notó algo extraño?

El conde se quedó hablando con Ducroix, y Vane se dirigió a la pequeña escalera. Subió y entró en la pieza. El hombre asesinado estaba de espaldas y una línea de sangre salía del cuello y llegaba hasta la silla.

Ya hemos dicho que la pieza estaba adornada con cuadros viejos y recortes de diarios. Hasta tres días antes había sido ocupada por la modista, que ahora trabajaba en un salón más amplio, en el piso bajo. Frente a la puerta estaba la cama, y a un costado el retrato de una artista famosa.

Jorge Vane se olvidó por un instante del crimen y se detuvo a mirar los cuadros.

Un rumor de pasos lo volvió a la realidad. Una muchacha delgada, morena, de ojos acerados, se quedó bajo el dintel. Miró con espanto al hombre asesinado; después se llevó las manos a la cabeza y bajó, dejando un reguero de gritos.

Ducroix y el gerente salieron a tiempo para atajarla. Vane también bajó y entró en el salón. La Administración era una pieza grande, con dos sillones de cuero y una mesa sin papeles.

—Lo que más me llama la atención — dijo Ducroix, rascándose la cabeza con aire perplejo — es la ferocidad demostrada por el asesino o los asesinos. ¿Qué necesidad tenían de cortar la cabeza y los brazos? Además, en el cuerpo encontrado en el muelle, la cabeza está destrozada completamente. ¿Qué iba hacer usted a la pieza? — dijo después, volviendo la cabeza hacia la muchacha.

—Iba a buscar flores, simplemente. Como ha terminado el segundo acto, tenía diez minutos.

—Ya trataremos de aclarar eso después de la función — agregó Ducroix —. Por lo pronto, no diga nada de lo que ha visto. No vale la pena alarmar a los demás.

Todo lo averiguado hasta entonces era que el florista François había salido a las diez de la noche con la canasta hacia el río. El portero lo atestiguó, y los choferes que esperaban enfrente pudieron ver, a pesar de la lluvia, su capa y su sombrero. Diez minutos después, Ducroix había encontrado un hom-

bre con el cráneo destrozado cerca de la canasta del florista.

Instantes después llegaron los datos sobre el hombre encontrado en el río. Era un tal Pierre Lafrisse, con puesto de verdura en el mercado del Faubourg Saint-Antoine. Se supo algo más: había escapado tres meses antes con la hija del *père* François, corista de un teatro de variedades, por lo cual el padre y el raptor se habían amenazado mutuamente. El gerente de un Biard cerca de Saint-Phillippe-du-Roule, aseguró haberlos visto irse a las manos en una ocasión.

Ducroix escuchaba los datos por teléfono, en un ángulo de la habitación, mientras Michelet parecía vivamente interesado y Jorge Vane divagaba.

—Lleve ese dinero a la comisaría y busque algún otro dato — agregó Ducroix, en el teléfono. Y luego, colgando y dirigiéndose a Vane: —Dicen que han encontrado cuarenta mil francos en el domicilio del *père* François. He ordenado que vigilen la casa; seguramente antes de darse a la fuga irá a buscar el dinero. Con estos individuos siempre pasa lo mismo: viven miserablemente, y después resulta que esconden una fortuna.

En un sillón de cuero estaba el conde Michelet; fumaba distraídamente y miraba los giros del humo, que despedía entre sus grandes bigotes. Y sus bigotes, donde se enredaba el humo, parecían el pasto cuando se quema. En cierta ocasión, a Vane le pareció que le guiñaba un ojo. La mesa llena de papeles estaba en el centro y tres sillones de cuero azul rodeaban la mesa. La luz entraba por una gran claraboya, y desde el lado contrario a la puerta podía verse el escenario por una pequeña mirilla.

Ducroix se dirigió a M. de Michelet con el tono más amable:

—Sólo nos queda esperar la detención de François — dijo, convencido —. Le presento mis excusas por haberlo detenido un instante; pero era necesario asegurarse sobre todas las personas que entran habitualmente al escenario y a los camarines.

—M. Ducroix — agradeció el conde, efusivamente —. No tiene usted nada de qué disculparse. Voy al bar a terminar mi vaso; estaré ahí a sus órdenes. — Y salió con aire aplomado y gesto solemne; pero al pasar frente a Vane, éste vió que le guiñaba un ojo.

—El conde pasaba una mensualidad a la hija de François — agregó Ducroix —; pero esto no tiene importancia. Creo que no sabe nada del asunto.

Sin embargo, Vane insistió en obtener datos sobre M. de Michelet. Ducroix lo conocía muy bien. Era originario de Tours y llegó a París, a estudiar, a los quince años. A los veinte se enamoró de la hija de su profesor, con una pasión devastadora. La familia lo mandó llamar. Como no podía olvidarla, volvió y se casó con ella. Como ni aun así pudo olvidarla, y era muy celoso, la vida se les hizo insoportable. Después de un divorcio accidentado, partió hacia América. Diez años después volvió, "avec l'argent gagné dans les prairies liriques".

—¿Es muy gastador?

—Gasta una fortuna en mujeres — repuso Ducroix —. Como es muy vanidoso, cuando alguna mujer cae bajo el radio de acción de su guiñada, nunca confiesa que es un gesto involuntario, y le compra flores y la convida. Esas guiñadas le están costando una fortuna — terminó, humorísticamente; pero en seguida se quedó serio, porque el crimen lo preocupaba ahora intensamente, aguzando su vanidad de *detective*. Faltaba una hora aun para que terminara la comedia. Vane se levantó y arrojó su cigarrillo.

—Voy a dar una vuelta — dijo a Ducroix —. Volveré para la salida del teatro, porque me esperan. Para entonces ya tendrá usted noticias..., o las tendré yo.



Se puso el impermeable, encendió un nuevo cigarrillo, y salió. La calle estaba desierta. El viento arreciaba, de modo que la lluvia parecía ahora volar en vez de caer. Caminó hasta el Sena y se detuvo un rato contemplando las luces de la orilla derecha.

Hacía quince años que visitaba París, regularmente. Y debemos suponer — y éste era el caso — que cuando un joven que practica el monólogo interior llega a París, lo hace con el objeto de que se convierta en diálogo.

Aquella tarde había estado en los barrios nuevos, en el Champ de Mars; después de almorzar en Marguery, por enésima vez había entrado en el Louvre. Y el recuerdo de su paseo de la tarde le trajo la imagen de la Venus, examinada por él largamente en cada viaje a París. Recordó haber leído en *La Sculpture Classique* — la revista tan hábilmente dirigida por Elisabeth Bourgeois — un apasionado estudio de Münsterberg y Nahlowsky acerca de cómo debieron ser los brazos de la estatua famosa. Estos autores arrojaban — o pretendían arrojar — nueva luz sobre el problema: reconstruían una Venus con el brazo izquierdo levantado y una antorcha simbólica en la mano correspondiente. La tesis dejaba en el misterio la actitud del brazo derecho y contrariaba, por supuesto, la ya clásica de Renaudel — apoyada por nadie menos que Ratzenhofer —, que presumía una Venus juntando los brazos, en actitud de acercar un invisible amante a su pecho de piedra. Naturalmente, la tesis más audaz era americana: Cornelius Smith, de la Universidad de John Hopkins, fué expulsado de ésta por sostener que la Venus nunca tuvo brazos.

De pronto Vane, sobresaltado, miró el reloj: eran las once y media. Se había alejado impensadamente; para cortar camino volvió por la Avenue de L'Alma. El malhumor del tiempo pasaba; la lluvia disminuía. Una muchacha tan fina que podía pasar entre las gotas de la lluvia caminaba adelante. La alcanzó y apuró el paso. Y no miró siquiera a la Venus nocturna, porque el recuerdo de la otra, la del Louvre, le había inspirado una idea sobre el crimen. Llegó cuando la gente salía. Hendió los compactos grupos y se dirigió a alguien que lo esperaba; dió una cita para una hora más tarde y fué en busca de Ducroix.

—Hemos detenido a la hija — dijo éste cuando lo vió llegar —; iba a la pieza del *père* François con el fin de retirar los cuarenta mil francos, seguramente.

Después le presentó a M. Courvoisier, jefe de policía de Paris, que había llegado con su estado mayor. M. Courvoisier era el típico jefe de policía francés, es decir, que no parecía jefe de policía, sino auxiliar de ministerio, o segundo jefe de la Dirección de Puentes Colgantes, o subencargado de despacho de la Prosecretaría de Negocios Coloniales o tercer ayudante del subjefe de la Inspección de Mansardas.

Llevaron a la muchacha, que era pelirroja, baja, con las mejillas hundidas y los ojos enrojecidos, hasta el lugar del crimen.

Examinó cuidadosamente el cuerpo y no lo reconoció. Agregó que jamás había visto a su padre con tal persona

Lloriqueó un instante y, después, confesó que su padre le había telefoneado una hora antes, ordenándole que recogiera los cuarenta mil francos y los guardara hasta nueva orden.

Ducroix, que se acordó de pronto que la hija de François había sido amante del conde, lo mandó buscar. El agente volvió diciendo que no estaba. Ducroix se enfureció.

—El conde debe saber quién mató al desconocido — mugió, sordamente.

—Suponga usted — contestó Vane, con aire distraído — que el crimen fué cometido por dos personas. El conde, con su fuerza hercúlea, decapitó al desconocido. Luego el *père* François se llevó la cabeza y los brazos.

—¿Esa es una hipótesis? —preguntó Ducroix.

—Sí, pero no es verdadera; porque queda sin explicar el corte de los brazos. Además, no aclara el primer asesinato, ni los motivos que hubiera tenido el conde.

—Tiene usted razón; yo creo que la única hipótesis verdadera es ésta: el *père* François asesinó al desconocido; después salió, como lo atestiguan cuatro personas, llevando la cabeza y los brazos, y los arrojó al agua. Posiblemente Lafrisse lo sorprendió en estos menesteres y se trabó en lucha con él; el *père* François, más fuerte, lo arrojó desde el murallón. Además, Marguerite ha confesado que su padre le encargó que recogiera el dinero.

—¿Le comunicaron a Marguerite que Lafrisse fué encontrado muerto? —interrogó Vane, como al pasar.

—No, por supuesto —contestó Ducroix.

—¿Tiene el *père* François un dedo menos o un tatuaje en un brazo?

—No sé.

—¿Qué triunfa en caso de duda: el amor filial o el conyugal? —interrogó Vane de nuevo al asombrado Ducroix.

—No me haga preguntas ajenas al caso, Mr. Vane; no sé cuál amor triunfaría, ni tengo tiempo para pensarlo.

—Por eso no descubre el crimen —terminó Vane, con una sonrisa.

—¿Qué pretende usted insinuar? Basta que encontremos al florista asesino...

—No hay florista asesino.

—¿Y los dos crímenes, y el florista que sale con la canasta, y la confesión de la muchacha?

—No hay dos crímenes; no hay florista que sale con la canasta, aunque alguien sale con la canasta del florista; no hay verdadera confesión de la muchacha.

El jefe de policía se acercó; todos rodearon a Vane, y, por detrás de Courvoisier, apareció la plácida figura del conde de Michelet.

—El asesino tenía un problema: la identificación del asesinado hubiera producido su inmediata identificación, debido a ciertas circunstancias que los ligaban. Resolvió el asunto con la decapitación, y lo perfeccionó con el corte de los brazos. Esos brazos cortados, al parecer inútilmente, me hicieron pensar que la víctima tenía algún defecto identificable. Esa simetría de brazos cortados, pues, que significa una gran imperfección, sirve para ocultar una imperfección menor que hubiera hecho descubrir el crimen.

"Después se puso la capa del *père* François y el sombrero. Colocó la cabeza, los brazos y la espada en la canasta y salió. Como llovía, al portero y a los choferes que esperaban les bastó reconocer la capa y el sombrero y pensaron que era el florista. Con ese sistema, el criminal conseguía que se persiguiera por asesino al propio asesinado."

—¿El *père* François? —gritó Ducroix, con asombro—. Si es así, ¿por qué Marguerite no reconoció el cuerpo de su padre? ¿Por qué dijo que le había hablado para que fuera a buscar el dinero?

—Por eso le pregunté a usted si estaba de parte del amor filial o del conyugal. Marguerite pensó en seguida que Lafrisse lo había asesinado. Si reconocía el cuerpo de su padre, encerraban a su amante; prefirió plegarse a la maniobra de Lafrisse, porque no sabía el desenlace final, en que su amante resultó muerto. Y el desenlace fué que Lafrisse se dirigió al río, arrojó la cabeza, los brazos y la espada; después, sin querer, tiró también la canasta; pero como ésta empezó a flotar, se propuso recuperarla. En estos trámites perdió pie y se mató.

—Su novela es buena. Veremos si resulta confirmada — dijo Ducroix. Y ordenó que rastrearan el río.

Habría pasado una hora, durante la cual Vane fumó cigarrillo tras cigarrillo y miró la hora con una regularidad matemática, cuando llegaron los gendarmes con una canasta. Traían una cabeza de hombre y dos brazos. Dufrasne blandía una enorme espada, la misma sustraída de la panoplia del escenario. Colocaron la cabeza y los brazos en el cuerpo, y el resultado fué François. De la mano izquierda faltaba el dedo anular. Courvoisier miró el rompecabezas resuelto y ordenó que trajeran a Marguerite.

El portero y dos o tres más reconocieron al asesinado; cuando llegó Marguerite, también lo reconoció.

Ante la evidencia, M. Courvoisier abrazó a Vane, le besó primero una mejilla, después otra, y con grandes palabras le comunicó que pondría el hecho en conocimiento de las autoridades; pensaba, sin duda, en la roseta de la Legión de Honor o en las Palmas Académicas. ◈

Entre libros y autores

EL POETA DE "CATEDRAL"

Horacio Schiavo, el poeta de "Catedral", es un trabajador infatigable. Fresco está aún el éxito logrado por sus cuatro estampas sacramentales de la Pasión de Nuestro Señor, representadas en Tandil, al aire libre, en un espectáculo seguido con silenciosa atención durante más de dos horas por unas 18.000 personas, y que es el primero de su género que se realiza en América del Sur. En Tandil dió también Schiavo una conferencia sobre "Víctor Delhez, ilustrador de los Evangelios", y en el momento en que lo entrevistamos prepara otras dos. En la primera de ellas, "Horizonte celeste para el arte en la oscuridad", que debía ser pronunciada el 30 de mayo último en Córdoba, con el auspicio de la Dirección Provincial de Cultura, Schiavo augura, nos dice, "un retorno al gran arte cristiano, pues creo que ante el estado actual del mundo, habrá en el hombre una vuelta a la cosa mística; creo que hay un deseo de retornar a lo místico, y son los artistas, naturalmente, quienes deben dar el primer paso hacia ello".

Le interrogamos acerca de su labor literaria del momento y si le satisface la obra realizada hasta la fecha.

—Estoy en plena producción — responde —, y siempre disconforme de mí mismo. La publicación de mi "Antología poética" — la antología representa siempre un peligro: el de inducirnos a creer que se ha llegado — ha significado para mí no el exponente de una labor cumplida, sino un nuevo y serio compromiso: el de superarla, el de superar lo hecho hasta ahora. Este año publicaré veinte poemas inéditos, escritos el año pasado. También escribo teatro: trabajo en un misterio a representarse en escenario natural y con gran movimiento de masas. Para septiembre próximo, finalmente, visitaré España, invitado por el Instituto de Cultura Hispánica, y luego iré a Italia y a Francia.

JIJENA SANCHEZ, TRADICIONALISTA

Hablamos con Rafael Jijena Sánchez, el poeta nativista de "Achalay" y "Vidala", acerca de su último libro:

—*Ramo verde*, selección de mi obra anterior aumentada con algunos poemas inéditos — nos dice —, es un libro que me satisface y que considero como una auténtica muestra de mi labor poética; él cierra como un ciclo de mi obra literaria y reúne la parte de ella con la cual me siento realmente solidario, aquélla en la que verdaderamente me reconozco por entero.

—¿Y su labor actual?

—No he abandonado la creación poética, siempre escribo, pero me preocupan intensamente en estos momentos los aspectos de la cultura popular y sus proyecciones. Creo que no solamente tienen interés las expresiones individuales, de las grandes individualidades, en la cultura de un pueblo, sino también lo anónimo, lo popular, lo tradicional, el folklore, en una palabra. Hablar de una cultura nacional es hablar también de toda esa cultura heredada. Cada día me afirmo más en esa convicción y en la necesidad de cuidar y conservar esas manifestaciones, esas expresiones elementales de nuestro pueblo, que siempre me han preocupado, que conozco a través de mis constantes viajes por el interior del país y de las que me ocupo ahora como miembro de la Comisión Nacional de Divulgación del Folklore y de la Junta Nacional de Intelectuales. En concreto, me parece urgente crear un gran Museo Americano de Artes y Técnicas Populares y un organismo que, a la vez que estimule y tutele las artesanías nacionales, constituya un museo y muestra permanente del arte popular en todas sus facetas, no sólo en la danza, el canto y la poesía. Mi labor actual — concluye Jijena Sánchez — se encamina hacia eso: hacia una tentativa de salvación de la cultura tradicional en todos sus aspectos. Para eso estoy también empeñado en la fundación de una Sociedad de Amigos de las Artes Populares.

PROYECTOS PARA EL AÑO 50



En un breve paréntesis a las múltiples ocupaciones que llenan sus días, conversamos de poetas y de poesía con Castiñeira de Dios, el joven autor de "Del ímpetu dichoso". A poco, la charla recae sobre el tema de su propio tema.

—Nunce he escrito un solo verso sin sentirlo hondamente —nos dice—. Pero mi vida burguesa, de hombre normal, comodo, no está llena de sobresaltos líricos ni de relámpagos de euforia. He querido plantarme bien en este mundo, y creo, en contracanto con los representantes más característicos del gremio, que en esa tentativa... de humanización, diría, reside buena parte de la felicidad. Y buena parte de la creación. Si el canto del poeta trasciende, cuando el hombre vulgar, en la acepción justa de la palabra, lo siente como suyo, como salido de su misma boca, el poeta debe tender a humanizarse día a día, a luchar, sin descanso ni pausa, contra ese gran tentador de los especuladores inteligentes: el literato. No he querido ni quiero ser literato. Escribo cuando las cosas me llaman, cuando insisten en su llamado. *Poeta* es sinónimo de *creador*, pero al poeta no le queda el poder de *recrear* las cosas, de mostrarlas ante los ojos ciegos de las gentes. Y ese oficio tremendo, ese oficio de propagandista de la Hermosura, es muy peligroso como para desempeñarlo vanamente. Por eso, por eso nada más, escribo poco, y de a poco, si así puede decirse.

—¿...?

—Tengo muy embarullados mis días. Estudiante, librero, imprentero, editor, periodista, empleado público y finalmente bancario, al mismo tiempo que verseador, político, conversador y otras flaquezas por el estilo, me he gastado muchas horas porque sí no más. En algunas de ellas he escrito los poemas que formarán un próximo libro a editarse allá por 1950, después de las numerosas guerras que se anuncian, y si sobrevivo. El libro se llamará "Del nemoroso", y en él han de incluirse los cantos "A los campos del sur", cuyos sonetos publicaré en breve, no sé dónde.

NOTICIAS BREVES

— Casi medio siglo después de muerto, Zola sigue alborotando y provocando las reacciones de la censura. En Francia ha sido prohibida la exhibición de la película "Naná", basada en su famosa obra del mismo nombre, a menos que los productores de la misma no acepten algunos cortes.

— Varios críticos extranjeros se han referido recientemente con elogiosos términos a Manuel Gálvez, nuestro conocido novelista, y su obra. El escritor francés Louis Parrot ha dicho, por ejemplo, que Gálvez "está considerado en América del Sur como el escritor en prosa más importante de hoy" y que, "ante los novelistas más jóvenes, representa un papel análogo al de Theodore Dreiser frente a los novelistas norteamericanos de hoy".

— "Lázaro rió", drama de Eugene O'Neill, que ha vuelto a representarse en el teatro de la Universidad de Fordham, Estados Unidos, necesita la intervención de 249 actores

UN JOVEN ANTE LOS JOVENES

Durante su breve y reciente estada en Buenos Aires abordamos en breve reportaje a Alfonso Sola González, el poeta de "Elegías de San Miguel".

—¿Qué opina de su generación, Sola González?

—Certificar devociones amistosas sería no responder al problema literario que se me plantea; hablar de constantes estéticas que conformen orgánicamente —y que por lo tanto permitan decir algo orgánico—, a ese grupo de "menores" de treinta años que en 1940 asumió responsabilidad poética sin programa alguno y sin inventar herencias y firmar los debidos pagarés a largo plazo, es perder el tiempo. Por lo tanto, y contrariando las condescendencias de todo reportaje, considero saludable esperar que los jóvenes citaristas de "Canto", entre los que me incluyo; los memorables adolescentes de "Verde Memoria" y los apocalípticos trovadores de "Cosmorama", peinen las venerandas canas académicas, para hablar mal de ellos sin que se ofendan. Restando el abundante tanto por ciento de exageración que hay en lo anteriormente dicho, valga la respuesta y perdonado sea.

—¿Cuáles son sus proyectos literarios, en qué trabaja ahora?

—Por razones vocacionales y de profesión —luego de una vigorosa y noble bohemia catártica— estoy cabalmente entregado a la investigación literaria. La literatura argentina de la colonia ocupa ahora todo mi interés. Trabajo en una edición crítica de "La Argentina", de don Martín del Barco Centenera, y ordeno, en la cátedra libre Luis de Tejeda, de la Universidad Nacional de Cuyo, un vastísimo plan de labor que dará óptimos resultados, según espero. Tengo abundante obra inédita, pero la creación pura no me inquieta actualmente. Hay años en que uno no tiene ganas de escribir poemas, como hay países en que apenas se sienten deseos de leerlos. A pesar de los dominicales y módicos servicios líricos.

y la construcción de ocho grandes decorados. En este drama, escrito en 1926, y representado por primera vez por la compañía teatral de Pasadena, California, en 1928, O'Neill explica "lo que le sucedió a Lázaro cuando resucitó".

- "Unicornio" lleva por título la breve y perfecta revista de poesía que Marcos Fingerit, el conocido poeta, ha empezado a editar en La Plata, y que aparece con poemas de Rilke, Elena Duncan, Marcos Fingerit, Martín A. Boneo, Esther de Cáceres, Julio J. Casal, Mario Benedetti, Arsene Yergath, André Silvaire y una glosa de Claude Ducellier.
- Otra revista de poesía aparecida recientemente es "Caballo de Fuego", dirigida por el poeta chileno Antonio de Undurraga, quien agrupa en el número tres poemas de diversos valores de la lírica continental.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

"LAS ORBITAS VACIAS", novela de RODOLFO FALCONI. 152 págs. Ed. El Ateneo. Bs. As.

"EL NUEVO LEVIATAN", novela de MARIO MIGUEZ. 140 págs. Ed. Contrapunto. Bs. As.

"NOCIONES DE ORGANIZACION DEL COMERCIO Y LA EMPRESA", por CELSO RODRIGUEZ LAGARES. 342 págs. Ed. Ciorcia y Rodríguez.

"LOS ARBOLES INDIGENAS CULTIVADOS EN LA UNIVERSIDAD DE TUCUMAN", por TEODORO MEYER. 38 págs. Ed. Universidad de Tucumán.

"NUEVA ATLANTIDA", revista del Instituto de Humanidades. 236 páginas. Nº 2. Rosario.

Stalin y Truman

Por

Vicente Sánchez-Ocaña

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Picaso, el gran pintor, condenado por Stalin y anatematizado por Truman, en sus novísimos tareas de alfarero.

Bohemia

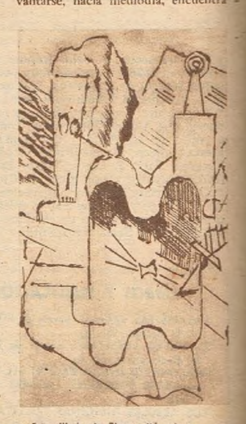
¡La pintura es una invención del hombre del Norte! —le gritaba Van Dongen a Picaso.

Era en los tiempos de su loca juventud, cuando vivían en el *Bateau-Lavoir*, caserón de Montmartre llamado de esa manera por antífrasis probablemente, pués nada más difícil que lavarse en un edificio donde diez inquilinos no contaban sino con una fuente.

El holandés Van Dongen sólo deseaba enfadar un poco a su amigo el malagueño Picaso; pero no lo solía conseguir: al español le constaba que, nacida o no en el Norte, la Pintura vivía muy a gusto en el Sur, con tipos como su paisano Velázquez o su paisano Goya. Abrazarse a ella es lo que hacía falta para retenerla, en Amberes, en Sevilla o en Montmartre.

El se le había entregado con pasión. Pintar era su único ejercicio y su único pensamiento. Pintar diez horas, quince horas seguidas, con calor o con frío, alimentado o hambriento; hasta sin luz; hasta sin pinturas... Un día que su último tubo de blanco estaba exhausto y él no tenía dinero para comprar otro, ha pintado un ramo de flores sin una sola pincelada de blanco. De modo que a veces no se sabe si su menosprecio por el color es un concepto estético o una reacción defensiva frente a los vendedores de pinturas que no le fían.

Le faltan cosas menos desdeñables que los colores. No tiene qué comer. Algunas tardes almuerza porque al levantarse, hacia mediodía, encuentra a



Este dibujo de Picaso dió origen a sabrosa anécdota. Enviado a un psiquiatra, tal como si se debiera a un loco, mereció que el especialista juzgara al autor como "demente paranoico, pero cuya inteligencia racional podía ser reservada".

contra Picaso

la puerta de su departamento una lata de sardinas y un pan que ha dejado allí la mano fraternal de otro artista español, vecino del *Bateau-Lavoir:* el madrileño Paco Durrio.

En ocasiones, quien le surte de víveres es su perra *Frika,* que aparece con una ristra de morcillas o un pollo, robados en los establecimientos de la vecindad: según las malas lenguas, Picaso y su compañera, Fernanda, la tenían adiestrada para esas expediciones.

"Un gran artista"

En suma, el pintor malagueño soportó muchos años de humillante cola antes de acceder a la fama. Y una fortuna de quince o veinte millones de pesos, la majestad de jefe de escuela y los mimos de tres generaciones de *snobs* no le han reconciliado con la sociedad tradicional. Por eso después de la liberación de París —el día 14 de noviembre de 1944, exactamente— ingresaba en el Comunismo.

El decano del partido francés, M. Cachin, le acogió con la pompa debida a catecúmeno tan vistoso:

"Un gran artista —escribía— es siempre un gran hombre y su pasión por la justicia le ha guiado a nuestro partido, que se siente muy orgulloso de su rasgo".

Estos y muchos más piropos se publicaban en *"L'Humanité"*, con un título a cinco columnas.

Poco después, como algunos cuadros de Picaso, exhibidos por primera vez en el Salón de Otoño, fueran censurados, la crítica comunista corrió a su defensa, denunciando a las personas desafectas al cubismo como fascistas, agentes de los Trusts, provocadores de guerra, víboras lúbricas, hitlerotrotskystas, y espías de *Wall Street*.

Donde Thorez se queda solo

El cenit de su ascensión política lo alcanzó Picaso al encomendarle el partido comunista francés el retrato de Mauricio Thorez.

Mauricio Thorez no es, por supuesto, ni un necio ni un filisteo asustadizo. Pero había visto cuadros del Papa cubista y no ignoraba a qué azares se expone un objeto sometido en su estudio a la "visión simultánea" y a la "representación integral". Así, en su primera sesión de pose, comenzó, prudentemente, a indicarle al camarada Picaso cuán desconcertante resultaría para los militantes de la base contemplar al secretario general del partido transmutado en un romboedro, tuerto y con tres orejas. Aunque la dialéctica pictórica materialista impusiese tal avatar, ¿no convendría moderarlo, ocasionalmente, por conveniencia táctica? Sobre muchos camaradas pesaban todavía, en Arte, prejuicios pequeñoburgueses...

—¡Hum! —gruñó Picaso.

Movió la cabeza, gruñó de nuevo y salió de la habitación.

Thorez le esperó diez minutos; veinte; cuarenta... Al cabo se apercibió de que el pintor se había ido a la calle, dejándolo abandonado en su estudio vacío.

El mariscal se enoja

Meses más tarde un mariscal soviético fué invitado en Viena a visitar

(CONTINUA EN LA PAGINA 114)



El hombre a quien los políticos rechazan, y que dejó a Thorez aguardándolo, en una de sus últimas fotos, tan bizarro y combativo como de costumbre.



Una visita

Cuento, por ***Jorge Calvetti***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ■ ILUSTRACIÓN DE A. LISA

Me alejé del pueblo cuando perdí a mi madre; por eso este retorno tiene para mí tanta importancia emocional. Ahora, de regreso, siento como si después de muchos años, mi espíritu hubiera vuelto a su cuerpo abandonado.

Este es mi hogar, el único en el mundo, y mi verdadera estatura de hombre sobre la tierra se yergue aquí, en la quebrada de Humahuaca, en esta casa de vetustos paredones de adobe, con su jardín de rosales añosos y álamos cimbreantes.

Aquí experimenté esa triste y a veces hermosa sensación de ver en las caras — que el recuerdo conserva inmutables — el trabajo del tiempo, artista que se plagia con frecuencia, pero también autor de obras sin olvido. Preguntando por mis viejos compañeros de aventuras, supe que muchos se habían ido "para abajo", para ese sur siniestro que nos alucina y absorbe, y que otros habían muerto.

Lo que más me impresionó fué conocer el fin de Sixto Yurquina. ¡Pobre amigo! Me acuerdo de sus lujos de criollo viejo. Usaba unas botas coloradas y un poncho granate con banda blanca...

Voy a contarles lo que pasó con Sixto... y su muerte.

Ustedes saben que la madera de los cactos, llamados en el norte "cardones", es porosa y pesadísima, como toda planta del desierto que guarda su provisión de agua para las grandes temporadas de "seca" que debe fatalmente vivir. Este arbusto llega a medir hasta diez metros de altura y alcanza, estando verde, a pesar casi media tonelada.

Quiso la suerte que Sixto, por ganar unos pocos pesos, tratara de hachar un cardón enorme y que la mole verde y espinosa le cayera encima, acribillándolo y marcando prematuramente en sus carnes los rumbos de la muerte, como para aliviar de esfuerzos a las postreras y seguras "dagas subterráneas"...

Una fantasía de los Inmortales — diría Píndaro — que nosotros, los hombres, no podemos inventar...

Sixto, que supo ser domador de afición y oficio, tuvo que dedicarse a esa labor porque una creciente de la quebrada había arrasado sus potreros y sepultado sus quintas. Pudo salvar el rancho por ventura de Dios, pero ya no tenía edad ni fuerzas para volver a empezar.

No quise hablar más del asunto y evité continuar con el tema. Me juré que no dejaría de visitar a sus familiares. Sixto había sido siempre bueno conmigo y nunca es tarde para ayudar — aunque sea con palabras — al prójimo.

Quizá porque el rancho queda retirado del pueblo, fuí demorando la visita; por eso, un día en que vaya a saber qué fuerza o qué añoranzas me llevaban sin rumbo por el campo, y me vi de golpe cerca de la casa, decidí acercarme y cumplir.

Era de veras como para llorar. Si no hubiese sido porque ubiqué el lugar y reconocí de inmediato el rancho, no lo hubiera creído. Me acuerdo de que la última vez que estuve en esa casa fué para unos carnavales guitarreados y bravíos del veintinueve o el treinta... Acostumbrábamos atar los caballos en las raíces de un molle enorme que se alzaba en el callejón frente a la entrada de la propiedad; después sabíamos atravesar la quinta — algo así como cien metros — por un sendero ya dominado, ya borrado por la vegetación. Y ahora, donde hubo tanto verde, se abría amplia, hinchada, pedregosa, la playa de la quebrada. Sólo la resignación casi animalesca de estos hombres puede soportar tales tragedias.

Gracias a Dios, pensé, queda el molle y el rancho está bien cuidado; ¡pobre familia, de qué estará viviendo ahora!

Mi caballo parecía sentir la desolación del lugar tanto o más que yo. Se espantaba con frecuencia y se arqueaba en tendidas súbitas y violentas. A fuerza de talero llegué hasta el molle. Lo até a una de las raíces pensando en lo lindo que hubiera sido acertar con la misma después de tantos años, y no había caminado ni tres metros cuando oí bufar a mi animal; me di vuelta, pero ya escapaba al galope. Me acuerdo de que me dió tanta rabia que le tiré una piedra y lo insulté de lo lin-

do... Será que ya me he olvidado de los nudos fiadores...

Qué iba a hacer estando allí; me acerqué y estuve un rato golpeando las manos. No me atendió nadie, pero no me extrañé; por algo he nacido aquí y conozco las costumbres. Entré no más y enderecé para la cocina. Como lo esperaba, allí vi a Micaela, la mujer de Sixto. Estaba enteca la pobre. Una pañoleta negra le cubría la cabeza. Vestía las ropas de luto que siempre supo usar, y tenía los mismos parches y papeles pegados a las sienes. Era igualita a su recuerdo. Habló como si me hubiese estado esperando; recordamos largamente los años idos, las últimas cosechas de fruta, el oscuro que yo le había comprado a Sixto y la mula mora que no me quiso vender... "¿Se acuerda, don Jorge, de esa mula mora de puro paso que tanto le gustaba a usted?" ¡Cómo no había de recordarla! "Recuerdo hasta que le ofrecí cuatrocientos pesos... Era un lindo animal". "Aquí la tengo", me dijo, señalando por la ventana de la cocina el otro patio. Me asomé y la reconocí en seguida. Era un animal de excepción. De buena alzada, tronco fino, bien conservada por bien cuidada.

Cuando, después de mirar esa mula de color crepuscular, ese patio donde temblaban las luces últimas del sol, reflejadas por el cielo blanquecino, volví los ojos a Micaela, me pareció que la mujer emergía de la niebla, se formaba, se "definía" entre la niebla y la pared. Todo esplendía con un halo verdoso... Me apreté las sienes y alejé esa impresión con esfuerzo, como quien se defiende de un vahido.

Entonces elogié el estado de la mulita y felicité a Micaela. Ella sonrió apenas. "Es mi compañera —dijo—; siempre estamos juntas". "Claro —contesté—; es quizá, con el rancho, lo único que le queda; cuídela siempre así, está bien, muy bien".

Después de un rato me despedí, contento. Había sido interesante la visita. Cuando salí, no sé por qué pensé que cualquier día le iba a pasar algo a esa casa. En la primera creciente de la quebrada se va al diablo, me dije, ya tiene hasta el cauce hecho.

Salí otra vez al camino y estaba pensando en los años que tendría la mulita —no menos de veinte o más tal vez— cuando vi a los peones de mi casa haciéndome señas con los brazos. Yo siempre pienso lo peor, lo reconozco y aunque me han criticado mucho esa costumbre, me apuré con un poco de miedo y sin saber qué desgracia podía haber ocurrido. Sin embargo me tranquilicé pronto pensando que los hombres, al ver llegar solo a mi caballo, se habrían imaginado un accidente...

Cuando llegué junto a ellos, los pobres estaban temblando. "¿Qué les pasa? —comenté—. ¿Qué ha ocurrido?" "¿De dónde viene, patrón?", me dijo uno. "De lo de Sixto, ¿por qué?" "Pero, patrón, cómo anda por aquí, ¿no sabe que todo este lugar está "embrujao"?"

Me hizo sonreír..., y decidí darle una lección: "No hombre, y déjese de cuentos le dije—. Estuve en el rancho, conversé con la Micaela, la mujer de Sixto, y aquí estoy".

Me escuchaban con inquietud azorada y creciente; cuando terminé se persignaron. "Cómo —tartamudeó uno—, si la Micaela ha muerto hace más de dos años, patrón". Lo miré con incredulidad. "Sí, patrón, yo fuí al velorio. Al Sixto, cada vez que se pasaba en la bebida se le ponía en la cabeza que su mujer lo engañaba, y entonces le pegaba una paliza y después la acollaraba con una mula mora y la largaba al ciénago. En una de esas noches la hallaron muerta. Palabra, patrón, que todos han muerto."

Me pusieron nervioso la sinceridad y el temor del hombre, y —como tantas otras veces— terminé por indignarme. "No sean supersticiosos y crédulos", les dije fuerte. "Lo que pasa es que ustedes creen todo lo que les dicen. Una buena tropa de tontos, eso es lo que son..., ¡acollarada a la mula mora!, vengan conmigo ahora mismo y verán a la Micaela, y si se me ocurre, le compro la mula..., siempre quise tenerla y todavía está linda..., venga y la verán. Ahí está en el palenque del patio, vengan, acompáñenme".

"¿La mula? —me respondió el hombre—, pero si se la llevó el río cuando la creciente grande... ¿En el palenque ha dicho? Pero mire bien, patrón —me gritaban los dos—, ¡mire! —y señalaban al rancho—, ¿qué ha visto usted, si no hay ni techo, y las paredes no alcanzan ni a un metro?..."

Me di vuelta... ¡Para qué lo habré hecho!... Mis ojos recorrieron la playa hinchada y pedregosa, el árido descampado y... ¡ningún signo de vida! •

Atamisqui,

ATAMISQUI fué siempre una esperanza a orillas de un río viajero que se sabía poeta y buscaba entre las raíces de seculares quebrachos el cauce definitivo que aguantara sus ansias.

Río viajero, poeta inquieto con alma de pájaro, quería llenar con su canción de agua los huecos de la tierra santiagueña.

Por eso corría desesperadamente de un lado a otro para fertilizar paisajes desolados y crear la cortina de un sueño verde.

Quería ser una caricia redonda, una madeja de rosa de cariño para el paisaje duro, porque había visto que la luna era tan redonda y blanda como la angustia inexplicable de una novia; pero, a veces, hay cariños que matan, ansias que destruyen, porque la pasión es la incontrolada postura que adopta el sentimiento.

Y el cariño de ese río poeta fué criminal a fuer de abrazar apasionadamente,



BELLOS TEJIDOS EN ATAMISQUI

con loco frenesí, a una tierra infinitamente amada, a la que quiso fecundar con sus ansias y con el florecimiento del espíritu.

Dicen que, doncella al fin, amante tierna, se refugió con los recuerdos de mejores días en el bosque donde había quebrachos y algarrobos, tuscas y vinales, porque quería regustar en silencio el saldo dulce de un amor fracasado. La dejaron sola por muchos años, para que así pudiera redimirse de sus pecados en un silencio pecador que tenía más emociones que la plenitud de una realidad idílica. Y siguió siendo la madre de un fruto óptimo, de una tradición venerable construída con amor, con dolor y tristeza; siguió siendo voz dulce, lejana, que viene del fondo mismo del tiempo; hija de la tierra y del río poeta; hija de una dulzura universal que se viste de gala en un día cualquiera para recibir a todos los soñadores de la tierra.

¡Atamisqui!...

El viejo pueblo está de fiesta

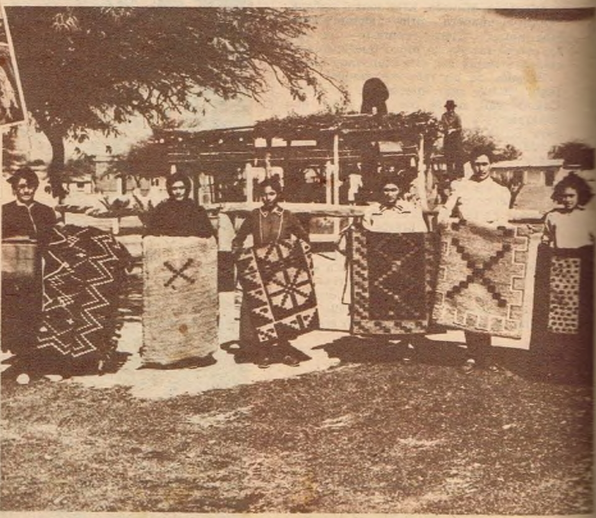
Esta mañana hemos llegado a Atamisqui después de un viaje alternado en ferrocarril y en automóvil. Un sol vivo, santiagueño, bajo un cielo esplendoroso de azul, nos anticipa la belleza de un día de invierno en la vieja villa que fuera posta colonial en el largo tránsito del río de la Plata a la altiplanicie del Perú. Posada de virreyes y viajeros de la España metropolitana y orgullo de los primeros pobladores de la provincia de Tucumán, muestra su larga ranchada de adobes que aguanta la techumbre de tierra. Grandes aleros brindan la cordialidad de una sombra criolla ganada después de un largo viaje; sus calles están silenciosas, apagadas de murmullos, y tan sólo se oye el piar de polluelos que desaprensivamente siguen a la gallina madre, o el balido de los chivos que escapan de los corrales cercados de jarillas.

Pero hemos avanzado hacia la plaza, donde una muchedumbre extraordinaria se mueve de un lado a otro, junto a la policromía de cientos de prendas tejidas en los telares primitivos. Es día de fiesta, fiesta de los telares, del tejido, de las luces, de los colores que se alinean en símbolos y flores bajo largos cobertizos de sunchos, mientras manos morenas de grandes y de chicos hilan sin descanso madejas de blancas lanas que cantan su nobleza en vírgenes vellones.

La canción de los colores

Hay en la plaza profusión de telares primitivos que trabajan al ritmo de un esfuerzo sin estímulo. Las mujeres trenzan en la urdimbre de hilos tirantes la madeja retorcida en los ovillos y construyen poemas luminosos sobre colchas, pellones, sobrecamas, fajas, alforjas, caronillas, ponchos, bolsos y manteos... Sinfonía de colores en la turbia calma de un ambiente terroso, cuyo fondo es el bosque santiagueño, donde los pájaros pasean por las ramas de algarrobos y quebrachos y se recrean con las rojizas flores de los quiscaloros y cactos de todas clases.

A esta fiesta del tejido acuden viajeros de todos los puntos cardinales y se emocionan al ver las caras morenas de grandes y de chicos que, imperturbables, se



ALFOMBRAS DIVERSAS Y, ENTRE ELLAS, LAS FAMOSAS DE "PELO CORTADO"

colores en la selva

Por Félix Molina-Téllez


UN TEJIDO REGIONAL

ocupan de realizar una labor primorosa, artística, en la que ponen todo el sentimiento contenido en el mutismo de largos soliloquios espirituales, al volcarlos en los preciosos dibujos de ingenuo simbolismo.

Aquello se nos antoja un jardín de flores que quieren vivir muertas, porque la ficción se ha superado en un afán religioso de creación plástica.

Canción, vino y cerveza

Y no es solamente el grito de los colores lo que nos subyuga. Es la canción triste del criollo que estimula la ronda de los vasos repletos de cerveza; es la bulla de los baratijeros que turban con voces gringas la paz serenísima del pueblo atamisqueño; es la palabra cortante del comisario pueblerino que aprovecha la oportunidad de ostentar su principio de autoritaria función ante la mansa actitud del criollaje; es la chillona vestidura de la matrona ciudadana que extiende la petulancia de un boato extraordinario sobre la modesta y limpia pobreza del chinaje; es el continuo reclamo de jugador de profesión que promete ganancias fabulosas al incauto, y es el señorío del criollo afincado que a pura fuerza de ser noble conoce el significado de una hospitalidad ofrecida sin reserva de ninguna especie.

Una leyenda sugestiva

En este lugar, impregnado de típida originalidad, nuestros ojos se fijan en una

(CONTINUA EN LA PAGINA 114)


LA ANCIANA TEJEDORA, DE ROSTRO INEXPRESIVO Y HABILES MANOS



Los ojos en la ventana

Un cuento de ***HORACIO SCHIAVO***

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

Por momentos, cuando el viento amainaba, asordinando el largo gemido del pinar, el antiguo reloj de pie ahondaba el silencio del salón con su ritmo grave. Afuera, la noche había descendido sobre el parque; se había filtrado a través de la fronda y, resbalando por los troncos añosos, habíase expandido finalmente por los senderos húmedos y solitarios. Pero volvía el viento a su carga, y la sombra se poblaba de rumores, de quejas de árboles estrujados, haciendo así más neto el contraste con la apacibilidad interior del recinto amplio, tibio, envuelto en suave penumbra dorada, bien provisto de libros ordenados en sobrias bibliotecas que tapizaban las paredes.

Un murmullo llegó hasta la sala; al parecer, dos mujeres hablaban en voz baja cerca de allí...

Eduardo levantó la vista del libro en que estudiaba, y consultando la hora se puso de pie, dispuesto a averiguar el origen de esa conversación nocturna; pero algo le distrajo al incorporarse: el examen de sus flamantes pantalones largos. Dió algunos pasos por la habitación, orgulloso y complacido, y olvidando el motivo que le hiciera incorporar, volvió a sentarse cómodamente en su sillón para darse a divagaciones nuevas, brotadas de un nuevo y reciente sentir.

Llegaron otra vez voces veladas; luego, un rumor de pasos cortos y apresurados. El viento aulló con furia entre los pinos, y grandes gotas comenzaron a redoblar contra los cristales.

Observó Eduardo las ventanas, para cerciorarse de que todas estaban bien cerradas y, al hacerlo, detúvose su mirar, súbitamente azorado, en una de ellas, amplia y baja, que daba al parque, a la noche: dos ojos le miraban desde allí.

Inmóvil, deseando un grito que no podía articular, mantuvo su mirada en la otra, en la de aquellos ojos desconocidos que brillaban iluminados por la luz del interior, pero en torno a los cuales nada más se podía distinguir, ni facción ni rasgo alguno que permitiera identificar a la persona o al ser que allí se encontraba. Ojos en la noche. Ojos de la noche. Ojos surgidos de la sombra o de la tempestad, fijos, vivos, inquisidores, sin parpadeos... Una impresión de terror comenzó a invadirle... Pero menudeó la lluvia y los extraños ojos se apagaron, o se diluyeron en ella, volviendo a ser la ventana tan sólo un rectángulo sombrío.

Cuando pudo incorporarse, dirigióse a las habitaciones de su padre; pero, antes de franquear su puerta, se detuvo, meditando sobre el efecto que en aquél produciría su relato; recordó prestamente el carácter agrio y enérgico de su padre y, decaído, volvió sobre sus pasos, como si hubiera oído, en verdad, una carcajada irónica, por toda respuesta a tan extraña confesión. De retorno, atravesó la biblioteca con los ojos bajos, apresurando su andar. Se metió en su habitación, corrió las cortinas que daban al parque y comenzó a desvestirse con lentitud, reflexionando, no ya en lo que terminaba de ver, sino en la conducta que siempre había observado su padre para con él... Ya en el lecho, muchas cosas se agolparon en su cerebro: aquellos ojos, su padre, su infancia, su soledad. Al siguiente día, se lo propuso, le contaría todo a *miss* Harriet, la buena y fiel aya de su niñez. Tal vez ella... E iluminóse su vigilia con viejas estampas en cuyo centro se hallaba siempre *miss* Harriet, su grande afecto, lo más parecido a una madre para él.

❦ ❦ ❦

Era muy pequeño entonces. La noche era tempestuosa y negra. Hacía ya mucho tiempo de todo esto... El escenario era otro: se hallaba en la casa de campo de su padre y jugaba en un desván atiborrado de esos objetos en desuso que nunca se termina de arrojar, acaso por la pátina de recuerdos que les recubre. Allí también había una ventana que daba a un parque, o a la noche, y por vez primera aparecieron los ojos vigilantes, aterradores. Se echó a llorar y —lo recordaba— *miss* Harriet acudió presurosa. "No, no... Le había parecido, pero no existían... O si no... ¡Ah! ¡Sí! Ella era quien había mirado por la ventana!" Eduardo sabía que aquéllos no eran los ojos de *miss* Harriet; pero olvidó.

Otra vez, contaba ya once años, los ojos habían aparecido en el gran ventanal del comedor. Estaba cenando con su padre, solos, como siempre, y el mucamo terminaba de alejarse. De pronto, en un ángulo inferior del ventanal, habían aparecido los ojos; luego, una mano muy fina, muy pálida, se había posado sobre el cristal, a la altura que vendría a corresponder a la boca de la misteriosa persona; por dos veces las yemas de esos dedos habían tocado con suavidad, como obedeciendo a un mandato interior que indicara llamar; pero el silencio no había sido quebrado. Inconscientemente se había puesto de pie para ir a refugiarse en su padre; pero éste, que seguramente había visto también, arrojando la servilleta, y apartando al niño de sí, había salido del comedor por la puerta que daba al parque, a la noche. *Miss* Harriet había entrado por otra puerta, rápidamente, para hacerse cargo de él; su rostro apenado, denotaba que algo iba a ocurrir; era grande su desasosiego. Más cariñosa que nunca, hablándole de muchas cosas a la vez, le había conducido a su dormitorio... "No. No era nada... A él le había parecido..." Pero llegaba hasta ellos el rumor de una discusión. Su padre estaba muy enfadado. Alguien llo-

raba. "¡Harriet! ¡Harriet! ¡Alguien llora! ¡Por favor! ¿Quién llora, Harriet?" Pero no llegando la respuesta, él también se había echado a llorar amargamente, convulsivamente... Y sin saber por qué.

❦ ❦ ❦

Habían transcurrido ya muchos días desde la última aparición de los ojos en la ventana; como en veces precedentes, la imagen de aquéllos habíase esfumado en el cerebro de Eduardo. Hasta pensó en un defecto probable de sus ojos, debilitados por la lectura.

Una mañana, más temprano que de costumbre, el mucamo llamó a su habitación: le comunicó que su padre deseaba hablarle, y que le aguardaba en su escritorio. Se vistió con mucha inquietud y salió con premura; pero al hacerlo, tropezó en el pasillo con el mucamo, quien a causa del encontronazo dejó caer algo que llevaba: ropas de hombre. Un traje negro. Extrañado, se detuvo; preguntó...

—Sí, señor. Un traje nuevo. Es para usted.

De pie junto a su mesa de trabajo, el padre aguardaba. Su corbata de luto polarizó la atención de Eduardo; luego, también sus ojos grises le sorprendieron: habían perdido su expresión habitual, imperativa, tras una suave niebla de cansancio, o de dolor. Pero el tono de su voz era el de siempre: seco, cortante. Y Eduardo lo supo todo muy brevemente: su madre había fallecido, lejos, en otro país. Debía él vestir un traje negro ese mismo día. Se lo entregaría *miss* Harriet. Cuando fuera mayorcito, sabría más.

Se retiró sin lágrimas, pero con sed de llanto; con el ansia, imposible ya de satisfacer, de conocer el rostro de su madre para llorarla en el recuerdo. Y *miss* Harriet, como siempre, reunióse prestamente a él. ¡Ah! ¡Ella la había conocido! ¡La había querido mucho! Comenzó a describírsela, y lo hacía muy bien; no obstante, algo faltaba...

—Harriet. ¿Cómo eran los ojos de mi madre?

Y Harriet calló. No. No tenía valor. El silencio se fué agrandando, se fué agravando... Y de pronto fué roto por un grito ahogado, por un grito de niño hecho hombre de repente. ¡Había comprendido al fin!

Y aquellos ojos fijos, anhelantes, ansiosos, que —para verle crecer— tenían que mirar furtivamente desde la sombra en noches de borrasca, no volvieron jamás a aparecer. ◈



Fantasmas de entre dos siglos

José Ingenieros, el

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

SU EXTRAORDINARIA VITALIDAD LE PERMITIA DESARROLLAR UNA LABOR INGENTE Y TRASNOCHAR CON ALEGRES COMPAÑEROS

QUE un artista sea bohemio no tiene nada de particular; más aun: dijérase que es cosa que está en su naturaleza. Pero que lo sea un hombre dedicado a estudios metódicos y a graves especulaciones filosóficas, que lo sea un pensador sistemático, cambia por completo el aspecto de la cuestión. De ahí la extrañeza que trasuntan estas palabras de Rubén Darío, príncipe de la bohemia literaria, refiriéndose al autor de *Sociología Argentina:* "Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde un principio excelentes amigos; algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta clarear el alba... y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio, y como él lo hace, a conciencia".

Una segunda naturaleza

Más joven, sí. Cuando Rubén Darío llega a Buenos Aires, en 1893, José Ingenieros tiene 16 años. Ha terminado el bachillerato, ha sido líder de una huelga estudiantil, ha fundado un periódico —también estudiantil— titulado *La Reforma* y acaba de entrar en la Universidad, donde cursará simultáneamente dos carreras. Por añadidura, ese mismo año está marcado para él con un episodio revolucionario: interviene en el asalto a la Municipalidad de Barracas al Sur, hoy Avellaneda, y en la escaramuza magnificada con el nombre de "combate de Ringuelet".

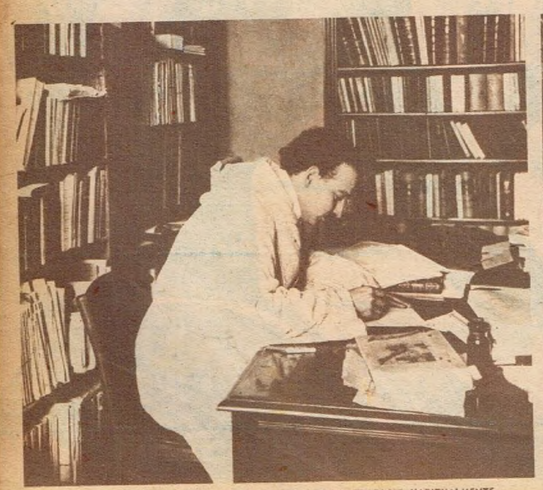


CHARLES DE SOUSSENS, EL POETA SUIZO.

Antes de acercarse a los cenáculos literarios frecuenta las reuniones obreras. A los dieciocho años interviene en la fundación del partido socialista, como delegado del centro universitario, y es designado para ocupar la secretaría del comité central. Allí traba conocimiento con Roberto J. Payró y con Leopoldo Lugones. Con este último funda *La Montaña*, aquel "periódico socialista revolucionario" que dejó larga memoria de su terrible virulencia, pese a su corta vida.

En cambio, otra de sus fundaciones de aquel tiempo, que corresponde a él por entero, *La Syringa*, había de lograr una existencia más prolongada. No se trataba en este caso de ningún periódico ni cosa semejante. *La Syringa* era una creación de su espíritu, que era el espíritu de la alegría. Una asociación sin finalidades políticas ni literarias, sin reglamento y aun sin sede social. Si acaso con una bandera: la risa.

Y él es quien lleva esa bandera, quien irrumpe con ella en las ocasiones más solemnes. La risa —la burla— es en él como una segunda naturaleza; una segunda naturaleza que completa la primera... o que la traiciona.



JOSE INGENIEROS EN SU ESCRITORIO, TAL COMO SOLIA TRABAJAR HABITUALMENTE.



CURIOSA FOTOGRAFIA DE PRINCIPIOS DE SIGLO.

sociólogo bohemio

Como cuando se presentó en la conmemoración socialista del 1º de mayo de 1896 con levita y sombrero de copa... Humorada de Syringo, que le valió ser suspendido por nueve meses en sus derechos de afiliado. En realidad, él mismo parecía anunciar, con aquel rasgo, su próximo apartamiento de sus actividades de militante del partido, practicadas hasta entonces tan ardorosamente.

EL POETA ESPAÑOL FRANCISCO VILLAESPESA.

La obsesión literaria

Su aventura de *La Montaña*, en compañía de Leopoldo Lugones, lo vincula al ambiente literario. No es un hecho casual el que lo veamos en aquella ocasión del brazo de un poeta. En algún momento escribiría: "Ha sido señal de ceguera psíquica la unilateralidad con que hasta la fecha se ha desarrollado la intelectualidad americana. Una verdadera obsesión literaria ha absorbido todas las energías de la juventud y, con raras excepciones, el trabajo de investigación y reflexión sobre las causas, la esencia y las resultantes de los fenómenos de la vida social ha sido rehuído, como si se temiera el cansancio, o la impotencia, al abordar temas de verdadera importancia y utilidad social." Sin embargo, pese a su vocación científica, él también pagó su tributo a esa "obsesión", puesta de manifiesto en buena parte de su obra y reconocida por él mismo cuando dice: "no fuí indiferente a las letras".

Será en el ambiente literario donde mejor arraigará *La Syringa*. Su carácter travieso va muy bien al espíritu iconoclasta y renovador de aquella hora artística. Y, sobre todo, al espíritu bohemio que preside la vida literaria. Siendo lo más extraordinario que la flor de aquel espíritu, flor de bohemia, sea tan amorosamente cultivada por quien cultiva a la vez tan amorósamente la flor del estudio. Porque Ingenieros, que asiste todas las noches a las tertulias de escritores y poetas, no deja de asistir durante el día a ninguna de las clases de la Facultad; esto, mientras no se doctora, que luego tampoco dejará de concurrir puntualmente a los cargos que desempeña, como tampoco dejará de atender ningún día su consultorio.

Tal vez por contraste, sus más grandes amigos en el mundo de las letras eran los bohemios más impenitentes. Sabida es la cariñosa protección que dispensaba a Charles de Soussens que vestía siempre de chaqué porque siempre vestía trajes de Ingenieros. A este propósito ha que-

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



EN LA QUE APARECE JOSE INGENIEROS.



LA OPORTUNIDAD DE MARY HATCHER

Un gran conjunto estelar interviene en la película "Variety Girl", que se da entre nosotros con el título de "El embrujo de la gloria". Junto a Bing Crosby, Bob Hope, Gary Cooper, Ray Milland, Bárbara Stanwyck, etc., etc., actúa la hermosa Mary Hatcher, a quien se le brindo una gran oportunidad para avanzar hacia el estrellato. Por lo que la foto deja traslucir, a la estrellita no le faltan condiciones, de manera que no sería extraño que en breve plazo la Paramount contara en su firmamento de Hollywood con una nueva y fulgurante figura. Que los aficionados al cine presten entonces atención, para juzgarla, al popular baile de los sombreros, que ella ejecuta en el film.

Cine

por AMELIA MONTI

ENTRE ASTERISCOS

Margaret Lockwood, la sugestiva y hermosa estrella londinense, ha sido la figura femenina más votada como la estrella favorita del público inglés en los últimos cuatro años. En las clásicas competencias que se realizan cada doce meses, le ha tocado encabezar la lista de luminarias con apreciable ventaja sobre sus competidoras, en el favor de los aficionados al cine.

"Butch" Jenkins, el popular pecoso de la pandilla infantil, nació en Los Angeles. Comenzó sus aventuras en la Meca del cine cuando el director Clarence Brown, buscando un chiquillo para que hiciera de hermanito de Mickey Rooney en "La comedia humana", descubrió al pecoso "Butch" jugando en una playa. Desde entonces "Butch" se halla en el cine como el pez en el agua.

Tanto Teresa Wright como Dana Andrews conservaron sus nombres de pila, Muriel y Carver, respectivamente, al principio de sus carreras. Pero la hermosa estrella de "Lo mejor de nuestra vida" tuvo que cambiarlo cuando descubrió que había otra Muriel Wright que actuaba en el cine y tenía derechos anteriores al uso de ese nombre. Dana prescindió del suyo, Carver, cuando pasó de la ópera a la pantalla. Los directores opinaron que Cárver resultaba demasiado solemne para el cine...

PEDRO Armendariz, el actor azteca, de tan destacada actuación en "María Candelaria", pronto será protagonista de su tercer film en idioma inglés, tras sus éxitos en "El fugitivo" y "La perla", ambos del sello R.K.O. La nueva película tendrá por título "Sangre de héroes" y será dirigida por John Ford.

UNA ESCLAVA QUE ESCLAVIZA

"Esclavo" es una película de gran espectáculo, en tecnicolor, cuyo reparto está encabezado por Yvonne de Carlo y George Brent, a quienes secundan Broderick Crawford, Albert Dekker y Lois Collier. Universal informa que el film muestra una nueva semblanza de la bella Yvonne, pues se trata de una aventura oriental con toda clase de ingredientes grotescos: amores en solfa, cómicos persecuciones en los desiertos, combates entre tribus enemigas que arrojan imprevistos resultados, provocativas odaliscas, etc. En cuanto a Yvonne de Carlo, que hace el papel de esclavo, termina, a la postre, por esclavizar a George Brent y a todos los espectadores con su belleza y los despliegues magníficos que de ella hace en la película.

ANGULOS Y ENFOQUES



En los estudios EFA continúa activamente el rodaje de "Romance sin palabras", cuya acción se ubica en los elegantes ambientes de un moderno y suntuoso hotel. Son los principales intérpretes de esta novedad: Miguel Faust Rocha, Florindo Ferrario, Elina Colomer, Carmen Valdés, Alejandro Maximino, Darío Garzay y José Comellas, quienes actuarán bajo la dirección de Torres Ríos.

"Viudos al revés" se denominará "Cita de estrellas". Esta producción, una de las primeras de la nueva división del sello Emelco, será dirigida por Carlos Schlieper, y contará con el concurso de María Duval y Juan Carlos Thorry. Se trata de una comedia original de Verbisky y Villalba Welsh. Kurt Land es el productor delegado.



Sabina Olmos, José Olarra, Sara Guasch, Leticia Scury, Florindo Ferrario y Guillermo Bataglia secundan a Hugo del Carril en "Romance del 900", que dirigirá el astro cantor para la San Miguel.



María Duval, Jorge Rigaud y Juanita Sujo animarán un film de corte policial, de los que hasta ahora ha carecido nuestro cine, por lo menos en producciones de categoría. Llevará por título "El caso de la mujer asesinada". Es del sello San Miguel y será dirigido por Boris Hardy.



ES probable que Arturo de Córdova anime, en Lumiton, un film sobre argumento de Enrique Santos Discépolo. Ya se han hecho las primeras gestiones y el astro ha declarado que le agrada el papel que se le brinda.



"LA CALLE GRITA"

He aquí a Enrique Muiño enfrentando la graciosa sonrisa de Patricia Castell. La escena corresponde a la próxima superproducción de Artistas Argentinos Asociados "La calle grita", que dirigió Lucas Demare. La expectación por esta película es grande, pues se anticipa que su argumento difiere de cuantos ha ensayado el cine argentino hasta el presente. El director, Lucas Demare, cree que habrá de ser todo un éxito.

ARGUMENTO HISTORICO

En los estudios Emelco, el director. Carlos Borcosque ha comenzado ya a trabajar en las últimas tomas de "El tambor de Tacuarí". Se trata de las históricas escenas del 25 de Mayo de 1810. "El tambor de Tacuarí", episodio de la epopeya de Mayo, será una película de la que podrán estar orgullosos los argentinos y una página de historia vuelta a la vida por obra y arte del cine, según afirman sinceramente quienes intervienen en su rodaje. Juan Carlos Barbieri, Francisco Martínez Allende, Norma Giménez, Leticia Scury, Ricardo Canales, Manolo Díaz, Héctor Rodríguez y Julián Bourges forman la plana mayor del numeroso y homogéneo elenco que interpreta este film con argumento original de Hugo Mac Dougall.



HISTORIA DE UN NOMBRE

Curiosa es la historia de cómo Virginia Mayo eligió tal nombre para actuar en Hollywood. Con su verdadero nombre, Virginia Jones, desempeñó su primer papel en "Diamond Horseshoe" (Herradura de diamante), de Billy Rosse, película en la que aparecía, en cierta escena, junto a un caballo de utilería en cuyo interior se alojaban dos cómicos. Uno de ellos era su cuñado, Andy Mayo, y cuando Samuel Goldwyn le ofreció a Virginia un ventajoso contrato con la condición de que debía cambiar su nombre, ella no halló nada más expeditivo que adoptar el de su cuñado.

☆



GUIA CAPRICHOSA

VIDA LITERARIA

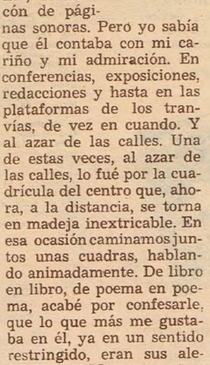
LEOPOLDO LUGONES Y UNOS ALEJANDRINOS



Por
Fernández Moreno

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Creo haber dicho que me veia muy poco con Lugones. Quiero decir en su despacho, en su rincón de páginas sonoras. Pero yo sabía que él contaba con mi cariño y mi admiración. En conferencias, exposiciones, redacciones y hasta en las plataformas de los tranvías, de vez en cuando. Y al azar de las calles. Una de estas veces, al azar de las calles, lo fué por la cuadrícula del centro que, ahora, a la distancia, se torna en madeja inextricable. En esa ocasión caminamos juntos unas cuadras, hablando animadamente. De libro en libro, de poema en poema, acabé por confesarle, que lo que más me gustaba en él, ya en un sentido restringido, eran sus alejandrinos. Me parece que esa medida se ceñía a su fortaleza, a su ímpetu, a su aliento. Sonrió al sesgo y me contestó, como no dando importancia ni a mi elogio ni a su forja:



—Pues le prepararemos unos...

La ciudad se colmó de bondad y de poderío. Pocas palabras, pero, ¿no es una obligación rememorar todas las suyas, una devoción? Creo que sí. Por eso las recuerdo y las entrego. Nos hace falta la roca entera, la espuma ferviente, y el musgo que la suaviza por aquí y por allá:

—Pues le prepararemos unos...

Guardamos silencio unos instantes y siempre me quedó la duda de si él creyó que yo creía que los tales alejandrinos podrían ser para mí. Yo no vi, en todo caso, sino otros versos de Lugones en la columna de un diario arrebatados en seguida por los vientos y las aguas de la fama.



Luego nos despedimos y si alguna vez volvimos a encontrarnos nada le dije. Una mano de piedra, que sólo se levanta de vez en cuando, pesa sobre el arcón de los recuerdos. Sin embargo, a menudo me vuelve la frase:

—Pues le prepararemos unos...

Y con ella su figura. Y aun la mía. Su figura y el halo que la rodea.

UNO

Fué en uno de esos grandes cafés que hacen esquina entre dos avenidas. Espejos por todas partes. Mesas de billar con sus tres

DE BUENOS AIRES



lámparas, tres bailarinas, sobre la pradera del paño. Y vino el lustrador y con un ademán me ofreció sus servicios. Como se aproximaba con una cara resuelta y alegre, le dejé hacer aunque a mí esta labor me produce siempre remordimientos. Era grisáceo, anguloso. La gorra ladeada tenía un galón dorado con el nombre del establecimiento. Los cepillos eran un vértigo, los trapos encerados restallaban con júbilo. Yo estaba mirando la plaza vecina, olvidado de todo. De pronto sentí un golpecito en el pie, despertándome, sin duda, diciéndome que ya no estaba prisionero. Y se me ocurrió la idea absurda de que abría la trampa, de que lo dejaba en libertad, como si fuera un pájaro. Y desde entonces estoy con la comparación en la cabeza, de si vale, de si es grotesca o no le o no vale, de si es grotesca o no es grotesca. Pero yo levanté mi pie con curva y vuelo, pese a la doble suela y al taco de goma. Y así lo dejo. Y lo consigno por si a alguno le ha ocurrido lo mismo. Lo que me tranquilizaría.

OTRO

Venía delante de mí ya calmado el chaparrón que había inundado la ciudad. No quería apresurarme, dejarlo atrás. Los extremos de una bufanda mal arrollada le desbordaban y volaban por uno y otro lado. El sombrero, negro y blando, caído sobre lo que dejaba ver el carnoso y rojizo pestorejo. Luego la espalda cuadrada, con masas musculares espesas, ondulantes, bajo el saco un poco estirado. Las piernas eran cortas, uniformes, cilíndricas. En la mano izquierda llevaba un paquetito blanco que bailoteaba. Iba contento, en paz, entre la frescura que emanaba de algunos jardines y los arroyuelos que se destrenzaban pegados al cordón de la acera. Nadie desdeñó tanto un paraguas como él después de la lluvia. No sé cómo lo llevaba, apenas sujeto con un dedo, sobre la cadera, oblicuo, flojo, mojado. Yo caminaba distraído, pero no dejaba por eso de ver que el paraguas dibujaba el palo de una K. Ese definitivo palo de una K que, al escribir, deja uno caer hasta donde quiere.



EL HEXAGONO DE NUESTRO

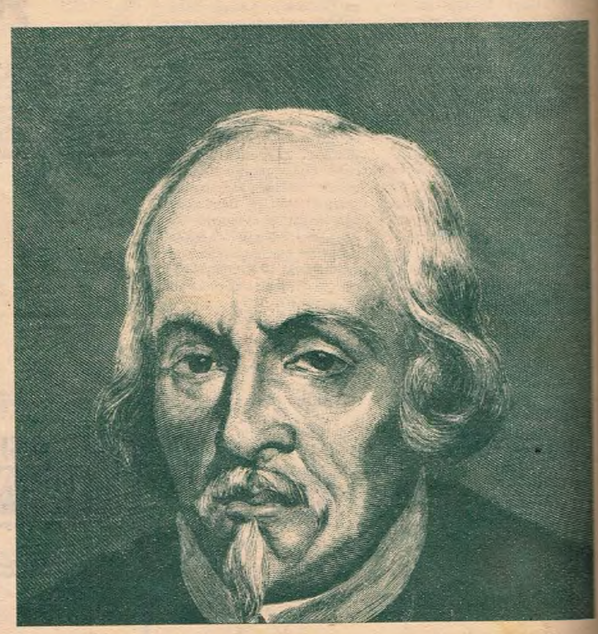
Por
NICETO ALCALA ZAMORA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El triángulo mayor

DESDE los programas de Literatura, a los medallones o remates de telón en la embocadura de los teatros, nos acostumbraron a la admiración de seis nombres, cuya gloria se ha mantenido durante tres siglos: Pedro Calderón de la Barca, Félix Lope de Vega, Gabriel Téllez o Tirso de Molina, Agustín Moreto, Juan Ruiz de Alarcón y Francisco de Rojas. Para fijar así el número de nuestros grandes clásicos teatrales ha pesado, quizás en lo subconsciente, un inadvertido influjo matemático. La cifra tiene en lo aritmético el privilegio de ser la primera que admite divisibilidad múltiple, a la vez por par y por impar. El contorno geométrico correspondiente goza desde remota antigüedad, en su forma perfeccionada de hexágono regular, el privilegio de ser considerado como expresión poligonal la más bella y simétrica de armonía, y lo es indudablemente: por la igualdad del lado con el radio del círculo en que aquél se inscribe; por la consiguiente división en seis triángulos iguales y equiláteros; por la subdivisión de los seis en doce rombos a su vez iguales; y por la formación con la mitad inferior de los interiores de otro hexágono, semejante al primero, que es su cuádruplo, y susceptible a su vez de análogas e indefinidas descomposiciones. Sin desconocer el influjo indirecto de esa preocupación numérica, pesó para detenerse en los seis grandes autores una consideración de orden ya puramente literario, a la cual haré alusión final.

En todo caso debe quedar aclarado que el hexágono, aun admitido sin reproche de arbitrarias e injustas exclusiones, no fué de ningún modo regular, por haber sido notoriamente desiguales los seis ángulos, o sea la capacidad creadora de los autores, y los seis lados, cuya extensión se mide por la magnitud de las respectivas obras por aquéllos producidas. Por el contrario destácanse claramente dos triángulos diferentes entre sí, y ninguno de los dos equilátero por la misma razón antes indicada. El triángulo mayor está formado por los tres autores de mayor o más excelsa magnitud: Calderón, Lope y Tirso. Si aquilatamos más en la ordenación jerárquica de las tallas los alinearemos por el orden mismo en que acaban de ser enumerados. La perplejidad más fundada la experimentamos al comparar a Calderón con Lope; pero después de vacilaciones, originadas por el reconocimiento de distintas primacías en cada uno, el juicio definitivo concuerda con la impresión primera. Calderón fué la cumbre de perfecciones, tras la cual, por ser ya imposible nueva ascensión, era inevitable la decadencia. Ante su maestría sentimos admiración, y en cambio más bien asombro ante la fecundidad pasmosa, y pudiéramos decir por inconcebible monstruosa, del genio productor de Lope. Hay frases que condensan y reflejan el acierto del asenso general; y así como llaman a la comedia francesa la "Casa de Molière", ha llamado la gente, y no la inculta, "Casa de Calderón", al teatro español o antiguo Corral de la Pacheca. No podemos substraernos en las comparaciones, aun referidas a genios, a la pauta de los concursos u oposiciones con ejercicios sobre el mismo tema, y en tal sentido no cabe olvidar el contraste más directo y claro acerca de "El alcalde de Zalamea", oscurecido en la ingente producción de Lope, y que sube a la cima de nuestro arte dramático llevado allí por Calderón.

En cuanto a Tirso ha alcanzado desde el siglo XIX reparaciones, a las que era acreedor, fuera de España principalmente en Alemania, y dentro de mi patria en estudios notables, como el de Menéndez Pidal, quien le dedicó, a propósito de "El condenado por desconfiado", su discurso de ingreso en la Academia Española, o como la insigne escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, cuya labor de investigación y crítica ha sido meritísima. Pero por muy realzada que deba quedar la figura de fray Gabriel Téllez, no se iguala con las otras dos, ni basta a suplir el fallo de la evidencia la conjetura de que Tirso hubiera podido igualarse con el tiempo, si su orden de la Merced no lo hubiera atajado, por lo demás tras largo plazo de prueba, alarmada o escandalizada al cabo por las desvergüenzas del inmortal fraile, cuyo teatro suele ser tan verde como un sembrado en primavera, salvo



CALDERON DE LA BARCA, INSIGNE DRAMATURGO ESPAÑOL

TEATRO CLASICO

excepciones cual "La prudencia en la mujer" y algunas otras. Debe añadirse a favor de Tirso, en la revisión justiciera de su obra y méritos, que dentro del gran público, y de la fama ruidosa que éste concede, vino a perjudicar a aquél la poesía inspirada, algo más que versificación sonora, del Tenorio, haciendo olvidar a casi todo el mundo quién fué el precursor de Molière, de Byron, y más todavía de Zorilla en el estudio psicológico y teatral de don Juan. Con todo ello el triángulo mayor se nos presenta en el orden antes dicho.


AGUSTIN MORETO


LOPE DE VEGA


JUAN RUIZ DE ALARCON

El triángulo menor; lugar dentro del mismo para la representación criolla.

Dentro del otro triángulo menor la primacía debe otorgarse, en justicia, a Moreto, por la altura de su vuelo poético, la extensión y refinamiento de su saber, y la categoría de sus pensamientos, apreciados no como impresionantes sutilezas, y si medidos desde la elevación a la profundidad. El sexto o último lugar, todavía tan alto y tan honroso, le corresponde a Rojas, sin que sea apreciable en su favor con iguales fundamentos la probabilidad más o menos remota, alegada en favor de Tirso, de que hubiera podido ganar de haber continuado su producción. Queda en el quinto lugar Ruiz de Alarcón, y debemos aplicarle la expresión proverbial de que "no hay quinto malo", sobre todo cuando todos los demás son excelentes, insignes, inmortales, no ya buenos.

Si dentro de nuestro teatro clásico, en lo que éste tiene de típicamente hispano, corresponde a Ruiz de Alarcón ese lugar, en la literatura universal ha sido quizás el que más ha influído a través de Pierre Corneille, quien pesó a su vez sobre Molière, y los dos, y con ellos por tanto el primero el nuestro, para la creación y predominio de la moderna comedia de costumbres y caracteres, observados con atención y reflejados con fidelidad. Le ha sucedido con ello a Ruiz de Alarcón algo parecido a lo que pasó con otro triángulo ingente, y tampoco equilátero: el de la tragedia griega. En este otro, y despojada su acerba crítica de la apasionada ceguera del odio, tenía razón Aristófanes, cuando sostenía en "Las ranas" que el trono del teatro griego era de Esquilo, y si éste se ausentaba debía ocuparlo Sófocles; pero siendo eso verdad en lo propiamente helénico, de tan inmensa valía, en lo universal y humano, que es lo permanente, ha influído mucho más Eurípides, a través primero de Séneca en Roma y, muchos siglos más tarde, de Racine en Francia.

Al formular esa apreciación mantengo en América la misma opinión que expuse en España —aunque entonces no tuviera que entrar en comparaciones detalladas— cuando hice y publiqué el último estudio anterior a la guerra civil, referente al insigne autor formado en este Nuevo Mundo. Algún día habré de insistir sobre el tema. Por hoy baste decir que, siendo lo más probable que Ruiz de Alarcón naciera de familia castellana en Méjico, es indudable que allí se formó su espíritu, reflejando éste en su obra rasgos esenciales de criollo. Tal vez sea el más hondo, a pesar de ser el más disimulado, la defensa de la inmigración extranjera en América, programa atrevido entonces, sobre todo para un secretario, relator y escribano, del Supremo Consejo de Indias, encargado de aplicar la ley de Felipe II, prohibitiva de tal inmigración. El autor criollo, impresionado por la inmensidad de este continente americano y su escasa población, acudió al rodeo de poner lo que él deseaba para estas tierras en labios de Licurgo, como protagonista de "El dueño de las estrellas", y con destino a Creta. Otros muchos atisbos o pensamientos reflejados en sus obras responden a la formación criolla de aquel espíritu, que honra a la vez a España y a América, mostrando antes de transcurrir un siglo desde la conquista, cuán fértil era la tierra en que tan pronto

arraigaba la semilla, y cuál era la fecundidad de ésta para producir semejante fruto.

Los excluídos del hexágono

Tal vez la justicia hubiera aconsejado no dejar distanciados por aparente abismo, ni oscurecidos por el silencio, a algunos otros autores. Los eruditos han procurado salvar el nombre de Mira de Amescua, y el gran público ha mantenido, tras la prueba secular del tiempo, la fama de Vélez de Guevara, autor de la mejor tragedia española "Reinar después de morir", y la de Guillén de Castro, cuya obra original fué aprovechada y a la vez eclipsada para la notoriedad mundial por "Le Cid" del gran Corneille.

Sin duda para no haber continuado el escalafón de dramaturgos y comediógrafos del teatro clásico, pesó una consideración tardíamente reparadora de las injusticias que en vida sufrió Cervantes. Era imposible darle primacía dentro del teatro, y no se quiso, como si éste fuese un escalafón, colocar más autores delante de él. Tributo póstumo, retardado y sin



TIRSO DE MOLINA

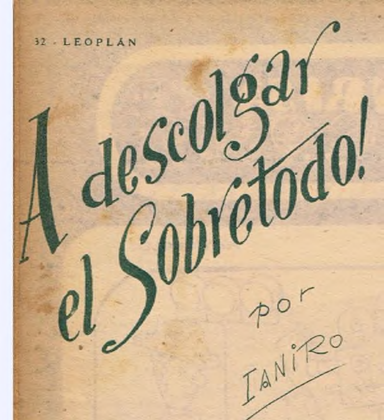
motivo, porque la gloria de Cervantes está en otra dirección, y en ella es única. Fué el autor de obras maestras, no superior en ellas a los demás del Siglo o Epoca de Oro, y quizá no igual a otros varios; pero fué al cabo el autor de una obra sin par, verdaderamente sobrenatural. Ese es su elogio, acerca del cual no recuerdo nada tan impresionante como la anécdota, que leí en Francia como referencia incidental al tratar de Flaubert. Contaban que el gran estilista francés, autor famoso de "Madame Bovary" y de "Salambó", la obra que con tanta razón admiraba D'Annunzio, sin desvanecerse por los elogios de su tertulia de amigos, dijo, señalando al "Quijote", que después de escrito ese libro no cabía ya en el mundo escribir nada qué pudiere compararsele. Esa expresión de justicia admirativa, tributada por un francés, y de la talla de Flaubert, es la merecida por Cervantes, sin preocuparnos de que éste en el teatro, que fué, juntamente con la milicia, ilusión atrayente de su vida, no llegara a la cumbre, alcanzada en la vejez como final del último camino por él recorrido, que fué el de la novela.

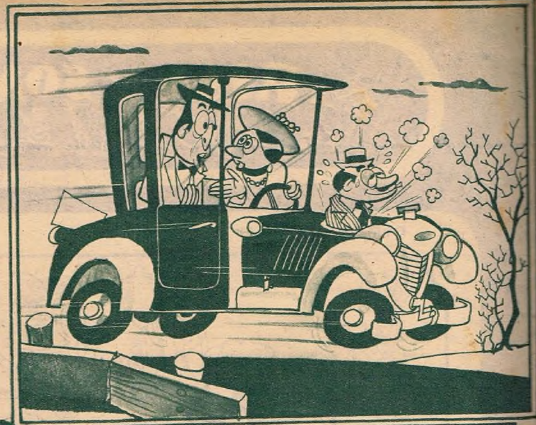


DIMENSION

Por VIGNOLO

—¡No me va a negar que es exactamente mi doble!





—A mi Nicasio no le hablen de conducir el coche durante el invierno.



—¡Che, qué fenómeno! En estas alturas hace menos frío que en el aeródromo.



—¿Te acuerdas qué friolento era yo cuando chico?



—Siempre sucede lo mismo cuando canta la "Voz cálida de Buenos Aires".



—¡Este es el mejor remedio que tengo para los sabañones!

—¡Hay que... ¡atchiss!... cuidarse... ¡atchiss!... mucho..., amiguito... ¡atchiss!...; ¡ese resfrío... ¡atchiss!... es... ¡atchissss!... ¡Ajj!... ¡Ajj!... peligroso!

UN APRENDIZ DE...



ANTE todo, debo declarar que soy un hombre ordenado, minucioso. Tengo cuarenta años, me afeito tres veces por semana y pertenezco a esa legión rara de hombres que aun usan paraguas... Comprendo que es lamentable ser así, pero no puedo remediarlo. Ahora bien, mi situación es todavía más triste porque soy casado y mi esposa — ¡ay! — carece en absoluto de esas condiciones. Con lo cual, lector, creo dejar perfectamente establecido que Susana, "ella", es el desorden personificado, el desorden vestido con polleras... largas. Bien. Aclarado este punto, pasemos ahora a los hechos, mejor dicho, a las *consecuencias* de esos hechos. Como es natural, esa forma de ser de ella me obliga, en determinados momentos, a cruzar eso que los maridos llamamos la frontera doméstico-conyugal y que se parece mucho a una invasión de jurisdicciones. Por ejemplo, acondicionar mejor las ropas de vestir, observar si las puertas del ropero no presionan demasiado las mangas de los trajes — ¡cada día más caros! —, mirar detenidamente ciertos rincones de los muebles, alejar todas las posibilidades de que las señoritas polillas — ¿serán señoritas las polillas? — no inicien relaciones demasiado íntimas con nuestros abrigos, etcétera.

Y fué por eso, sí, no lo olvidaré nunca, por curiosear en una sección de la casa que no me pertenecía, jurídicamente hablando, que encontré... *lo que encontré.* Si se quiere, en apariencia, era una simple hoja de papel de cartas, inofensiva. Pero... tenía algo escrito. Eran unos renglones apenas. La letra, inconfundible, era de Susana. Ocupaban las primeras líneas. Aquello daba la impresión de que, de improviso, una razón muy poderosa la hubiese obligado a no continuar escribiendo, a ocultar apresuradamente esa hoja entre sus ropas, donde yo, por casualidad, acababa de encontrarla.

Leí... Bueno, lo que yo leí... Confieso que...

... ...

...tuve que sentarme. Sentí que mis piernas, de pronto, no podían sostener los setenta y cinco kilos (sin sobretodo) de mi persona. De inmediato, sentí frío, después calor. Un minuto más tarde no sentí ni frío ni calor. Nada. Dueño de esa envidiable temperatura me decidí entonces a leer de nuevo aquellos renglones. Lo hice más despacio. Primero normalmente, de arriba hacia abajo. Después, en sentido contrario, de abajo hacia arriba. Más tarde, de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda. Era lo mismo. Decían lo siguiente: *"Todo está preparado... He resuelto asesinar a mi marido... Lo sabrás tú solamente... Puedo anticiparte con exactitud la fe-*



cha de su muerte: el 23 de agosto entre seis y siete de la tarde..."

Era casi un telegrama, y no de felicitación. La letra pertenecía a Susana... El marido soy yo... El 23 de agosto estaba muy próximo... Hice cuentas..., ocho días escasos... Es decir... que... una semana más tarde yo sería cadáver... No me pareció correcto ni serio. *"Todo está preparado..."* Lo había escrito ella... Traté de no alarmarme, de ver claro. Confieso lealmente que no pude hacerlo. Mi inexperiencia de cadáver era absoluta, vergonzosa. Recién ahora, puede decirse, y gracias a mi mujer, iba a comenzar mi aprendizaje... Me quedaban apenas siete días y medio para recibirme dignamente de muerto...

Me propuse, pues, aprovecharlos y... observar.

... ...

No soy un hombre miedoso, pero, durante los días que siguieron al descubrimiento de esa carta, numerosos estremecimientos y escalofríos recorrieron mi columna dorsal. No obstante, me fuí recuperando lentamente, poco a poco. De a pedazos. Primero el cerebro, después el corazón... Aunque, en verdad, *si todo estaba preparado,* más aún, elegido el día y la hora, mis precauciones resultarían inútiles. Casi era hasta muy conveniente que comenzara, en silencio, a despedirme de muchas cosas. Sólo que, durante esos días, también se apoderó de mí una curiosidad enorme.

Yo quería *ver cómo lo harían.* Porque era indudable que en derredor mío se había estado tramando una confabulación. Comencé por observar a todos en conjunto y luego por separado. A mi esposa..., a los sirvientes... No llegué a ninguna conclusión. El clima era el de siempre. Ningún síntoma particular. El mismo desorden en las ropas, en los muebles. En una palabra, mi casa seguía siendo mi casa... todavía.

Llegamos así a la tarde del 23 de agosto, la fecha señalada. A las seis en punto colocaba la llave en la cerradura de mi departamento... Mi aprendizaje de cadáver había terminado...

Sólo me quedaba una hora de vida.

Entré...

... ...

Un silencio frío, total, reinaba en las habitaciones, se volcaba por los pasillos. La casa entera parecía dormida. Aquello no me sorprendió. Puede decirse que era casi lo que yo esperaba. Llamé:

—¡Susana!

Nadie respondió. Llamé un poco más fuerte:

—¡María! ¡Juan!

El mismo resultado. Sin embargo, que yo supiese, los sirvientes ese día no habían solicitado permiso para ausentarse de sus tareas. Pero era indudable, eso formaba parte del plan. Avancé despacio... Podía salirme al encuentro un balazo o una puñalada. Allá, en la cocina, notábase algún movimiento. Fuí hasta ella. Empujé con violencia la puerta.

—¡Susana!

Estaba sola allí, en un lugar que no era el suyo, a una hora impropia, y tenía entre las manos algo que me obligó a gritar su nombre. Ella tam-



CADAVER

Cuento, **por Julio Franzoso**
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



bién, quien sabe por qué, me devolvió aquel grito:

—¡Apo! —Me llamo Apolinario, pero a Susana siempre le gustó acortarme el nombre—. ¿Qué te pasa? Me has asustado...

—Ese... cuchillo... —pude, al fin, balbucir, señalando sus manos.

—¿Qué tiene este cuchillo? ¿No es, acaso, el de siempre?...

—Me pareció más grande... Perdóname... Venía distraído... Pero, ¿y María? ¿Y Juan?

—Les di permiso... Hoy quería estar sola... *Necesitaba* estar sola...

—¡Ah! Muy bien... ¿Y... la cocinera?

—También... Le dije que no cenábamos en casa... Por eso estaba probando sus herramientas... su cuchillo, por ejemplo...

Sentí algo extraño a lo largo de la espalda. Picazón, frío... No lo sé.

—Es decir que... estaremos... de seis a siete... completamente solos...

—Tú lo has dicho: completamente solos... Pero, Apo, ¡tú estás pálido!

—Es posible... No sería raro... Estos últimos días...

—Entonces —lo decidió ella—, es mejor que te acuestes... Después de todo, será mejor así, *acostado*...

Francamente —pensé—, aquella mujer no podía ser mi mujer... Era demasiado cinismo, demasiada frialdad. Desde luego, por lo que pudiese suceder, yo estaba de acuerdo con ella en que era mejor así...

Seguí su consejo: me acosté. Y esperé...

... ...

Más tarde, la vi aproximarse lentamente. Traía algo en las manos... Cerré los ojos... Era el final... A pesar de todo, la perdonaba. Yo no podía, yo no quería saber qué motivos poderosos provocaron esa resolución —un marido que se respete muere sin averiguar ciertas cosas—, pero sé que la amaba... No quise abrir mis ojos... Un momento más y aquel cuchillo... ¡Oh!

Unas palabras absurdas, inverosímiles, interrumpieron mis últimas meditaciones. Susana debía estar muy cerca... Oía casi su respiración.

—¿Sabes? Yo quería hoy que estuviéramos solos porque... deseaba leerte una novela policial... Sé que vas a reírte..., pero es con destino a un concurso... Además, están de moda las novelas policiales...

Abrí los ojos. Miré. No dije nada. Susana estaba sentada a mi lado. Tenía un grueso cuaderno en su falda.

—Sólo que, como soy tan descuidada, he perdido algunas de sus hojas... En una de ellas, precisamente, tenía escrita la forma en que la esposa se dispone a asesinar al marido...

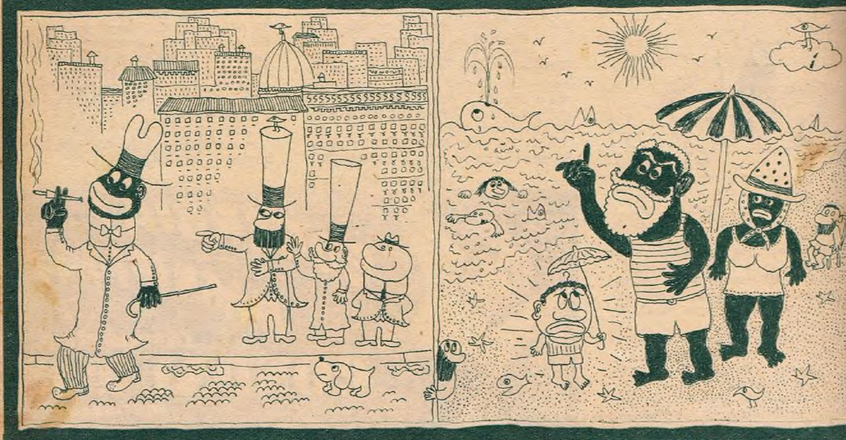
Yo no sé, lector, qué harías tú en mi lugar. Yo sólo sé que le di un beso y luego le dije:

—Lee...

Y me dispuse a dormirme tranquilamente. ◈

NOCHE OSCURA

Por LANDRU



—Es muy bueno... Es un pedazo de pan.
—Sí, de pan negro.

—¿Ves, hijo? Eso te pasa por tomar tantos baños de sombra...





—Mala suerte... ¡un hombre blanco!

—¡Qué encantos! Se parecen como dos gotas de tinta.

Aire de familia

NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

¡OH, LAS MUJERES!

A los veinticinco años, la mujer suele decir: "La poca juventud que me queda".

A los treinta y cinco: "Estos pocos años de juventud que me quedan".

Y a los cuarenta y cinco: "Los muchos años de juventud que me quedan".

DE DOS MALES...

En la redacción de una revista:

—Señor director, hay abajo dos personas que desean verle: un poeta, que trae unos trabajos originales, y el sastre, con una cuenta atrasada que usted le debe.

El director vacila, pero luego, con aplomo, responde:

—El sastre, que pase el sastre...

¡SI LO SABRIA!

CLIENTE. — El mes pasado me cobró usted ochenta pesos por el arreglo de esta radio, y hoy ya tengo que volver con ella. ¿Cómo se lo explica?

ELECTRICISTA. — ¡Ah, es que yo sé conservar la clientela!...

LO DE SIEMPRE

El mozo del restaurante, gritando a los de la cocina:

—¡Preparen más cubiertos, porque se han apagado las luces de uno de los salones!...

INSTINTO

Decía Alfredo Capus:

"La mujer es capaz de proceder mal, sólo para poder experimentar el placer de contarlo".

PINCELITO PURAPOSE — *Misión prosaica* — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**



CASO DUDOSO

por Sevilla



—Dígame, doctor, esto de muerte aparente, ¿qué es? Porque ahora no sé si tengo que llorar o reír...

ACTUALIDADES GRAFICAS



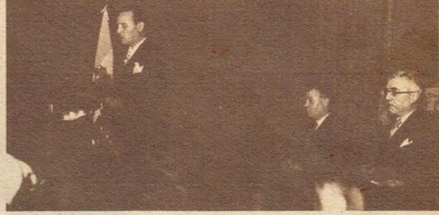
"LA CASA DE BUENOS AIRES".—En un acto que alcanzó gran trascendencia y al que concurrieron el presidente de la Nación y altas autoridades del país, inauguróse "La Casa de Buenos Aires", reflejo de la vida de la provincia homónima.



EMPADRONAMIENTO FEMENINO.—En la sede central del Registro Civil llevóse a cabo una significativa ceremonia con la que se inició oficialmente el empadronamiento femenino en el país. Asistieron al acto la esposa del primer magistrado y autoridades nacionales y municipales.



EMBAJADA POPULAR.—Numerosos agasajos reciben los componentes del conjunto "Coros y Danzas de España", que nos visita. Durante el acto de recepción brindan con el intendente de Buenos Aires el embajador de España y su esposa.



INAUGURACION.—En el Teatro Nacional Cervantes se inauguraron, con la presencia del secretario de Educación y altos funcionarios de dicho departamento, dos salas que serán destinadas a exposiciones, conciertos y conferencias. Una de ellas se denomina "Sala Argentina".



EXPOSICION.—Fué muy concurrida la muestra que, en la Galería Müller, inauguró recientemente el pintor Ramón Gómez Cornet. Las obras expuestas recibieron elogiosos conceptos de los críticos de arte locales.



AGASAJADO.—Fué agasajado con una comida por un grupo de amigos y compañeros de tareas el señor Rodolfo Iglesias, de la firma comercial del mismo nombre, quien fué despedido así de la vida de soltero. La reunión transcurrió en un ambiente de grata camaradería.



ARTISTICAS. — Susana Bètous, conocida pintora francesa, acaba de regresar a Buenos Aires, donde pasara gran parte de su vida, con el objeto de exponer una muestra de sus obras, al cabo de varios años de estudio en el extranjero.



LAUREADA. — Flora Nudelman, que representará a los pianistas argentinos en el concurso internacional de música de Scheveningen, departe, poco antes de su partida para Holanda, con el señor Kool, presidente de Philips Argentina, durante la reunión de despedida a ella y a sus compañeros de violín y canto.

CONCIERTO. — Una vez más presentóse ante el público argentino la celebrada violinista española Rosa Más. El auditorio premió su labor con prolongados aplausos en mérito a su exquisito arte.



DIRECTOR. — El señor Efraín Orozco, celebrado director y compositor que actúa en el difundido programa "América de pie", que se propala por la onda de Radio Splendid y que está destinado a exaltar y difundir los ritmos y cantores del continente.

IMPACIENCIA DEL CORAZON

famosa novela de

STEFAN ZWEIG

TRADUCIDA POR ALFREDO CAHN

TAPA E ILUSTRACIÓN DE ARTECHE



AQUEL QUE TIENE, LE SERA DADO MAS. Estas palabras del libro de la *Sabiduría* podrá confirmarlas con tranquila seguridad cualquier escritor en el sentido de que "a aquel que ha narrado mucho, le será referido más". Nada más equivocado que la idea tan común de que en el autor trabaja la fantasía ininterrumpidamente y de que invente sin pausa sucesos y cuentos, como sacándolos de un fondo inagotable. La verdad es que en vez de hallar e inventar sólo tiene que dejarse hallar por figuras y acaecimientos que sin interrupción lo buscan para que vuelva a contarlos, siempre que haya conservado la capacidad superior de la visión y de la atención. Aquel que se ha esforzado a menudo en interpretar algunos destinos, recibirá de muchos el testimonio de su sino.

Lo contenido en este libro también me ha sido referido casi íntegramente en la forma aquí reproducida; y ello, de un modo absolutamente inesperado. En oportunidad de mi última estada en Viena, concurrí una tarde, cansado de toda clase de quehaceres, a un restaurante de suburbio, del cual sospechaba que hacía tiempo había pasado de moda y resultaría, por eso mismo, poco frecuentado. Mas, apenas hube entrado, tuve que convencerme a disgusto de mi equivocación. De la primera mesa se levantó un conocido, quien me saludó con evidentes manifestaciones de sincera alegría, que en verdad yo no compartí con la misma efusión, y me invitó a tomar asiento junto a él. Faltaría a la verdad si dijera que aquel señor solícito era una persona antipática o falsa; pertenecía a esas naturalezas forzosamente sociales que coleccionan relaciones con el mismo celo con que los niños reúnen estampillas y que, por lo mismo, sienten un peculiar orgullo por cada relación adquirida. Para este curioso buen hombre —que era, además, un archivero eficaz y de muchos conocimientos—, todo el sentido de la vida se reducía a la modesta satisfacción de poder agregar, al leer un nombre que de vez en cuando aparecía en los periódicos, con naturalidad admirable: "Un buen amigo" o "Ah, ayer estuvimos juntos", o "Mi amigo A me dijo y mi amigo B opina", y así, a lo largo de todo el alfabeto. Aplaudía puntualmente los estrenos de las obras de sus amigos, telefoneaba a la mañana siguiente a cada actriz para felicitarla, no olvidaba ningún cumpleaños, callaba las gacetillas desagradables, enviando en cambio al interesado, con cordial expresión, las noticias halagadoras. No era, pues, un hombre desagradable, ya que se esforzaba sinceramente y se sentía dichoso si se le pedía un pequeño servicio, y aun más si se enriquecía con una nueva pieza el museo de curiosidades de sus relaciones.

Pero no hace falta describir con mayor lujo de detalles a mi amigo "Adabei" —que es el mote con que generalmente se designa en Viena a esa subespecie de parásitos benignos dentro del grupo abigarrado de *snobs*—, pues todo el mundo los conoce y sabe que es imposible defenderse sin aspereza contra su condición inofensiva. Me senté, pues, resignadamente a su mesa y charlamos un cuarto de hora, cuando entró en el local un señor alto, que llamaba la atención por su rostro juvenil y fresco, y el cabello encanecido. Cierta peculiaridad de su modo de caminar revelaba en seguida que había sido oficial. Mi compañero le hizo un gesto amigable con su cumplimiento característico, pero el recién llegado respondió más bien con indiferencia que cortesía, y antes de que el nuevo parroquiano hubiese hecho su pedido al mozo, que acudía presuroso, mi amigo Adabei ya se había inclinado para susurrarme:

—¿Sabe usted quién es ese señor?

Como yo conocía el orgullo de coleccionista con que presentaba cada ejemplar medianamente interesante de su colección para alabarlo, y temeroso de provocar explicacio-



nes demasiado largas, repliqué sólo con un "No" displicente y me puse a despedazar mi porción de torta. Esta indiferencia de parte mía aumentó más todavía la nerviosidad de Adabei, quien, tapándose a medias la boca, agregó con voz discreta:

—Pero si es Hofmiller, de la Intendencia General; usted tiene que conocerlo. Aquel que durante la guerra recibió la condecoración de la Orden de María Teresa.

Como este hecho no pareció conmoverme en el grado esperado, empezó a contar lo que este capitán de caballería Hofmiller había hecho durante la guerra, sus hazañas en el arma de la caballería y luego en un vuelo de exploración sobre el Piave, en el que él solo había derribado tres aviones y, finalmente, en una compañía de ametralladoras con la que mantuvo durante tres días ocupado todo un sector del frente. Refirió todo eso con muchos detalles (que paso aquí por alto), manifestando a cada instante su profunda sorpresa de que yo no hubiera oído hablar de este hombre extraordinario a quien el mismo Emperador Carlos, en persona, había distinguido con la condecoración más alta del ejército austríaco.

Me dejé seducir a mi pesar, y miré hacia la otra mesa para ver, por una vez, a distancia de dos metros, un héroe con el sello histórico. Pero tropecé entonces con una mirada dura y disgustada que parecía decir: "¿Ya le chismeó ese mentecato alguna cosa respecto a mi persona? No hay nada que ver en mí". Simultáneamente, aquel señor volvió la silla con un movimiento a todas luces hostil y nos dió enérgicamente la espalda. Me volví, un poco avergonzado, y en adelante me cuidé mucho de mirar de nuevo en dirección a aquella mesa. Poco después me despedí de mi buen charlatán, no sin observar, al salir, que en seguida se trasladaba hacia el héroe, seguramente para informarle con la misma solicitud acerca de mi persona.

Eso fué todo. Un cambio de miradas. Y, por supuesto, habría olvidado ese fugaz encuentro si el azar no hubiera querido que, precisamente al siguiente día, me encontrara de nuevo, en una pequeña reunión, frente a aquel señor despectivo quien, por lo demás, vestido de *smoking*, llamaba aún más la atención y resultaba más elegante que con el *homespun* deportivo que llevaba la víspera. A ambos nos costaba algún esfuerzo reprimir una sonrisa, esa sonrisa cómplice entre dos personas que, en medio de un grupo mayor, guardan cuidadosamente un secreto común. Me reconoció, lo mismo que yo a él, y es probable que los dos nos hayamos divertido o molestado del mismo modo con el correveidile de la víspera. Al principio evitamos hablarnos, cosa que por otra parte hubiera sido imposible, ya que se había iniciado una agitada discusión en torno nuestro.

El objeto de esa discusión queda revelado de antemano si menciono que ella tuvo lugar en el año de 1938. Los cronistas venideros de nuestro tiempo dejarán constancia de que casi toda controversia producida durante el año 1938 en cualquier país de nuestra azorada Europa giraba alrededor de la probabilidad o improbabilidad de una nueva guerra mundial. El tema dominaba inevitablemente toda reunión, y a veces se tenía la impresión de que no eran los hombres los que desviaban su temor hacia las esperanzas o las suposiciones, sino que era la misma atmósfera, el aire agitado y cargado de ocultas tensiones el que vibraba en las palabras.

Sustentaba la discusión el dueño de casa, abogado de profesión y hombre de propensiones ergotistas. Demostró, con los argumentos habituales, el dislate corriente según el cual la nueva generación sabía lo que era la guerra y no entraría en una nueva conflagración tan desprevenidamente como en la anterior. Los fusiles serían dirigidos hacia atrás, durante la movilización, y sobre todo los ex combatientes como él no habrían olvidado lo que una nueva guerra les deparaba. Me sentí sublevado por la seguridad fanfarrona con que en una hora en que decenas y aun centenares de fábricas estaban produciendo explosivos y gases venenosos, excluía la posibilidad de una guerra con la misma indolencia con que quitaba la ceniza de su cigarrillo. Advertí muy decididamente que no se debía incurrir en el error de creer que aquello que se deseaba era la verdad. Las oficinas y organizaciones militares que preparaban la guerra, no habían estado durmiendo, y mientras nosotros nos embriagábamos con utopías, aquéllas habían aprovechado bien los tiempos de paz para organizar las masas a su arbitrio, a fin de disponer de ellas y tenerlas, como quien dice, a punto de disparar. Ahora mismo, en plena paz, el sometimiento general había aumentado en proporciones increíbles, gracias a la perfección de la propaganda, y era conveniente mirar de frente el hecho de que en el instante en que la radio difundiera la noticia de la movilización en todos los hogares, no había que esperar resistencia en ninguna parte. Hice constar que el grano de arena llamado hombre había dejado de contar en absoluto como voluntad.

Es natural que todos estuvieran contra mí, pues de acuerdo con una experiencia probada, el instinto de autoengaño del hombre suele librarlo interiormente de los peligros conscientes declarándolos nulos y sin valor, y semejante advertencia contra el optimismo barato debía resultar doblemente desagradable en vista de la cena espléndida que se preparaba en la estancia contigua.

Me sorprendió, pues, que el caballero de la orden de María Teresa me secundara inesperadamente, pues mi i n s t i n t o equivocado había supuesto en él a un adversario. Declaró con vehemencia que era efectivamente una tontería poner en la balanza, hoy en día, la voluntad o la falta de voluntad del material humano, pues en la próxima guerra el esfuerzo verdadero estaría de parte de las máquinas, quedando los hombres reducidos nada más que a una especie de parte integrante de aquéllas. Ya en la última guerra había tropezado en el frente con muy pocos hombres que la hubieran aceptado o negado claramente. La mayoría se había visto mezclada en ella como en una nube de polvo llevada por el viento y había permanecido luego en el gran torbellino, sacudido cada cual sin voluntad propia, como un grano de trigo en una bolsa. En suma, había sido tal vez mayor el número de los que huían hacia la guerra que el de los que escapaban de ella.

Le escuché sorprendido, interesado sobre todo por la vehemencia con que continuó hablando.

—No nos engañemos. Si hoy día se reclutara gente en cualquier país para cualquier guerra exótica, para una guerra en Polinesia o en cualquier rincón de Africa, acudirían miles y centenares de miles de hombres, sin saber a ciencia cierta por qué y quizá por el solo deseo de huir de sí mismos y de nuestras ingratas condiciones de vida. A la resistencia efectiva contra una guerra no le puedo asignar un valor superior a cero. La resistencia del individuo aislado contra una organización requiere siempre mucho más valor que el mero dejarse arrastrar; es decir, requiere valor individual, cuya especie se extingue en nuestros tiempos de organización y mecanización progresivas. Durante la guerra he observado casi exclusivamente el fenómeno del valor colectivo, del valor de las formaciones, y el que estudie más detenidamente ese hecho descubrirá extraños componentes: mucha vanidad, mucha ligereza y aun aburrimiento, pero sobre todo mucho temor. Sí: miedo de quedar atrás, miedo de ser blanco de burlas, miedo de obrar por cuenta propia, y miedo, principalmente, de colocarse en oposición a la corriente colectiva.

La mayoría de los que en el frente eran considerados como los más valientes, resultaban luego, personalmente, héroes muy discutibles. Y —agregó, dirigiéndose amablemente al dueño de casa, que ponía cara de descontento—, no me exceptúo a mí mismo.

Me agradó su manera de expresarse y sentí deseos de ir a su encuentro, pero en ese instante la dueña de casa nos invitó a pasar al comedor, y no se me ofreció ya oportunidad de iniciar con él una conversación, puesto que ocupábamos asientos muy distantes en la mesa. Sólo al retirarse todos los invitados volvimos a encontrarnos en el guardarropa.

—Creo —me dijo sonriendo— que nuestro protector común ya nos ha presentado indirectamente.

Sonreí también.

—Y con lujo de detalles.

—Seguramente ha recargado las tintas para presentarme como un Aquiles y no dudo que se colocó, como quien dice, mi condecoración en la solapa del saco.

—Así es, más o menos.

—En realidad, está condenadamente orgulloso de ella... lo mismo que de los libros de usted.

—Es un tipo extravagante. Pero los hay de peor especie. Si usted gusta —agregué—, podemos caminar un momento juntos.

Así lo hicimos. De pronto volvióse hacia mí para decirme:

—Créame, no hablo por hablar cuando afirmo que durante años y años nada me ha hecho sufrir más que esa condecoración de la orden de María Teresa que, para mi gusto, es demasiado llamativa. Es decir, para no faltar a la verdad, cuando en el frente me la colgaron en el cuello sentí primero, como es natural, un escalofrío de orgullo. Al fin y al cabo uno ha sido educado como militar, y en la escuela de guerra yo había oído hablar de esa condecoración como de una leyenda. Es una condecoración que recae, durante una guerra, sobre apenas una docena de hombres, y que baja, verdaderamente, como una estrella que se desprende del cielo. Para un muchacho de veintiocho años significa, claro está, una gran cosa. De pronto uno se encuentra frente a una formación militar íntegra; todas las miradas convergen, admiradas, en ese pequeño sol que de repente ha empezado a brillar en nuestro pecho, y el Emperador, la majestad inaccesible, le estrecha a uno la mano para felicitarlo. Pero entiéndame: esa distinción sólo tiene sentido y valor dentro de nuestro mundo militar, y cuando la guerra terminó, me parecía ridículo pasar toda mi vida como héroe autenticado, porque en una oportunidad había obrado durante veinte minutos con verdadero coraje — y posiblemente con no menos valor que otros diez mil, a los que sólo aventajaba por la suerte de haber sido observado y por la suerte, quizás más sorprendente todavía, de haber vuelto con vida. Ya al cabo de un año en que, en todas partes, la gente fijaba su mirada sobre aquel pedacito de metal para alzarla luego respetuosa hacia mi rostro, estuve más que cansado de pasearme como monumento ambulante, y el enojo que me causaba la eterna expectación que despertaba fué una de las razones decisivas para que después de la guerra me retirara tan pronto del servicio militar.

Aceleró un tanto sus pasos.

—Dije que fué *uno* de los motivos. La causa principal era de orden personal, y tal vez usted la comprenda mejor aun. Consistía en que yo mismo dudaba de su justificación y, sobre todo, de mi heroísmo. Yo sabía, claro está, mejor que los mirones extraños, que detrás de esa condecoración había alguien que era todo menos un héroe; acaso un verdadero cobarde, uno de esos que sólo se han afanado y esforzado tanto durante la guerra porque deseaban salvarse de una situación desesperante, más bien desertores ante la responsabilidad propia que héroes en el cumplimiento del deber. Yo no sé cómo juzga usted, pero, para mí, la vida con nimbo y aureola me parece falsa e insoportable, y me siento sinceramente aliviado desde que no tengo ya necesidad de pasear mi biografía de héroe en el uniforme militar. Aun ahora me siento molesto cuando alguien desentierra mi vieja gloria, y no tengo por qué ocultarle que ayer estuve a punto de dar un salto hacia su mesa para gritarle a aquel charlatán que fanfarronease a costa de otro que no fuera yo. Toda la noche me atormentó su mirada respetuosa, y para desmentir a ese charlatán hubiera querido obligarle a usted a escuchar y saber de qué modo tortuoso llegué a mi heroísmo. Fué una historia muy singular que, en verdad, podría probar que a veces el valor no es más que una debilidad invertida. Por lo demás, no tendría empacho en contársela aun ahora, de un tirón. Lo que hace un cuarto de siglo pesa sobre un hombre, ya no le incumbe a él, sino, desde tiempo atrás, a otro. ¿Tiene usted tiempo? ¿Y no se aburrirá?

Desde luego, tenía tiempo, y así seguimos paseándonos todavía largo rato por las calles desiertas, y aun continuamos nuestras entrevistas en los días siguientes. He introducido sólo insignificantes modificaciones en el relato de mi interlocutor. He puesto acaso ulanos en vez de húsares, he trasladado las guarniciones en el mapa para disimularlas, y cambiado cuidadosamente todos los nombres verdaderos. Pero en ninguna parte he agregado nada importante por mi cuenta, y no soy yo, sino mi confidente, el que ahora empieza a hablar.

Todo comenzó con una torpeza, con una majadería completamente inocente, una *gaffe*, como dicen los franceses. Siguió luego la tentativa de corregir mi error; pero cuando se trata de reparar la ruedecilla de un reloj con demasiado apresuramiento, se suele echar a perder el mecanismo entero. Aun hoy, al cabo de tantos años, no consigo fijar el límite

dónde terminó mi torpeza y dónde comenzó mi culpabilidad. Supongo que nunca lo lograré.

Contaba yo entonces veinticinco años y era teniente de ulanos. No puedo afirmar que jamás hubiera sentido una pasión especial o una vocación interior para la carrera militar. Pero cuando en la familia de un funcionario de la vieja Austria rodean la mesa dos niñas y cuatro muchachos eternamente hambrientos, no se pregunta mucho por sus inclinaciones, sino que se les mete bien pronto en el horno de la profesión para que no constituyan por demasiado tiempo una carga para la familia. Mi hermano Ulrich, que ya en la escuela primaria echara a perder su vista con tanta lectura, fué enviado al Seminario, mientras que yo fuí destinado, en consideración a mis huesos resistentes, al colegio militar. Allí, el hilo de la vida se desovilla mecánicamente, y no hace falta engrasarlo. El Estado se preocupa de todo. En pocos años modela gratuitamente, de acuerdo a un tipo establecido, de la materia prima constituída por un muchacho pálido, un abanderado barbilampiño que entrega, listo para su uso, al ejército. Cierto día, en un cumpleaños del Emperador, y antes de cumplir yo los dieciocho años, fuí enrolado, y poco tiempo después ya lucía la primera estrella en el cuello de mi uniforme. Así quedó cumplida la primera etapa, y entonces podía desenvolverse el turno de los ascensos, con los intervalos obligatorios, mecánicamente, hasta el retiro y la gota. Tampoco había sido mi deseo personal el de servir en el arma de caballería, el arma que, por desgracia, resulta más costosa entre todas. Fué más bien el capricho de mi tía Daisy, que se había casado en segundas nupcias con el hermano mayor de mi padre, cuando aquél dejó el Ministerio de Hacienda para encargarse de la —mejor remunerada— presidencia de un Banco. Rica y *snob* a la vez, ella no quería tolerar que un miembro de su familia desacreditara el nombre de los Hofmiller sirviendo en el arma de infantería, y como pagó por ese capricho una renta mensual de cien coronas, tuve que demostrarle en toda oportunidad mi rendido agradecimiento. Nunca pensó nadie en si me gustaba servir en la caballería o, en general, prestar servicio activo, y yo menos que nadie. Mientras montaba a caballo, me sentía bien, y mis pensamientos no iban mucho más allá del cuello del animal.

En aquel mes de noviembre de 1913 debió haberse deslizado un decreto de una oficina a otra, pues de repente nuestro escuadrón fué trasladado de Jaroslav a otra pequeña guarnición de la frontera húngara. Es igual que dé a esa población su nombre verdadero o no, pues dos botones de uniforme en una misma blusa no pueden parecerse más que una guarnición austríaca de provincia a otra. En todas ellas la misma distribución de locales: un cuartel, un campo de ejercicios, una pista de equitación, un casino para los oficiales, amén de tres hoteles, dos cafés, una confitería, una vinería, un *varieté* miserable con declinantes bataclanas que, en sus horas libres, se dedican amorosamente a los oficiales y soldados. En todas partes el servicio militar significa la misma monotonía hueca, dispuesta hora por hora de acuerdo a un reglamento secular, y rígido como el acero, sin que sean más distraídas ni aun las horas libres. En el casino de oficiales, idénticos rostros, las mismas conversaciones: en el café, los mismos partidos de naipes y el mismo billar. A veces uno se asombra de que el buen Dios se complazca en colocar, por lo menos, un cielo y un paisaje diferentes en torno a los seiscientos u ochocientos tejados de tales poblaciones.

Mi nueva guarnición ofrecía en verdad una ventaja sobre la anterior, en Galitzia: era una estación donde se detenían los trenes expresos, y se hallaba, de un lado, cerca de Viena, y del otro, no muy lejos de Budapest. Los que tenían dinero —y en la caballería sirven siempre algunos muchachos ricos, o en último término los voluntarios que pertenecen en parte a la alta nobleza o a los círculos industriales—, podían, de prepararse con anticipación, tomar el tren de las cinco a Viena, para volver con el nocturno de las dos y media, disponiendo así de tiempo suficiente para visitar el teatro, pasearse por la Ringstrasse, desempeñar el papel de caballeros y buscar alguna aventura ocasional. Algunos de los más envidiados, incluso disponían, en la capital, de un departamento o de una *garçonnière*. Por desgracia, tales escapadas reanimadoras no se hallaban al alcance de mi renta mensual. Me quedaban como único entretenimiento el café y la confitería, y allá me dedicaba al billar o al ajedrez, que es más barato aun, porque las partidas de naipes me resultaban generalmente demasiado costosas.

Aquella tarde —debe haber sido a mediados de mayo de 1914— también estaba en la confitería jugando con un compañero accidental, el farmacéutico de *El Angel Dorado* y viceburgomaestre de nuestra guarnición. Hacía rato que habíamos terminado nuestras tres partidas habituales y charlábamos, para no levantarnos —¿pues adónde ir en ese pueblo aburrido?—, pero la conversación ya se apagaba lentamente como un cigarrillo que se deja consumir. De repente se abrió la puerta y, con el remolino de una falda acampanada, entró una ráfaga de aire fresco y una muchacha bonita: ojos castaños almendrados, tez oscura, un modo de vestir elegante, que no tenía nada de provinciano y, sobre todo, un rostro nuevo en esa monotonía desamparada. Lástima que la gentil ninfa no miró siquiera a los que la admiramos respetuosamente; decidida y resuelta, con firme paso deportivo, sorteó las nueve mesitas de mármol del local, para dirigirse directamente al mostrador, donde encargó una docena de tortas, dulces, masas y licores al por mayor. Me llamó la atención la reverencia devotísima del señor confitero —nunca había visto tan tensa y curvada la costura de la espalda de su chaqueta—. Hasta su mujer, la venus provinciana recia y maciza, acostumbrada a dejarse hacer la corte por los oficiales (ya que a menudo quedaban debiendo hasta fin de mes una que otra bagatela), se levantó de su asiento junto a la caja, para derretirse casi en una cortesía melosa. Mientras el señor confitero anotaba el pedido, la muchacha bonita mordía despreocupadamente unos cuantos bombones y conversaba con la señora Grossmayer; pero para nosotros, que alargábamos el cuello, quizá excesivamente interesados, no tenía siquiera una mirada. Naturalmente, la joven no cargó su bonita mano ni con un solo paquetito; la señora Grossmayer le prometió sumisamente que todo, sin falta, le sería enviado a su casa. Tampoco se le ocurrió pagar, como nosotros, simples mortales, en la brillante caja registradora. Inmediatamente comprendí que se trataba de una cliente extrafina y distinguida.

Cuando, después de haber hecho su pedido, se dispuso a salir, el señor Grossmayer adelantóse precipitadamente para abrirle la puerta. El señor farmacéutico se levantó también de su asiento para saludar respetuosamente a la joven que pasaba casi volando. Ella agradeció con soberana gentileza —¡caramba, qué ojos aterciopelados, de color de venado!—. Yo estaba impaciente por preguntar, lleno de curiosidad, a mi compañero, por ese esturión que había aparecido en este estanque de carpas, apenas hubiera abandonado el negocio, entre una nube de cumplimientos.

—Oh, ¿usted no la conoce? Es la sobrina de Von Kekesfalva. Usted conoce a los Kekesfalva, ¿verdad?

Kekesfalva. Lanzó el nombre como un billete de mil coronas y me miró como si esperara el eco natural, un respetuoso: "Ah, sí. Naturalmente." Pero yo, teniente recién trasladado, llegado unos pocos meses atrás a la nueva guarnición, no sabía nada de ese dios misterioso, y solicité mayores detalles, que el señor farmacéutico me facilitó complacido y con un auténtico orgullo provinciano; aunque, por supuesto, con muchas más palabras y agregados que los que aquí repito.

—Kekesfalva —me explicó— es el hombre más rico en todo el contorno, propietario no sólo del castillo Kekesfalva... Usted ha de conocer ese castillo; se ve desde la plaza de ejercicios, está a la izquierda de la carretera, es una construcción amarilla, con una torre plana y un viejo parque enorme..., sino también de la gran refinería de azúcar en el camino a R., el aserradero de Bruck, el Stud de M. Todo eso es suyo, y además le pertenecen seis o siete casas en Budapest y Viena. Nadie creería que aquí hay gente tan acaudalada. Kekesfalva sabe vivir como un verdadero magnate. Los inviernos los pasa en su palacete de la calle Jacquin, en Viena; el verano en los balnearios; aquí sólo está por unos meses, durante la primavera, ¡pero hay que ver cómo vive! Trae cuartetos de Viena, champaña y vinos franceses; lo mejor de lo mejor.

El farmacéutico se ofreció a introducirme en esa casa, si yo aceptaba, y agregó, con gran muestra de satisfacción, que era amigo del señor Von Kekesfalva, con el que en años anteriores había estado en relaciones comerciales y de quien sabía que gustaba rodearse de oficiales. Bastaba una palabra suya para que yo fuera invitado.

¿Por qué no? Uno se ahoga verdaderamente en ese estanque de cangrejos de las guarniciones provinciales. Conoce de vista a todas las mujeres y el sombrero de verano y el de invierno de cada una de ellas, así como el vestido elegante y el ordinario, que son siempre los mismos. Y conoce al perro y a la criada y a los chicos, de tanto mirarlos y de tanto apartar la mirada. Conoce todas las artes de la fornida cocinera bohemia del casino y poco a poco su paladar se reseca con sólo mirar el menú eternamente igual del hotel. Conoce cada nombre, cada cartel, cada letrero de todas las calles y cada negocio y cada casa y todos los escaparates de todos los negocios. Sabe casi con la misma exactitud que el mozo Eugenio a qué hora aparece en el café el señor juez, que tomará asiento junto a la ventana de la izquierda y que a las dieciséis y treinta pedirá un café vienés, en tanto que el señor notario llegará exactamente diez minutos después, a las dieciséis y cuarenta, para tomar —encantadora variación— una taza de té con limón, en atención a su dolencia estomacal, y para contar los mismos chistes mientras fuma el cigarro eternamente igual. Conoce todos los rostros, todos los uniformes, todos los caballos, todos los cocheros, todos los mendigos de todo el contorno, y se conoce a sí mismo hasta el cansancio. ¿Por qué no salir una vez de la rutina? ¡Y luego, esa chica tan bonita, con esos ojos de color de venado! Declaré, pues, a mi protector, con indiferencia disimulada —no era cuestión de mostrarse ansioso frente a ese orgulloso amasador de píldoras—, que, efectivamente, tendría mucho gusto de llegar a conocer la familia Kekesfalva.

Y he aquí que mi bravo farmacéutico no había fanfarroneado, pues dos días más tarde me trajo, todo hinchado de orgullo y con un gesto de benefactor, una tarjeta impresa a la que se había agregado en caligrafía mi nombre, y esa tarjeta decía que el señor Lajos von

Kekesfalva invitaba al teniente Anton Hofmiller a un *dinner* que se serviría el miércoles siguiente a las ocho de la noche. Afortunadamente yo había recibido una educación adecuada y sabía cómo debía conducirme en semejante situación. El domingo por la mañana vestí, pues, mi mejor gala, guantes blancos, zapatos de charol, me afeité impecablemente, me puse una gota de agua de colonia al bigote y me dirigí en coche al castillo para hacer mi visita de presentación. Un criado viejo, discreto y que vestía una buena librea, recibió mi tarjeta y murmuró en tono de excusa, que los señores lamentarían sinceramente no haber podido recibir al señor teniente, pues se hallaban en la iglesia. Tanto mejor, pensaba yo, pues las visitas de presentación son las que me inspiran más horror dentro y fuera del servicio. De todos modos, había cumplido con mi deber. Volvería el miércoles por la noche y esperaba pasar entonces un rato agradable. El asunto Kekesfalva quedaba así concluído, según mi opinión, hasta el miércoles. Pero con sincera alegría encontré en mi habitación, dos días después, es decir el martes, una tarjeta de visita con la punta doblada que había dejado allí el señor Kekesfalva. Intachable, pensé. Esa gente tiene buenos modales. A sólo dos días de mi visita de presentación se la devuelven al oscuro oficial; ni un general pudiera desear mayor gentileza y respeto. Esperé, pues, con una disposición verdaderamente agradable, la noche del miércoles.

Pero ya al principio tuve un incidente. Habría que ser supersticioso y tener más en cuenta los pequeños indicios. El miércoles, a la siete y media de la tarde, cuando ya estaba completamente vestido, con el mejor uniforme, guantes nuevos, zapatos de charol, la raya del pantalón como el filo de una espada, y cuando mi ordenanza me estaba arreglando los pliegues de la capa y me revisaba de arriba abajo (para eso necesitaba de mi ordenanza, pues en mi piecita mal iluminada sólo disponía de un espejo de mano), alguien golpeó fuertemente la puerta. Era otro ordenanza. El oficial de guardia, mi amigo el capitán conde Steinhübel, me mandaba pedir que lo fuera a ver a la sala de los soldados. Habían peleado dos ulanos, que seguramente estaban embriagados y finalmente el uno le había dado al otro con la carabina en la cabeza. Allí yacía el zopenco, desvanecido, sangrante y con la boca abierta. No se sabía por ahora si tenía aún la cabeza entera o no. El médico del regimiento había ido a Viena en goce de licencia; no había manera de encontrar al coronel, y, en su desesperación, el bueno de Steinhübel me llamó a tambor batiente para que lo ayudara, en tanto que él se preocupaba por el herido. Tuve que tomar el protocolo y enviar ordenanzas a todas partes a fin de movilizar, en el café o en cualquier otro sitio, a un médico particular. Con todo eso, eran ya las ocho menos cuarto. Y veía ya que no iba a poder librarme antes de un cuarto o de media hora. ¡Maldición! Justamente este día tenía que suceder semejante zafarrancho, nada menos que cuando estaba yo invitado. Miraba el reloj con creciente impaciencia. Era a todas luces imposible llegar con puntualidad si tenía que seguir cinco minutos más en mi puesto. Pero se nos ha hecho carne y uña la idea de que el servicio prevalece sobre todo compromiso particular. Puesto que no podía largarme, hice lo único posible en esta situación aviesa, es decir mandé a mi ordenanza en un coche a casa de los Kekesfalva (cuatro coronas me costó esa broma) con el encargo de decir que pedía que se me perdonase si acaso llegaba tarde, pero que me retenía un inesperado suceso en el servicio. Afortunadamente, el alboroto en el cuartel no duró demasiado, pues el coronel en persona se presentó con un médico al que se había hallado prontamente, y entonces yo pude despedirme a la francesa.

Pero, nuevo contratiempo: justamente ese día no había ningún coche en la plaza del Ayuntamiento y tuve que esperar hasta que se pidiera por teléfono un carruaje tirado por dos caballos. Fué inevitable, así, que al llegar por fin al gran vestíbulo de los Kekesfalva el minutero del reloj de pared pendiera verticalmente señalando las ocho y media en lugar de las ocho, y observé que los abrigos en el guardarropa formaban ya un grueso montón. La expresión un tanto cohibida del lacayo también me indicó que había llegado muy atrasado; contratiempo muy desagradable, por cierto, más aún siendo la primera visita.

El servidor, que llevaba guantes blancos, frac, camisa almidonada y una cara tiesa, me tranquilizó informándome que el ordenanza había entregado mi mensaje media hora antes. Me condujo al salón, que tenía cuatro ventanas, estaba tapizado con seda roja, iluminado por artefactos de cristal, y era, en fin, extraordinariamente elegante. Nunca había visto nada más distinguido. Pero, para mi desgracia y mi vergüenza, aparecía completamente abandonado, mientras que de la habitación contigua partía un alegre entrechocar de platos. ¡Caramba, me lo imaginaba, ya estaban comiendo!

Hice de tripas corazón, y al abrir el lacayo las puertas corredizas, adelanté hasta el umbral del comedor, junté enérgicamente los tacos de los zapatos e hice una reverencia. Todo el mundo levantó la mirada; veinte o cuarenta ojos, todos ellos extraños, revisaron al retrasado, quien, demostrando muy poco amor propio, se servía del vano de la puerta como de un marco para su figura. De inmediato se levantó un señor entrado en años, sin duda el dueño de casa, y quitándose con gesto ligero la servilleta, vino a mi encuentro y me tendió su mano invitándome a pasar. Este señor Von Kekesfalva no era, como yo me había imaginado, el tipo del noble provinciano, con bigote a la húngara, mejillas llenas, corpulento y rojizo por efecto del buen vino. Detrás de unos lentes montados en oro nadaban unos ojos un tanto cansados, sobre pronunciadas ojeras; los hombros caían un poco inclinados hacia adelante;

la voz parecía un cuchicheo y trabada por una tosecita. Hubiera podido tomársele más bien por un sabio, en consideración de su rostro delgado y fino que terminaba en una blanca y rala barbita puntiaguda. La peculiar gentileza de ese señor surtió un efecto extraordinariamente calmante para mi inseguridad. Me cortó en seguida la palabra afirmando que a él le correspondía pedir perdón. Sabía bien, dijo, que en el ejército siempre suceden cosas inesperadas y que había sido una atención especial de mi parte el haberle hecho llegar un mensaje. Sólo por no haber tenido seguridad de mi presencia se había iniciado la cena. Y en seguida me invitó a tomar asiento sin tardanza, aduciendo que más tarde tendría oportunidad para presentarme los comensales, uno por uno. Y acompañándome a la mesa, hizo una sola excepción, conduciéndome junto a su hija. Una jovencita delicada, pálida, frágil como él mismo, interrumpió su conversación y dirigió hacia mí, tímidamente, un par de ojos grises. Pero sólo vi como al vuelo el rostro delgado y nervioso; me incliné primero ante ella y luego sucesivamente hacia la derecha y la izquierda ante los invitados, que al parecer celebraban no tener que depositar en la mesa tenedores y cuchillos ni ser molestados por circunstanciales ceremonias de presentación.

Los primeros dos o tres minutos me sentí todavía incómodo. No estaba presente ningún miembro de mi regimiento, ningún camarada o conocido, ni siquiera uno de los prohombres de la población, sino exclusiva y absolutamente gente extraña. Parecían ser sobre todo, terratenientes del contorno, con sus esposas e hijas, o funcionarios públicos. Todos vestían de particular y no se veía más uniforme que el mío. ¡Dios mío! ¿Cómo entablaré yo, hombre torpe y huraño, conversación con esa gente desconocida? Afortunadamente fuí bien colocado. Estaba a mi lado aquel ser moreno y alegre, la sobrina bonita que parecía haber observado a su tiempo mi mirada de admiración en la confitería, pues me sonrió gentilmente como a un viejo conocido. Tenía ojos del color del grano de café, y realmente, cuando reía, hacía el mismo ruido de esos granos al tostarse. Tenía encantadoras orejitas casi transparentes bajo el tupido pelo negro: como ciclamen rosa en medio del musgo, pensé. Tenía los brazos desnudos, suaves y lisos y se me ocurría que debían ofrecer al tacto la misma suavidad de los duraznos.

Es un placer estar sentado junto a una niña tan bonita, y el que hablara con un acento húngaro, alargando las vocales, casi me enamoraba. Es un placer cenar en un salón tan brillantemente iluminado y en una mesa dispuesta con tanta distinción, con sirvientes uniformados detrás y hermosos manjares delante. Mi compañera de la izquierda, quien, a su vez, hablaba con ligero acento polaco, me pareció, si bien ya un poco maciza, en realidad, apetitosa. ¿O fué esa impresión sólo efecto del vino ora dorado, ora rojo como la sangre, ora burbujeante como champaña en sus jarras de plata y botellas de ancho vientre que los criados escanciaban desde atrás con verdadero derroche? En verdad, el bravo farmacéutico no había exagerado. En la casa Kekesfalva se vivía como en la corte. Jamás había comido tan bien, ni siquiera se me había ocurrido en sueños que fuera posible comer tan bien, tan distinguida, tan abundantemente. En fuentes inagotables servíanse manjares cada vez más deliciosos y costosos; pescados de un azul tenue, coronados con lechuga, rodeados de trozos de langosta y nadando en salsas doradas; capones jineteando sobre amplias camas de arroz; ardían budines en la llama azulada del ron y se abrían, abigarradas y dulces, las bombas de helado, besándose en canastas de plata frutas que debían haber viajado a través de medio mundo. La cena nunca llegaba a su fin, y a la comida siguió un verdadero arco iris de licores verdes, rojos, blancos, amarillos, amén de gruesos cigarros para acompañar un delicioso café.

Una casa magnífica, maravillosa —¡bendito sea el buen farmacéutico! —, una noche clara, dichosa, bulliciosa. No sé si sólo me sentía tan aliviado y libre porque a la izquierda y a la derecha y enfrente, los demás también tenían ojos brillantes y voces fuertes, porque se olvidaban de todo amaneramiento, hablando alegremente e interrumpiéndose unos a otros; de todos modos, había desaparecido mi habitual cortedad. Charlé sin la menor rémora, hice la corte a ambas vecinas a la vez, bebí, reí, miré petulante y animado, y si no siempre fué mera casualidad que tocara con mi mano el hermoso brazo desnudo de Ilona (que así se llamaba la deliciosa sobrina), ésta no parecía tomar a mal esos roces o descuidos, estando ella también alegre, ingrávida, aligerada como todos nosotros, por obra y gracia de esa fiesta de la abundancia.

Me sentí poco a poco ganado por una ligereza que rayaba casi en la impertinencia y la falta de dominio. ¿No habrá sido el efecto del vino inacostumbrado y rico, de la mezcla de *tokay* y champaña? Algo me faltaba todavía para la dicha completa, para sentirme alado y arrastrado, y ya en el próximo momento cobré magnífica claridad de lo que yo anhelaba inconscientemente, pues de pronto se oyó en un tercer salón —el sirviente había vuelto a abrir las puertas corredizas, imperceptiblemente—, una música apagada, un cuarteto, justamente aquella música que deseaba interiormente, música bailable, rítmica y suave a la vez, un vals ejecutado por dos violines y acentuado melancólicamente por un violoncelo oscuro, marcando el compás, insistentemente, el *staccato* pronunciado de un piano. Sí, música, música, sólo ella hacía falta. ¡Oír música y tal vez bailar, marcar los pasos de un vals, abandonarse al movimiento alado para percibir más bienaventuradamente la ligereza interior! Y, en efecto, esta mansión Kekesfalva debe haber sido una casa mágica, pues sólo se precisaba soñar y ya se cumplían los deseos. Al levantarnos y correr las sillas y pasar pareja tras pareja al salón —di mi brazo a Ilona y volví a sentir su piel fresca, suave—, todas las mesas habían sido retiradas como por obra de encantamiento y las sillas colocadas junto a las paredes. El parquet brillaba liso, límpido como una maravillosa pista de vals, y desde la sala contigua llegaba la animación de una música invisible.

Me volví hacia Ilona. Ella sonrió y comprendió, su mirada dió el sí, y ya giramos, dos, tres, cinco parejas sobre el liso parquet, en tanto que los más circunspectos y viejos nos miraban o charlaban. Me gusta bailar y bailo bien. Nos deslizamos entrelazados, y creo que jamás en mi vida he bailado mejor. Para el próximo vals invité a mi segunda compañera; ella también danzaba con perfección, e inclinándome sobre ella aspiré con un leve desfallecimiento el perfume de su cabello. Bailaba maravillosamente; todo se me antojaba magnífico, y me sentí más dichoso que en muchos años anteriores. Me encontré un poco desorientado y hubiera querido abrazar a todos y decir a cada uno cordiales palabras de gratitud. Pasé de una mujer a otra, hablaba y reía, bailaba y no percibía el tiempo en la corriente de felicidad que me arrastraba.

De pronto —miré por casualidad el reloj: las diez y media— recordé espantado que hacía casi una hora que bailaba, hablaba y bromeaba y que, ¡mal educado!, todavía no había invitado a la hija del dueño de casa. Sólo había bailado con mis dos vecinas y con otras dos o tres damas que me gustaban más, y había olvidado totalmente a la señorita Kekesfalva. ¡Qué afrenta, qué torpeza! Era cuestión de no perder tiempo para reparar la falta.

Pero ante mi espanto me resultó imposible recordar con exactitud a la jovencita. Sólo me había inclinado ante ella por un instante, cuando estaba sentada a la mesa: no recordaba más que algo delicado y frágil y su rápida mirada gris de curiosidad. Pero, ¿dónde estaba? Como dueña de casa era imposible que se hubiera retirado. Inquieto revisté a todas las mujeres y muchachas a lo largo de la pared; más ninguna de ellas se le parecía. Finalmente penetré al tercer salón, donde detrás de un biombo chino tocaba el cuarteto, y respiré aliviado. Pues ahí estaba sentada, no había duda, era ella: delicada, delgada, vistiendo una *toilette* azul pálido. Estaba en compañía de dos señoras de edad en el rincón del salón, detrás de una mesa verde malaquita, sobre la que se hallaba una jardinera chata con flores. Había inclinado un poco la cabeza, como absorbiendo la música, y por el encarnado ardiente de las rosas comprendí mejor la palidez traslúcida de su frente bajo el pelo color caoba. Pero no me tomé tiempo para largas contemplaciones. Gracias a Dios, respiré interiormente, di con ella. Así podía reparar a tiempo todo mi descuido.

Me dirigí a la mesa, a cuyo lado estaban los músicos, y me incliné en señal de invitación cortés. Alcanzóme entonces la mirada fija de unos ojos sorprendidos, y los labios de la muchacha quedaron medio abiertos sin pronunciar palabra. Sin embargo, no hizo movimiento alguno para seguirme. ¿No me habrá comprendido? Repetí mi reverencia, golpeando ligeramente mis espuelas:

—¿Me concede el honor, señorita?

Lo que entonces sucedió fué terrible. El cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante se enderezó con un movimiento brusco, como esquivando un golpe. Al mismo tiempo se agolpaba la sangre en sus mejillas pálidas, los labios que sólo un segundo atrás estaban entreabiertos, se apretaron fuertemente, y los ojos se clavaron fijos en mí, con una expresión de horror como en mi vida he visto otra. En seguida se sacudió todo su cuerpo como en un espasmo. Se levantó, apoyándose con ambas manos, en la mesa, de modo que hacía oscilar la jardinera, y al mismo tiempo, caía un objeto duro, de madera o metal, del sillón al suelo. Mantúvose por un buen rato con ambas manos aferrada a la mesa bamboleante y una y otra vez se sacudió su cuerpo, mas no se alejaba, sino que, al contrario, se asía cada vez más desesperada de la pesada tabla de la mesa. Hasta que de pronto prorrumpió en un sollozo salvaje, elemental, como un grito ahogado.

Las dos señoras de edad se acercaron para acariciar, calmar y mimar a la temblorosa niña, cuyas manos crispadas dejaron por fin suavemente la mesa, cayendo de nuevo la muchacha en el sillón. Pero prosiguió su llanto que aún se hizo más vehemente, estallando una y otra vez en sollozos convulsivos. Al interrumpirse la música detrás del biombo que ahogaba esos rumores, los sollozos debían ser escuchados hasta en el salón de baile.

Permanecí ahí atontado y sorprendido. ¿Qué había sucedido? Sin saber qué hacer miré fijamente cómo las dos señoras trataban de calmar a la joven, que al despertar de un sentimiento de vergüenza había dejado caer su cabeza sobre la mesa. Seguían sacudiéndola profundos sollozos, recorriendo el delgado cuerpo hasta los hombros, haciendo resonar la jardinera con cada uno de sus accesos. Yo permanecí turbado como si tuviera hielo en las venas, y con la sensación de que una cuerda ardiente me apretara el cuello.

—Perdón — tartamudeé finalmente a media voz y sin mirar a nadie, y me volví, vacilante, al salón.

Allí nadie parecía haber observado nada; las parejas giraban tumultuosamente, y tuve necesidad de apoyarme contra el marco de la puerta ante el vértigo que experimentaba. ¿Qué había sucedido? ¿Cometí una torpeza? ¡Dios

mío!, ¿acaso he bebido demasiado y demasiado aprisa, y en mi entorpecimiento cometí una tontería? En ese momento paró la música y se deshicieron las parejas. El jefe político del distrito dejó con una inclinación a Ilona y yo de inmediato me precipité hacia ella y, ante su asombro, la aparté casi violentamente:

—¡Por favor, ayúdeme! ¡Por el amor de Dios, ayúdeme, explíqueme!...

A lo que parece, Ilona había esperado que yo la llevara hasta la ventana para susurrar algo divertido en su oído, pues de repente su mirada se tornó dura. Debo haber ofrecido un aspecto digno de lástima o de terror. Conté a toda prisa lo que había sucedido. Y, ante mi asombro, Ilona me gritó con el mismo espanto que había visto en la mirada de la muchacha junto al biombo:

—¿Se ha vuelto usted loco?... ¿No sabe?... ¿Pero no vió usted?...

—No —tartamudeé, agobiado por ese nuevo terror no menos incomprensible—. ¿Si no vi qué?... Yo no sé nada de nada. Recuerde que estoy por primera vez en esta casa.

—¿No observó usted, entonces, que Edith... es tullida?... ¿No vió usted sus pobres piernas baldadas? No puede arrastrarse ni dos pasos sin muletas..., y usted... —(retuvo en el último instante un insulto)— ...¡y usted invita a la pobre a bailar!... ¡Oh, qué horror! Debo ir en seguida a verla...

—No —en mi desesperación tomé a Ilona fuertemente del brazo—; ¡un momento, sólo un momento!... Usted debe excusarme ante ella. No podía yo sospechar...; sólo la he visto en la mesa, por un segundo... ¡Por favor, dígale!...

Pero ya Ilona, con la mirada llena de odio, había retirado su brazo y corría hacia la puerta. Con la garganta apretada y un mal gusto en la boca permanecí en el umbral del salón en que giraban y charlaban personas que de pronto me resultaron insoportablemente desprevenidas, y pensé: "Cinco minutos más, y todos tendrán conocimiento de mi torpeza. De aquí a cinco minutos, me alcanzarán de todas partes miradas irónicas, burlonas y de crítica, y mañana recorrerá la ciudad entera el chisme de mi brutal desmaño, pasado por cien labios, depositado en las primeras horas de la mañana junto con las botellas de leche ante las puertas de las casas, ampliado luego por la gente del servicio y fisgoneado en los cafés y oficinas. Mañana lo sabrán todos los compañeros de regimiento."

En ese momento vi, como a través de una niebla, a su padre. Con su rostro un tanto afligido —¿ya se había enterado él también?— atravesaba la sala. ¿Acaso venía a mi encuentro? ¡No; sobre todo, no deseo encontrarme ahora con él! De pronto fuí presa de un temor pánico, de él y de todos. Y sin darme cuenta de lo que hacía, me encaminé hacia la puerta por la que se salía del vestíbulo y de aquella casa endiablada.

—¿El señor teniente ya nos deja? — se sorprendió el criado con un gesto respetuoso.

—Sí — contesté.

Y me espanté yo mismo al pronunciar esta palabra. ¿Quería marcharme realmente? En el momento siguiente, al descolgar el criado mi capa, ya tuve clara conciencia de que con mi fuga cobarde cometía una nueva torpeza, tal vez más imperdonable todavía. Pero, ya era demasiado tarde. No era posible devolver la capa ni retornar a la sala cuando el criado ya me abría la puerta de calle, haciendo una leve reverencia. De esa suerte me encontré repentinamente ante la casa extraña y maldita, un viento frío en el rostro, el corazón ardiendo de vergüenza y la respiración dificultosa, como de uno que se ahoga.

* * *

Esta fué la torpeza fatal con la que empezó todo. Ahora que recuerdo aquel episodio con la sangre apaciguada y a la distancia de muchos años, dándome cuenta de la simpleza que llegó a provocar todo un drama, tengo que reconocer que yo había tropezado inocentemente con ese mal entendido. Aun el más prudente y experto hubiera podido sufrir esa *gaffe* de invitar a bailar a una muchacha tullida. Pero bajo la impresión del primer horror me sentí entonces, no sólo como un hombre torpe, sino como un bruto y como un criminal. Tuve la impresión de haber asestado un latigazo a una niña inocente. Todo eso hubiera podido arreglarse con un poco de presencia de espíritu, pero había echado a perder la situación irrevocablemente —de eso tuve conciencia en cuanto delante de la casa la primera ráfaga de aire frío azotó mi frente—, al huir sencillamente como un criminal, sin hacer una tentativa para justificarme.

No puedo describir mi estado de ánimo cuando me hallé delante de la casa. La música se había interrumpido detrás de las ventanas iluminadas. Seguramente, los músicos sólo habían hecho una pausa. Pero en mi sensación de culpabilidad superirritada, me igaminé febrilmente que el baile se interrumpía por mi causa y que todo el mundo se agolpaba en el pequeño salón para consolar a la niña sollozante, y que todos los huéspedes, las mujeres, los hombres y las niñas, se agitaban detrás de aquella puerta cerrada, unánimemente indignados contra el hombre malvado que había invitado a bailar a una niña baldada, para huir después de haber cometido su mala acción. Y mañana —empecé a sudar y sentí las transpiración fría bajo la gorra—, toda la ciudad conocería, comentaría y criticaría mi necedad. En mi imaginación vi a mis camaradas, a Ferencz, a Mislywetz, y sobre todo a Jozsi, el malhadado mordaz, viniendo a mi encuentro para decirme: "¡Vaya, Tonny; lindas maneras las tuyas! ¡Una vez que te sueltan, vas y pones en ridículo a todo el regimiento!" Esas burlas y escarnios durarían meses enteros en el casino



de oficiales. En la mesa de camaradería se comenta durante diez y veinte años cualquier tontería que uno de los nuestros ha cometido alguna vez, se eternizan todas las burradas y se petrifican todos los chistes. Aun hoy, al cabo de dieciséis años, se cuenta la historia insípida del capitán Wolinski que había llegado de Viena presumiendo de haber conocido a la condesa T. y haber pasado la primera noche en que la conoció en su departamento, cuando en realidad dos días después los diarios publicaban noticias acerca del escándalo que giraba alrededor de una mucama suya que, tanto en cuestiones de negocio como en sus aventuras galantes, se había hecho pasar por la propia condesa T. Además, el pobre Casanova hubo de hacerse curar tres semanas enteras por el médico del regimiento. El que una vez ha caído en ridículo en el regimiento, ya no se libra más de la burla, pues se desconoce, en ese sentido, el olvido y el perdón. Cuanto más meditaba, tanto más me apresaba la fiebre de ideas absurdas. En aquel momento me parecía infinitamente más fácil ejercer una ligera presión con el índice sobre el gatillo del revólver que sufrir el suplicio infernal de los días siguientes, esa espera impotente de si los camaradas ya se habían enterado de mi torpeza y si habían empezado los comentarios a media voz, a mis espaldas. Pero me conocía bien; sabía que nunca tendría fuerza suficiente para resistir en cuanto empezaran las burlas, los chistes, los escarnios.

No recuerdo cómo llegué al cuartel aquella noche. Sólo recuerdo que mi primera acción consistió en abrir el armario donde guardaba una botella de licor para mis visitantes y en vaciar dos o tres copas medio llenas para librarme del mal gusto que sentía en la garganta. Luego me tiré sobre la cama, sin desvestirme, y traté de reflexionar. Pero así como las flores crecen más rápida y tropicalmente en los viveros, así crecen las ideas desvariadas en la oscuridad. Confusas y fantásticas se despliegan en el aire templado como lianas de colores chillones que le quitan a uno el aliento, y con la rapidez de los sueños se forman y se persiguen en el cerebro exaltado los más absurdos cuadros de terror. Me imaginaba ridiculizado para el resto de mi vida, excluído de la sociedad, criticado por los camaradas y objeto del comentario de toda la ciudad. Creía que nunca más podría abandonar mi cuarto ni salir a la calle por temor de encontrarme con alguien que supiera de mi crimen (pues en aquella noche de mi primera exaltación percibí mi simple tontería como crimen y me creí a mí mismo perseguido y corrido por la risa de todos). Cuando por fin me quedé dormido, sólo fué un sueño leve bajo el que seguía obrando afiebradamente mi estado de temor, pues al volver a abrir los ojos vi de nuevo, antes que nada, el irritado rostro infantil, los labios temblorosos, las manos crispadas aferradas a la mesa, y me parecía sentir el ruido de aquellos objetos que caían y que sólo después comprendí que debían haber sido unas muletas. Sentí un miedo absurdo de que se pudiera abrir la puerta y que el señor Kekesfalva, con su barbita en punta, rala y cuidada, con su saco negro y sus lentes montados en oro, se dirigiera hacia mi cama. Me levanté sobresaltado, y al contemplar luego en el espejo mi cara humedecida por el sudor de la noche y del miedo, sentí deseos de abofetear a ese imprudente que me miraba desde el vidrio.

Pero afortunadamente ya era de día, se oían pasos en los corredores y trote de caballos en la calle. Delante de una ventana llena de sol se suele pensar con mayor claridad que en la bolsa de aquella oscuridad maligna que suele crear espejismos. Me decía que tal vez todo aquello no había sido tan tremendo. Quizás nadie se había dado cuenta. Eso sí, ella misma, la pobre enferma, la niña pálida, tullida, nunca olvidaría, nunca me perdonaría. Entonces me sobrevino repentinamente una idea salvadora. Peiné apresuradamente mi cabello revuelto, cambié de uniforme y pasé sin fijarme en nada al lado de mi ayudante sorprendido que, en su pobre lenguaje mezclado de alemán y ruteno, me gritó desesperadamente:

–Señor teniente, señor teniente, ya listo está café.

Volaba casi por las escaleras del cuartel y pasé con tal rapidez entre el grupo de ulanos que estaban medio vestidos en el patio, que les faltó tiempo para cuadrarse. En un abrir y cerrar de ojos crucé el portón del cuartel y corrí hasta una florería en la plaza mayor, en la medida en que le es permitido correr a un teniente. En mi impaciencia había olvidado, naturalmente, que a las cinco y media de la mañana los negocios no están abiertos, pero por fortuna la señora Gurtner no sólo comerciaba con flores, sino que también con verduras. Delante de la puerta de su casa estaban descargando un carro de papas, y cuando golpeé la ventana, oí a la mujer bajar la escalera. Inventé rápidamente una excusa y le dije que ayer me había olvidado completamente de que hoy era el cumpleaños de unos amigos. Agregué que íbamos a salir dentro de media hora y que por eso mismo quería que se enviasen las flores al instante. Pedí, pues, las flores más hermosas de que disponía. La florista, a medio vestir, fué a abrir su negocio y me enseñó su tesoro más preciado: un gran manojo de rosas de tallo largo. Preguntó cuántas de ellas quería, y le contesté que todas. Quiso saber si las deseaba en un ramo sencillo o bien dispuestas en un lindo cesto. Pedí un cesto y mi espléndido encargo absorbió todo el resto de mi sueldo. En los próximos días debía renunciar, por lo tanto, a la cena y a los cafés. Pero, por el momento, eso me era indiferente; más aún, me alegraba de que mi locura me saliera tan cara, pues sentía un deseo perverso de castigarme ejemplarmente por mi torpeza y de pagar cara mi doble estupidez.

Quedaba todo bien convenido. ¡Las rosas más hermosas, bien dispuestas en una cesta y remitidas inmediatamente, sin falta! Pero la señora Gurtner hubo de salir corriendo detrás de mí para alcanzarme, pues yo había olvidado decirle adónde y a quién debía remitir las flores. Le di orden de mandarlas al castillo Kekesfalva, y por fortuna recordé, gracias a aquella exclamación aterrada de Ilona, el nombre de mi pobre víctima: "Para entregar a la señorita Edith von Kekesfalva".

—Claro, claro, los señores von Kekesfalva —dijo la señora Gurtner con orgullo—, nuestros mejores clientes.

Y nueva pregunta —en tanto yo me había dispuesto otra vez a marcharme—: si no iba yo a mandar también unas líneas. Ah, sí; había que poner el remitente del obsequio. De otro modo, ¿cómo podía saber quién le enviaba las flores?

Volví, pues, a la tienda, tomé una tarjeta de visita y escribí: "Solicitando su perdón". No —¡imposible!—. Esta habría sido la cuarta tontería. ¿Para qué recordarle todavía mi torpeza? ¿Pero qué otra cosa podía escribir? "Con sincero sentimiento". No, eso menos todavía, pues podía llegar a creer que el sentimiento se refería a su persona. Lo mejor era, pues, no escribir nada, absolutamente nada.

—Agregue usted simplemente mi tarjeta, señora Gurtner.

Entonces me sentí aliviado. Volví a toda prisa al cuartel, tomé de un trago mi café y di mal que bien mi curso de instrucción, seguramente un poco más nervioso y distraído que de costumbre. Pero en el ejército nadie se da cuenta cuando un teniente inicia su jornada atontado después de haber pasado una mala noche. ¡Cuántos vuelven después de una noche de juerga de Viena tan cansados que apenas consiguen mantener los ojos abiertos y se quedan dormidos a caballo y trotando! En verdad que me venía a pedir de boca el tener que mandar, examinar todo el tiempo a mi gente y luego salir a caballo. Si bien el servicio distraía un poco mi inquietud, vagaba entre mis sienes un recuerdo desagradable y algo seguía molestándome en la garganta, como si hubiera tragado una espina.

A mediodía, en el momento en que me dirigía al casino de oficiales, mi ordenanza corrió a mi encuentro gritando:

—¡Señor teniente!

Llevaba en la mano un sobre rectangular, de papel inglés, azul, delicadamente perfumado y con un escudo impreso en relieve en la solapa, una carta escrita con letra vertical, delgada, letra de mujer. Abrí el sobre precipitadamente y leí: "Mi cordial agradecimiento, señor teniente, por las hermosas flores que me han alegrado extraordinariamente y siguen alegrándome. Le ruego que venga cualquier tarde a tomar el té con nosotros. No hace falta que se anuncie. Me hallará —por desgracia— siempre en casa. — *Edith v. K.*"

Una letra delicada. Recordé sin querer los delgados dedos infantiles apretados contra la mesa, recordé el rostro pálido que de repente ardía purpúreo como si alguien hubiera vertido vino de Burdeos en una copa. Repasé las pocas líneas una, dos, tres veces más y respiré profundamente. ¡Cuán discretamente pasaba ella por encima de mi torpeza! "Me hallará —por desgracia— siempre en casa." Es imposible perdonar de una manera más distinguida. ¡Ni una sombra de rencor! Se me quitó un peso de encima. Tuve la misma sensación de un acusado que creyéndose ya condenado a cadena perpetua ve al juez levantarse, ponerse el birrete y fallar: "¡Absuelto!" Desde luego, era mi deber hacer pronto esa visita para agradecer la invitación. Era un día jueves, y pensaba ir el domingo. Pero no, iría antes, el sábado.

❦ ❦ ❦

Mas no cumplí la palabra que a mí mismo me había dado. Estaba demasiado impaciente. Me martirizaba la impaciencia de saberme definitivamente librado de mi culpa, de terminar cuanto antes con el malestar de una situación incierta, pues en mis nervios seguía dominando el temor que en el casino, en el café, o en cualquier otra parte, alguien empezara a hablar del incidente, preguntándome: "¿Cómo lo pasó usted en casa de Kekesfalva?" Deseaba poder contestar seca y soberbiamente: "Es una gente encantadora; ayer tarde estuve otra vez con ellos a tomar el té", para que todo el mundo viera que mis relaciones no habían quedado ingratamente rotas. Me importaba poner punto final a ese asunto enojoso, terminar con él. Esa nerviosidad tuvo por efecto que al día siguiente, o sea el viernes, mientras paseaba con Ferencz y Jozsi, mis mejores camaradas, me sorprendiera repentinamente la decisión de hacer ese mismo día la visita. Me despedí, pues, sin más ni más de mis amigos, que se quedaron un tanto asombrados.

No es un camino muy largo, a lo sumo media hora para el que sabe caminar. Primero, cinco minutos aburridos a través de la ciudad, luego se sigue a lo largo de la carretera un poco polvorienta que conduce también a nuestro campo de ejercicios y de la que nuestros caballos conocen cada piedra y cada curva. Sólo al cabo de un buen trecho, a la izquierda de una pequeña capilla, junto a un puente, se encuentra una alameda más angosta, sombreada por viejos castaños, un sendero particular, poco usado y bordeado por el serpenteo de un riachuelo pantanoso.

Pero, cosa extraña, cuanto más me acercaba al pequeño castillo, del que ya distinguía la muralla blanca y la puerta de hierro, tanto más rápidamente fui perdiendo el valor. Así como a un paso de la puerta del dentista se busca un motivo para dar vuelta antes de hacer sonar el

timbre, así quería yo escaparme a último momento. ¿Había de ser efectivamente aquel día? ¿No era mejor considerar aquel asunto molesto definitivamente resuelto con la carta? Acorté, instintivamente, los pasos y, pensando que siempre me quedaba tiempo para volverme atrás, aproveché la posibilidad de hacer un rodeo para no ir por el camino derecho; crucé el riachuelo pasando por un tablón que comunicaba con una pradera y di una vuelta alrededor del castillo.

La casa, detrás del alto muro de piedra, se levanta como edificio amplio de un solo piso, estilo barroco tardío, pintada —de acuerdo a la vieja costumbre austríaca— de un color amarillo llamado de Schönbrunn, y con persianas verdes. Separadas por un patio, unas construcciones menores, destinadas, al parecer, a la servidumbre, la administración y las cuadras, llegan hasta el gran parque, que en mi primera visita nocturna no había observado. Sólo ahora, al mirar a través de las grandes aberturas ovaladas en la recia muralla, me daba cuenta que ese castillo de Kekesfalva no era una villa moderna, según había creído a raíz de la impresión que me causaban sus interiores, sino una gran casa de campo, una residencia de nobles al estilo antiguo, tal cual las había visto algunas veces en Bohemia al pasar delante de ellas en oportunidad de las maniobras militares. Llamaba la atención únicamente la extraña torre cuadrada, cuya forma me recordaba un tanto los campanarios italianos, y que parecía ser el resto de un castillo que en otros tiempos se habría levantado en aquel sitio. Recordé entonces que desde el campo de ejercicios había visto a menudo esa alameda peculiar, si bien creía siempre que era la torre de la iglesia de algún pueblo. Caí entonces en la cuenta de que esa torre carecía de la aguja habitual y que, en cambio, terminaba en un terrado que habría de servir de solario o de observatorio. Cuanto más me percataba del carácter feudal y tradicional de esa residencia noble, tanto más incómodo me sentía: precisamente en este lugar, en el que con seguridad se observan las buenas formas con especial atención, me había iniciado con tanta torpeza.

Terminado mi rodeo, y llegado nuevamente a la puerta de hierro, me decidí: atravesé el camino que entre árboles podados en punta conduce hacia la puerta de la casa e hice caer la pesada aldaba de bronce que, según vieja costumbre, reemplazaba ahí al timbre. De inmediato apareció el criado, a quien, cosa rara, no pareció sorprender mi visita no anunciada. Sin preguntarme nada y sin tomar mi tarjeta, que ya había preparado, me invitó con cortés inclinación a esperar en el salón, porque las damas se hallaban todavía en sus habitaciones, aunque, afirmó, no tardarían en bajar.

Estaba, pues, fuera de toda duda que iba a ser recibido. Al cabo de un rato me hizo pasar a otro aposento, como a un visitante que se hubiera anunciado. Con renovado malestar reconocí el salón tapizado de rojo en que se había bailado aquella noche, y un mal sabor en la boca me hizo pensar en que al lado estaba aquella otra sala con el rinconcito fatal.

Al principio, una puerta corrediza color crema, con adornos dorados, cerraba la vista al lugar de mi torpeza que tan claramente recordaba, pero ya al cabo de poco minutos oí detrás de esa puerta ruido de sillas, voces apagadas, un ir y venir silencioso que denunciaba la presencia de varias personas. Traté de aprovechar la espera para contemplar el salón. Muebles lujosos al estilo de Luis XVI a la izquierda, a la derecha viejos tapices, y entre las puertas de vidrio que conducen directamente al jardín, cuadros antiguos del Canale Grande y de la Piazza San Marco, que, a pesar de mi ignorancia en esa materia, me parecían muy valiosos. Es verdad que no distinguí muy claramente esos tesoros artísticos, pues al mismo tiempo escuchaba con tensa atención los ruidos de la estancia contigua. Entrechocaban platos, se oía abrir una puerta y por fin creí percibir —y me recorrió un escalofrío— el tap-tap seco e irregular de unas muletas.

Por último, una mano invisible corrió, desde adentro, las hojas de la puerta. Era Ilona que venía a mi encuentro.

—¡Qué gentileza haber venido, señor teniente!

Y diciendo eso me condujo a la estancia contigua que me era tan familiar. La tullida estaba sentada en el mismo rincón que ocupaba aquella noche, en el mismo sofá, detrás de la misma mesita de color malaquita (¿por qué habían repetido esa situación que me era tan desagradable?). Una piel blanca cubría la falda y sus piernas —al parecer quería evitar que yo recordase "aquello"—. Con una amabilidad sin duda estudiada, Edith me sonreía a modo de saludo desde su rincón de enferma. Pero ese primer encuentro no dejó de ser fatal, y por la expresión cohibida y algo forzada con que me tendía la mano por encima de la mesa, me di cuenta que ella también pensaba en "aquello". Ninguno de los dos consiguió pronunciar la primera palabra que estableciera un contacto.

Por fortuna, Ilona interrumpió con una pregunta el silencio sofocante:

—¿Qué podemos ofrecerle, señor teniente: té o café?

—Lo que ustedes gusten —repliqué.

—No; lo que usted prefiera, teniente. ¡Nada de cumplidos! Para nosotras es igual.

—Entonces, café, si no es molestia —me decidí, comprobando con satisfacción que mi voz no sonaba demasiado velada.

Esa muchacha morena había procedido con mucha habilidad, al anular la primera tensión con una pregunta tan concreta. En cambio fué una falta de consideración cuando inmediatamente después salió de la estancia para dar órdenes al criado, pues a causa de ello me quedé solo con mi víctima. Habría sido ése el momento de decir algo, de iniciar una conversación a cualquier precio, pero sentí como un tapón en la garganta y aun mi mirada debe haber expresado cierta confusión, pues no me atrevía a dirigirla hacia el sofá, temeroso de que la niña creyera que me fijaba en la piel que cubría sus piernas tullidas. Por fortuna ella mostraba más serenidad que yo; comenzó a hablar de un modo nervioso e impulsivo que entonces observé por primera vez en ella:

—¿No desea usted tomar asiento, señor teniente? Acerque el sillón. ¿Por qué no se quita usted la espada? ¿Acaso no vamos a ser amigos?... Déjela allá, en la mesa o en el alféizar..., donde usted quiera.

Acerqué, un poco embarazado, un sillón. Aun no conseguía mirar con franqueza. Pero ella siguió ayudándome enérgicamente.

—Ante todo quiero darle las gracias por sus magníficas flores... Verdaderamente, son flores hermosas; mire qué bien quedan en aquel vaso. Y luego..., luego... debo pedirle disculpas por mi zafia falta de dominio..., me he comportado terriblemente...; no pude dormir en toda la noche, de tan avergonzada. Usted tenía una intención tan gentil..., y además..., ¿cómo podía usted sospechar nada? Por otra parte —de pronto se echó a reír nerviosamente—, usted pareció adivinar mis pensamientos más íntimos. Me había sentado a propósito, de tal manera que podía contemplar a los que danzaban, y en el preciso momento en que usted venía, no deseaba nada tan ardientemente como poder bailar yo también. Amo con locura el baile. Puedo mirar horas enteras cómo bailan otros; mirar en tal forma que percibo cada movimiento en mi interior..., sí, cada movimiento, cada movimiento. No es entonces otra la que baila, sino yo misma la que da vueltas, se inclina, cede, y se deja conducir y llevar. ¡No sospechará us-

ted que se pueda ser tan tonta! Pero debe usted saber que siendo niña yo bailaba bastante bien y con delirio..., y siempre que sueño, sueño con bailes. Por tonto que eso parezca, bailo en mis sueños, y tal vez es una suerte para papá el que aquello..., que aquello me haya sucedido; de otro modo seguramente hubiera huido de casa para hacerme bailarina... Nada me apasiona más, y me imagino que ha de ser hermoso tomar y animar cada tarde a cientos de personas con su cuerpo, con su movimiento, con todo su ser. Ha de ser delicioso. Además, para que usted vea cuán loca soy..., colecciono todas las fotografías de las grandes bailarinas. Las tengo todas, la Saharet, la Pawlowa, la Karsawina. Tengo las fotos de todas ellas en todos sus papeles y poses. Espere, se las voy a enseñar... Allá en aquel estuche..., allá, junto a la chimenea..., en ese estuche de laca china —su voz se tornó repentinamente impaciente y malhumorada—. No, no, no; allá, a la izquierda de los libros... ¡Ay, cómo es usted de torpe!... ¡Sí, ésa es! —por fin había encontrado el estuche y se lo llevé— ¿Ve ésta, que está encima de todas? Es mi fotografía predilecta, la Pawlowa del cisne moribundo..., ¡ojalá yo pudiera seguirla en sus viajes! Creo que sería mi día más feliz aquél en que pudiera verla.

La puerta por la que Ilona había salido empezó a girar sobre sus goznes, silenciosamente. Rápida, como sorprendida en una mala acción, Edith cerró el estuche con un golpe seco. Como dándome una orden, me dijo:

—No hable de esto delante de los demás. No mencione ni una palabra de lo que le acabo de decir.

El criado canoso, con las bien cortadas patillas a lo Francisco José, había abierto la puerta cuidadosamente; detrás de él, Ilona empujó una mesita de té ricamente servida, sobre ruedas de goma. Sirvió, se sentó junto a nosotros y de inmediato me sentí más seguro. Un motivo bienvenido para la conversación lo proporcionó el precioso gato de Angora que se había introducido en silencio junto con la mesita de té y que se restregaba confiadamente contra mis piernas. Admiré el gato y luego comenzó un ir y venir de preguntas. Las señoritas querían saber desde cuándo estaba en esa guarnición, cómo me sentía en ella, si conocía al teniente tal y si iba a menudo a Viena. Paulatinamente se logró una conversación corriente, ligera, en que desaparecía insensiblemente aquella tensión tan molesta. Poco a poco hasta me atreví a mirar de soslayo a las dos muchachas. Eran muy distintas una de la otra. Ilona, toda una mujer, apetitosa, llena, sana; a su lado Edith, mitad niña y mitad adolescente, de unos 16 a 17 años, parecía en formación todavía. Extraño contraste: con la una se hubiera querido bailar, besarla; a la otra, mimarla como a una enferma, acariciarla suavemente, cuidarla y sobre todo apaciguarla, pues emanaba de ella una inquietud misteriosa. Su rostro no descansaba por un momento; ora miraba a la izquierda, ora a la derecha, tan pronto se erguía como se echaba hacia atrás, cansada. Con la misma nerviosidad con que se movía, hablaba también, siempre a saltos, siempre en *staccato*, siempre sin pausa. Quizás, pensé, esa falta de dominio y esa inquietud eran una compensación por la inmovilidad forzosa de sus piernas o tal vez una ligera fiebre constante que imprime a sus gestos y a su conversación un ritmo acelerado. Pero me quedaba poco tiempo para la contemplación, pues ella sabía, con sus preguntas rápidas y con el modo ligero y alado de su charla, atraer completamente la atención, y ante mi sorpresa me encontré de pronto en medio de una conversación verdaderamente interesante y grata.

Pasó una hora, tal vez una hora y media. De pronto se distinguió una sombra que se acercaba desde el salón. Alguien entraba despacio, como temiendo molestar. Era Kekesfalva.

—No se mueva —me dijo, poniendo las dos manos en mis hombros cuando me iba a levantar, y luego se inclinó sobre la niña para dejar un ligero beso en su frente. Llevaba otra vez un saco negro, la blanca camisa almidonada y una corbata de estilo antiguo (nunca lo he visto vestido de otra manera). Con sus ojos cuidadosamente investigadores detrás de los lentes dorados, daba la impresión de un médico. Y como un médico que se sienta en el borde de la cama, así se sentó al lado de la tullida. En el momento de su aparición, la estancia parecía hundirse en una penumbra melancólica. El modo temeroso con que de vez en cuando miraba a su hija, observándola cariñosamente, trababa y oscurecía el ritmo de nuestra charla hasta entonces despreocupada. El mismo percibió muy pronto nuestro embarazo y trató entonces, a su vez, de iniciar por la fuerza una conversación. Preguntó, él también, por el regimiento, por este o aquel capitán, y por un coronel que entonces hacía su servicio en el ministerio de Guerra. Parecía conocer desde hacía años nuestros asuntos personales, y no sé por qué tuve la sensación de que destacaba con un propósito determinado la confianza con que trataba a todos los oficiales de graduación superior.

Diez minutos más, pensé, y podré retirarme correctamente, pero en ese momento alguien golpeaba la puerta, y entró silencioso el sirviente, como si anduviera descalzo, para decir algo al oído de Edith. Esta se irguió, sin control sobre sí misma.

—¡Que espere! ¡No! ¡Que me deje en paz hoy! ¡Que se vaya! ¡No le necesito!

A todos nos afectó su impetuosidad y yo me levanté con la desagradable sensación de haber permanecido demasiado tiempo; pero con la misma falta de consideración con que se había dirigido al sirviente, Edith me dijo:

—No, ¡quédese! Eso no tiene importancia.

En su tono autoritario había en verdad algo de falta de educación. El padre también parecía sentir la inconveniencia, pues con el rostro desamparadamente compungido advirtió:

—Pero, Edith...

Entonces, ella misma, ya sea por la sorpresa de su padre, ya sea por mi actitud cohibida, se dió cuenta de que se había dejado arrastrar por los nervios, pues de pronto me dijo:

—¡Perdóneme! José hubiera podido esperar, en vez de venir tan aturdidamente. No es más que el suplicio diario, el masajista, que hace ejercicios conmigo. ¡La estupidez más grande! ¡Uno, dos, uno, dos, arriba, abajo! ¿Y con eso quieren que alguien se sane? Es el último invento de nuestro señor doctor y un fastidio completamente inútil, tan sin sentido como todo lo demás.

Al decir eso miró a su padre con una expresión de reto, como inculpándolo. Confundido (avergonzado delante de mí), el anciano se inclinó sobre ella.

—Pero, hija..., ¿tú crees realmente que el doctor Condor...?

Mas se interrumpió en seguida, pues vió que su boca y las aletas de su nariz empezaban a temblar. Del mismo modo habían temblado sus labios aquella noche, y ya columbraba yo una nueva crisis, pero de repente Edith se sonrojó y murmuró condescendiente:

—Está bien, ya voy, a pesar de que no sirve para nada, ni tiene sentido alguno. Perdóneme, teniente; espero que usted volverá pronto a vernos.

Hice una reverencia y quise despedirme, pero ella se adelantó a mis propósitos.

—No; quédese usted con papá, mientras me marcho.

Dió a esta última palabra, "marcho", la pronunciación hiriente de una amenaza. Luego tomó la campanilla de bronce que se hallaba sobre la mesa y la agitó. (Más tarde observé que en toda la casa, en todas las mesas, había

campanillas iguales al alcance de su mano, para que en cualquier instante pudiera llamar a alguien sin tener que esperar ni un momento). La campanilla sonó con estridencia. Volvió a presentarse de inmediato el criado que ante su arrebato se había retirado discretamente.

—Ayúdeme —ordenó, apartando la piel blanca que cubría sus rodillas.

Ilona se inclinó sobre ella, para decirle algo al oído, pero Edith le replicó, visiblemente irritada, con un "no" indignado.

—Que José me ayude a incorporarme; después caminaré sola.

Lo que siguió fué algo terrible. El sirviente se acercó a la muchacha y, con un gesto evidentemente habitual, alzó su cuerpo liviano, colocando sus dos manos debajo de sus axilas. Una vez de pie, agarrándose con ambas manos del respaldo del sillón, Edith nos midió a todos con una mirada de reto, luego tomó las muletas que habían estado escondidas debajo de la piel, apretó fuertemente los labios y..., tap-tap, tap-tap, se alejó con irregulares movimientos, torcidamente, como una bruja, siguiéndola el mucamo con los brazos dispuestos para sostenerla si llegara a resbalar o cansarse. Adelantó paso a paso, y entre cada tap-tap se oía un leve rumor, como de un cuero tendido y un metal. No me atreví a mirar sus pobres piernas, pero sospechaba que llevaba algún aparato en los tobillos. Mi corazón se oprimió como bajo la impresión de una helada, mientras asistí a esa marcha forzada, pues comprendí en inmediato el propósito demostrativo que había en su negativa de hacerse ayudar o llevar en la silla de ruedas. Pretendía enseñarme a mí, justamente a mí, y luego a todos nosotros, que era una lisiada. Quería causarnos un dolor en función de algún deseo misterioso de venganza, propio de la desesperación; quería martirizarnos con su martirio y acusarnos a nosotros, que estábamos sanos, y no a Dios. Pero precisamente en este reto tremendo sentí, mil veces más fuertemente que en su anterior arrebato de desesperación —cuando la invitara a bailar—, cuán infinito debía ser el dolor de su impotencia. Por fin —parecía una eternidad— había dado los pocos pasos hasta la puerta, tambaleando de un lado al otro, echando todo el peso de su delgado cuerpo conmovido, ora sobre ésta, ora sobre aquella muleta. No tuve el valor de fijarme en ella una sola vez, pues el mero sonido duro y seco de las muletas, el ruido del aparato, y la respiración apagada de su esfuerzo, me turbó al extremo que sentí mi corazón golpear contra el paño de mi uniforme. Ya había ella abandonado la habitación, pero aun seguí escuchando, reteniendo la respiración, cómo detrás de la puerta cerrada se amortiguaba aquel ruido horroroso hasta apagarse por fin.

Sólo entonces, al volver el silencio, osé levantar la mirada. Entonces me di cuenta que el anciano caballero se había puesto de pie en el ínterin y miraba atentamente por la ventana. En el contraluz incierto no vi más que una silueta, pero comprobé que los hombros de esa figura inclinada se movían convulsivamente en líneas ondulantes. Aun el padre, que veía a su hija todos los días martirizarse, quedaba anonadado por ese espectáculo.

El aire parecía haberse solidificado en el aposento, entre nosotros. Al cabo de unos minutos, la figura oscura se dió vuelta y se acercó a mí con paso inseguro, como si hollara un piso resbaloso.

—Señor teniente, por favor, no tome usted a mal su brusquedad, pero... Usted no sabe cuánto se le ha hecho sufrir en todos estos años... Cada vez otra cosa, ¡y progresa tan lentamente! Comprendo que se impaciente, ¿pero qué podemos hacer? Hay que ensayarlo todo, no se puede hacer menos.

El anciano se había quedado de pie delante de la mesita de té abandonada y no me miró mientras hablaba; dirigía sus ojos, casi cubiertos por las pestañas grises, fijamente sobre la mesa, y como soñando sacó de la azucarera un terrón de azúcar, lo hizo girar entre sus dedos, lo contempló sin darse cuenta y lo volvió a su lugar. Sus gestos se asemejaban a los de un ebrio. Algo particular parecía retener su mirada en la mesita de té. Alzó inconscientemente una cucharita, la depositó de nuevo y, como dirigiéndose a esa cucharita, prosiguió:

—¡Si usted supiera cómo era antes! Todo el día subía y bajaba las escaleras, corría por pasillos y habitaciones hasta infundirnos temor. Cuando tenía once años montaba su ponney y atravesaba las praderas a todo correr sin que nadie lograra alcanzarla. ¡Cuánto temíamos, mi difunta mujer y yo, porque era tan atrevida, tan ligera y porque todo le resultaba tan fácil! Siempre daba la sensación de que sólo necesitaba abrir sus brazos para poder volar. Y justamente a ella tenía que sucederle eso...

La raya entre el cabello ralo y canoso se hundía cada vez más sobre la mesita. La mano nerviosa seguía huroneando entre los objetos esparcidos, tomando ahora una pinza para el azúcar, con la que trazaba extrañas figuras. Sabía que le dominaba la vergüenza, la confusión, el temor de mirarme.

—Y con todo eso, ¡cuán fácil es, aún hoy, alegrarla! Disfruta con las más insignificantes pequeñeces, como una criatura. Se ríe de la broma más tonta y se entusiasma por un libro. Ojalá usted hubiera visto cuán encantada estaba al recibir sus flores. De inmediato quedó librada del temor de haberle ofendido. Usted no sospecha cuán sensible es. Percibe todo, mucho más intensamente que nosotros. Sé muy bien que nadie está más desesperado que ella por haber perdido el dominio sobre sí misma. Pero, ¿cómo es posible dominarse..., de dónde ha de sacar una criatura toda la paciencia que es necesaria en su situación, cómo es posible sufrir en silencio cuando Dios castiga tanto a una inocente..., cuando no ha cometido ningún mal?

Continuó con la mirada fija en las figuras imaginarias que su mano temblorosa dibujaba, con las pinzas del azúcar, en el vacío. De repente las dejó caer como despavorido. Daba la impresión de despertar y cobrar repentinamente conciencia de no haber hablado consigo mismo, sino con un ser completamente extraño. Con una voz totalmente distinta, despierta y apesadumbrada, trató de disculparse.

—Perdone, señor teniente... ¡Qué ocurrencia la mía, molestarle con nuestras penas! Dije todo eso..., sólo quise explicarle..., no quisiera que usted pensara mal de ella...; que usted...

No sé cómo encontré el valor para interrumpir al hombre que tartamudeaba confuso, y para acercarme a él. Lo cierto es que tomé las manos delgadas y frías del anciano, y las estreché sin decir nada, hasta que él las retiró instintivamente. Me midió sorprendido. Los vidrios de sus lentes despedían un reflejo oblicuo, y detrás de ellos, una mirada insegura buscaba blanda y confusamente la mía. Temí que fuera a decir algo, pero no lo hizo. Sólo se ensancharon las negras pupilas redondas como si fueran a salirse de las órbitas. Yo también sentí entonces una emoción nueva para mí, y para huir de ella, saludé apresuradamente y salí de la estancia.

En el vestíbulo, el criado me ayudó a ponerme la capa. De repente sentí una corriente de aire en la espalda. Sin darme vuelta, comprendí que el anciano me había seguido y que estaba ahora en el umbral de la puerta, empujado por el anhelo de darme las gracias. Mas yo no quise dejarme avergonzar. Me conduje como si no hubiese advertido su presencia. Rápidamente, con la sangre agolpándoseme en las venas, abandoné la casa trágica.

❦ ❦ ❦

A la mañana siguiente —una neblina pálida envolvía a la ciudad, y todas las persianas permanecían aún cerradas para proteger el sueño honrado de los ciudadanos— nuestro escuadrón se dirigía a caballo, como todas las mañanas, hacia el campo de ejercicios. El ruidoso paso atravesaba primero el incómodo empedrado. Medio dormidos todavía, inmóviles y malhumorados, mis ulanos tambaleábanse sobre sus sillas. No tardamos en dejar atrás cuatro o cinco calles, y al llegar a la carretera, pasamos al trote para doblar pronto hacia la derecha y atravesar las praderas abiertas. Di orden de galopar y, a un solo movimiento, los caballos empezaron a correr. Los animales ya conocían el campo blando, bueno, espacioso. No hacía falta animarlos, se podía dejar sueltas las riendas, pues apenas los caballos sentían la presión de las rodillas empezaban a galopar con todas sus fuerzas. Ellos también conocían el goce de la excitación y la distensión.

Cabalgaba yo al frente de mi escuadrón. Soy un jinete apasionado. Desde las caderas sentía la sangre correr a través del cuerpo animado, como un calor vital, en tanto que el viento frío me golpeaba la frente y las mejillas. Magnífico aire matutino; en él se percibe el rocío de la noche, el halo de la tierra removida, el olor de los campos en flor y al mismo tiempo le rodea a uno el cálido vapor sensual de las ventanas de la nariz del caballo. Este primer galope de la mañana, que conmueve tan agradablemente el cuerpo entumecido y adormecido, y que desgarra la somnolencia como una neblina tupida, me entusiasma siempre. La sensación liviana que me animaba, ensanchaba sin querer mi pecho, y con los labios abiertos absorbía la corriente de aire. Sentía cómo se me aclaraban los ojos y se vivificaban mis sentidos, y tras mí resonaban en ritmo regular los sables, la respiración jadeante de los caballos, el ruido suave y crepitante de las sillas, el golpe uniforme de las herraduras.

El agitado grupo de hombres y caballos formaba un solo cuerpo de centauros llevado por un ímpetu común. ¡Oh, jinetear así hasta el fin del mundo! Con el secreto orgullo de ser creador y dueño de ese goce, me di vuelta de repente en la silla para mirar a mi gente, y comprobé entonces que el ánimo de mis bravos ulanos había cambiado. La pesada opresión rutena, la sordidez, la somnolencia se habían borrado de sus ojos. Al sentirse observados se erguían más, y respondieron con una sonrisa a la alegría que trasuntaba mi mirada. Comprendí que esos campesinos sórdidos estaban igualmente impregnados del goce de ese movimiento veloz; de ese pregusto del vuelo humano. Sentían, lo mismo que yo, la dicha animal de su juventud, de su fuerza a la vez intensa y libertada.

Pero de repente grité una orden:

—¡Alto! ¡Al trote!

Con un movimiento de sorpresa todos tiraron de las riendas. El escuadrón cayó, como una máquina repentinamente frenada, en el paso más pesado. Los soldados me miraban de soslayo, un tanto sorprendidos, pues generalmente atravesábamos las praderas en un solo galope tendido, hasta el cuadrado del campo de ejercicios. Mas yo tuve la sensación de que una mano extraña retenía de pronto mis riendas; de súbito recordé algo. Debo haber visto, sin darme cuenta, a la izquierda del horizonte, el cuadrado blanco de la muralla, los árboles del parque, y el terrado de la torre. Me sentí como atravesado por una bala, tuve la sensación de que alguien me miraba y que ese alguien era la misma persona a la que había ofendido con mi invitación a bailar y que volvía a ofender con mi alegría. Una persona con las piernas tullidas y prisioneras, susceptible de envidiar mi alado movimiento. De todos mo-

dos, me avergoncé de pronto de correr tan sano, tan sin trabas, tan ágil; me avergoncé de mi dicha demasiado corporal como si se tratara de un privilegio que no me correspondía. Hice trotar lentamente a mis muchachos, desencantados, a través de los campos. Sin mirarlos, sentí que esperaban en vano la voz de mando que les diera nuevos arrestos.

Es verdad que, en el mismo instante en que fuí presa de tan extraña rémora, supe también que semejante castigo era tan torpe como inútil. Sabía que de nada sirve negarse un goce que a otros les está vedado, negarse una dicha, porque mientras nosotros reímos y bromeamos, en alguna parte, alguien se agita con los estertores de la agonía; que detrás de miles de ventanas se acurruca la miseria y yacen hombres hambrientos; que hay hospitales, canteras y minas y que infinidad de seres prestan servicios de esclavos en las fábricas, oficinas y cárceles, y que en ese como en cualquier otro momento, nadie siente alivio en su pena porque otro se martirice inútilmente. No se me ocultó que si se empezara a imaginar la miseria simultánea de esta Tierra, quien tal hiciera se quedaría sin sueño y se ahogaría toda risa en su boca. Pero nunca es la pena imaginada la que confunde y achata. Sólo conmueve al alma aquella que se ha visto realmente con ojos compasivos. En medio de mi efusión apasionada había visto el rostro pálido y desencajado, tan de cerca y tan claramente como una visión. La niña se me apareció tal como la había visto atravesando el salón y, simultáneamente, oí los golpes secos de sus muletas y los ruidos de los aparatos ocultos en las coyunturas enfermas. Sin pensar y sin reflexionar, movido por una especie de pavor, había tirado de las riendas. De nada servía que luego me dijera que era inútil seguir al trote pesado en vez de continuar el galope que arrastra y anima. Sin embargo, el golpe había alcanzado una parte de mi corazón que debe estar cercana de la conciencia. Ya no tuve valor para gozar libremente de la perfección de mi cuerpo pletórico de fuerza y salud. Trotamos despacio y somnolientos hasta el caminito que desembocaba en el campo de ejercicios. Sólo al perder de vista el castillo, me animé para decirme: "Dejemos esos sentimentalismos sin sentido". Y di la orden:

—¡Al galope!

* * *

Aquel tirón repentino de las riendas fué el principio de todo. Fué, como quien dice, el primer síntoma de una extraña intoxicación: la de la compasión. Primero sólo sentí —como el que, al comienzo de una enfermedad, se despierta con la cabeza pesada— que algo me había pasado o me estaba ocurriendo. Hasta entonces había vegetado simplemente en mi bien demarcado círculo de vida. Me había preocupado por lo que mis camaradas y mis superiores consideraban importante o divertido, pero nunca había demostrado un interés personal en cosa alguna. Nunca antes me había sentido verdaderamente conmovido. Las relaciones de mi familia eran normales, mi profesión y carrera eran limitadas y reglamentadas, y esa despreocupación —según comprendí entonces— había tornado insensible mi corazón. Ahora, de repente, algo me había sucedido —nada que fuera visible desde afuera, nada que tuviera el aspecto de cosa esencial—. Sin embargo, aquella mirada iracunda, cuando en los ojos de la ofendida reconocí una profundidad hasta entonces insospechada del pesar humano, había abierto algo en mí, y, desde entonces, un calor repentino me recorría interiormente, despertando aquella fiebre misteriosa que me resultaba tan inexplicable como a todo enfermo su enfermedad. Sólo comprendí que había traspasado el círculo asegurado de las convenciones en que hasta entonces viviera ingenuamente y que había penetrado en una zona nueva que, como todo lo nuevo, resultaba a la vez excitante e inquietante. Por primera vez vi abierto delante de mí el abismo del sentimiento, y sentí la tentación de medirlo, arrojándome a él. Pero al mismo tiempo mi instinto me advirtió que no debía satisfacer curiosidad tan atrevida, diciéndome: "Basta; has pedido disculpas, ya apañaste tu torpeza tan justificada." Pero otra voz interior me susurraba: "¡Visítala otra vez! ¡Siente una vez más ese escalofrío, esa sensación de temor y tensión!" Y nuevamente la advertencia: "¡Quédate tranquilo, no incomodes, no te entrometas! Como hombre simple y joven que eres, no estarás a la altura de aquel exceso y cometerás torpezas mayores que la primera vez."

De un modo inesperado se me evitó esa indecisión interior, pues tres días después encontré sobre mi mesa una carta de Kekesfalva, quien me invitaba a almorzar en su casa el domingo siguiente. Hacía constar que entre los invitados sólo figurarían caballeros, uno de ellos, aquel teniente coronel von F., del ministerio de Guerra, del que ya me había hablado. Y agregaba que, desde luego, su hija e Ilona celebrarían particularmente mi presencia. No me avergüenza confesar que esa invitación enorgulleció al joven más bien tímido que yo era entonces. No se me había olvidado, pues, y la observación de que estaría presente el teniente coronel von F. parecía indicar que Kekesfalva quería de esta manera discreta proporcionarme una protección militar. (Comprendí en seguida a qué sensación de gratitud lo debía).

Realmente, no tenía por qué arrepentirme de haber aceptado de inmediato. Resultó una tarde agradable, y yo, como oficial subalterno, por quien nadie se preocupaba mayormente en el regimiento, tuve la sensación de encontrar en estos señores de edad y distinguidos una cordialidad peculiar a que no estaba acostumbrado. Era evidente que Kekesfalva había llamado la atención sobre mi persona de una manera especial. Por primera vez en mi vida, un superior de categoría me trató sin hacer distinción de rango. Quiso saber si me encontraba cómodo en mi regimiento y qué perspectivas de ascenso tenía. Me invitó a visitarle si al-

guna vez llegaba a Viena o necesitaba de él cualquier cosa. El notario, a su vez, un alegre señor calvo, con cara de luna, bonachón, me invitó a su casa y el director de la refinería de azúcar me dirigió la palabra repetidas veces. ¡Qué conversación tan distinta de la que se hacía en nuestro casino de oficiales, donde había que aceptar sumisamente toda opinión que partía de un superior! Más pronto de lo que esperaba, me sentí dueño de mí mismo, y al cabo de apenas media hora, participaba de las conversaciones sin asomo de cortedad.

Nuevamente los criados servían manjares que hasta entonces sólo conocía por haberlos oído mencionar a camaradas más adinerados: caviar conservado sobre el hielo, pastel de venado y faisanes, todo acompañado por aquellos vinos que parecen dar alas a los sentidos. Bien sé que es una tontería sucumbir a la impresión de esas cosas. Pero, ¿por qué negarlo?, yo, un teniente joven, insignificante, desacostumbrado a los ricos manjares, saboreé con infantil presunción el gusto de compartir la mesa suntuosa con señores tan distinguidos. Pensaba reiteradamente que pagaría una fortuna por que me vieran Wawruschka y aquel voluntario pálido que siempre se vanagloriaba por las comidas ricas que le habían sido servidas en lo de Sacher, en Viena. ¡Si vieran esta casa, abrirían tamaños ojos y boca! ¡Ojalá esos envidiosos pudieran verme sentado aquí, contestando al teniente coronel del ministerio de Guerra, que levanta su copa hacia mí, o discutiendo amigablemente con el director de la refinería, que acabó por decirme, muy serio:

—Me sorprende que todo eso le sea tan familiar.

El café fué servido en el saloncito; se libó coñac en copas panzudas refrescadas en el hielo, y luego se nos obsequió nuevamente con aquel calcidoscopio de licores, así como con los famosos cigarros gruesos con sus anillos pomposos. En medio de la conversación, Kekesfalva me preguntó si prefería participar de una partida de naipes o charlar con las damas. Repliqué sin vacilar que, desde luego, prefería esto último, pues no me habría sentido muy cómodo al arriesgar un *rubber* contra un teniente coronel adscripto al ministerio de Guerra. De ganar yo, tal vez se hubiese molestado, y de perder, hubiera quedado desbaratado mi presupuesto mensual. Además, recordé que llevaba a lo sumo veinte coronas en la cartera.

En tanto que se disponían las mesas de juego, me senté junto a las niñas y ante mi sorpresa — ¿fué el vino o el buen humor el que embellecía todo? — me parecieron ese día singularmente bonitas. Edith no estaba tan pálida, macilenta, enfermiza, como la otra vez. Es posible que en honor de los huéspedes se hubiera puesto un poco de *rouge*, pero también es probable que el buen humor reinante hubiera teñido sus mejillas; faltaban, de todos modos, la arruga nerviosa e inquieta alrededor de su boca y el tic caprichoso de sus ojos. Llevaba un largo vestido color rosa, ninguna piel cubría sus rodillas y, sin embargo, pensé que se debía a nuestro buen humor el que nadie pensara en su desgracia. En cuanto a Ilona, tuve la leve sospecha de que estaba ligeramente embriagada, y cuando al reír echaba sus hermosos hombros hacia atrás, tenía que apartarme de ella para resistir a la tentación de rozar casualmente sus brazos desnudos.

Aun el más tonto no tiene dificultad para hablar animadamente cuando acaba de tomar un coñac que le deja un calor agradable, cuando disfruta de un cigarro puro, cuyo aroma produce un cosquilleo grato a la nariz, y cuando, después de una comida suculenta, se halla en compañía de dos niñas bonitas y animadas. Sé que, por lo general, tengo facilidad de palabra, a menos que me trabe mi maldita cortedad. Pero ese día estaba en vena y hablé con verdadero ánimo. Claro está que sólo referí historietas sin importancia, los últimos sucesos del cuartel, como, por ejemplo, la anécdota del coronel que la semana anterior quería mandar una carta urgente para que saliera con el expreso de Viena y que llamó a un ulano, un campesino ruteno, al que trató de hacer comprender que esa carta debía expedirse inmediatamente, razón por la cual el muchacho fué al establo para ensillar su caballo y galopar de un tirón a Viena. Si no se hubiese avisado telefónicamente al próximo comando, aquel estúpido habría hecho las dieciocho horas a caballo. No fué, pues, ni mucho menos, con reflexiones profundas con las que mantuve la atención de mis compañeras, sino con simples anécdotas de todos los días, que no obstante divertían sobremanera a las muchachas, que reían sin interrupción. La risa de Edith sonaba particularmente alegre con su tono argentino que a veces se excedía, pero su alegría debía proceder en verdad de sus adentros, pues la piel fina y transparente como porcelana de sus delgadas mejillas, denotaba un color cada vez más subido; un halo de salud y belleza iluminó su rostro, y sus ojos grises, comúnmente acerados y penetrantes, reflejaron una alegría infantil. Daba gusto mirarla mientras se olvidaba de su cuerpo encadenado, y sus movimientos se tornaban más y más libres y sus gestos cada vez más desembarazados. Estaba echada hacia atrás, reía, bebía, atraía a Ilona hacia sí y colocaba el brazo en sus hombros. La verdad es que las dos se divertían mucho. El éxito siempre entusiasma al narrador; y retornaron a mi memoria una gran cantidad de anécdotas que yo creía haber olvidado para siempre. Temeroso y corto de genio por costumbre, me encontré con un coraje que me resultó nuevo: las hice reír y las acompañé en sus risas. Los tres nos acurrucamos en un rincón como niños impertinentes.

Y, sin embargo, mientras yo bromeaba sin tregua y parecía estar en perfecta armonía con nuestro pequeño círculo alegre, sentí, medio inconsciente, una mirada que me observaba. A través de unos lentes, me llegaba desde la mesa de juego. Fué una mirada cálida, dichosa, que agrandaba todavía mi propia felicidad. El anciano señor miraba de soslayo, en secreto, muy cuidadosamente, por encima de sus gafas, y cuando alguna vez se cruzaron nuestras miradas, inclinó la cabeza en señal de inteligencia. Su rostro tenía en ese momento la expresión concentrada de una persona que escucha atentamente un trozo de música.

La velada se prolongó hasta casi la medianoche, y nuestra charla no se interrumpió una sola vez. Se sirvió un nuevo refrigerio, sabrosos sandwiches, y no fuí yo solo el que se sirvió sin reparos. Las dos muchachas también comieron con excelente apetito y bebieron varias copas de un rico Oporto, pesado y añejo. Con todo, llegó la hora de la despedida. Edith e Ilona me apretaron la mano como a un viejo amigo, un camarada estimado y digno de confianza. Claro está que tuve que prometerles volver pronto, al día siguiente o, a más tardar, dos días después. Luego salí con los demás invitados al vestíbulo. Afuera nos esperaba el auto que debía llevarnos a nuestras respectivas casas. Fuí a buscar mi capa mientras el criado ayudaba al teniente coronel a ponerse la suya. De pronto noté que alguien me ayudaba. Era Kekesfalva, y mientras yo esbozaba, turbado, un gesto de protesta (¿cómo permitir que me ayudase un señor de mucha más edad que yo?), él me decía en voz baja:

—No se imagina usted, señor teniente, qué felicidad ha significado para mí volver a oír a mi hija reírse de buena gana. Casi nunca está alegre. Y hoy era como antes, cuando...

En ese instante se nos acercó el teniente coronel.

—¿Nos vamos? — me sonrió amablemente.

Kekesfalva no se atrevió a seguir hablando en su presencia, pero yo noté que la mano del anciano pasaba sobre mi brazo, muy queda, casi tímidamente, tal como se acaricia a un niño o a una mujer. Lo oculto y furtivo de ese contacto huraño encerraba una cordialidad y un agradecimiento infinitos; percibí tal dicha y tal desesperación, que me sentí nuevamente conmovido, y mientras bajé respetuoso al lado del teniente coronel los tres peldaños hasta el automóvil, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para que nadie advirtiera mi emoción.

* * *

Estaba demasiado agitado para acostarme aquella noche. Es verdad que, visto con frialdad, la causa era mínima, nada más que el gesto afectuoso de un hombre de edad; pero ese movimiento suave, que expresaba una gratitud fervorosa, bastaba para despertar y hacer desbordar en mí algo muy íntimo. En aquel contacto había experimentado una ternura tan casta y, sin embargo, tan apasionada como nunca me la había inspirado ni siquiera una mujer. Por primera vez en mi vida tuve la certeza de haber sido verdaderamente útil a alguien en este mundo, y fué infinito mi asombro de que un teniente mediocre y poco seguro de sí mismo dispusiera efectivamente de esa capacidad para provocar en alguien semejante dicha. Para explicar el efecto embriagador de ese descubrimiento repentino, conviene tal vez que recuerde, para mí mismo, que desde los días de mi infancia nada había oprimido tanto mi alma como la convicción de ser un ente perfectamente superfluo, que no interesaba a los demás y que, en el mejor de los casos, les era indiferente. En el colegio militar y en la academia, siempre había sido un alumno mediocre que jamás se distinguió en ningún concepto, ni figuraba tampoco en el regimiento entre los que gozaban de singular estima o preferencia. Estaba, pues, profundamente convencido de que, en el caso de mi desaparición repentina, si, por ejemplo, al caer del caballo me rompía la nuca, mis camaradas dirían tal vez "¡Es una lástima!" o "¡Pobre Hofmiller!", pero al cabo de un mes ya nadie me echaría de menos. Otro cabalgaría en mi lugar y ese otro cumpliría tan mal o tan bien con su deber como yo. Lo que me sucedía con mis camaradas, me ocurría también con las pocas muchachas con que mantuve relaciones en las dos guarniciones en que había servido: en Jaroslav, con la asistente de un dentista, y en Viena con una modistilla. Salíamos juntos los días de asueto, llevaba a Anita a mi pieza, y en oportunidad de su cumpleaños le regalé un collar de coral. Habíamos cambiado las habituales palabras de ternura, y probablemente habían sido sinceras. Pero cuando fuí trasladado, ambos nos consolamos rápidamente; durante los tres primeros meses nos escribimos unas cuantas cartas usuales, mas luego cada cual se relacionaba con otra pareja; toda la diferencia consistía en que ella llamaba en sus arrebatos amorosos a un Ferdl en vez de un Tonny. ¡Pasado, olvidado! A los veinticinco años no había sido objeto todavía de un sentimiento fuerte y apasionado y, en verdad, no esperaba ni exigía de la vida más que la posibilidad de cumplir correctamente con mi deber y de no llamar nunca la atención de un modo desagradable.

Pero ahora había sucedido lo inesperado, y admirado me contemplé a mí mismo con una curiosidad sobresaltada. ¿Cómo? ¿Un joven mediocre también tiene poder sobre otros hombres? ¿Yo, que honradamente no podía llamarme dueño de cincuenta coronas, podía regalar más dicha a un hombre rico, que todos sus amigos? ¿Yo, el teniente Hofmiller, podía ayudar y consolar a alguien? ¡Si me sentaba una o dos tardes al lado de una muchacha tullida y azorada para charlar con ella se aclaraban sus ojos y sus mejillas respiraban mayor vitalidad, y toda una casa ensombrecida tornábase clara en virtud de mi presencia!

Llevado por mi agitación, crucé las calles oscuras con tal rapidez que me sentí sofocado. Hubiera querido desabrochar mi saco, pues sentí que mi corazón se ensanchaba: aquella sorpresa engendró y reveló inesperadamente otra nueva, más embriagadora todavía — la noción de mi facilidad enorme para conquistar la amistad de aquella gente extraña —. ¿Qué gran hazaña había cumplido yo? Había demostrado un poco de compasión, había pasado dos tardes alegres, gratas y animadas en su casa,

y eso bastaba. ¡Qué torpeza, la de pasar todas las horas libres, día tras día, en el café, jugar estúpidamente a las cartas con camaradas aburridos o pasearse de arriba abajo en la calle principal! No; en adelante no iba a dedicarme más a esa insensatez, a esa necia marcha en el vacío. Mientras atravesaba la noche tenue, cada vez más apresurado, me prometí firmemente, como despierto de golpe, que en adelante modificaría mi manera de vivir. No frecuentaría más el café, dejaría los estúpidos naipes y el billar, pondría punto final enérgicamente a todos esos modos de matar el tiempo que no sirven a nadie y me embrutecían a mí mismo. Iría a visitar más a menudo a aquella enferma e, incluso, me prepararía cada vez para poder contar a las dos muchachas cosas gratas y divertidas. Jugaríamos al ajedrez o pasaríamos de otra manera agradable el tiempo. Esa misma proposición de ayudar y de ser útil en adelante a otros, me infundió una especie de entusiasmo. Hubiera querido cantar o cometer alguna imprudencia para dar salida a esa sensación de contento. Sólo cuando se comprende que también se es útil a otro ser, se percibe el sentido y la misión de la existencia propia.

Fué así y nada más que por eso que en las semanas siguientes pasaba las tardes, y generalmente también las noches, con los Kekesfalva. Pronto esas horas de charla amigable se convirtieron en hábito y en costumbre no carente de peligro. ¡Pero fué seducción para un joven empujado desde su infancia de un instituto militar a otro, la de hallar de repente un hogar, una patria del corazón, en lugar de las frías estancias del cuartel, de las ahumadas salas de camaradería! Cuando, después de cumplir el servicio, entre las cuatro y media y las cinco, me dirigía al castillo Kekesfalva, el criado abría la puerta con grandes muestras de alegría apenas yo tocaba el llamador, como si hubiese espiado mi llegada a través de una mirilla misteriosa. Todo evidenciaba cariñosamente que se me contaba entre los miembros de la familia; se consideraba cada una de mis pequeñas debilidades y preferencias. En cuanto a los cigarrillos, siempre estaba a mano mi marca favorita; cuando hablaba como al desgaire de un libro que me hubiera gustado leer, lo encontraba como por casualidad al día siguiente en un pequeño taburete; un sillón determinado, frente al sofá de Edith, era considerado indefectiblemente como "mi lugar"; pequeñeces, insignificancias todas ellas, es verdad, pero atenciones que imprimen a una estancia extraña un calor hogareño y que alegran y alivian inconscientemente. Estaba yo, sentado ahí, más seguro de mí mismo que en el círculo de mis camaradas, charlaba y bromeaba según la inspiración del momento, comprendiendo por primera vez que toda forma de obligación ata las fuerzas efectivas del alma, y que la medida verdadera de un hombre sólo se manifiesta cuando tiene confianza.

Pero había algo, mucho más misterioso, que contribuía a que la tertulia diaria con las dos muchachas me animase tanto. Desde los días en que ingresé al colegio militar, desde diez o quince años atrás, viví ininterrumpidamente en un ambiente masculino. De la mañana a la noche, de la noche a la mañana, en el dormitorio, en las tiendas de campaña, durante las maniobras, en el casino, en la mesa y de paseo, en el picadero y en el aula, siempre respiraba nada más que la atmósfera de hombres, primero de muchachos, luego de mozos, pero siempre de hombres, hombres acostumbrados a gestos enérgicos, a un caminar fuerte y ruidoso, hombres con voces guturales, olor a tabaco, falta de delicadeza y, no pocas veces, ordinarios. Ciertamente, estimaba de todo corazón a la mayoría de mis camaradas, y no tenía por qué quejarme de falta de cordialidad para conmigo. Pero esa atmósfera carecía de un elemento alado, como si no contuviera suficiente ozono, ni bastantes energías eléctricas en tensión. Y así como nuestra magnífica banda militar, pese a su ejemplar ímpetu rítmico, nunca dejó de ser una fría música de metales, es decir dura, como granulosa y orientada únicamente de acuerdo al tacto, puesto que carecía del sonido tiernamente sensual de los violines, así, aun las horas más gratas de nuestra camaradería estaban privadas de aquel flúido cálido que la mera presencia o proximidad de las mujeres proporciona invisiblemente a toda sociabilidad. Ya en aquellos tiempos, cuando siendo muchachitos de catorce años nos paseábamos de dos en dos, con nuestros vistosos uniformes de cadetes, por la ciudad, comprendíamos al tropezar con otros muchachos que se paseaban flirteando y aun sólo charlando con niñas, que el acuartelamiento monacal vedaba a nuestra juventud algo de lo que nuestros compañeros de edad gozaban naturalmente todos los días en la calle, los paseos, la pista de patinaje y el salón de baile: el contacto ingenuo con las niñas que nosotros, apartados y encarcelados, veíamos pasar como sílfides encantadas, ¡imaginándonos esa conversación con una muchacha como un placer inalcanzable. Semejantes privaciones no se olvidan nunca. El que más tarde se presentasen aventuras pasajeras, generalmente superficiales, con toda clase de mujeres condescendientes, no ofrecía ninguna recompensa para aquellos sentimentales sueños infantiles. A ello se debía la falta de agilidad, así como la torpeza, con que me movía en sociedad (a pesar de haber dormido ya con una docena de mujeres), cuando casualmente tropezaba con una joven que me estaba vedada. Se había corrompido mi natural ingenuidad por obra de un renunciamiento demasiado prolongado.

De repente había quedado cumplido, del modo más perfecto, ese anhelo juvenil inconfeso de cultivar una amistad con mujeres jóvenes y no con camaradas barbudos, varoniles, toscos. Pasaba todas las tardes con las dos muchachas; lo claro y femenino de sus voces —no puedo expresarlo de otra manera—, me causaba un bienestar casi físico, y con una sensación de dicha difícil de describir, gocé por primera vez de mi falta de timidez en presencia de aquéllas. La condición particularmente dichosa de nuestra relación aumentaba aún más, gracias al hecho de que, en circunstancias determinadas, evitaban que se estableciese aquel contacto chisporroteante que, por lo común, resulta inevitable cuando jóvenes de distinto sexo permanecen mucho tiempo juntos y solos. Nuestras horas de charla carecían absolutamente de todo lo bochornoso que suele tornar tan peligrosos los *tête-à-tête* en la penumbra. No tengo empacho en reconocer que, al principio, me irritaban del modo más agradable los labios carnosos que invitaban al beso, los brazos gordezuelos de Ilona, su sensualidad magiar, que se manifestaba en sus movimientos suaves y ondulantes. Algunas veces tuve que retener enérgicamente mis manos para no sucumbir a la tentación de abrazar a aquella mujer cálida y suave, con ojos negros y reidores, de besarla hasta el cansancio. Pero Ilona me confesó, en los primeros días de nuestro conocimiento, que desde hacía dos años estaba comprometida con un aspirante al notariado de Becskeret y que sólo esperaba el restablecimiento o la mejoría de Edith para casarse. Adiviné que Kekesfalva había prometido una dote a la parienta sin fortuna a condición de que esperara hasta entonces. Por otra parte habría sido una perfidia y una brutalidad sin igual si, a espaldas de aquella compañera encantadora, impotente, atada a su silla de ruedas, hubiéramos ensayado unas caricias, sin que nos inspirara un verdadero sentimiento de amor. Se perdió, pues, rápidamente el encanto sensualmente vago del principio, y todo cuanto era capaz de sentir se concentraba de un modo cada vez más intenso sobre la desamparada, la sin ventura, pues forzosamente se alía en la química misteriosa de los sentimientos la compasión para un enfermo con la ternura. Estar sentado junto a la tullida, alegrarla mediante la conversación, ver cómo su inquieta boca delgada se apaciguaba gracias a una sonrisa o conseguir a veces que demostrara una condescendencia avergonzada con sólo tocarla mi mano en el momento en que se agitaba impacientemente para satisfacer un ímpetu vehemente, y cobrar todavía por ello una mirada gris de gratitud —esas pequeñas coincidencias de una amistad espiritual me causaban más dicha junto a esa niña desamparada e impotente, que las aventuras más apasionadas con cualquier otra mujer—. En virtud de esas emociones suaves descubrí —¡cuántos conocimientos debía a esos primeros días! — las zonas más delicadas del sentimiento, que hasta entonces no conocía ni sospechaba.

Eran zonas ignoradas y más delicadas; pero, en realidad, eran también más peligrosas. Es inútil aun el esfuerzo más indulgente; la relación entre un sano y un enfermo, entre un libre y un cautivo, no puede mantenerse a la larga en un equilibrio puro. La desgracia hace sensible, y el sufrimiento perenne, injusto. Tal como entre el deudor y el acreedor queda invenciblemente una sensación molesta, porque al uno corresponde invariablemente el papel del donante y al otro el del favorecido, así queda en el enfermo, de continuo, una predisposición secreta contra todo gesto visible de atención o preocupación. Había que permanecer siempre alerta para no cruzar el límite casi imperceptible en que la compasión, en vez de apaciguar, hería aún más la extrema susceptibilidad de la niña. Mimada como estaba, exigía por una parte que todo el mundo la sirviese como a una princesa y la atendiese como a una niña, pero en el momento siguiente, esa misma consideración podía amargarla porque le daba más clara conciencia de su propia debilidad. Si acaso se le acercaba el taburete a fin de que no tuviera que esforzarse para tomar un libro o una taza, exclamaba en tono soberbio y con los ojos relampagueantes:

—¿Cree usted que no puedo tomar yo misma lo que quiero?

Tal como un animal enjaulado se lanza de pronto, inmotivadamente, sobre el cuidador, al que de ordinario respeta, así ella se sentía de vez en cuando presa de un malicioso placer de desgarrar nuestro estado de ánimo alegre y despreocupado con un zarpazo repentino, hablando sin transición de sí misma como de un "engendro miserable". En tales momentos de tensión, había que concentrar todas las energías para no resultar injusto frente a su agresividad.

Ante mi propia sorpresa, hallaba siempre esa fuerza. A un primer conocimiento de la condición humana se agregan continuamente otros más misteriosos, y al que le es dado experimentar compasivamente una sola forma del sufrimiento terrenal, le es dado también comprender, gracias a tan mágica enseñanza, todas las demás formas del mismo, aun las más extrañas y las aparentemente absurdas. No me dejé desorientar, pues, por sus revueltas ocasionales; al contrario, cuanto más injustos e inesperados eran sus ataques, tanto más me conmovían. Poco a poco comprendí también por qué su padre e Ilona celebraban mis visitas y por qué toda la casa gustaba de mi presencia. Un sufrimiento que dura mucho tiempo generalmente no sólo cansa al enfermo, sino que también agota la compasión de los demás; no es posible prolongar al infinito los sentimientos intensos. No cabe duda que el padre y la prima compadecían a la pobre impaciente hasta el fondo de su alma, pero esa compasión estaba ya en ellos como agotada y resignada. Para ellos, la enferma era enferma, y la dolencia un hecho consumado; esperaban con la mirada baja que concluyesen las breves tormentas nerviosas, pero ya no se asustaban como me asustaba yo cada vez. Yo, en cambio, que percibía su dolor como conmoción renovada, llegué a ser el único ante quien se avergonzaba de su desmedro. Bastaba que al dejarse llevar ella por un arrebato, yo advirtiese:

"Pero, querida señorita Edith", para que bajase obedientemente la mirada gris. Se sonrojaba y se veía que, de no estar atadas sus piernas, hubiera querido huir de sí misma. Nunca me pude despedir de ella sin que me dijera de cierto modo suplicante que me atravesaba el corazón:

—¿Verdad que usted volverá mañana? ¿Verdad que usted no me tomó a mal ninguna de las tonterías que hoy he dicho?

En esos momentos yo sentía una especie de admiración milagrosa por que yo tuviese tanto poder sobre otros seres, a pesar de que no podía ofrecer nada más que mi compasión sincera.

Pero corresponde al sentido de la juventud el que cada nuevo conocimiento se transforme en exaltación y que, una vez movida por el sentimiento, no se canse de mantenerlo despierto. Se operó en mí una extraña transformación cuando descubrí que esa compasión mía constituía una fuerza que no sólo me excitaba a mí mismo de una manera verdaderamente gozosa, sino que surtía un efecto beneficioso más allá de mi propio ser. Desde que por primera vez advertí en mí la nueva capacidad de la compasión, sentía como si un tóxico se hubiera infiltrado en mi sangre, tornándola más cálida, más roja, más rápida, ms vehemente. De golpe dejé de comprender la sordidez de mi vida indiferente vivida hasta entonces, semejante a una penumbra gris y monótona. Empezaban a interesarme y conmoverme cien cosas, a cuyo lado había pasado antes sin prestarles atención. Como si con aquella primera visión de una pena ajena hubiese adquirido otro ojo más penetrante y sapiente, observé en todas partes acaecimientos que me ocultaban, entusiasmaban, emocionaban. Y como todo nuestro mundo está pletórico, calle por calle y habitación por habitación, de un destino sensible, y puesto que está impregnado de una miseria evidente hasta en su último fondo, mis días transcurrían en lo sucesivo colmados de atención y tensión. Durante nuestras cabalgatas me sorprendía porque de repente me sentía incapaz de castigar con fuerza a un caballo que se encabritaba, pues, consciente de mi culpa, percibía el dolor que yo mismo causaba, y los latigazos quemaban mi propia piel. Involuntariamente se contraían convulsivamente mis dedos cuando un capitán colérico pegaba con el puño cerrado en el rostro de un pobre ulano ruteno que había acomodado mal los aparejos del caballo, en tanto que el muchacho se cuadraba con la mano inmóvil pegada a la costura de su pantalón. En su derredor los demás soldados miraban o reían estúpidamente, y sólo yo veía cómo se empañaban los ojos del muchacho tosco, bajo los párpados avergonzadamente caídos. De repente, me resultaban insoportables las bromas que en el casino de oficiales se gastaban con respecto a camaradas torpes o poco hábiles. Desde que en aquella muchacha indefensa e inválida había comprendido el martirio de la flaqueza, cada brutalidad me llenaba de odio y cada ser impotente reclamaba mi conmiseración. Infinidad de pequeñeces, que hasta entonces se me habían escapado, llegaron a mi conciencia desde que la casualidad había dejado caer en mi ojo aquella única gota ardiente de compasión. Me llamaba la atención, por ejemplo, que la vendedora de tabaco, a quien siempre había comprado mis cigarrillos, acercara las monedas hasta casi junto a sus lentes, y de inmediato me intranquilizaba la sospecha de que aquella mujer pudiese quedar ciega. Me propuse interrogarla delicadamente al día siguiente, y rogar también al médico del regimiento, Goldbaum, que la revisara. En otra oportunidad me di cuenta que, de un tiempo a esa parte, los voluntarios hacían el vacío al pequeño K., el de los cabellos rojizos, y recordé entonces haber leído en el diario que su tío había sido encarcelado —¿qué culpa tenía el pobre muchacho?— por haber cometido malversaciones de fondos. Entonces me senté exprofeso a su lado, en presencia de todos, e inicié una larga conversación con él. Su mirada agradecida me reveló en seguida que había comprendido que sólo lo hacía para demostrar a los demás que su manera de tratarle era tan injusta como zafia. En otra ocasión solicité los servicios de un soldado de mi escuadrón en el preciso momento en que el coronel estaba por castigarlo con cuatro horas de ejercicios forzados. Diariamente experimentaba en distintas pruebas ese nuevo goce que me había sobrevenido tan de repente, y me decía: "De aquí en adelante ayudarás cuanto puedas a quien lo necesite; dejarás de ser indolente e indiferente". ¡Agrandarse, entregándose a otros; enriquecerse, hermanándose con todo destino, comprendiendo y experimentando, por obra de la compasión, todo sufrimiento ajeno! Y mi alma, que se sorprendió de sí misma, vibraba de gratitud hacia la enferma, a la que, sin saber, había ofendido, y que con su gratitud me había enseñado la magia creadora de la compasión.

❦ ❦ ❦

Muy pronto fuí despertado de esas sensaciones románticas, y ello del modo más definitivo. Sucedió lo siguiente. Aquella tarde habíamos jugado al dominó, charlado luego un rato largo, y así pasado animadamente el tiempo, de modo que no nos dimos cuenta de lo avanzado de la hora. Eran las once y media cuando consulté, espantado, el reloj y me despedí precipitadamente. Pero mientras el padre me acompañaba al vestíbulo, oímos afuera un zumbido como de cien mil abejorros. Una lluvia torrencial tamborileaba sobre el *porche*.

—Haré traer el auto —me tranquilizó Kekesfalva.

Protesté que ello no hacía falta. Me moles-

taba la idea de que a las once y media de la noche y sólo por culpa mía el chofer debía volver a vestirse y sacar nuevamente el coche del garaje. Pero, a la verdad, era tentadora la posibilidad de volver con ese tiempo al cuartel dentro de un coche mullido, en vez de caminar media hora con botas charoladas por el barro del camino. Cedí, pues. A pesar de la lluvia, el anciano insistió en acompañarme hasta el coche, y él mismo me envolvió en la manta. El chofer arrancó y a toda prisa volví así al cuartel bajo la tormenta.

Viajaba maravillosamente cómodo y agradable en el auto, que se desplazaba sin ruido. No obstante, al enfilar hacia el cuartel, golpeé la ventanilla y pedí al chofer que se detuviera al llegar a la plaza del ayuntamiento, pues no deseaba llegar al cuartel en el elegante coche de Kekesfalva. Sabía yo que no era conveniente que un oscuro teniente se presentase como un archiduque en un auto elegantísimo, ayudado al bajar por un chofer uniformado. Los hombres de los cuellos dorados no gustan de semejantes fanfarronadas, y además, hacía tiempo que mi instinto me aconsejaba no mezclar, en lo posible, mis dos mundos, el lujo de afuera, donde yo era un hombre libre, independiente, mimado, y el mundo del servicio, donde tenía que humillarme, y donde era un pobretón que se sentía dichoso cuando el mes sólo tenía treinta días y no treinta y uno. Inconscientemente, una parte de mi personalidad no quería saber nada de la otra; hubo veces en que ya no me era posible distinguir cuál era el verdadero Tonny Hofmiller: si el que servía en el cuartel, o aquel que frecuentaba la casa Kekesfalva, el de afuera o el de aquí adentro.

Obedientemente, el chofer detuvo el coche en la plaza del ayuntamiento, a dos cuadras del cuartel. Descendí, abroché el cuello de la capa, y me dispuse a cruzar rápidamente la amplia plaza. Pero en ese mismo instante arreció el aguacero, y el viento me golpeó la cara con ráfagas de lluvia. Iba a guarecerme un par de minutos en el portón de una casa, antes de recorrer el camino al cuartel. Entonces pensé que tal vez estuviera abierto todavía el café, y ahí podría esperar, bien protegido, que el cielo terminase de vaciar sus poderosas regaderas. Sólo me separaban unos pasos del café, y he aquí que detrás de sus vidrios empapados se distinguía el pálido fulgor de los mecheros de gas. Quizás estaban reunidos todavía los camaradas —magnífica oportunidad para reparar mis faltas, pues ya era hora de que volviese a pasar un rato con ellos—. Todos esos días, esa semana y la anterior, había dejado de acudir a nuestras reuniones habituales. Tenían ellos, en verdad, motivo para estar resentidos conmigo; cuando se peca de infiel conviene que, a lo menos, se guarden las formas.

Abrí la puerta. En la parte delantera del local ya estaban apagadas las luces, por razones de economía. Vi una cantidad de diarios esparcidos, y el mozo Eugenio hacía el balance del día. Sólo había luz en la sala de juego, de donde me llegaba también un fulgor de bien pulidos botones de uniforme. Ahí estaban los eternos jugadores de naipes: Jozsi, el teniente primero, el teniente Ferencz y el médico del regimiento, Goldbaum. Al parecer, hacía tiempo que habían concluído su partida, y permanecían en aquel abandono que me era tan familiar, en esa pereza que teme el momento de levantarse, razón por la cual mi llegada se les antojó todo un regalo del cielo, puesto que interrumpía su aburrimiento.

—Hola, Tonny —gritó Ferencz mirando a los demás.

—¡Qué honor para nuestra pobre choza! —exclamó el médico del regimiento, quien, según solíamos burlarnos de él, sufría de disentería crónica de citas.

Seis ojos somnolientos me saludaban y sonreían. "¡Salud, salud!"

Su alegría me regocijaba. Son buenos muchachos, pensé. No me han tomado a mal el que haya faltado todos esos días, sin disculparme, ni dar una explicación.

—Café —pedí al mozo que venía arrastrándose medio dormido, y arrimé una silla haciendo honor al inevitable "¿Qué hay de nuevo?" con que se iniciaban todas nuestras tertulias.

Ferencz ensanchó más aún su cara, de por sí ya tan amplia, y sus ojos maliciosos desaparecieron casi entre las mejillas rojizas. Abrió la boca lenta, pastosamente.

—La última novedad —sonrió complacido—, que yo sepa, es la de que vuestra señoría tiene la deferencia de visitarnos en nuestro modesto refugio.

Y el médico del regimiento se echó para atrás en su asiento e imitó la voz del gran actor Kainz:

—Mahaöh, el dios de la tierra, baja por última vez, para transformarse en hombre y compartir los goces y las penas de los mortales.

Los tres me miraron sonriendo y, en seguida, tuve una sensación amarga. Creí oportuno empezar a hablar, antes de que ellos me preguntaran por qué había faltado todos esos días, y de dónde acababa de llegar. Pero antes de que pudiese empezar, Ferencz había hecho un gesto extraño y dado un empellón a Jozsi.

—Mira —dijo señalando algo debajo de la mesa—. ¿Qué me dices ahora? Con este tiempo de perros lleva botas de charol y el uniforme de parada. Este Tonny sabe vivir; sí que se ha acomodado. Dicen que lleva una vida fastuosa en la casa del viejo maniqueo. El farmacéutico cuenta que allí todas las cenas constan de cinco platos, con caviar y capones, bools legítimos y cigarros de primera. ¡Qué diferencia de la porquería que nos sirven en *El León Rojo!* Todos nos hemos equivocado respecto a Tonny. No es de los que se chupan el dedo.

Jozsi lo secundó inmediatamente:

—Sólo en lo que se refiere a camaradería se muestra un tanto débil. Sí, amigo Tonny; podías decirle a tu viejo: "Mira, viejo; como yo tengo ahí unos compañeros excelentes, grandes muchachos que tampoco comen con el cuchillo, te los voy a traer un día de estos". Pero tú sigues pensando: "Que traguen su cerveza desabrida y que se adoben la garganta con la monótona carne a la húngara". ¡Vaya una camaradería! Hay que decirlo. Todo para ti, y para los demás, nada. ¿Trajiste siquiera un buen cigarro? En ese caso te perdonaremos por hoy.

Se echaron a reír los tres y a chasquear la lengua, en tanto que yo sentía que la sangre se me agolpaba en la cara y hasta en las orejas. ¿Cómo diablos habrá adivinado ese maldito Jozsi que Kekesfalva, en verdad, me había provisto, al despedirme en el vestíbulo —según siempre lo hacía—, de uno de sus ricos cigarros? ¿Acaso sobresalía de entre dos botones de mi casaca? ¡Ojalá los muchachos no se dieran cuenta! En mi perplejidad, me esforcé por reír.

—Creo que un cigarrillo de tercera categoría también te bastará —y le alargué la cigarrera abierta.

Pero en el mismo instante se contrajo mi mano convulsivamente, pues en la antevíspera yo había cumplido veinticinco años, y las dos muchachas lo habían sabido, no sé cómo. Cuando, al sentarnos a la mesa, tomé la servilleta de encima de mi plato, noté que en ella había envuelto un objeto pesado: una cigarrera que me ofrecían como regalo de cumpleaños. Ferencz ya había observado el nuevo estuche. En nuestro estrecho círculo, aun la más insignificante bagatela adquiría categoría de acontecimiento.

—¡Oh, oh! ¿Qué es eso? —refunfuñó—. ¡Un nuevo pertrecho!

Me quitó la cigarrera sin más ni más —¿cómo podía impedirlo?—, la palpó, la contempló y finalmente la sopesó en la palma de sus manos.

—Mira —se dirigió al médico del regimiento—, hasta creo que es oro auténtico. Mírala bien, dicen que tu digno procreador comercia en estas cosas, de modo que tú también has de ser más o menos entendido.

El médico del regimiento, Goldbaum, efectivamente, era hijo de un orfebre de Drohobycz; caló los lentes sobre su carnosa nariz, tomó la cigarrera, la sopesó, la miró por todos los costados y la golpeó como perito, con el nudillo.

—Auténtica —diagnosticó al fin—. Oro puro, labrado y condenadamente pesado. Con esto se podría emplomar los dientes de todo el regimiento. Su precio debe oscilar entre las setecientas u ochocientas coronas.

Después de este veredicto, que me sorprendió a mí también (en verdad había creído que sólo estaba dorada), hizo pasar la cigarrera a Jozsi, quien la tomó mucho más respetuosamente que los otros (¡qué respeto nos infunde a nosotros, pobres diablos, todo lo valioso!). La miró, se contempló en la cigarrera y por último la abrió apretando el rubí, y quedó cortado:

—¡Oh, oh!, una inscripción. Oíd, oíd: "A nuestro querido camarada Anton Hofmiller, en su cumpleaños. Ilona, Edith".

Los tres me miraron fijamente.

—¡Caramba! —resolló Ferencz al cabo de un rato—. De un tiempo a esta parte eliges tus camaradas con buen tino. Te felicito. De mí, en el mejor de los casos, hubieras recibido una fosforera de galalita en vez de eso.

Sentí un nudo en la garganta, pues estaba convencido de que a la mañana siguiente todo el regimiento se enteraría de la fastidiosa novedad de la cigarrera de oro que me regalaron los Kekesfalva y repetiría de memoria la inscripción. "A ver, muestra tu noble estuche", diría Ferencz en el casino de oficiales, para vanagloriarse a costillas mías, y obedientemente tendría que presentarla al señor capitán, al señor mayor, y tal vez al señor coronel. Todos la pesarían en la mano, la avalorarían, se sonreirían con ironía ante la inscripción y seguirían luego indefectiblemente con las preguntas y bromas a las que no podría contestar descortésmente en presencia de mis superiores.

Confuso y deseoso de poner fin a la conversación, pregunté:

—¿Tienen ganas de jugar un partido?

Pero de inmediato su sonrisa bonachona se convirtió en ancha risa.

—¿Has oído jamás semejante cosa, Ferencz? —preguntó Jozsi—. A las doce y media, en momentos de cerrarse el cafetín, se le ocurre al señorito éste empezar un partido de naipes.

El médico del regimiento se echó hacia atrás, cansado y cómodo:

—Sí, sí; para los dichosos no pasan las horas.

Celebraron el chiste desabrido, pero ya se acercaba el mozo Eugenio para insistir humildemente:

—Vamos a cerrar...

La lluvia había amainado, y nos dirigimos todos juntos al cuartel, donde nos despedimos con fuertes apretones de manos. Ferencz me golpeó el hombro:

—Me alegro que hayas venido esta noche.

Comprendí que hablaba con el corazón en la boca. ¿Por qué estaba yo tan enojado con ellos? Eran todos muchachos buenos y decentes, sin pizca de envidia ni aversión, y si se burlaron un poco de mí, no los guiaba ningún mal propósito.

❦ ❦ ❦

No cabe duda de que no tenían ninguna mala intención y, sin embargo, su admiración torpe destrozó irreparablemente mi seguridad. Hasta entonces mi relación singular con los Kekesfalva había agrandado magníficamente

mi amor propio. Por primera vez en mi vida me había sentido como quien da y ayuda, pero entonces caí en la cuenta de cómo los demás juzgaban esa relación, mejor dicho, cómo era inevitable que se la viera desde fuera, ignorando toda la serie de coherencias interiores. No podían ellos comprender el sutil placer de la compasión a la que había sucumbido como a una pasión oscura. Para ellos no había duda de que yo sólo buscaba el trato de aquella familia afortunada y hospitalaria para relacionarme con gente acaudalada, para ganarme una que otra cena y merecer algún regalo. Con todo eso, no podía tacharlos de malpensados, no me envidiaban los buenos cigarros ni el rincón muelle. Sin duda, no veían nada impuro ni deshonroso —y eso precisamente me molestaba— en que me dejase festejar y cortejar por aquella gente, porque de acuerdo a su juicio, se las honraba sentándose, como oficial de caballería, a su mesa. No hubo, pues, ni un asomo de crítica en la admiración que Ferencz y Jozsi demostraban por el estuche dorado; al contrario, me respetaron de cierta manera, porque había sabido, a su juicio, aprovecharme de mi Mecenas. Lo que me fastidiaba era que yo empezaba a desorientarme. ¿Acaso me comportaba, realmente, como un parásito? ¿Era conveniente que como oficial me dejara invitar y cortejar todas las tardes? No debía haber aceptado de ninguna manera la cigarrera de oro ni tampoco la bufanda de seda que me colocaron en el cuello en una noche tormentosa. Un oficial de caballería no tolera que le pongan cigarros en su bolsillo, y sobre todo era indispensable que disuadiese a Kekesfalva en cuanto a su propósito de facilitarme un nuevo caballo. Recordé de pronto que unos días atrás, al hablar de mi caballo húngaro (que, claro está, pagaba en mensualidades), había dicho que no era de los mejores, y eso era verdad, pero no quería que me prestase uno de sus propios caballos, un famoso animal de tres años, un *pur sang*, con el que hubiera podido lucirme. Ya sabía el significado que para él tenía la palabra "prestar". Tal como a Ilona había prometido una dote para que continuase como enfermera al lado de su pobre hija, así pensaba comprarme a mí, pagarme al contado mi compasión, mis bromas, mi compañía. Y en mi simpleza estaba a punto de caer en sus redes, sin darme cuenta de que con ello me convertía en parásito.

Pero luego me tildaba de necio, y recordaba la emoción con que el viejo señor había acariciado mi brazo, y cómo su rostro se aclaraba cada vez que entraba en su casa. Recordaba la camaradería cordial, fraternal, que me unía a las dos muchachas, quienes nunca se fijaron si acaso tomaba una copa de más y que, de darse cuenta de ello, sólo se alegraban porque me sentía tan cómodo junto a ellas. "¡Tonterías, manías!", me repetí una y otra vez. Aquel anciano me quería más que mi propio padre.

Pero, ¿de qué sirve el que uno trate de convencerse y de enderezarse cuando ya ha empezado a perder el equilibrio interior? El asombro y la sonrisa de Jozsi y Ferencz habían anulado mi ingenuidad. Una y otra vez me pregunté si en verdad sólo era la compasión la que me llevaba hacia aquella gente rica. ¿No hubo en ello también un poco de vanidad y deseos de disfrutar? De todos modos, me propuse aclarar mi situación, y como primera providencia resolví espaciar un poco mis tertulias y suspender, al día siguiente mismo, la habitual visita vespertina a los Kekesfalva.

❦ ❦ ❦

Dejé, pues, de concurrir al día siguiente. Así que hube terminado el servicio, me fuí con Ferencz y Jozsi al café, donde leímos los diarios y nos dedicamos de inmediato al inevitable partido de naipes. Pero jugué increíblemente mal, porque frente a mi asiento había un reloj en la pared artesonada: las cuatro y veinte, cuatro y media, cuatro cuarenta, cuatro cincuenta, y en vez de contar bien los valores de mis naipes, fuí contando los minutos. Las cuatro y media, la hora en que solía presentarme para tomar el té. Siempre hallaba a esa hora la mesa dispuesta, y si alguna vez tardaba un cuarto de hora, se me preguntaba: "¿Qué le ha pasado hoy?" Mi llegada puntual había adquirido tal naturalidad, que los Kekesfalva ya contaban definitivamente con ella. Sin duda, en aquel momento ellos miraban el reloj tan inquietos como yo, y esperaban, esperaban. ¿No debía, siquiera, avisar por teléfono y disculparme? ¿Y si mandara al ordenanza?...

—Es un escándalo, Tonny, como juegas hoy. Fíjate un poco, hombre —gruñó Jozsi, midiéndome con una mirada rabiosa.

Mi distracción le había estropeado una jugada. Decidí concentrarme.

—¿Te molestaría cambiar de asiento conmigo?

—De ninguna manera; pero, ¿por qué?...

—No sé —mentí—, pero creo que el ruido de afuera me pone nervioso.

En realidad, no quería seguir mirando el reloj ni ver cómo adelantaba, inexorablemente, minuto tras minuto. Sentí un cosquilleo en los nervios, mis pensamientos revoloteaban continuamente, y sin cesar me obsesionaba la idea de ir al teléfono para excusarme. Comprendí por primera vez que no se puede establecer e interrumpir la compasión verdadera como un contacto eléctrico, y que aquel que participe de un destino ajeno se ve privado de una parte de libertad del suyo propio.

Pero, ¡caramba!, me increpé a mí mismo, no tengo la obligación de hacer todos los días esa media hora de camino. Y, según la ley esotérica de la trabazón de sentimientos, de acuerdo a la cual el hombre enojado comunica su enojo a otros que nada tienen que ver con él, tal como una bola de billar transmite el golpe que ha recibido, mi mal humor se desató, no contra Jozsi y Ferencz, sino contra los Kekesfalva. ¡Que me esperasen una vez! ¡Que comprendieran que no me dejaba comprar con regalos y atenciones, ni me presentaba a la hora señalada como el masajista o el profesor de gimnasia! Me importaba no establecer un precedente. Sabía que el hábito compromete, y no quería imponerme obligaciones. Así pasé en mi estúpida terquedad tres horas y media en el café, hasta las siete y media, con el solo objeto de hacerme creer y de demostrarme que estaba en mi albedrío el ir y venir cuando me placía, y que la comida excelente y los cigarros costosos me dejaban perfectamente indiferente.

A las siete y media salimos de allí. Ferencz había propuesto pasearnos un poco por la calle principal, pero apenas salí del café, detrás de mis amigos, me rozó la mirada conocida de una persona que pasaba rápidamente. ¿No era Ilona? Naturalmente: aun cuando no hubieran pasado sólo dos días desde que admiraba su vestido color borra de vino y el amplio sombrero panamá con cintas, la hubiese reconocido entre cien por su andar suave y ondulante. ¿Adónde iba tan arrebatada? Aquella no era manera de pasearse, sino más bien una carrera. De todos modos, me dispuse a seguir a la bella aparición.

Me despedí un tanto bruscamente de mis compañeros asombrados y corrí en persecución de aquellas faldas que ya se veía ondear en la calzada. En verdad, me alegraba sobremanera que el azar me brindara la oportunidad de sorprender a la sobrina de Kekesfalva en el mundillo de mi guarnición.

—¡Ilona, Ilona! —la llamé, viéndola tan apresurada. Finalmente se detuvo sin demostrar la menor sorpresa. Me había visto probablemente al pasar delante del café.

—Cuánto celebro atraparla en la ciudad. Hace tiempo que deseaba pasearme con usted por nuestra residencia. ¿O prefiere usted que entremos un momento en la confitería?

—No, no —murmuró un tanto confundida—. Tengo prisa, me esperan en casa.

—Supongo que podrán esperarla cinco minutos más. En el peor de los casos, y para que no la castiguen, le daré una justificación escrita. Venga, y no me mire con tanta severidad.

Hubiera deseado tomarla del brazo. Era sincera mi alegría de encontrarme con esa mujer tan hermosa, representativa en mi "otro mundo", y si mis camaradas me veían con ella, tanto mejor. Pero Ilona seguía nerviosa.

—No; realmente, tengo que volver a casa — repuso con precipitación —. Allí me espera el auto.

En efecto, desde la plaza del ayuntamiento el chofer saluda respetuosamente.

—¿Me permitirá, por lo menos, que la acompañe hasta el auto?

—Desde luego —replicó extrañamente distraída—. Claro, claro... Y, a propósito..., ¿por qué no vino esta tarde?

—¿Esta tarde? —pregunté a mi vez con intencionada lentitud, como si no me hubiera acordado bien—. ¿Esta tarde? Ah, sí. Tuve un contratiempo. El coronel quería comprarse otro caballo, y todos tuvimos que acompañarle para examinar y ensayar la jaca. (Esto en realidad había sucedido un mes atrás. Tengo poco talento para mentir.)

Vaciló un instante, e iba a contestar algo. ¿Por qué estiraba el guante, por qué balanceaba tan nerviosamente el pie? Luego dijo de sopetón:

—¿No quiere, por lo menos, acompañarme ahora para cenar con nosotros?

¡Perseverar, me dije interiormente, no ceder! Mantente firme siquiera un solo día. Suspiré, pues, como lamentándome:

—La acompañaría con mucho gusto, pero el día de hoy está completamente perdido. Tenemos esta noche una pequeña reunión a la que no puedo faltar.

Me miró penetrantemente y me sorprendió ver entre sus cejas el mismo pliegue de impaciencia que tantas veces había observado en Edith, y no dijo una palabra, no sé si por descortesía deliberada o por cortedad. El chofer abrió la portezuela, que ella cerró ruidosamente, preguntándome luego, a través del vidrio:

—Pero mañana vendrá, ¿no es cierto?

—Sí; mañana sí.

El coche se alejó.

Estaba satisfecho de mí mismo. ¿A qué se debía esa prisa extraña de Ilona, esa perplejidad, como si temiera ser vista en mi compañía, y a qué atribuir el que se alejara tan precipitadamente? Por otra parte, por cortesía, debía yo haber mandado un saludo a Kekesfalva, una palabra de gentileza a Edith que, al fin y al cabo, no me había hecho ningún mal. No obstante, me satisfizo mi actitud reservada. Me había sido fiel a mí mismo, y ya no podían pensar que yo pretendía imponerme a ellos.

* * *

A pesar de que había prometido a Ilona visitarlos al día siguiente, a la hora de costumbre, creí prudente anunciarme primero por teléfono. Quería conservar las formas severas que constituyen una garantía. Además, me propuse dejar clara constancia de que no me gustaba sorprender a nadie contra su voluntad, y resolví preguntar en adelante siempre si se esperaba mi visita y si era grata. Aquel día, sin embargo, no tenía por qué dudarlo, pues el sirviente me esperaba delante de la puerta abierta, y en el mismo momento de entrar, me confió con asidua servicialidad:

—La señorita está en la solana de la torre y ruega al señor teniente que suba en seguida. —Y agregó:— Creo que el señor teniente nunca ha estado en la torre. Es un lugar muy hermoso; el señor teniente quedará sorprendido.

Tenía razón el buen viejito. Nunca había pisado aquel terrado, a pesar de que su construcción extraña y un poco absurda me había interesado siempre. Originariamente —va lo dije antes—, la torre angular de un castillo demolido mucho tiempo atrás (ni siquiera las muchachas conocían con seguridad su historia), esta imponente torre cuadrada había estado en desuso durante muchos años, sirviendo únicamente de depósito. En los años de su infancia y ante el horror de sus padres, Edith había subido muchas veces hasta el desván, trepando por las escaleras harto defectuosas, entre una balumba por la que revoloteaban murciélagos somnolientos. La niña, con su predisposición para la fantasía, había preferido aquella estancia inútil, cuyas ventanas se abrían a un vasto horizonte, y la quería precisamente por su carácter misterioso e inútil, eligiéndola como escondite y mundillo predilecto de sus juegos. Cuando le sucedió la desgracia y ya no le quedaban esperanzas de poder trepar otra vez hasta aquellos cuchitriles románticos y altos, tuvo la sensación de haber sido estafada. El padre observaba muchas veces cómo la niña levantaba su mirada hacia aquel paraíso de sus años infantiles, querido y repentinamente perdido.

Para darle una sorpresa, Kekesfalva había aprovechado los tres meses que Edith pasara en un sanatorio alemán para encargar a un arquitecto vienés que transformara la vieja torre, construyendo en lo alto de la misma un cómodo mirador. Cuando Edith volvió, en otoño, apenas mejorado su estado, la torre renovada ya había sido provista de un ascensor tan ancho como el del sanatorio, con lo que se ofreció a la enferma la oportunidad de subir en cualquier momento, sin moverse de su silla de ruedas, para gozar del panorama dilecto. De esa manera recobró inesperadamente el mundo de su infancia.

Es verdad que el arquitecto, en su apresuramiento, no había prestado mayor atención a la pureza de estilo, sino sólo a la comodidad. El cubo, desprovisto de todo adorno, que había agregado a la abrupta torre cuadrangular, hubiera hecho mejor juego, con sus formas geométricamente lisas, con el dique de un puerto o con una usina eléctrica, que con las formas barrocas, retorcidas y acogedoras del castillo, que seguramente databa de los tiempos de María Teresa. Sea como fuera, el deseo esencial quedó cumplido: Edith se mostró entusiasmada con la terraza, que de un modo tan inesperado la libraba de la estrechez y monotonía de su cuarto de enferma. Desde aquel mirador tan suyo podía contemplar con catalejos todo el amplio paisaje, y ser testigo de cuanto acontecía a su alrededor: la siembra y la cosecha, los negocios y la vida social. Después de larga separación, sintióse nuevamente unida al mundo, y se pasaba las horas contemplando desde su atalaya el divertido juguete del tren que atravesaba el paisaje con sus volutas de humo. Ningún carro que cruzara la carretera escapaba a su curiosidad inactiva, y según supe más tarde, ella nos había acompañado, a través de su anteojo, en muchas de nuestras cabalgatas, ejercicios y desfiles. En homenaje a una extraña envidia, mantenía cerrado su observatorio, vedado a todos los huéspedes de la casa, como un mundo privado, y el entusiasmo apasionado del fiel José me reveló que él valoraba como distinción singular esa invitación de pisar aquella terraza, por lo común inaccesible.

El criado quería hacerme subir en el ascensor y se notaba su orgullo porque aquel vehículo costoso había sido confiado a su manejo exclusivo. Pero cuando me dijo que se podía llegar también a la solana subiendo por una escalera de caracol iluminada en cada piso por unas aberturas laterales, rechacé su invitación. Me imaginaba en seguida que debía ser muy atractivo ver cómo el horizonte se abría cada vez más, en la medida en que se iba ascendiendo. En verdad, cada una de aquellas pequeñas aberturas ofrecía un nuevo cuadro encantador. Se cernía sobre el paisaje estival un día transparente, caluroso, quieto como una telaraña dorada. El humo caracoleaba sobre las chimeneas de las casas desparramadas, en espirales casi inmóviles; se veían —destacándose los contornos del cielo de un azul acerado, como recortados por un filoso cuchillo— las casitas cubiertas de paja con el infaltable nido de cigüeñas en la cumbrera; y los estanques para los patos, delante de los graneros, relucían como metal pulido. En los campos de color de cera veíanse figuritas que parecían liliputienses, vacas de colores desiguales que pacían, mujeres que lavaban o escardaban, pesados carruajes tirados por bueyes, y *sulkys* que atravesaban ligeros los labrantíos cuidadosamente rastrillados. Cuando hube trepado los aproximadamente noventa escalones, la mirada abarcaba satisfecha todo el horizonte de la planicie húngara, en cuya lontananza ligeramente cubierta de vaho, azulaba una línea ondulante, quizás los Cárpatos, y a la izquierda brillaba, graciosamente apretado, nuestro poblado con la torre de su iglesia en forma de bulbo. Reconocí a simple vista el cuartel, el ayuntamiento, el colegio, la plaza de ejercicios, y por primera vez desde mi traslado a esta guarnición, percibí el encanto modesto de ese mundo apartado.

Mas no pude gozar ese aspecto amable, pues había llegado hasta la terraza, y tenía que presentar mis saludos a la enferma. Al principio no la descubrí. El mullido sillón de paja en el que descansaba, estaba de espaldas a mí y cubría totalmente su delgado cuerpo como una venera combada. Sólo reconocía su presencia por la mesita que estaba a su lado, cubierta de libros y un fonógrafo portátil abierto. Tardé en acercarme a ella, temeroso de turbar su sueño o descanso. Atravesé, pues, el cuadrado de la terraza para llegar frente a Edith, pero al adelantarme furtivamente, comprobé que dormía. Alguien había acomodado cuidadosamente su cuerpo delicado, envuelto sus pies en una suave manta, y sobre una almohada blanca descansaba, ligeramente inclinada hacia un costado, su cara infantil, en el marco rubio rojizo de su cabello. El sol poniente le prestaba un tinte ámbar y oro y una apariencia de salud.

Me detuve involuntariamente y aproveché mi vacilación para contemplar a la durmiente como a una imagen. A pesar de que habíamos estado juntos tantas veces, nunca había tenido oportunidad de mirarla detenidamente, pues, como todos los seres sensibles y supersensibles, ella se resistía inconscientemente a la contemplación. Aun cuando sólo se la mirara casualmente en medio de la conversación, se tendía en seguida una pequeña arruga de disgusto entre ceja y ceja, sus ojos se tornaban inquietos, los labios nerviosos, y su perfil no aparecía jamás inmóvil. Sólo al verla allí, tendida, con los ojos cerrados, impasible y sin ofrecer resistencia, me fué dable escudriñar su rostro un poco anguloso, y como quien dice indefinido todavía, en el que se mezclaba del modo más atractivo lo infantil con lo femenino y lo enfermizo, y tuve entonces la sensación de cometer una inconveniencia, un robo. Los labios ligeramente abiertos como los de un sediento, respiraban con suavidad, pero aun ese esfuerzo mínimo abovedaba y levantaba su pecho infantil y menudo, y como rendida por ese esfuerzo, aparentemente desangrada, su rostro pálido yacía en la almohada, nimbado por su cabellera rojiza. Me acerqué cautelosamente. Las sombras de debajo de los ojos, las venas azules de sus sienes, la transparencia rosada de la aletas de la nariz, denotaban cuán fina e incolora era la envoltura exterior con que la piel de alabastro se oponía a cuanto le llegaba de afuera. ¡Cuán grande ha de ser la sensibilidad, pensé, cuando los nervios golpean tan cerca y desamparados en la superficie; cuánto ha de sufrir su cuerpo de sílfide tan extremadamente liviano que parece creado para correr, para el baile y los movimientos alados y que, sin embargo, permanece tan cruelmente encadenado al duro suelo grávido! ¡Pobre criatura cautiva! De nuevo sentí esa ardiente llama interior, ese ímpetu doloroso, opresivo y a la vez salvaje y excitante de la compasión, que me sobrecogía cada vez que pensaba en su desgracia. Mi mano temblaba deseosa de acariciar suavemente su brazo, de inclinarme sobre ella y de recoger la sonrisa de sus labios en el momento en que despertara y me reconociera. Una necesidad

de ternura, esa ternura que se mezclaba en mí con la compasión cada vez que pensaba en ella o la miraba, me impulsó hacia ella. Pero no quise interrumpir ese sueño que la alejaba de ella misma, de su realidad corporal. ¡Cuán hermoso es el estar íntimamente junto a los enfermos, cuando han dominado su temor, cuando se han olvidado de modo tan absoluto de su aflicción, que a veces se posa una sonrisa en sus labios entreabiertos como una mariposa sobre una hoja temblorosa, una sonrisa ajena, que no parece ser propia de ellos y que, en efecto, desaparece como asustada en cuanto despiertan! ¡Qué dicha divina, reflexioné, que los tullidos, los despojados por el destino, olviden, por lo menos durante el sueño, la forma o deformación de su cuerpo, que el candoroso engaño del sueño les muestre su figura en belleza y armonía, que los sufrientos logren escaparse, por lo menos en el mundo del sueño rodeado por la oscuridad, a la maldición que los mantiene físicamente encadenados! Lo que más me enternecía eran sus manos cruzadas sobre la manta, manos alargadas, con finas venas transparentes, dedos frágilmente delgados y uñas puntiagudas, un poco azuladas; manos delicadas, desangradas, impotentes, que tal vez sólo tenían bastante fuerza para acariciar pequeños animales, palomas y conejos, pero que eran demasiado débiles para retener y sujetar algo. ¿Cómo era posible defenderse con semejantes manos impotentes, contra los sufrimientos verdaderos? ¿Cómo luchar, tomar y retener algo con ellas? Casi me repugnaba pensar en mis propias manos, fuertes, pesadas, musculosas, que, tirando de unas riendas, eran capaces de dominar al caballo más rebelde. Contra mi voluntad, la mirada quedó fija sobre la manta con flecos que, demasiado pesada y burda para aquel ser liviano como un pájaro, oprimía sus rodillas puntiagudas. Bajo aquella cobertura intransparente yacían —no sabía si destrozadas, tullidas o sólo debilitadas, pues nunca tuve el valor de preguntar nada— las piernas inútiles, atenazadas por un aparato de acero y cuero. Recordé que ese aparato cruel pendía en cada movimiento, como pesada cadena, de las coyunturas muertas, siempre que esa muchacha delicada y débil tenía que arrastrarlo penosamente. ¡Y luego ella, que daba la sensación de que le era más propio correr o levantarse en vuelo, que caminar!

Ese pensamiento me estremeció involuntariamente y esa sensación me recorrió de tal modo de pies a cabeza, que empezaron a temblar y hacer ruido mis espuelas. No puede haber sido más que un rumor mínimo, apenas perceptible, ese entrechocar argentino, pero pareció haber atravesado el sueño liviano. La muchacha, inquieta, no abría aún los párpados, pero ya empezaban a despertar sus manos, que se desplegaron sin esfuerzo, tendiéndose, y era como si los dedos bostezasen al despertar. Luego pestañearon sus ojos, como tratando de orientarse.

De repente, su mirada tropezó conmigo y permaneció fija; aun no se había establecido el contacto entre la simple función óptica y el pensamiento consciente. Siguió un sacudimiento, despertó del todo, y me reconoció. Con un vuelco purpúreo se agolpó la sangre a sus mejillas, impelida en un solo golpe desde el corazón. De nuevo me dió la sensación de que se vertiera un vino tinto en una copa de cristal.

—¡Qué tonta soy! —exclamó, arrugando severamente el entrecejo, y con un gesto grave se envolvió mejor en la manta, que había resbalado un poco, como si la hubiese sorprendido desnuda—. ¡Qué tonta soy! Debo haberme quedado dormida un momento.

Y comenzaron —conocía la señal— a temblar ligeramente las aletas de la nariz. Me miró con expresión de reto:

—¿Por qué no me despertó en seguida? No se observa a la gente dormida. No es correcto. Durmiendo, todo el mundo tiene un aspecto ridículo.

Molesto por haberla incomodado con mi discreción, procuré excusarme mediante una broma pueril:

—Más vale aparecer ridículo mientras se duerme, que no estando despierto.

Pero ya ella se había erguido, apoyándose con ambos codos en los brazos del sillón; se ahondó la arruga de su entrecejo, y alrededor de sus labios comenzó a temblar una inquietud anunciadora de tormenta. Su mirada me asaltó, severa:

—¿Por qué no vino usted ayer?

El ataque fué demasiado repentino como para que pudiera contestar en seguida. Y ya ella repetía en tono inquisitorial:

—Habrá tenido usted un motivo especial para dejarnos plantadas y hacernos esperar. De lo contrario, por lo menos habría avisado por teléfono.

Qué tontería la mía. Debí haber previsto justamente esa pregunta y dispuesto de antemano una respuesta. En cambio, me apoyaba, ora en un pie, ora en el otro, y masticaba el tan viejo subterfugio de una inspección sorpresiva de remonta. Dije que a las cinco había esperado todavía poder retirarme, pero que había venido el coronel para enseñarnos un caballo nuevo, etcétera.

Su mirada gris, severa y penetrante, no se apartaba de mí. Cuanto más circunstancialmente hablaba, tanto más nerviosa se ponía. Observé cómo sus dedos se contraían con brusquedad, pasando arriba y abajo de los brazos del sillón.

—¿Ah, sí? —contestó por fin muy fría y duramente—. ¿Y cómo termina esa enternecedora historia de la inspección de remonta? ¿El coronel, compra finalmente el caballo?

Comprendí que me había metido en un atolladero peligroso. Edith golpeó dos o tres veces la mesa con sus guantes, como si hubiera querido librarse de una nerviosidad en las muñecas. Luego levantó la mirada amenazadora.

—¡Basta ya de esas mentiras torpes! No es verdad ni una sola palabra. ¿Cómo se atreve a sorprenderme con semejantes disparates?

Los guantes golpeaban cada vez con más violencia contra la mesa. Por último, los tiró resueltamente, lejos de sí.

—No hay una palabra de verdad en todo su desatino. ¡Ni una palabra! Usted no ha estad en el picadero, ni hubo tal inspección. A la cuatro y media ya estaba usted en el café y según tengo entendido, ahí no se amaestran caballos. ¡No trate de engañarme! Por casualidad nuestro chofer le vió a usted a las seis, jugando a las cartas.

Me sentí incapaz de decir palabra, y tras un breve interrupción Edith prosiguió:

—Además, no tengo por qué avergonzarm delante de usted. El que haya dicho un mentira, no es motivo suficiente para que y juegue al escondite. Yo no temo decir la verdad. Sepa, pues, que no fué casualidad que nuestro chofer le viera en el café. Yo lo mandé la ciudad para averiguar lo que había pasad con usted. Creí que tal vez se había enfermad o que le había sucedido algo, puesto que ni siquiera telefoneó y... piense usted si quiere, qu soy nerviosa..., no soporto que se me hag esperar... Simplemente, no lo soporto..., po eso mandé al chofer. Pero en el cuartel se enteró de que el señor teniente gozaba de buen salud y que jugaba en el café a los naipes, y entonces rogué a Ilona que averiguase por qu razón usted nos hacía ese desaire. Pensé que ta vez le habíamos ofendido el día anterior; a veces, es verdad, resulto irresponsable a causa d mis estúpidos paroxismos de ira... ¡Ya lo v usted! A mí no me da vergüenza confesarle todo esto... Usted, en cambio, utiliza excusas ta simples. ¿No siente la mezquidad de ese modo tan miserable de mentir.

Quise contestar, e incluso creo que tuve e propósito de referirle todo aquel encuentro con to con Ferencz y Joszi, pero ella me orden impetuosamente:

—¡No invente nada más...; no soportaré ninguna mentira nueva! Estoy harta de mentira hasta el cansancio. De la mañana a la noche m las dan a cucharadas: "Qué buen aspecto tiene hoy, qué bien caminas hoy... De verdad, estás mucho, mucho mejor". Siempre las misma píldoras calmantes, de la mañana a la noche, y nadie se da cuenta de que me ahogan ¿Por qu no me dice usted francamente: "Ayer no tuv tiempo, o no tuve ganas"? No tenemos la exclusividad sobre usted, y me hubiese alegrad verdaderamente si me hubiera mandado a deci por teléfono: "Hoy no iré a visitarles porqu nos vamos a pasear un poco por la ciudad. ¿Me cree usted tan poco perspicaz para n comprender que a veces tiene que cansarse d

hacer aquí el papel de samaritano misericordioso y que un hombre como usted prefiere ir a caballo a pasear sus piernas sanas en vez de estar sentado junto a una poltrona ajena? Una sola cosa me repugna y no la soporto: las excusas, las mentiras, los embustes. De eso estoy hasta la coronilla. No soy tan tonta como creen todos, y soporto muy bien una buena dosis de sinceridad. Verá usted. Hace unos días, tomamos una nueva criada bohemia, porque la otra había muerto, y al primer día, antes de que hubiera hablado con alguien, observó cómo me ayudaban a trasladarme con mis muletas al sillón. Sorprendida, dejó caer el cepillo y exclamó: "¡Jesús! ¡Qué desgracia, qué desgracia! ¡Una señorita tan rica y tan distinguida... y lisiada!" Ilona se abalanzó como una salvaje sobre la sincera mujer, y quería despedirla y echarla en el acto. Yo, en cambio, me alegré; su horror me hizo bien porque fué sincero, porque fué humano quedar aterrada al ver inesperadamente semejante espectáculo. Le regalé en el acto diez coronas, y ella no tardó en correr a la iglesia para rezar por mí... Todo el día estuve alegre; sí, me alegró realmente saber por fin lo que una persona siente en verdad al verme por primera vez... Pero ustedes, con su delicadeza falsa, siempre creen tener necesidad de prodigarme consideración y creen que incluso me hacen un bien con su maldito miramiento. Están engañados, sin embargo, creyendo que no tengo ojos. ¿Creen, acaso, que no percibo detrás de su tartamudeo y parloteo el mismo horror y malestar que en aquella buena mujer, aquella única persona sincera? ¿Creen que no siento sus miradas confusas y perplejas cuando toman las muletas, y cómo violentan la conversación para que no me dé cuenta de nada, como si no los conociera hasta en lo más íntimo, con su eterna valeriana y azúcar, con su modo de calmarme y tranquilizarme?... Sé muy bien que respiran cada vez que cierran la puerta detrás de ustedes y me dejan tendida como un cadáver... Sé perfectamente cómo suspiran con los ojos entornados: "¡Pobre muchacha!", a la vez que están satisfechos de ustedes mismos, porque han sacrificado una o dos horas llenas de conmiseración, a la "pobre chica enferma". ¡Pero yo no quiero sacrificios! No quiero que se crean obligados a darme la ración diaria de compasión. Renuncio a su soberana lástima. Una vez por todas, renuncio a la compasión. Si usted quiere venir, venga, y si no quiere, pues deje de hacerlo. Pero sea sincero. Nada de historias de remontas y ensayos de equitación. No puedo..., no puedo soportar más las mentiras ni los miramientos repugnantes.

Había lanzado estas últimas palabras completamente fuera de sí, con los ojos llameantes y las facciones descompuestas. Luego aflojó de repente. Su cabeza se recostó agotada en el respaldo, y sólo paulatinamente volvió la sangre a teñir sus labios, temblorosos todavía de excitación.

—Bien —agregó en voz muy baja y como avergonzada—: Esto tenía que decirlo alguna vez. Y ahora, basta. No hablemos más de eso. Déme..., déme un cigarrillo.

Entonces sucedió algo extraño. Por lo común, soy un hombre de bastante dominio sobre mí, y tengo manos fuertes y seguras. Pero aquella explosión inesperada me conmovió de tal manera que me sentí paralizado. Jamás cosa alguna me consternó tanto en mi vida. Me costó trabajo sacar un cigarrillo del estuche, ofrecérselo y encender un fósforo. Al acercárselo, mis manos temblaban tanto que no conseguí mantener derecho el fósforo encendido, y la llama tembló y se apagó en el vacío. Tuve que encender otro fósforo; éste también vaciló en mi mano insegura, antes de que hubiera encendido su cigarrillo. Era natural que ella reconociera mi emoción en la manifiesta torpeza, y fué una voz completamente distinta, asombrada, inquieta, la que me preguntó quedamente:

—¿Qué le pasa a usted? Tiembla... ¿Qué... qué le excita de esta manera?... ¿Qué le importa a usted todo esto?

Se había apagado la llamita del fósforo. Me había sentado mudo, y ella murmuró confundida:

—¿Cómo puede usted excitarse tanto por culpa de mi charla insensata?... Papá tiene razón. Realmente, usted es... un hombre muy raro.

En ese instante oí a nuestras espaldas un susurro extraño. Era el ascensor que conducía a la terraza. José abrió la portezuela, y salió Kekesfalva con aquel modo cohibido —expresión de cargo de conciencia—, que contra toda lógica parecía hundir sus hombros cada vez que se acercaba a la enferma.

Me levanté rápidamente para saludarle. Movió la cabeza confuso y se inclinó sobre Edith. Luego se hizo un silencio embarazoso. En esta casa todos notaban lo que sucedía a los demás; el anciano debe haber comprendido de inmediato que vibraba una tensión nerviosa entre nosotros. Se quedó con los ojos bajos, inquieto; me di cuenta que hubiese querido huir nuevamente de nosotros. Edith trató de salvar la situación.

—Papá, el señor teniente ha visto hoy por primera vez la terraza.

—Esto es muy hermoso —dije—, dándome cuenta de inmediato de que había dicho algo vergonzosamente trivial, y me interrumpí.

Buscando una salida a la embarazosa situación, Kekesfalva se inclinó sobre el sillón.

—Temo que aquí pronto hará demasiado fresco para ti. ¿No será mejor que bajemos?

—Sí —contestó Edith.

Todos celebramos haber encontrado así oportunidad para dedicarnos a una actividad nimia que nos distrajera. Juntamos los libros, pusimos el echarpe a Edith, quien agitó la campanilla que estaba al alcance de su mano, como en todas las mesas de esa casa. Al cabo de dos minutos volvió a subir el ascensor, y José empujó hasta él cuidadosamente la silla de ruedas de la enferma.

—Te seguiremos inmediatamente —le dijo Kekesfalva, despidiéndola con un gesto tierno—. Entretanto, podrías prepararte para la cena. Hasta entonces pasearé con el señor teniente un poco por el jardín.

El sirviente corrió la puerta del ascensor, y la silla de ruedas se hundió con la inválida en la profundidad, como una tumba. El anciano y yo nos habíamos dado vuelta involuntariamente. Ambos callábamos, pero de pronto sentí que él se me acercaba con timidez.

—Si usted no tiene inconveniente, señor teniente, quisiera hablar algo con usted..., es decir, quisiera decirle algo... Podríamos pasar a mi despacho, en el edificio de la administración... Desde luego, sólo si a usted no le incomoda... de otro modo..., si usted prefiere, podemos pasearnos por el parque.

—Será para mí un honor, señor von Kekesfalva —contesté.

En ese momento se oyó el rumor del ascensor que venía a buscarnos. Bajamos y atravesamos el patio hasta el edificio de la administración. Me llamó la atención que Kekesfalva caminara con tanto cuidado, muy próximo a la pared de la casa; parecía querer arrebujarse, como temeroso de ser sorprendido. Sin proponérmelo —no hubiera podido proceder de otra manera—, le seguí con pasos igualmente quedos, temerosos.

En el extremo del chato edificio, que no estaba muy bien revocado, Kekesfalva abrió una puerta. Esta daba a su escritorio, que no parecía mejor instalado que mi propia habitación del cuartel: una mesa de escritorio barata, carcomida, gastada; sillas de paja viejas y manchadas; en la pared, unas cuantas tablas antiguas y al parecer inutilizadas desde hacía años, colgadas sobre un papel desgarrado. El olor a moho también me recordó desagradablemente nuestras oficinas fiscales. Comprendí a primera vista —en esos pocos días había aprendido a comprender mucho—, que ese anciano dedicaba todo el lujo y todas las comodidades únicamente a la niña, y que respecto a sí mismo era económico como un campesino avariento. Vi, por primera vez también, al marchar él delante de mí, que su *chaquet* negro relucía en los codos gastados; probablemente lo llevaba desde hacía diez o quince años.

Kekesfalva me arrimó un ancho sillón de cuero negro, el único cómodo que había en el escritorio.

—Siéntese, señor teniente; por favor, tome asiento —me dijo en un tono tiernamente insistente, mientras él se acomodaba en una de las gastadas sillas de paja antes de que yo hubiera podido evitarlo.

Estábamos, pues, sentados muy juntos uno del otro, y él era quien debía empezar a hablar. Yo esperaba con singular agitación. ¿Qué podía pedir aquel hombre rico, aquel millonario a un pobre teniente? Pero el anciano mantenía la cabeza tercamente inclinada, como si se hallase muy interesado en la contemplación de sus zapatos. Sólo percibí la respiración de su pecho inclinado, una respiración forzada y dificultosa.

Por fin Kekesfalva levantó la frente, perlada por el sudor, se quitó los lentes empañados, y sin esa protección refulgente, su rostro impresionaba de muy otra manera, parecía más desnudo, más pobre y más trágico; como ocurre siempre con las personas cortas de vista, sus ojos parecían más apagados y cansados que bajo el vidrio de aumento. Además, creí reconocer en el borde de los párpados ligeramente inflamados, que ese anciano dormía poco y mal. Nuevamente sentí aquel cálido manantial interior —ya lo sabía entonces; me venció la compasión—. Ya no estaba sentado frente al acaudalado señor von Kekesfalva, sino junto a un hombre viejo y cargado de preocupaciones.

Carraspeando, comenzó a hablar:

—Señor teniente —la voz trémula no le obedecía aún—, quisiera pedirle a usted un gran favor..., sé naturalmente que no tengo ningún derecho a molestarle. Usted apenas nos conoce... desde luego. Usted puede rechazarlo... Naturalmente, puede usted rechazarlo. Quizás es una arrogancia mía, una indiscreción, pero desde el primer instante en que lo vi, le tuve mucha confianza. Se nota en seguida que usted es un hombre bueno y generoso. Sí, sí, sí —debo haber iniciado un gesto esquivo—, usted es un hombre bueno. Hay en usted algo que le da una seguridad, y muchas veces... tengo la sensación de que usted ha sido enviado por... —se interrumpió y comprendí que iba a decir "por Dios", pero le faltó el valor—, enviado como alguien con quien yo pueda hablar francamente... No crea que le pediré mucho..., pero yo hablo y hablo y no le pregunto si está dispuesto a escucharme.

—Pero, desde luego...

—¡Muchas gracias!... Cuando se llega a viejo, basta mirar a un hombre para conocerlo perfectamente... Sé lo que es un hombre bueno, lo sé por mi mujer, que Dios tenga en su gloria..., ésa fué la primera desgracia, el que haya muerto y, sin embargo, yo me digo ahora, que tal vez es mejor que no haya tenido que presenciar la desgracia de la niña. No lo hubiese soportado. Sabe usted, cuando eso empezó, hace cinco años... entonces yo no creía que duraría mucho... ¿Cómo se puede imaginar nadie que una criatura que corre y juega como todas las demás, y que parece un trompo... que todo eso haya terminado, terminado para siempre?... Y luego, uno se ha criado respetando a los médicos..., leído en los diarios las maravillas que saben hacer, que cosen corazones y trasplantan ojos, según dicen..., es lógico que nosotros hayamos pensado, ¿no es cierto?, que sabrían hacer lo más sencillo, que sabrían ayudar y restablecer prontamente a una niña..., una niña que ha nacido sana, que siempre ha sido sana. Es por eso que al principio no estaba tan aterrado, pues no creí nunca, no creí ni por un momento que Dios pudiera hacer semejante cosa, que castigaría a una niña, una criatura inocente, para siempre... ¡Ah, si lo hubiese sufrido yo! A mí las piernas ya me han llevado

bastante tiempo. ¿Para qué las necesito?... y, además, yo no he sido un hombre bueno; yo he hecho mucho mal, también he... ¿Pero qué estoy diciendo?... Eso..., en fin, si lo hubiera tenido que sufrir yo, lo habría comprendido. Pero ¿cómo puede Dios equivocarse tanto y golpear a una inocente... y cómo hemos de comprender que de repente resulten muertas las piernas de un ser vivo, de una criatura, porque una nada, un bacilo...? Es lo que dicen los médicos, y con eso creen haber dicho algo. Sin embargo, no es más que una palabra, un subterfugio, en tanto que lo otro es lo real. La verdad es que la criatura está tendida, con las piernas tullidas, incapaz de caminar y de moverse, y uno tiene que permanecer indefenso... Es imposible comprender eso.

Con el dorso de la mano se quitó agitadamente el sudor del cabello mojado y revuelto.

—Consulté, claro está, a todos los médicos. Dondequiera que hubiera una eminencia, hemos estado a verlo...; a todos los he hecho venir, y ellos han observado, y hablado en latín y discutido y celebrado consultas; el uno ha ensayado esto y el otro aquello y luego han dicho que esperaban y creían, y han cobrado su dinero, y se han marchado y todo ha quedado como estaba. Es decir, algo ha mejorado, y mirándolo bien, es bastante. Antes tenía que estar tendida de espaldas, y se hallaba paralizado todo el cuerpo... Ahora, por lo menos, están normales los brazos y el torso, y puede caminar sola, apoyada en las muletas... Está un poco mejor, mucho mejor, no debo ser injusto..., pero nadie la ha ayudado todavía completamente...; todos se han encogido de hombros y han repetido: Paciencia, paciencia, paciencia... Uno solo ha perseverado con ella, nada más que uno, el doctor Condor... No sé si usted ha oído hablar alguna vez de él. Pero siendo usted de Viena...

Tuve que negar. Nunca había oído aquel nombre.

—Claro, ¿cómo había usted de conocerle, si usted es una persona sana, y él no es de aquellos que se hacen ver mucho... ni es tampoco profesor, ni siquiera docente...? No creo tampoco que tenga una gran clientela, es decir, no busca una gran clientela. Es un hombre muy raro, muy especial..., no sé si podré explicárselo bien. No le interesan los casos comunes, los que sabe curar cualquiera...; sólo le interesan los casos graves, aquellos que los demás médicos pasan por alto, encogiéndose de hombros. Claro está que en mi ignorancia no podría afirmar que el doctor Condor sea mejor médico que los demás..., sólo sé que es mejor hombre que los demás. Lo conocí cuando atendió a mi esposa, y vi cómo luchó por salvarla... Fué el único que no cedió hasta el último momento; y entonces yo sentí que ese hombre vive y muere con cada uno de sus pacientes. Tiene, no sé si me explico bien..., una especie de pasión por ser más fuerte que la enfermedad...; no lo mueve, como a los otros, sólo la ambición de ganar dinero y el título de profesor y consejero imperial...; no piensa en sí, sino en los otros, en el paciente... ¡Oh, es un hombre extraordinario!

El anciano se hallaba excitado, y sus ojos, que momentos antes parecían tan cansados, cobraron un brillo intenso.

—Un hombre magnífico, le aseguro, que no abandona a nadie. Para él, cada caso es un compromiso... Sé que yo no puedo expresar bien todo eso...; pero es como si él se sintiera culpable cada vez que no puede ayudar a un enfermo... El mismo se siente culpable. Y por eso, quizá... usted no lo creerá, pero yo le juro que es la pura verdad... La única vez que no consiguió lo que se había propuesto...; había prometido a una mujer, que iba perdiendo la vista, que la salvaría... y cuando, no obstante, quedó ciega, se casó con ella. ¡Figúrese, un hombre joven, con una mujer ciega, siete años mayor que él, ni bonita ni rica, una persona histérica, que ahora es para él una carga y



no le agradece nada!... ¿No es verdad que esto demuestra qué clase de hombres es? Ahora usted comprenderá por qué yo me siento tan dichoso de haber encontrado a alguien..., a un hombre que se preocupa por mi niña como yo mismo. Lo he incluído en mi testamento. Si alguien le ayudará, será él. Dios lo quiera, Dios lo quiera.

El anciano había unido las manos como en la oración. De pronto se me acercó bruscamente.

—Y ahora, óigame, señor teniente. Yo iba a pedirle un favor. Ya le dije qué hombre tan humanitario es ese doctor Condor..., pero vea, comprenda...; me inquieta justamente esa su condición de hombre bueno... Siempre temo que, por consideración, no me diga la verdad... Siempre promete y asegura que Edith mejorará, mejorará cada vez más y que sanará por completo...; pero cada vez que le pregunto cuándo sanará, cuánto durará aún su estado, se excusa y sólo contesta: "¡Paciencia, paciencia!"; Sin embargo, es menester tener una seguridad...; yo soy un hombre viejo y enfermo y debo saber si viviré hasta que ella sane y si es verdad que sanará del todo... No, créame usted, señor teniente, yo no puedo seguir viviendo así...; debo tener la certeza de que ella será curada... ¡Tengo que saberlo, no soporto más tiempo esta incertidumbre!...

Se levantó, vencido por su emoción, y con tres pasos apresurados y violentos llegóse hasta la ventana. Esto ya no era una novedad para mí. Cada vez que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, lo disimulaba mediante esa forma brusca de dar la espalda. El tampoco quería que se le compadeciera. ¡Cómo se asemejaba a su hija! Su mano derecha buscaba torpemente el bolsillo trasero del *chaquet* negró; sacó su pañuelo, y era inútil que fingiera haciendo ver que secaba el sudor de la frente; demasiado claramente vi sus párpados enrojecidos. Paseóse una o dos veces de un lado a otro de la oficina; oí leves gemidos, y no supe si fueron las maderas carcomidas que crujían bajo sus pies, o si fué él mismo, el hombre viejo, gastado, que se quejaba. Luego tomó aliento como un nadador que se tira al agua.

—Perdone usted...; no era de esto de lo que iba a hablarle... ¿Qué quería? Sí.... mañana vendrá el doctor Condor, de Viena, y por la tarde examinará a Edith. Suele quedarse a cenar y retorna por la noche con el tren expreso. Pensé entonces que si alguien le preguntara como por casualidad, alguna persona extraña, alguien a quien él no conoce, en qué estado se halla la enferma y si a su juicio la niña recobrará totalmente su salud..., ¿me oye usted?, toda su salud, y qué tiempo, a su juicio, durará... Tengo la sensación de que a usted no le mentiría. No tiene por qué tener miramientos con usted. A usted puede decirle la verdad tranquilamente... Frente a mí, se siente tal vez cohibido; yo soy el padre, un hombre viejo y enfermo, y él sabe cómo eso me desgarra el corazón... Naturalmente, usted no le debe hacer comprender que ha hablado conmigo... Tiene que llevar la conversación a este punto, como por casualidad, tal como es costumbre preguntar a un médico... ¿Quiere usted..., quiere hacer eso por mí?

¿Cómo podía negarme? Aquel hombre viejo, con los ojos humedecidos, estaba sentado frente a mí, esperando mi respuesta como la trompeta del juicio final. Desde luego le prometí todo. Convulsivamente me alargó sus dos manos.

—Ya lo sabía... Lo sabía desde aquella tarde en que usted volvió y fué tan bueno con mi hija... Usted ya sabe... Entonces comprendí que usted es un hombre capaz de entenderme.... Sabía que sólo usted le preguntaría en mi lugar. Le prometo, le juro que nadie sabrá nada de esto, ni antes ni después; no lo sabrán ni Edith, ni Condor, ni Ilona... Sólo yo sabré qué servicio tan inmenso me ha prestado usted.

—Pero lo que me pide no es nada..., es una insignificancia.

—No, no es una insignificancia, es un servicio grande, muy grande, y si... —se inclinó un poco, y su voz pareció retroceder tímidamente, —yo, por mi parte, pudiera hacer algo por usted... tal vez tenga usted....

Debo haber hecho un movimiento de espanto (¿quería pagarme en el acto?), pues agregó con ese modo titubeante que siempre demostraba en los momentos de gran emoción:

—No, no me entienda usted mal... Quiero decir... No me refiero a nada material... Sólo, en fin... quiero decir... yo tengo buenas relaciones..., conozco mucha gente en los ministerios. También en el ministerio de Guerra... y siempre es conveniente en nuestros días que se pueda contar con alguien... no pensaba decirle otra cosa..., a cada uno pue-

de llegarle su turno... Eso es todo lo que quería decirle.

Me avergonzó la tímida perplejidad con que me ofreció su ayuda. Todo ese tiempo no me había mirado una sola vez, hablaba con la mirada baja, como platicando con sus manos. Al fin levantó los ojos, intranquilo, buscó a tientas las gafas que se había quitado, y se las caló con temblorosos dedos.

—Sería mejor —murmuró entonces— que volviéramos, de lo contrario a Edith podría intrigarle nuestra tardanza. Por desgracia, hay que estar terriblemente alerta con ella. Con el sufrimiento, sus sentidos parecen haberse agudizado. Desde su habitación percibe todo cuanto acontece en la casa. Lo adivina todo antes de que nadie lo haya dicho. Por eso es capaz... Si usted no tiene inconveniente, regresemos.

Volvimos. En el salón, Edith ya nos esperaba en su sillón de ruedas. Cuando entramos, levantó su penetrante mirada gris como si quisiera leer en nuestras frentes inclinadas, un poco confusas, lo que habíamos hablado. Y como no hicimos insinuación alguna, permaneció toda la noche notablemente reservada y ensimismada.

Frente a Kekesfalva, había tratado de insignificancia su deseo de consultar el médico, que entonces me era desconocido, sobre las probabilidades de restablecimiento de la enferma. A primera vista aquélla era en efecto tarea harto baladí. Me resulta difícil, en cambio, describir cuánto me significaba personalmente ese encargo inesperado. No hay nada que agrande tanto el amor propio de un joven, ni que fomente más la formación de su carácter como el hallarse inesperadamente ante una misión que ha de cumplir apelando exclusivamente a su iniciativa y energía propias. Claro está que más de una vez había tenido que cargar con una responsabilidad semejante, pero siempre tenía carácter oficial, militar, siempre eran esfuerzos que debía realizar como oficial por orden de mis superiores y dentro del margen de un ambiente estrechamente limitado, como el comando sobre un escuadrón, la dirección de un transporte, la compra de caballos y la solución de altercados o disputas entre los soldados. Todas estas órdenes y su ejecución, quedaban dentro de la norma preestablecida. Dependían de instrucciones escritas o impresas; y en cualquier caso de duda me bastaba dirigirme a un camarada de mayor edad y más experiencia, para cumplir satisfactoriamente con mi obligación. El ruego de Kekesfalva, en cambio, no iba dirigido al oficial, sino a aquel yo interior del que aun no había cobrado conciencia cierta, y cuya capacidad y límites me quedaban todavía por descubrir. El que aquel hombre extraño me hubiera elegido en su desesperación, de entre todos sus amigos y conocidos esa confianza me causaba mayor dicha que todas las alabanzas que hasta ahora había recibido en mis funciones militares o de parte de mis camaradas.

Es verdad que esta sensación de contento iba hermanada con cierta sorpresa, pues me demostró una vez más cuán apagada e indolente había sido hasta entonces mi conmiseración. Había sido capaz de frecuentar aquella casa semanas y semanas sin formular la pregunta más natural: ¿La pobre muchacha inválida permanecerá así toda la vida? ¿No encontrará la ciencia médica alivio o curación para el debilitamiento de sus miembros? Vergüenza insoportable: ni una sola vez había consultado a Ilona, a Kekesfalva o a nuestro médico de regimiento. Había aceptado el hecho de la parálisis, fatalmente, como inexorable. Fué por eso que la inquietud que desde hacía años martirizaba al padre, me atravesó como una flecha. ¿Y si ese médico realmente fuese capaz de librar a la niña de su sufrimiento? ¿Y si esas pobres piernas encadenadas pudieran volver a caminar libremente? ¿Si esa criatura olvidada por Dios pudiese volver a desplazarse nuevamente escaleras arriba y abajo, corriendo detrás de su propia risa, dichosa y bienaventurada? Esa posibilidad me inundó como una embriguez; fué un placer inmenso imaginar cómo galoparíamos a través de los campos, y que ella, en vez de esperarme en su cárcel, me aguardara en el portal para acompañarme en un paseo. Conté entonces con impaciencia las horas para poder sondear al médico desconocido tan pronto como fuera posible. Mi impaciencia fué quizá mayor aun que la de Kekesfalva. Ninguna misión relativa a mi propia existencia me había parecido jamás de tanta importancia como aquélla.

Más temprano que de costumbre (había procurado librarme expresamente de una parte del servicio) me presenté al día siguiente. Esa vez Ilona me recibió sola. Me declaró que había llegado el médico de Viena, que estaba con Edith y parecía examinarla con singular detenimiento. Agregó que hacía ya dos horas y media que había arribado y que probablemente Edith se sentiría demasiado cansada para venir a participar de la tertulia, y que debía conformarme con la compañía de ella sola —"es decir", me hizo notar, "siempre que usted no tenga otro propósito mejor."

Esa observación me demostró, para íntima satisfacción mía (siempre es motivo de vanidad el saber que sólo dos personas cuidan un secreto), que Kekesfalva, efectivamente, no la había iniciado en nuestro convenio. Me comporté con naturalidad. Jugamos al ajedrez para pasar el rato, y hubimos de esperar bastante tiempo hasta que se oyeron en la estancia contigua los pasos impacientemente esperados. Por fin entraron Kekesfalva y el doctor Condor, conversando animadamente, y tuve que realizar un verdadero esfuerzo para no expresar cierta sorpresa, pues la primera impresión que recibí de ese doctor Condor fué una gran desilusión. Siempre que se nos habla de una persona que desconocemos y se nos dicen a su respecto muchas cosas interesantes, nuestra fantasía visual crea de antemano una imagen de ella, empleando generosamente su material de recordación más valioso y romántico. Para imaginarme un médico genial, según Kekesfalva me había descrito a Condor, me atuve a aquellas características esquemáticas, con ayuda de las cuales el director de escena mediocre y el peluquero teatral configuran el tipo del médico: rostro intelectual, ojos penetrantes y agudos, actitud soberbia, verbo brillante e ingenioso. Siempre sucumbimos indefectiblemente a la ilusión de que la naturaleza ha de distinguir a los hombres extraordinarios dándoles una presencia que impresione extraordinariamente a primera vista. Tuve la sensación de recibir un golpe en el estómago cuando hube de hacer una reverencia a un señor más bien bajo, regordete, corto de vista y calvo, cuyo traje gris y arrugado estaba manchado de ceniza, y que llevaba la corbata mal anudada. En lugar de la supuesta mirada penetrante, me encontré con una mirada opaca y más bien somnolienta, a través de unos anteojos baratos de acero. Antes de que Kekesfalva nos presentara, Condor me tendió una mano pequeña, húmeda, y en seguida se dió vuelta para encender un cigarrillo junto a la mesita de fumar. Desperezó negligentemente los miembros.

—Bien; ya está. Y no quiero tardar en confesarle, estimado amigo, que tengo un hambre que me devora; celebraría mucho que nos sirvieran pronto algo de comer. Si la cena no está a punto todavía, José podría adelantarme un bocado, cualquier cosa —y dejándose caer en el sillón, continuó—: Siempre me olvido que ese expreso de la tarde no lleva coche comedor. Otra prueba de la negligencia oficial típicamente austríaca. Y, ah, muy bien —se interrumpió, levantándose, cuando el criado separó las hojas de la puerta del comedor—. Se puede confiar en tu puntualidad, José. Por mi parte pienso hacerle el debido honor al jefe de cocina. La culpa es de esos malditos apresuramientos; hoy no he tenido tiempo ni de almorzar.

Y se trasladó al comedor, tomó asiento sin esperarnos y empezó, después de haberse prendido la servilleta, a engullir la sopa, a mi juicio, con no poco ruido. No nos dirigió la palabra ni a Kekesfalva ni a mí. Sólo pareció interesarle la comida, y su mirada miope se fijaba insistentemente en las botellas de vino.

—¡Magnífico! ¡Vino de Szomorod, y nada menos que del 97! Lo recuerdo de la última vez. Por este solo vinillo merecería que se haga el viaje hasta aquí. No, José; no escancie todavía, déme primero un vaso de cerveza... Sí, gracias.

Con un sorbo largo y lento vació la copa, y luego comenzó a masticar pausadamente y a gusto, después de haberse asegurado unos pedazos grandes de la vianda prontamente servida. Ya que parecía ignorar totalmente nuestra presencia, me quedó tiempo para observarlo de reojo. Comprobé desencantado que ese hombre tan entusiastamente alabado tenía una cara muy burguesa, muy satisfecha, una cara de luna señalada por hoyitos y granitos, una nariz de batata, la barbilla floja, mejillas encarnadas y sombreadas por las señales de una barba tupida, un cuello ancho y corto: en fin, el aspecto típico de un hombre que sabe disfrutar de la vida, bonachón y rezongón. Comía con la misma despreocupación con que se había sentado... Empecé a dudar de que un hombre que comía y bebía tan opulentamente y que siempre levantaba el vino hasta la luz antes de probarlo con labios ruidosos, fuera capaz de dar una respuesta precisa a una consulta tan delicada.

—¿Qué hay de nuevo en esta región? ¿Cómo será la cosecha? ¿No fueron demasiado secas las últimas semanas, no hizo demasiado calor? Algo de eso he leído en los diarios. El *trust* del azúcar volverá a aumentar los precios?

Con semejantes preguntas indiferentes, que no requerían una contestación verdadera, Condor interrumpía de vez en cuando su tarea de engullir y masticar a toda prisa. Parecía ignorar por completo mi presencia y aun cuando ya había oído hablar más de una vez de la brutalidad típica de los médicos, adueñóse de mí cierta rabia contra aquel grosero bonachón. Molesto, no pronuncié una sola palabra.

Cuando, terminada la cena, pasamos al salón, donde estaba preparado el café, Condor se tendió con un suspiro de satisfacción justamente en el sillón de Edith, que estaba provisto de una serie de comodidades especiales, una estantería giratoria, ceniceros y respaldo ajustable. Como el enojo torna a la gente maliciosa, coloqué mi sillón de tal modo que le daba prácticamente la espalda. Indiferente a mi silencio ostensible y al ir y venir nervioso de Kekesfalva —el anciano señor deambulaba por la habitación, como un espíritu, para servirle al cómodo visitante, cigarros, fuego y coñac—, Condor no sacó menos de tres cigarros a la vez de la caja, colocando dos como reserva junto a la taza de café, y por más que el profundo sillón se amoldara a su cuerpo, aun no le parecía bastante confortable. Se movía y removía hasta encontrar la posición más descansada. Sólo después de haber tomado la segunda taza de café respiró satisfecho, como un animal harto. "¡Repugnante, repugnante!", pensé para mí. Pero entonces el médico extendió inesperadamente sus miembros y guiñó el ojo a Kekesfalva irónicamente.

—Usted es capaz de enviarme mi buen cigarro porque lo consume la impaciencia de escuchar mi informe. Sin embargo, usted me conoce, y sabe que no soy partidario de mezclar la comida y la medicina. Y, además, créame, estaba demasiado hambriento y cansado. Desde las siete y media de la mañana me balanceo ininterrumpidamente sobre mis piernas; llegué a tener la impresión de que no sólo se había secado mi estómago, sino también mi cabeza. —Chupó lentamente su cigarro y despidió el humo azulado, formando volutas en el aire—. Empecemos, pues, querido amigo. Va todo bastante bien. Los ejercicios de caminar y de estirar, todo es muy pasable. Incluso

es posible que todo vaya un átomo mejor que la vez pasada. Ya le digo, podemos darnos por satisfechos. Sólo —y volvió a chupar su cigarro — el comportamiento general..., lo que se ha dado en llamar lo psíquico, me parecía hoy...; pero, por favor, no se asuste tan pronto, mi amigo..., me parecía hoy un poco modificado.

A pesar de la advertencia, Kekesfalva azoróse desmedidamente. Vi cómo empezó a temblar la cucharita que tenía en la mano.

—¿Transformado?... ¿Qué quiere usted decir?... Cambiado, ¿en qué sentido?

—Pues..., cambiado, quiere decir cambiado... Yo no he dicho empeorado, mi amigo. Como dijo el padre de Goethe, "no me interprete ni me apriete". Por el momento, yo mismo no sé con exactitud lo que pasa, pero..., algo no está como debe.

El anciano seguía con la cucharita en la mano. Al parecer le faltaba la energía necesaria para depositarla.

—¿Qué es lo que no está como debe?

El doctor Condor rascóse la cabeza.

—¡Ah, si lo supiera! De todos modos, no se inquiete. Hablamos en un tono académico y sin mala intención. Es mejor que se lo vuelva a decir con toda claridad. No es el aspecto de la enfermedad el que me parece alterado, sino que hay algo en Edith misma que ha cambiado. Le pasa hoy no sé qué cosa. Por primera vez tuve la sensación de que se me hubiese escabullido. — Volvió a dar unas chupadas a su cigarro y luego cambió bruscamente de táctica, midiendo a Kekesfalva con miradas rápidas —. Sabe usted, lo mejor sería estudiar la cuestión, de entrada, sinceramente. No tenemor por qué avergonzarnos mutuamente, y podemos jugar a cartas descubiertas. Dígame, pues, sincera y claramente. ¿En su eterna impaciencia, han consultado ustedes a otro médico? ¿Alguien ha examinado o tratado a Edith en mi ausencia?

Kekesfalva se levantó agitado como si se le hubiese acusado de una monstruosidad.

—¡Por el amor de Dios, doctor; le juro por la vida de mi hija!...

—Bueno, bueno —le cortó la palabra Condor—. Le creo sin juramentos. No hablemos más de eso. *Peccavi*. Me equivoqué. Un diagnóstico fallado. Esto puede sucederle hasta a un consejero imperial. ¡Qué tontería! Yo hubiese jurado que..., hum... Entonces debe haber otro gato encerrado... Es extraño... Usted me permitirá... —Y se sirvió una tercera taza de café.

—Pero, ¿qué es lo que le ocurre? ¿Qué es lo que ha cambiado en ella? ¿A qué se refiere usted? — tartamudeó el dueño de casa.

—Mi amigo, usted no hace más que complicarme las cosas. Está demás toda preocupación, se lo aseguro, ¡palabra de honor! Si hubiera algo serio, no hablaría de ello delante de un extraño..., perdón, señor teniente; no doy a ese concepto un sentido malévolo, quiero decir únicamente... no hablaría entonces, sentado cómodamente en este sillón y catando con toda tranquilidad su buen coñac... Es, en verdad, un coñac excelente.

Volvió a recostarse y parpadeó.

—Es difícil explicar de improviso lo que ha cambiado en ella. Es tanto más difícil cuanto que es algo que debe buscarse en el extremo superior o inferior de lo explicable. Si antes sospeché que un médico extraño había intervenido en el tratamiento..., ya no creo más en ello, señor von Kekesfalva, se lo juro..., fué en vista de que, por primera vez, algo dejó de funcionar bien entre Edith y yo. No se estableció el contacto normal. ¡Espere!... Quizás pueda expresarme más claramente. Quiero decir... en un tratamiento prolongado, se produce inevitablemente un determinado contacto entre el médico y su paciente...; tal vez es demasiado grosero llamar a esa relación un contacto, ya que esto significa en última instancia un rozamiento, es decir, algo corporal. A este respecto, la confianza va extrañamente mezclada con la desconfianza. Hay un juego constante entre atracción y repulsión y desde luego, aquella mezcla se modifica de una visita a la otra. Estamos habituados a eso. A veces, el médico cree que ha cambiado el paciente, y otras veces el paciente cree que es el médico el que ha cambiado; a veces se entienden con la sola mirada, y otras hablan sin entenderse. Son sumamente raras esas vibraciones entre uno y otro; es imposible comprenderlas y menos aun medirlas. El modo más sencillo de explicar ese fenómeno lo ofrece tal vez una comparación, aun a riesgo de que esa comparación resulte grosera. Sucede, pues, con el paciente algo como esto: Si usted ha estado ausente de su casa durante unos días y, al volver, se pone frente a su máquina de escribir, ésta, al parecer, escribe como siempre, funciona perfectamente, como antes; no obstante, usted comprende por un no sé qué indefinible para usted mismo, que en su ausencia, otra persona la ha usado. O usted, señor teniente, sin duda lo nota cuando alguien ha montado su caballo un par de días. Algo ha cambiado en su trote, en su actitud, se le ha ido de la mano y, seguramente, usted no podría definir en qué consiste la diferencia, porque los cambios son ínfimos... Ya sé yo que éstas son comparaciones muy toscas, pues la relación entre el médico y su paciente es, naturalmente, mucho más sutil. Ya le dije que me encontraría en un gran apuro, si hubiera de explicar lo que ha variado en Edith desde que la vi por última vez. Y me amarga justamente el que no logre comprender qué es lo que ha pasado y qué es lo que ha cambiado.

—Pero, ¿cómo... se manifiesta eso? — jadeó Kekesfalva.

Comprendí que todos los juramentos de Condor no bastaban para tranquilizarlo; su frente brillaba húmeda.

—¿Cómo se manifiesta? Pues en pequeñeces, en cosas imponderables. Cuando hicimos los ejercicios de gimnasia, sentí que ella oponía resistencia. Antes de que hubiera podido comenzar a examinarla como es debido, se rebeló: "Es inútil, es lo mismo que siempre". Otras veces, en cambio, esperaba impacientísima el resultado de mi examen. Cuando luego le propuse determinados ejercicios, hizo observaciones desatinadas, como: "Esto tampoco servirá para nada", o "Con eso tampoco se consigue gran cosa." Admito que las expresiones de este cariz carecen en sí de importancia, pueden ser el producto del mal humor o de los nervios exaltados; pero hasta ahora, mi estimado amigo, Edith nunca me había dicho nada por el estilo. Supongamos que tal vez estuvo verdaderamente de mal humor. Eso puede sucederle a cualquiera.

—¿Pero, de verdad, no hubo un cambio perjudicial?

—¿Cuántas palabras de honor más quiere usted que le dé? Si pasara lo mínimo, yo como médico no estaría menos inquieto que usted como padre y ya ve que no lo estoy ni remotamente. Al contrario, esa rebelión no me disgusta en absoluto. Es cierto, su hija es ahora más irritable, alterada e impaciente que unas semanas atrás, y me imagino que le ha de dar a usted muchas nueces duras que cascar. Pero semejante revuelta suele ser indicio también de un aumento de voluntad de vivir y de sanar; cuanto más fuerte y normalmente empieza a funcionar el organismo, con tanta más insistencia quiere llegar, por fin, a vencer su enfermedad. Creáme, los médicos no queremos a los enfermos obedientes y "buenos" tanto como ustedes se imaginan. Ellos nos ayudan muy poco. No podemos sino ver con buenos ojos una voluntad rebelde, enérgica y aun rabiosa del enfermo, pues, por extraño que parezca, esas reacciones aparentemente insensatas producen mejor efecto que nuestros medicamentos más eficaces. Le repito, no estoy absolutamente preocupado. Si, por ejem-

plo, se quisiera ahora iniciar una cura nueva con ella, se podría exigirle cualquier esfuerzo; incluso sería éste, tal vez, el momento apropiado para hacer entrar en juego las energías psíquicas que justamente en el caso de ella son de tanta importancia. No sé –levantó la cabeza y nos miró–, si ustedes me comprenden bien.

—Naturalmente — dije sin querer.

Fué ésa la primera palabra que le dirigí. Todo cuanto había expuesto, me parecía perfectamente natural y claro.

El anciano, en cambio, no salió de su ensimismamiento. Permaneció con la mirada completamente inanimada. Tuve la impresión de que no comprendía nada de cuanto Condor acababa de explicarle, porque no quería entender, porque toda su atención y temor estaban concentrados en su angustia. "¿Sanará? ¿Sanará pronto? ¿Cuándo sanará?"

—¿A qué cura se refiere usted? — tartamudeó, como siempre que se hallaba excitado —. ¿Qué cura nueva?... ¿No acaba usted de hablar de una cura nueva? ¿Qué ensayo nuevo quiere usted hacer?

Comprendí en seguida que se aferraba a esa palabra "nuevo" porque ella significaba una esperanza para él.

—Eso déjelo a mi cargo, ya veremos lo que hay que intentar y cuándo lo haremos. No quiera apresurar ni forzar lo que no es posible conseguir por obra de encantamiento.

El anciano miraba mudo y contrito. Vi con cuánto esfuerzo se contuvo para no volver a formular una y otra vez sus preguntas insensatamente tenaces. Condor también debe haber sentido algo de esa presión taciturna, pues se levantó sin transición.

—Damos por terminada esta cuestión de hoy, ¿verdad? Ya le he comunicado mi impresión; todo lo demás sería hablar por hablar. Aunque Edith, en los próximos días, se tornara más irritable todavía, no se preocupe usted, que ya descubriré yo el tornillo que se ha aflojado. Lo único que debe hacer es no rondar siempre a la enferma, temeroso y desorientado. Y luego usted tiene la obligación de cuidar sus propios nervios. Tiene cara de dormir poco, y temo que con su intranquilidad y preocupación se cause mayor daño a sí mismo del que puede justificar frente a su hija. Lo mejor sería que usted empezara hoy mismo acostándose muy temprano y tomando unas gotas de valeriana antes de dormir, para que mañana recobre su lozanía. Eso es todo. Se acabó la consulta por hoy. Terminaré de fumar mi cigarro, y luego continuaré mi camino.

—¿De veras ya quiere irse?

El doctor Condor insistió:

—Sí, mi amigo; por hoy, basta. Me queda todavía un último paciente, un tanto maltrecho, al que he ordenado un largo paseo. Así como usted me ve, estoy en pie trotando desde las siete y media. Pasé toda la mañana en el hospital, tuvimos un caso curioso... Pero no hablemos de eso... Luego en el tren, después aquí, y nosotros precisamente tenemos que ventilar de vez en cuando nuestros pulmones para mantener la cabeza despejada. No necesito hoy su automóvil; prefiero irme a pie. Tenemos una magnífica luna llena. Con eso, claro está, no quiero quitarle a su señor teniente; él, seguramente, le hará un poco de compañía si usted, a pesar de la prohibición médica, quiere tardar todavía en recogerse.

Entonces recordé de inmediato mi misión.

—No — declaré solícito, y expliqué que al día siguiente debía presentarme excepcionalmente temprano al servicio y que debería haberme retirado hacía rato ya.

—Si usted gusta, nos encaminaremos juntos a la población.

Por primera vez brilló entonces una lucecita en la mirada cenicienta de Kekesfalva: ¡La misión! ¡La consulta! ¡La información! Él también la recordó.

—Bien, pues; me acostaré en seguida — dijo con inesperada condescendencia, haciéndome una señal furtiva a espaldas de Condor.

* * *

Apenas hubimos sorteado el umbral de la casa, Condor y yo nos quedamos detenidos instintivamente en el peldaño superior de la escalinata, pues el jardín ofrecía un aspecto admirable. Durante las horas que habíamos pasado en las habitaciones, excitados, a ninguno se le había ocurrido mirar por la ventana. Ahora nos sorprendió una transformación completa. Una inmensa luna llena permanecía, inmóvil, como un disco de plata brillantemente pulido, en medio de un cielo cuajado de estrellas, y en tanto que el aire calentado por el día estival nos envolvía bochornoso, aquella luz enceguecedora parecía simultáneamente haber producido un invierno mágico. La grava resplandecía como nieve recién caída entre las hileras de árboles derechamente recortados que flanqueaban el camino con sus sombras negras. No recuerdo haber recibido jamás una sensación tan espectral de la luz de la luna como en aquella calma e inmovilidad absolutas de un jardín hundido en el brillo gélido y vibrante.

Seguimos caminando hasta el portón, sin pronunciar palabra. Para cerrarlo tuvimos que volver la vista forzosamente hacia atrás. El frente de la casa relucía como si hubiera sido pintado con fósforo azulado, un solo bloque de hielo brillante, y tan violento era el reflejo de la luz de la luna, que era imposible distinguir cuáles de las ventanas estaban iluminadas por dentro y cuáles por fuera. Sólo el golpe duro con que se cerró la puerta rompió el silencio; como descorazonado por ese ruido terrenal en medio del silencio fantasmagórico, Condor dirigióse a mí con una llaneza que yo no había esperado.

—¡Pobre Kekesfalva! Estoy haciéndome cargos, y preguntándome si no he sido demasiado brusco con él. Sé que hubiera querido retenerme unas cuantas horas más para preguntarme cien cosas, mejor dicho, para preguntarme cien veces lo mismo. Pero la verdad es que estaba agotado. Ha sido un día demasiado pesado para mí; de la mañana a la noche, enfermos y más enfermos, y todos, casos en que no se comprueba ningún progreso.

Habíamos penetrado entretanto en la alameda, cuyos árboles se cerraban con una malla impenetrable contra la luz de la luna. Condor parecía no observarme siquiera.

—Y luego hay días en que, sencillamente, no soporto su insistencia. La dificultad de nuestra profesión no reside en los enfermos; uno aprende a tratarlos como es debido, se adquiere cierta práctica. Además, si los pacientes se quejan y preguntan e insisten, esto es tan propio de su estado como la fiebre o el dolor de cabeza. Contamos de antemano con su impaciencia, estamos dispuestos y preparados para ella, y todos tenemos ciertas frases calmantes y ciertas mentirillas de las que siempre vamos tan provistos como de sedantes y de narcóticos. Nadie nos amarga tanto la existencia como los parientes y allegados que se interponen como intrusos entre el médico y el paciente y que siempre quieren saber la "verdad". Todos se conducen como si en toda la Tierra no hubiese más enfermo que aquél y como si sólo se tratase de cuidar de ese único paciente. No le tomo a mal a Kekesfalva sus muchas preguntas, pero, ¿sabe?, cuando la impaciencia se vuelve crónica, se pierde muchas veces la serenidad. Le he explicado diez veces que ahora tengo que atender en la ciudad un caso gravísimo, que es una cuestión de vida o muerte. A pesar de que él lo sabe, me telefonea día tras día, e insiste y me mortifica y quiere conseguir a todo trance una esperanza. Al mismo tiempo sé, como médico, que esa excitación es para él de efectos fatales. Estoy mucho más preocupado de lo que él se imagina, muchísimo más. Es una suerte que él ignore lo mal que están las cosas.

Quedé aterrado. La situación era, pues, grave. Condor me había facilitado el informe que yo debería obtener con rodeos, hablando clara y espontáneamente. Muy excitado, y deseoso de saber más, le interrumpí:

—Perdone, doctor, pero usted comprenderá que esto me inquieta... No sospechaba yo que Edith estuviese tan mal...

—¿Edith? — Condor me miró muy asombrado. Parecía darse cuenta por primera vez de que hablaba con otra persona —. ¿Por qué dice usted Edith? Yo no he dicho una palabra de Edith..., usted me ha entendido al revés... No, no; el estado de Edith es verdaderamente estacionario...; por desgracia es estacionario todavía... Es él quien me preocupa, Kekesfalva; él sí que me causa cada vez más inquietud. ¿No ha observado usted cómo se ha transformado en los últimos meses? ¿No se ha fijado en su mal aspecto, y cómo de semana en semana decae más?

—No puedo juzgar al respecto..., sólo hace unas semanas que tengo el honor de conocerle....

—Ah, es cierto. Perdone. Es claro, usted no pudo observar nada... Pero yo, que le conozco desde hace años, he quedado sinceramente aterrado al ver hoy, por casualidad, sus manos. ¿Usted no se ha fijado que sus manos son transparentes y huesudas? Le diré, cuando uno ha visto muchas manos de muertos, siempre recibe una sensación de descorazonamiento al ver esa especie de color azulado en la mano de un ser vivo. Y luego, no me gusta la rapidez con que se enternece; el menor sentimiento humedece sus ojos; la menor angustia apaga sus colores. Algo falla, algo no funciona bien. Hace tiempo ya que me he propuesto revisarlo detenidamente, sólo me falta coraje para abordarle, pues, Dios mío, si voy a hacerle pensar ahora que también él mismo está enfermo, más aun, que él podría morir y dejar a su hija tullida... ¡Imposible imaginárselo!... No, no, señor teniente, usted me ha interpretado mal; mi principal preocupación no es Edith, sino él... Mucho temo que el anciano ya no dure mucho.

Quedé completamente aterrado. Jamás había pensado en esa posibilidad. Tenía yo entonces veinticinco años, y nunca había visto morir a una persona de mis relaciones. No era capaz siquiera de concebir la idea de que alguien con quien acababa de hablar o de beber, pudiera quedar al día siguiente, rígido, en su mortaja. Una puntada repentina en la región cardíaca me hizo comprender al mismo tiempo que me había encariñado verdaderamente con aquel hombre. Quería contestar cualquier cosa en medio de mi perplejidad conmovida.

—¡Horrible! — acerté a decir —. Eso sería horrible. Un hombre tan noble, tan generoso, tan bondadoso; es, en verdad, el primer noble húngaro auténtico que he conocido.

Entonces sucedió algo sorprendente. Condor se detuvo tan repentinamente que yo también quedé, contra mi voluntad, paralizado. Me miró de hito en hito, y sus lentes relampagueaban en la noche. Sólo al cabo del tiempo necesario para respirar una o dos veces, me preguntó desconcertado:

—¿Un noble?... ¿Y, además auténtico?... ¿Kekesfalva? Perdone, teniente... ¿pero lo dice usted... en serio... eso de auténtico noble húngaro?

No comprendí bien la pregunta. Sólo tuve la sensación de haber dicho una tontería. Repuse, cohibido:

—No puedo juzgar sino desde mi punto de vista, y frente a mí, el señor von Kekesfalva se ha mostrado en toda oportunidad del modo más distinguido y bondadoso. En el regimiento se nos hablaba siempre de los nobles hún-

-gados como de gente singularmente arrogante, pero yo... jamás he encontrado a un hombre más afable. Yo...

No proseguí, porque noté que Condor continuaba mirándome atentamente de reojo. Su cara redonda relucía a la luz de la luna, sus lentes brillaban, parecían agrandados, y tras ellos sólo vi imprecisos sus ojos investigadores; tuve la sensación de ser un insecto que patalea al ser colocado bajo una lupa fina. Condor dejó caer la cabeza, volvió a caminar y murmuró, como hablando consigo mismo:

—Es usted, verdaderamente..., un hombre raro. Perdone, no lo digo con ninguna mala intención. Mas, es, en efecto, extraño, y usted tiene que reconocerlo, muy extraño... Según me entero, usted frecuenta la casa desde hace varias semanas. Además vive en una aldea, en un verdadero gallinero... y donde no se cacarea poco..., todo lo cual no quita que usted vea en Kekesfalva un magnate. ¿Nunca oyó usted de parte de sus camaradas unas observaciones... no diré despectivas, pero unos comentarios que de todos modos demuestran que esa nobleza es un tanto dudosa?... Algún rumor tiene que haber llegado a sus oídos.

—¡No! — repliqué enérgicamente. Comprendí que empezaba a enojarme (no es una sensación agradable la de dejarse calificar de "raro" y "extraño") —. ¡Lo lamento, pero no he permitido nunca que nadie me venga con habladurías! ¡Jamás he charlado con ninguno de mis camaradas sobre el señor von Kekesfalva!

—Muy extraño — murmuró Condor —. ¡Cosa rara! Siempre creí que él recargaba las tintas al describirme su persona. Le diré francamente...: a lo que parece, hoy tengo un día de diagnósticos equivocados..., desconfiaba un poco de su entusiasmo... me costaba creer que usted sólo frecuentaba su casa por aquel incidente, aquella noche del baile, y que volvía una y otra vez... nada más que por simpatía, por compasión. Usted no sabe cómo se explota a ese anciano... Me había propuesto... ¿por qué no decírselo?... averiguar qué le atrae a aquella casa. Pensaba que usted es... ¿cómo me expresaré sin dejar de ser cortés?...; en fin, un mozo muy intencionado, que busca su parte, o, de ser sincero, un hombre interiormente muy joven, pues lo trágico y peligroso sólo ejerce tan fuerte atractivo sobre los adolescentes. Este instinto de los jóvenes suele ser acertado, y su sentimiento no lo ha engañado... Kekesfalva es, en verdad, un hombre original. Sé exactamente lo que se puede decir en su detrimento, y sólo me sorprendió..., perdone usted..., el que lo llamara un caballero, un noble. Pero crea a uno que lo conoce mejor que todos los de aquí: no tiene por qué avergonzarse de su amistad con él y con su pobre hija. Que le cuenten a usted lo que quieran, no se deje desorientar; de cuanto se diga, nada puede tener relación con el hombre conmovedor y atribulado que es el Kekesfalva de hoy.

Condor decía eso mientras caminaba, sin mirarme; sólo al cabo de un rato acortó sus pasos de nuevo. Comprendí que reflexionaba sobre algo, y no quise molestarlo. Proseguimos cuatro o cinco minutos más, completamente taciturnos. De pronto, Condor me habló repentinamente:

—Oígame, señor teniente. Las cosas hechas a medias y las insinuaciones o medias palabras son siempre enojosas. Todos los males de este mundo son causados por lo incompleto. Es posible que ya sea demasiado lo que se ha deslizado de mis labios. No quisiera de ningún modo alterar su buen concepto. Por otra parte, ya he despertado demasiada curiosidad en usted, como para que pueda dejar de pedir noticias a otros y, por desgracia, tengo motivos para temer que no se le informará de un modo muy fidedigno. Al fin y al cabo es imposible frecuentar una casa sin saber a la larga quiénes son sus moradores. Es probable que en adelante usted tampoco pudiera visitarlos con su antigua falta de prevención. Si tiene realmente interés en saber esto o lo otro respecto de nuestro amigo, estoy a su disposición.

—Ciertamente que tengo interés.

Condor consultó el reloj:

—Son las once menos cuarto. Aun nos quedan más de dos horas. Mi tren no sale hasta la una y veinte. Pero estimo que esas cosas no pueden hablarse en medio de la carretera. A lo mejor usted sabe dónde hay un rincón propicio para una conversación tranquila y confidencial.

Reflexioné:

—Lo mejor sería la "Fonda Tirolesa", en la calle Archiduque Federico. Tiene pequeños apartados en los que nadie nos molestará.

—¡Excelente! Es lo que necesitamos.

Sin cambiar más palabras, llegamos hasta el final de la carretera. Pronto las primeras casas de la ciudad aparecieron, formando una hilera a la blanca luz de la luna.

* * *

Aquella "Fonda Tirolesa" era un pequeño local acogedor con un ligero asomo de mala fama. Situado en una angosta calle tortuosa y antigua, formaba parte de un hotel de segunda o tercera categoría, muy estimado en nuestros círculos, gracias a la cualidad comprensiva y olvidadiza del portero, quien, a propósito, omitía molestar a los huéspedes que pedían una habitación con dos camas — aun en pleno día —, con el formulario de inscripción impuesto por la policía. Otra seguridad para el secreto de los idilios más o menos prolongados consistía en la circunstancia bien calculada de que se podía llegar a aquellos nidos de amor sin cruzar la entrada principal (una pequeña ciudad tiene mil ojos), sino pasando a la escalera, y con ella a la meta discreta, desde el restaurante y sin llamar la atención. La discreción era la suprema ley que regía las costumbres internas de aquella casa. Al entrar comprobé con gran contento que en el local reinaba ese tedio que los últimos días del mes crean obligatoriamente en una guarnición pequeña. No estaba presente ningún miembro de mi regimiento y pudimos elegir entre la totalidad de los reservados.

Con el manifiesto propósito de evitar toda nueva intromisión de la camarera, Condor pidió de inmediato dos litros de vino, pagó en el acto y dió a la muchacha una propina tan generosa que ella desapareció para siempre con un agradecido "Buen provecho". Cayó la cortina y sólo de vez en cuando llegaba muy difusa hasta nosotros una que otra palabra pronunciada en alta voz, o alguna risa...

Nos hallábamos perfectamente aislados y seguros en nuestra celda.

Condor me sirvió primero una alta copa de estilo antiguo, luego llenó un vaso para sí mismo. Cierta meticulosidad en sus movimientos me reveló que interiormente disponía de antemano todo cuanto me iba a decir (y tal vez también lo que pensaba callar). Cuando finalmente se dirigió a mí, había desaparecido por completo ese ser soñoliento y desaprensivo que antes me molestara tanto. Su mirada era muy concentrada.

—Lo mejor será que empecemos por el principio y que primero dejemos completamente a un lado al noble señor Lajos von Kekesfalva. En aquel entonces no existía aún. No había tal terrateniente vestido de negro y con gafas montadas en oro, ni tal noble y, menos aun, magnate. Sólo había en un pueblo miserable de la frontera húngaro-eslovaca un pequeño muchacho judío, de pecho angosto y mirada penetrante que se llamaba Leopoldo Kanitz y a quien, según creo, todo el mundo llamaba Lämmel Kanitz.

Debo haberme levantado de golpe o haber demostrado de otra manera mi sorpresa, pues esperaba cualquier cosa menos esto. Pero Condor prosiguió con sonriente naturalidad:

—Sí, Kanitz, Leopoldo Kanitz; yo no lo puedo cambiar; sólo mucho más tarde y, a pedido de un ministro, se magiarizó el nombre de un modo tan sonoro, adornándolo, además, de una partícula nobiliaria. Usted posiblemente no pensó que un hombre influyente y bien relacionado, que desde hace tiempo vive aquí, puede cambiar de aspecto, magiarizar su nombre y adquirir título de nobleza. Al fin y al cabo, ¿cómo podía saber eso, joven como es? Además, ha pasado una considerable cantidad de agua por la Leitha, desde que aquel mocoso, aquel chico judío, perspicaz y astuto, cuidaba allá los caballos o carros de los campesinos, mientras ellos bebían en la fonda, y desde que, a cambio de un puñado de papas, llevaba las cestas de las vendedoras del mercado. El padre de Kekesfalva, mejor dicho, de Kanitz, no era, pues, un magnate, sino el arrendatario paupérrimo — con las ondeadas patillas judías — de una fonda situada junto a la carretera, a poca distancia de aquel poblado. Los leñadores y cocheros paraban ahí, por la mañana y por la tarde, para entrar en calor mediante varias copas de aguardiente de setenta grados, antes o después de sus viajes a través del frío de los Cárpatos. A veces, el fuego líquido les calentaba demasiado los sentidos, y entonces rompían las sillas y los vasos, y en una de esas oportunidades, el padre de Kanitz quedó mortalmente herido. Unos cuantos campesinos, que volvían borrachos de la feria, iniciaron una disputa, y cuando el fondero quiso separarlos para proteger su pobre instalación, uno de ellos, un cochero gigante, lo tiró tan fuertemente a un rincón que quedó allí tendido, lanzando sordos gemidos. A partir de ese día escupió sangre, y al cabo de un año murió en el hospital. No dejó dinero, y la madre, una mujer valiente, ganó su sostén y el de sus niños, todos pequeños todavía, como lavandera y partera, y Leopoldo llevaba los paquetes en sus hombros. Además juntaba unas cuantas monedas como mejor podía; hacía mandados para un comerciante y llevaba mensajes de pueblo en pueblo. A una edad en que otros niños juegan aún alegremente con bolitas de vidrio, él ya sabía exactamente lo que costaban todas las cosas, dónde y cómo se compraba y se vendía, y cómo hacerse útil e indispensable; y todavía encontró tiempo para aprender algo. El rabino le enseñó a leer y a escribir, y él tenía tal facilidad de comprensión que a los trece años ya podía reemplazar ocasionalmente al escribiente de un abogado y redactar, a cambio de unas monedas, las solicitudes y formularios para los impuestos de los pequeños comerciantes. Para ahorrar la luz — cada gota de petróleo significaba en aquella casa miserable un despilfarro —, se sentaba noche

una garita próxima a un paso a nivel –no había estación en aquel pueblo–, y ahí repasaba periódicos rotos que otros habían tirado. Ya entonces los ancianos de la comunidad meneaban sus barbas en señal de aprobación, y profetizaban que ese muchacho llegaría a ser algo.

"No sé cómo se las arregló para salir de aquel pueblo eslovaco y llegar a Viena, pero cuando a los veinte años de edad apareció por estos contornos, ya era agente de una importante compañía de seguros y conforme a su modo de ser incansable, agregó a aquella actividad, digamos oficial, cien otros negocios pequeños. Se convirtió en lo que en Galitzia se llama un factor, un hombre que comercia con todo, que consigue todo y que en todas partes tiende un puente entre la oferta y la demanda.

"Al principio se le toleraba. Pronto se empezó a notar su presencia y aun a servirse de él. Sabía de todo, y nada le era extraño. Compraba trajes usados, relojes, antigüedades, tasaba y permutaba campos y mercaderías y caballos, y si un oficial necesitaba un fiador, él se lo conseguía. De año en año se ensanchaban tanto sus conocimientos como el radio de sus actividades.

"Con ese modo de ser, infatigable y tenaz, se gana bastante. Pero las fortunas verdaderas sólo se forman en virtud de una relación determinada entre los ingresos y los gastos, entre la ganancia y las necesidades. En esto radicaba otro misterio del ascenso de nuestro amigo Kanitz, quien en todos aquellos años no gastaba casi nada, salvo los dineros con que socorría a toda una cantidad de parientes y que invertía para que su hermano pudiera estudiar. La única adquisición sustanciosa que se permitió para su persona, fué un *chaquet* negro y los lentes de *doublé* que usted también conoce, y que le daban, entre los campesinos, el aspecto de un "académico". Cuando ya hacía tiempo que era hombre acaudalado, seguía por previsión en su papel de pequeño agente. "Agente" es una palabra maravillosa, una amplia capa con que se puede envolver y ocultar muchas cosas, y Kekesfalva ocultaba en primer lugar el hecho de que había dejado de ser el intermediario para convertirse en financista y empresario. Consideraba mucho más importante y acertado llegar a ser rico que ser considerado rico.

"El hecho de que alguien, que es al mismo tiempo trabajador, prudente y económico, llegue más pronto o más tarde, no me parece digno de un estudio filosófico especial, ni mayormente admirable. Los médicos somos, al fin y al cabo, quienes mejor sabemos que una cuenta corriente le sirve de poco al hombre en los momentos decisivos. Lo que en verdad he admirado desde un comienzo en nuestro amigo Kanitz, es su voluntad realmente demoníaca para agrandar, junto con su fortuna, también sus conocimientos. Las noches enteras que pasaba en los trenes, cada hora de viaje en carro, cada momento libre en la fonda, él los aprovechaba para leer y aprender. Estudió todos los códigos, el de comercio lo mismo que el industrial, y estaba versado en todas las inversiones y transacciones como un banquero. De esa suerte resultó muy natural que sus negocios adquiriesen paulatinamente una extensión cada vez mayor. Proveía fábricas, fundó consorcios y finalmente se le confiaban incluso ciertas órdenes de compra para el ejército, y desde entonces se veía su *chaquet* negro y sus lentes dorados con creciente frecuencia en las antesalas de los ministerios. En ese tiempo tenía tal vez un cuarto, o acaso medio millón de coronas de fortuna, pero en esa región la gente seguía tratándole de agente insignificante, y se continuaba saludando a Kanitz en la calle muy condescendientemente, hasta que dió el gran golpe y se convirtió de repente de Lämmel Kanitz en señor von Kekesfalva."

Condor se interrumpió.

–Bien. Lo que le he referido hasta ahora,

de su historia la sé por boca de él mismo. Me la refirió en una noche en que, después de la operación de su esposa, esperamos en una salita del sanatorio desde las diez de la noche hasta el amanecer. En adelante puedo responder por cada palabra, pues en semejantes momentos no se miente.

Condor bebió lenta y reflexivamente un pequeño trago antes de encender otro cigarro. De repente se enderezó enérgicamente.

–Esta historia de la mutación de Leopoldo o Lämmel Kanitz en propietario y señor von Kekesfalva, comienza en un tren de pasajeros entre Budapest y Viena. A pesar de que contaba cuarenta y dos años y su cabello ya se tornaba canoso, nuestro amigo pasaba en aquellos años la mayoría de las noches viajando –los tacaños economizan también su tiempo– y no hará falta que destaque que siempre viajaba en tercera clase. Como viejo experimentado, había adquirido cierta técnica para los viajes nocturnos. Primero extendía una manta escocesa que oportunamente había adquirido a buen precio en un remate. Luego colgaba su infalible *chaquet* negro en un gancho, para cuidarlo, guardaba sus lentes dorados en un estuche, extraía de una bolsa de hilo –nunca adquirió una valija de cuero– una *robe de chambre* abrigada y, finalmente, se cubría la cara con una gorra para que la luz no le diera directamente en los ojos. De esta manera se arrebujaba en un rincón del coche, acostumbrado a dormir también sentado. Aquella vez nuestro amigo no durmió, porque en su mismo compartimiento viajaban otras tres personas que hablaban de negocios. Y siempre que se hablaba de negocios, Kanitz sentíase incapaz de desviar la atención. Estaba ya a punto de conciliar el sueño, cuando oyó un número que lo hizo sobresaltar como a un caballo que oye un trompetazo:

–Figúrese que, en realidad, este hombre afortunado sólo debe a su estupidez grosera el haber ganado sesenta mil coronas de un golpe."

–"¿Qué? ¿Quién tiene sesenta mil coronas?"

"En un santiamén, Kanitz volvió a estar completamente despierto, como si un chorro de agua helada hubiese espantado el sueño de sus ojos. Quería averiguar de alguna manera quién había ganado esas sesenta mil coronas y cómo las había ganado. Desde luego, cuidóse mucho de que sus compañeros de viaje notaran su interés. Al contrario, bajó más aún la gorra para que la sombra cubriera íntegramente sus ojos, y los demás creyeran que dormía. El joven que había hablado tan impetuosamente y emitido aquel toque de indignación, en virtud del cual Kanitz se había desvelado, resultó ser el escribiente de un abogado vienés. Peroraba, muy excitado, furioso por el desatino enorme de su jefe:

–"Y eso que aquel individuo lo hizo todo al revés. Por asistir a una reunión estúpida, con la que a lo sumo ha ganado cincuenta coronas, llegó con un día de atraso a Budapest, y entretanto, aquella gansa se dejó enredar como un chino. Todo estaba en perfecto orden: en el testamento irreprochable figuraban los mejores testigos suizos, dos dictámenes médicos irrefutables, por los que constaba que la Orosvar estaba en plena posesión de sus facultades mentales en momentos de redactar su testamento. La caterva de sobrinos-nietos y de seudoparientes políticos jamás hubiera heredado un solo *heller*, a pesar de los artículos escandalosos que su abogado hacía publicar en los diarios de la tarde, y el burro de mi patrón estaba tan seguro de su causa, que hizo el viaje a Viena para asistir a aquella reunión absurda, pensando que la testamentaría no se ventilaría hasta el viernes. Entretanto, el tunante de Wiezner, ese pícaro, el abogado de la parte contraria, le hace una visita de cortesía y la muy estúpida cae en un paroxismo: –"Pero si yo no quiero tanto dinero; no quiero más que mi tranquilidad" –el escribiente imitaba un dialecto del norte alemán–. "Ahora tiene su tranquilidad, y los otros, en cambio, tienen las tres cuartas partes

de su herencia, como caída del cielo. Sin esperar a mi jefe, aquella histérica firmó el arreglo más estúpido e insensato desde los tiempos de Joriget; esa plumada le costó por lo menos medio millón de coronas." Y ahora fíjese, señor teniente –prosiguió Condor mirándome de hito en hito–. Durante toda esa filípica, nuestro amigo Kanitz permaneció en su rincón, mudo, como un erizo, con la gorra cubriéndole los ojos, y atento a cada palabra, como un lince. Comprendió en seguida de qué se hablaba, porque el proceso Orosvar ocupaba entonces las primeras planas de todos los diarios húngaros y constituía realmente un *affaire* descomunal. Lo referiré en pocas palabras.

"La vieja princesa Orosvar, hija de una familia riquísima de Ucrania, había sobrevivido a su marido sus buenos treinta y cinco años. Tenaz y mala como ella sola, desde que sus únicos dos hijos murieron en una misma noche a causa de la difteria, odiaba de todo corazón a los demás Orosvar, porque éstos habían sobrevivido a sus pobres criaturas. Me parece realmente creíble que sólo haya llegado a los ochenta y cuatro años de edad por malicia y por el deseo de que no la heredasen sus sobrinos y sus impacientes sobrinas-nietas. Cuando una persona de su parentela, ansiosa de la herencia, anunciaba su visita, ella no la recibía, y aun la carta más amable de la familia volaba sin ser abierta, yendo a caer debajo de la mesa. Misántropa y maniática desde la muerte de su esposo y sus hijos, no pasaba nunca más de dos o tres meses en Kekesfalva, y nadie entraba a la casa; el resto del tiempo viajaba por el mundo. La única persona que toleraba en su presencia, su dama de compañía, pasaba las de Caín. Cuando la anciana señora, según una costumbre que había adquirido en Ucrania, tomaba unas cuantas copas de cognac o vodka de más, su dama de compañía incluso sufría palizas, según testimonio digno de fe. En todos los lugares de lujo, en Niza y Cannes en Aix les Bains y Montreux, se conocía a aquella vieja obesa, con la cara lustrosa de dogo y el cabello teñido, que siempre hablaba en alta voz, sin fijarse en si alguien la oía, que discutía con los mozos como un sargento, y que hacía muecas impertinentes a las personas que no le gustaban. A los setenta y ocho años, la princesa Orosvar cayó enferma de una grave pulmonía en el mismo hotel de Territet en que solía parar la emperatriz Elizabeth. Nunca se ha sabido cómo llegó la noticia a Hungría. Lo cierto es que, sin ponerse de acuerdo, acudieron todos los parientes, presurosamente, ocuparon el hotel, importunaban al médico pidiéndole noticias y esperaban inquietos la muerte de la anciana. Pero la perversidad conserva. La vieja se restableció, y cuando los impacientes familiares se enteraron de que la restablecida vieja bajaría al *hall*, dispersáronse tal como habían venido. La Orosvar había tenido noticias de la llegada demasiado interesada de sus herederos, y maliciosa como era, empezó a sobornar a todos los mozos y mucamas para que le repitiesen cuanta palabra habían oído de boca de sus parientes. Se enteró de la verdad. Los apresurados herederos habían peleado como lobos, por la cuestión de quién debía quedarse con Kekesfalva y quién con Orosvar, quién con las perlas y quién con las estancias ucranianas o con el palacete de la calle Ofner. Ese fué el primer golpe. Un mes después, llegó una carta de un prestamista de apellido Dassauer, de Budapest, quien le comunicaba que no podía prolongar más el crédito concedido a su sobrino-nieto Deszö, a menos que ella le asegurase por escrito que aquél sería uno de sus herederos. Esa fué la gota que hizo desbordar el vaso. La Orosvar telegrafió a su abogado de Budapest, lo citó a Territet, y redactó con él un nuevo testamento, y ello –la malicia hace clarividente– en presencia de dos médicos que confirmaron expresamente que la princesa era dueña absoluta de sus facultades mentales. El abogado se llevó ese testamento a Budapest, donde permaneció de

rante seis años, bien lacrado, en su escritorio, pues la vieja Orosvar no tenía prisa alguna para morir. Cuando fué abierto, se experimentó una sorpresa mayúscula. Resultaba instaurada como heredera universal la dama de compañía, una señorita Annette Beate Dietzenhof, de Westfalia, cuyo nombre retumbaba en esa oportunidad terriblemente en los oídos de todos los parientes. Ella heredó Kekesfalva, Orosvar, el ingenio de azúcar, el *stud* y el palacete en Budapest; la anciana princesa sólo había legado sus estancias ucranianas y su dinero en efectivo a su ciudad natal, para que fueran destinados a la construcción de una iglesia ortodoxa. Ninguno de los parientes recibió siquiera un botón; y esa omisión voluntaria quedó establecida expresa e infamemente en el testamento con la justificación: "Porque no podían esperar mi muerte."

"No tardó en producirse un escándalo mayúsculo. La parentela dió grandes voces, se precipitó hacia los abogados, y éstos presentaron los reparos usuales, aduciendo que la testadora no estaba en sus cabales, puesto que había redactado su última voluntad estando gravemente enferma y que, además, se hallaba en una situación de dependencia patológica de su dama de compañía. Al mismo tiempo procuraban dar al asunto alcances nacionales, haciendo ver que unas propiedades húngaras, que desde los tiempos de Arpad, estaban en posesión de los Orosvar, debían pasar ahora a manos de una extranjera, una prusiana, y otra parte de la fortuna debía aprovechar a la iglesia cirílica. No se hablaba en Budapest de otra cosa. Los diarios dedicaban al asunto columnas enteras. Pero, a pesar de todo el ruido y griterío de los desheredados, su causa no prosperaba.

"Kanitz, naturalmente, había leído la crónica del pleito, pero escuchaba atentamente cada palabra, porque los negocios extraños le interesaban apasionadamente como objetos de estudio; además, conocía la propiedad Kekesfalva desde sus tiempos de agente.

"—Pueden imaginarse —prosiguió entretanto el escribiente— la indignación de mi jefe cuando, a su regreso, se enteró de cómo había sido engañada aquella necia. Esta ya había renunciado por escrito a Orosvar y al palacete de la calle Ofner, conformándose con Kekesfalva y la caballeriza. Al parecer la había impresionado, sobre todo, la promesa de aquella canalla de que en adelante no tendría nada más que ver con la justicia, aun más, de que los herederos cargarían generosamente con los honorarios de su abogado. *De jure*, se hubiera podido negar la validez de ese compromiso, pues no había sido concertado ante escribano público, sino sólo ante testigos, y nada habría sido más fácil que reducir por hambre a aquella caterva ávida, que no disponía ya de un sólo *heller* para soportar el paso del asunto por otras instancias. Habría sido, naturalmente, el maldito deber de mi jefe darles una lección y pedir la nulidad del compromiso en el interés de la heredera. Pero los malandrines sabían cómo envolverlo: le ofrecieron bajo mano sesenta mil coronas como honorarios, a condición de no hacer más bulla. Y como ya estaba cargado de ira contra aquella estúpida persona que en media hora se dejó quitar un millón redondo, aceptó, declaró válido el arreglo y tomó su dinero ¡sesenta mil coronas!, ¿qué me dice?, a cambio de haber perdido la causa de su cliente por culpa de un estúpido viaje a Viena. Lo dicho: hay que tener suerte; Dios favorece a los más grandes tunantes. De toda esa herencia millonaria no le queda más que Kekesfalva, y según yo la conozco, no tardará en perder también lo poco que le queda. ¡Es irremediablemente estúpida!"

"—¿Qué hará con esa propiedad?" —inquirió uno de los oyentes.

"—La perderá, te lo aseguro. No sabe hacer sino barbaridades. Además, he oído hablar, vagamente, de que el *trust* del azúcar piensa quitarle el ingenio. Creo que pasado mañana irá a verla el director general. Hará un viaje

tancia, tengo entendido que la arrendará un tal Petrovic, que fué su administrador, pero también puede ser que el *trust* del azúcar se encargue de ella. Dinero no les faltará, pues, ¿no se enteraron ustedes, por los diarios, que un banco francés parece estar preparando una fusión con la industria bohemia?...

"A esa altura, la conversación se desvió hacia tópicos generales, pero nuestro Kanitz había oído lo suficiente y tenía en qué pensar.

Pocos conocían Kekesfalva mejor que él. Veinte años atrás ya había estado ahí para asegurar el mobiliario. También conocía a Petrovic, incluso lo conocía muy bien desde los tiempos de sus primeros negocios; aquel mozo que sabía darse aires de hombre probo, depositaba el dinero que todos los años desviaba de la administración de la estancia hacia su propio bolsillo, por intermedio de Kanitz,

linger. Lo más importante para Kanitz era otra cosa: recordaba perfectamente una vidriera llena de porcelanas chinas y ciertas estatuitas de jade y tejidos de seda que procedían del abuelo de los Orosvar, que había sido embajador ruso en Pekín. El solo conocía su valor inmenso, y ya en tiempos de la princesa trataba de comprarlos para los Rosenfeld de Chicago. Eran piezas rarísimas, de un valor que se aproximaba a dos o tres mil libras. La vieja Orosvar no tenía, naturalmente, idea de los precios que desde hacía unos lustros se pagaban en América por semejantes objetos asiáticos, pero despachó a Kanitz de malos modos, lo mandó al diablo, y aseguró que no se desharía de nada. Si esos objetos existían todavía... —y el solo pensamiento hacía temblar a Kanitz—, debía ser posible conseguirlos a un precio ínfimo al cambiar de dueño. Lo mejor sería, desde luego, asegurarse un privilegio de compra para todo el inventario.

Nuestro Kanitz hizo como que despertaba de repente... Los tres compañeros de viaje hacía rato ya que habían cambiado de conversación. Desperezóse con mucha naturalidad, bostezó y consultó el reloj. Faltaba media hora para que el tren llegara a la estación de esta guarnición. Kanitz dobló apresuradamente su *robe de chambre*, se puso su infalible *chaquet* negro y realizó todos los demás preparativos. Apeóse a las dos y media, se hizo llevar a "El León Rojo", pidió una habitación, y no tendré que hacer resaltar que durmió muy mal, como un general en víspera de una batalla incierta. A la siete —no había que perder un instante— se levantó, tomó por la alameda que acabamos de recorrer, para dirigirse al castillo. Estaba obsesionado por la idea de adelantarse a cualquier otro comprador. Quería llegar a un acuerdo antes de que acudiesen los buitres de Budapest. ¡Conquistar a Petrovic para que le avisase inmediatamente si llegaba a venderse el mobiliario, o en caso de necesidad rematar todo, junto con él, y asegurarse el inventario o repartir los bienes!

"Desde la muerte de la princesa quedaba poco personal en el castillo; por lo mismo, Kanitz pudo acercarse despacio y contemplar todo. Es una propiedad hermosa, pensó, muy bien conservada, los postigos están recién pintados, los muros enjalbegados, la verja renovada; ese Petrovic sabe por qué ordena hacer tantas refecciones, pues cada cuenta incluye sabrosas comisiones para él. ¿Dónde está ese hombre? La entrada principal se hallaba cerrada, no se veía a nadie en el patio de la administración, y nadie contestaba a sus recios golpes. ¡Maldición! ¿Y si ese hombre se hubiera marchado a Budapest para negociar con el torpe Dietzenhof?

"Impaciente, Kanitz pasaba de una puerta a la otra, llamando, golpeando las manos: nadie. Atravesando una pequeña puerta lateral, descubre finalmente a una mujer en el invernadero. Sólo ve a través de los vidrios que riega las flores; por fin alguien capaz de informarle. Kanitz golpea reciamente los vidrios. Grita, bate las manos para hacerse notar. La mujer se acerca muy despacio.

—¿Dónde está Petrovic?

"—¿Quién dice usted? —pregunta la mujer con mirada consternada; involuntariamente da un paso atrás y esconde la tijera de podar.

"—¿Cómo quién? ¿Cuántos Petrovic hay aquí? ¡Petrovic, el administrador!

"—Ah, perdón... el ... el señor administrador... Si, si... Yo misma todavía no lo he visto. Creo que ha ido a Viena... Pero su esposa dice que espera que volverá antes de la noche."

"Espera, espera" —piensa Kanitz disgustado. —¡Esperar hasta la noche! ¡Perder otra noche en el hotel! ¡Más gastos innecesarios y sin que uno sepa en qué irá a parar todo eso!

"—¡Qué contratiempo! Justamente hoy tiene que estar ausente este hombre — murmura a media voz, y dirigiéndose luego a la mujer —: ¿se podría visitar el castillo mientras tanto? ¿Alguien tiene las llaves?

"—Sí, al diablo, ¿las llaves!" (¿Qué significan esos remilgos? —piensa—. Seguramente Petrovic le ha dado orden de no dejar entrar a nadie. En el peor de los casos, habrá que darle una propina a esta tontuela miedosa") Kanitz adopta una pose jovial y prosigue en un dialecto medio campesino:

"—No tenga usted tanto miedo. No le quitaré nada. No quiero sino ver el castillo. ¿En qué quedamos: tiene las llaves o no las tiene?"

"—Las llaves... es claro que tengo las llaves —tartamudea la mujer—, pero.. no sé cuándo volverá el señor administrador..."

"—Ya le dije que para eso no necesito a Petrovic. ¿Usted conoce la disposición de la casa?

"Aumenta más la confusión de la pobre:

"—Creo que sí..., más o menos, la conozco..."

"Una infeliz, piensa Kanitz. ¡Qué personal tan inútil toma ese Petrovic! Y ordena en voz alta:

"—Bien; adelante, no tengo mucho tiempo.

"Avanza, y ella lo sigue efectivamente, intranquila y tímida. Junto a la puerta de la casa, vuelve a titubear.

"—¡Santo Dios, abra de una vez!

"Kanitz monta en cólera, porque aquella persona se comporta tan tontamente, tan cohibida. Mientras saca las llaves de una cartera de cuero gastada, él averigua, sin mayor interés:

"—¿Qué papel desempeña usted en esta casa?

"Atemorizada, la mujer se detiene y se sonroja.

"—Yo soy... —empieza a decir y en seguida se corrige—, ...yo fui..., yo he sido la dama de compañía de la señora princesa."

"La respiración de Kanitz se corta (y yo le juro que era difícil que nadie hiciera perder el equilibrio a un hombre de su temple). Involuntariamente da un paso atrás.

"—Pero usted... ¿no será usted la señorita Dietzenhof?

"—Sí, soy yo —contesta ella, espantada, como si acabara de ser inculpada de un crimen.

"Una sola cosa había ignorado Kanitz hasta entonces: la perplejidad. Pero en ese segundo quedó totalmente perplejo por haber atropellado ciegamente a la célebre señorita Dietzenhof, la heredera de Kekesfalva. Cambió de tono inmediatamente.

"—Perdón —tartamudeó, completamente trastornado, y se quitó el sombrero a toda prisa—. Perdón, señorita..., pero nadie me ha informado de que ya había llegado usted... No tenía la menor idea... Le ruego me disculpe... Sólo había venido...

"Se interrumpió, pues era preciso inventar un motivo plausible.

"—Vengo por el seguro... Hace años, he estado aquí varias veces: cuando vivía aún la señora princesa. Entonces, por desgracia, no se me ofreció oportunidad de conocerla a usted, señorita... Sólo por eso, por el seguro..., para mirar si está completo todavía el inventario... Estamos obligados a ello. Pero, al fin y al cabo, no tiene prisa.

"—Claro, claro... —dice ella tímidamente—. La verdad es que yo no entiendo de esas cosas. Será preferible que usted hable al respecto con el señor Peterwitz.

"—Como usted mande —contesta nuestro Kanitz, que aun no ha recobrado toda su presencia de ánimo—. Esperaré, desde luego, al señor Peterwitz (¿para qué corregirla?). Pero si a usted no le molesta, entretanto podría dar un vistazo al castillo, pues así arreglaríamos todo en un abrir y cerrar de ojos. Supongo que no se ha modificado el inventario.

"—No, no, no —contesta ella presurosa—. Nada ha cambiado. Si usted quiere convencerse...

"—Es usted demasiado gentil, señorita —declara Kanitz, con una reverencia, y ambos penetran en la casa.

"En el salón, su mirada busca primero los cuatro Guardi que usted conoce, y luego, en el que ahora es *boudoir* de Edith, la vitrina con la porcelana china, los tapices y las pequeñas estatuitas de jade. ¡Qué alivio! Aun está todo ahí. Petrovic no ha robado nada, el muy tonto se asegura su parte allí donde hay avena, pasto, papas y en la comisión de las refecciones. La señorita Dietzenhof, evidentemente deseosa de no molestar al extraño visitante, que mira tan nervioso, abre mientras tanto las persianas. Penetra la luz, y, a través de las altas puertas de vidrio, la vista llega hasta el fondo del parque. Hay que hablar de algo, piensa Kanitz. No hay que pasar por encima de ella. Es preciso ganar su confianza.

"—Es muy hermosa esta vista sobre el parque —empieza respirando profundamente—. Debe ser magnífico vivir aquí.

"—Sí, muy bonito —confirma ella dócilmente, pero su aquiescencia no suena muy sincera.

"Kanitz comprende en seguida que la aturdida ya no sabe oponerse abiertamente, y sólo al cabo de un rato ella agrega en tono de rectificación:

"—La verdad es que la señora princesa nunca se sintió muy a gusto aquí. Decía siempre que la planicie le causaba melancolía. En realidad sólo quería las montañas y el mar. Esta región le resultaba demasiado solitaria, y la gente...

"Pero ya vacila otra vez. Kanitz recuerda que es menester seguir esa conversación, hablar, hablar. Mantener el contacto con ella.

"—Espero que usted, en cambio, se quedará entre nosotros, señorita."

"—¿Yo? —alza involuntariamente las manos como si quisiera apartar algo indeseado—. ¿Yo?... ¡No! ¡Oh, no! ¿Qué he de hacer yo sola en esta casa tan grande?... No, no, no; yo me marcharé tan pronto como haya quedado todo arreglado."

"Kanitz la mira de reojo, escrutadoramente. Qué poca cosa parece en este gran salón su pobre dueña. Es un poco pálida y está muy atemorizada; de lo contrario casi se podría llamarla bonita. Esa cara alargada con los párpados velados impresiona como un paisaje bajo la lluvia; sus ojos parecen de un suave azul, unos ojos mansos y cálidos, pero que no se atreven a brillar cordialmente, se esconden siempre con timidez debajo de los párpados. Y Kanitz, un observador experimentado, comprende en seguida que se halla en presencia de un ser al que se ha anulado su personalidad. Un ser sin voluntad, del que se puede hacer lo que se quiera. ¡A conversar, pues, a charlar! Y con la frente fruncida, en señal de interés sincero, sigue investigando:

"—Pero, ¿qué será entonces de esta hermosa propiedad? Ella requiere una dirección, una dirección competente.

"—No sé, no sé.

"Ella lo dice muy nerviosa, cierta intranquilidad recorre su cuerpo delicado, y en ese único segundo, Kanitz comprende que esa mujer que desde hace años ha perdido su independencia, jamás tendrá valor para tomar por sí sola una decisión, y que la herencia la ha sobrecogido más que alegrado, puesto que carga con un montón de preocupaciones sobre sus hombros débiles. Reflexiona con la rapidez de un relámpago. No en balde ha aprendido en aquellos veinte años, a comprar y vender, a imponer y rechazar. Al comprador, hay que darle ánimo; al vendedor, hay que desmoralizarlo. Esta es la suprema ley del agente, y él en seguida busca el registro correspondiente de su órgano. Hay que quitarle el gusto por todo esto, piensa. ¿Quién sabe si al final no será posible arrendar todo eso de buenas a primeras y adelantarse a Petrovic? Quizás sea una suerte que aquel hombre se halle en estos momentos en Viena. Adopta inmediatamente un aire contrito y compasivo.

"—Tiene usted mucha razón. Una gran propiedad es siempre, a la vez, una gran preocupación. Nunca se puede descansar. Todos los días hay que discutir con los administradores, con el personal de la casa y los vecinos, y no hablemos ya de los impuestos y de los abogados. En cuanto la gente se da cuenta de que en alguna parte hay una pequeña propiedad y dinero, pretenden extorsionarlo a uno hasta lo último. Uno está rodeado de enemigos, por buenas que sean las intenciones que se tenga con todos y cada uno. Es inútil, no hay remedio; cuando notan que hay dinero, todos se convierten en ladrones. Usted, desgraciadamente, tiene razón; una propiedad como ésta requiere una mano férrea; de lo contrario se le escapa a uno de entre los dedos. Para eso hay que haber nacido, y aún así es una lucha eterna.

"—Sí, sí, —suspiró ella. Es evidente que recuerda algo terrible—. Los hombres son feroces, feroces, cuando se trata de dinero. Yo nunca supe esto.

"¿Los hombres? ¿Qué le importan los hombres a Kanitz? ¿Qué más le da a él que sean buenos o malos? Lo que interesa es arrendar la propiedad, y ello cuanto antes y en la forma más ventajosa posible. Escucha y asiente cortésmente, y mientras escucha y contesta, reflexiona en otro recoveco de su cerebro cómo podría llegar más rápidamente a un arreglo. Lo principal es hacer inmediatamente un ofrecimiento de arriendo, y atemorizarla duramente. Ella tomará lo que se le brinde. No sabe calcular, nunca ha ganado mucho dinero y por eso no merece tampoco recibirlo en gran cantidad. Mientras su cerebro trabaja con toda intensidad, sus labios siguen parloteando con aparente interés.

"—Lo peor son los pleitos. De nada sirve el deseo de vivir en paz, no hay cómo zafarse de las disputas eternas. Esto ha sido también la causa por la que nunca he querido comprar una propiedad. Estos eternos pleitos, abogados, citaciones, reuniones y escándalos..., no, más vale vivir modestamente, estar seguro y no tener que disgustarse. Se cree tener algo, poseyendo una estancia como ésta, pero en verdad no se es más que la presa de otros, y no se consigue nunca la tranquilidad. Este castillo en sí, claro está, es magnífico... hermoso..., pero se necesitan nervios de acero y un puño férreo, de lo contrario todo se convierte en una carga infinita...

"Ella lo escucha con la cabeza baja. De repente levanta el rostro, y un suspiro profundo se escapa de su pecho:

"—Sí, una carga terrible..., ojalá pudiera venderlo."

El doctor Condor se detuvo bruscamente.

—Tengo que explicarle, señor teniente, lo que aquella frase escueta significaba en la vida de nuestro amigo. Ya le dije que Kekesfalva me contó esta historia en la noche más trágica de su vida, cuando moría su mujer, es decir, en uno de aquellos instantes por los que el hombre no atraviesa, quizás, sino dos o tres veces en su vida, en momentos en que aun el más reservado siente necesidad de presentarse ante otro hombre en toda su verdad y desnudez, como ante Dios. Aun lo veo ante mí, con toda claridad. Estábamos sentados en una salita de espera del sanatorio. El se había acercado a mí todo lo posible y hablaba en voz baja, exaltado y locuáz. Comprendí que mediante este relato ininterrumpido quería olvidar que ahí arriba moría su mujer, quería anestesiarse en ese ímpetu incontenible. Pero al llegar a esa altura de su confidencia, donde la señorita Dietzenhof le decía: "¡Ojalá pudiera venderlo!", se interrumpió de repente. Piense usted, señor teniente... aun después de quince o dieciséis años, le excitaba ese momento en que aquella mujer ingenua, entrada en años, le confesaba impulsivamente que deseaba vender cuanto antes la propiedad de Kekesfalva, usando un tono lúgubre que le hizo palidecer. Me repitió la frase dos o tres veces y, seguramente, con la mismísima entonación: "¡Ojalá pudiera venderlo!" El Leopoldo Kanitz de entonces comprendió inmediatamente, gracias a su capacidad de percepción rápida, que el gran negocio de su vida se le presentaba espontáneamente y que no le hacía falta más que aprovechar la ocasión para comprar aquella propiedad estupenda en vez de arrendarla. Y mientras disimulaba su sorpresa con una cháchara indiferente, dentro de su cabeza se atropellaban los pensamientos. "Desde luego, hay que comprar —reflexionó, —antes de que tercie Petrovic o aquel abogado de Budapest. No debo soltarla más. Tengo que cortarle la retirada, no me moveré de aquí antes de ser dueño de Kekesfalva." Y con aquel desdoblamiento que le es dado a nuestro cerebro en algunos segundos de gran tensión, pensaba simultáneamente en sí y nada

más que en sí mismo, y hablaba con lentitud calculada a otra persona, en el sentido contrario:

"—Vender... oh, claro, señorita; se puede vender siempre y todo... Vender en sí es fácil... Pero vender bien, en esto reside el arte..., es esto justamente lo que importa; vender bien. Encontrar a un hombre honrado, alguien que ya conozca la región, el feudo y la gente, alguien que tenga relaciones. Pero Dios nos guarde de esos abogados que no piensan más que en enredar a uno inútilmente en pleitos... Y luego, esto tiene singular importancia en el caso de usted: hay que vender al contado. Es necesario encontrar a alguien que no pague con letras y obligaciones, con las que luego hay que lidiar durante años. Sí, sí; es cuestión de vender en firme y al precio justo. (Y entretanto, calculaba: Podría dar hasta cuatrocientas mil coronas, a lo sumo, cuatrocientas cincuenta mil, porque al fin y al cabo están incluídos los cuadros, que valen sus cincuenta y tal vez cien mil, la casa, la caballeriza... Habría que averiguar si pesan gravámenes sobre la propiedad y si alguien le hizo un ofrecimiento antes que yo...). Y de improviso se dió ánimo interiormente:

"—Usted, señorita... disculpe la pregunta indiscreta... ¿tiene una idea aproximada del precio? Quiero decir, ¿ya pensó usted en una cantidad determinada?

"—No —contestó perpleja, y lo miró con ojos aturdidos.

"Malo, malo — pensó Kanitz —, pésimo. Los que no fijan un precio, son los que oponen más dificultades al trato. Recurren a Poncio Pilato para informarse, y todo el mundo avalúa y habla y tercia. Si se le da tiempo para requerir informes, se perderá todo. Pero durante ese tumulto interno, los labios seguían hablando, diligentes:

"—Pero usted se habrá formado una idea aproximada, señorita... Finalmente habría que saber también si pesan sobre la propiedad algunas hipotecas y a cuánto alcanzan...

"—¿Hipo... hipotecas? —repitió ella.

"Kanitz, comprendió en seguida que la mujer oía esta palabra por primera vez en su vida.

"—Quiero decir... en alguna parte debe haber una tasación aproximada... para la misma cuestión de los impuestos a la renta... Su abogado — perdone que parezca indiscreto, pero quisiera aconsejarle honradamente —: Digo, ¿su abogado no le mencionó ninguna cifra?

"—¿El abogado? —parecía recordar algo vagamente —. Sí, sí... espere; algo me escribió el abogado sobre no sé qué tasación... No; usted tiene razón, fué por los impuestos, pero... todo estaba redactado en húngaro y yo no domino ese idioma. Es cierto, ahora recuerdo, el abogado escribió que lo hiciera traducir y yo lo olvidé con todo ese barullo. Debo tener todos esos papeles en la cartera... allá... Yo vivo en el edificio de la administración, ¿sabe?, porque no puedo dormir en la habitación en que vivía la señora princesa... Pero si usted quiere ser tan bondadoso y venir conmigo, le enseñaré todo... es decir... —se interrumpió repentinamente —, es decir, si yo no le molesto demasiado con mis asuntos...

"Kanitz tembló de emoción. Todo fué a su encuentro con una rapidez que sólo se conoce en sueños. Ella iba a exhibirle los documentos, las tasaciones; con esto ganaba a todos de mano. Hizo una reverencia humilde.

"—Pero, señorita, para mí es un placer poder aconsejarla un poco. Sin vanagloriarme, puedo decir que tengo cierta experiencia en esa materia. La señora princesa — (en eso mintió resueltamente) — me consultaba siempre cuando necesitaba un informe financiero, sabía que no me movía otro interés que aconsejarla lo mejor posible...

"Pasaron al edificio de la administración. Allá, efectivamente, hallaron todos los documentos del proceso revueltos en una carpeta, lo mismo que toda la correspondencia con los abogados, las cédulas y la copia del arreglo. La mujer hojeó nerviosa los documentos, y las manos de Kanitz temblaban mientras la veía

afanosa y respirando fuertemente. Por fin ella desplegó una hoja.

"—Creo que ésta es la carta que le mencioné.

"Kanitz tomó la hoja, que llevaba anexado un texto húngaro. Eran breves líneas de un abogado vienés: "Según me acaba de informar mi colega húngaro, éste ha conseguido, gracias a sus relaciones, una tasación particularmente baja de la herencia a los efectos del impuesto so-

bre la misma. A mi juicio, ese valor de tasación corresponde a una tercera parte, y en muchos objetos, sólo a una cuarta parte del valor real..." Con las manos trémulas, Kanitz revisó la lista de las tasaciones. Le interesaba un solo objeto: la propiedad Kekesfalva. Estaba valuada en ciento noventa mil coronas.

"Kanitz palideció. Por su parte había calculado exactamente el mismo valor, es decir, el triple de esa tasación exprofesamente reducida, o sea de seiscientas o setecientas mil coronas

Y con todo, el abogado no tenía idea de las porcelanas chinas. ¿Qué convenía ofrecerle ahora? Los números bailaban y zigzagueaban delante de sus ojos.

"Pero, muy tímidamente, preguntaba la voz de la mujer, a su lado:

"—¿Es éste el papel que buscamos? ¿Usted lo entiende?

"—Naturalmente —se sobresaltó Kanitz —. Sí, claro... El abogado informa a usted que se ha tasado el valor de Kekesfalva en ciento noventa mil coronas. Pero esto, desde luego, sólo es el valor de tasación.

"—¿El valor de tasación?... Disculpe... pero ¿qué se entiende por valor de tasación?

"Ese era el momento oportuno. ¡Ahora o nunca! Kanitz hizo un esfuerzo para dominar sus nervios.

"—El valor de tasación... sí, el valor de tasación siempre es un asunto incierto, algo muy dudoso... Porque... el valor de tasación oficial, nunca corresponde exactamente al valor de venta. Nunca se puede contar, es decir, nunca se puede contar con seguridad con obtener todo el valor de tasación. En muchos casos, claro, se lo consigue, a veces incluso se obtiene más..., pero eso sólo en circunstancias determinadas. Es siempre una especie de lotería, como cualquier licitación.

"Al fin de cuentas no es más que un punto de orientación, y naturalmente, muy vago..., por ejemplo... se puede suponer, por ejemplo... — Kanitz temblaba: a no decir demasiado ni demasiado poco —: Si un objeto como éste es avaluado oficialmente en ciento noventa mil coronas, entonces es de suponer de todos modos que, en un caso de venta, se obtendrán de cualquier modo unas ciento cincuenta mil. Con esta suma puede contarse de cualquier manera.

"—¿Cuánto dice usted?

"La sangre que se agolpaba bruscamente zumbaba en los oídos de Kanitz. Ella había preguntado con la voz raramente exaltada, como la de alguien que emplea sus últimas energías para dominar su cólera. ¿Habría comprendido su juego traidor? ¿No sería oportuno aumentar la suma en cincuenta mil coronas? Pero una voz interior le decía: ¡Prueba! Y apostó todo sobre una sola carta. A pesar de que las pulsaciones golpeaban en sus sienes como bombos, repitió con expresión humilde:

"—Esto es lo que yo pediría de todos modos. Ciento cincuenta mil coronas podrán conseguirse por la propiedad, según mi opinión, indefectiblemente.

"Pero en este momento se paralizó su corazón y el pulso que acababa de acelerarse, cesó totalmente, pues la ingenua mujer manifestó con sincera sorpresa:

"—¿Tanto? ¿Usted cree realmente que pagarían tanto?

"Kanitz necesitaba algún tiempo para recobrar el dominio sobre sí mismo. Tuvo que frenar duramente su respiración antes de poder contestar con el tono de la convicción honrada:

"—Sí, señorita; incluso yo podría hasta comprometerme... Es indudable que podrá obtenerse esa suma."

El doctor Condor volvió a interrumpirse. Primero creí que sólo lo hacía para encender un cigarro, pero luego me di cuenta que, de repente, se había puesto nervioso. Se quitó los lentes, volvió a colocarlos, se echó el pelo atrás con la mano, como si le molestara, y me miró con una larga mirada inquietante, escrutadora. Luego se recostó súbitamente en el asiento:

—Señor teniente, tal vez le he confiado demasiado ya; de cualquier modo, más de lo que me había propuesto. Pero espero que usted no me interprete mal. Si le he revelado francamente el recurso de que Kekesfalva se valió para aventajar a aquella persona ingenua, no lo hice de ninguna manera para predisponer a usted contra él. El pobre anciano con quien hoy cenamos, cardíaco y azorado, tal cual lo vimos, ese hombre que me ha confiado su hija y que se desprendería del último *heller* de su fortuna para saber curada a la pobre, ese hombre hace mucho que ha dejado de ser el protago-

último que le acusara hoy. Justamente ahora, cuando en su desesperación necesita verdaderamente una ayuda, me parece importante que usted sepa por mí la verdad y no por otros en forma de chismes mal intencionados. Tenga bien presente que Kekesfalva (mejor dicho, el Kanitz de entonces), no se había dirigido ese día a Kekesfalva para enredar a aquella persona sin experiencia y quitarle la propiedad a un precio bajo. Sólo pensaba realizar uno de sus pequeños negocios, y nada más. Aquella oportunidad tremenda le había sorprendido en verdad, y él no hubiera sido él si no la hubiese aprovechado del modo más completo. Pero ya verá usted que, luego, la situación fué cambiando bastante.

"No quiero extenderme demasiado y prefiero pasar por alto los detalles. Sólo deseo confiarle que aquéllas fueron las horas de mayor tensión y excitación de toda su vida. Imagínese usted mismo la situación: A un hombre que hasta entonces no había sido más que un agente mediocre, un mercader oscuro, se le presenta de repente la gran oportunidad; impensadamente se encuentra ante la posibilidad de convertirse de la noche a la mañana en hombre de fortuna. En el transcurso de veinticuatro horas iba a poder ganar más que antes en veinticuatro años de pequeñas transacciones, de trabajo y de sacrificio. La tentación era tanto más tremenda cuanto que no tenía que correr detrás de la víctima, ni le hacía falta apresarla o atontarla; al contrario, la presa se le venía voluntariamente a las manos, más aun, lamía la mano que esgrimía el cuchillo. El único peligro consistía en la intervención de otra persona. Por eso, no debía soltar a la heredera ni por un instante; no debía darle tiempo. Tenía que sacarla de Kekesfalva antes de que volviese el administrador, y en el curso de todas esas medidas de precaución, no debía revelar ni por asomo que él mismo estaba interesado en la venta.

"Era napoleónicamente atrevido y napoleónicamente peligroso ese golpe de tomar por asalto al sitiado fuerte de Kekesfalva antes de que llegara el ejército que debía levantar el sitio; pero el azar se complace en socorrer y ayudar al jugador. Una circunstancia, que Kanitz no sospechaba, le había allanado secretamente el camino, y fué el hecho, muy cruel y sin embargo natural, de que esa pobre heredera había sufrido en sus primeras horas en el castillo legado tanta humillación y tanto odio que ya no alimentaba sino el deseo de alejarse lo antes posible. Ninguna envidia se manifiesta más ordinariamente que la de las naturalezas subalternas cuando su compañero es sacado de la misma servidumbre sórdida y elevada como en alas de ángel; las almas mezquinas antes perdonarán a un príncipe la riqueza más fabulosa que no la libertad más modesta al compañero de destino uncido al mismo yugo. La servidumbre de Kekesfalva recordaba exactamente que la princesa arrebatada había tirado muchas veces el peine y el cepillo a la cabeza de aquella alemana del Norte mientras la peinaba, y era incapaz de reprimir su enojo porque se transformara de repente en dueña de Kekesfalva y patrona de todos ellos. Al enterarse de que iba a llegar la heredera, Petrovic había tomado el tren a Viena para no tener que saludarla, y su mujer, persona ordinaria, que antes había ayudado en la cocina del castillo, la recibió con estas palabras: "Supongo que usted no querrá vivir aquí; no hallará usted esto bastante distinguido." El sirviente tiró su valija estruendosamente contra la puerta, y personalmente tuvo que hacerse cargo de ella, sin que la mujer del administrador moviera un dedo para ayudarla. Nadie le preparaba la comida, nadie se cuidaba de ella, y de noche podía oír desde su ventana conversaciones en voz bastante alta que giraban alrededor de cierta "cazadora de herencias" y "estafadora." Este primer recibimiento enseñó a la pobre heredera, mujer de carácter débil, que en aquella casa no tendría jamás una hora de tranquilidad. Kanitz no sospechaba que éste era el motivo por el cual aceptó su proposición de dirigirse ese mismo día a Viena, donde él decía conocer un comprador seguro. Aquel hombre tan enterado, comedido y serio, de ojos melancólicos, se le aparecía como un mensajero del cielo. Por eso no indagó más. Le entregó, agradecida, todos los papeles, escuchó los consejos que le daba acerca de la inversión del dinero que obtendría, y sus miradas azules eran toda atención muda. Kanitz le propuso que sólo adquiriese valores del Estado, garantizados, que no confiase ni una miga de su fortuna a particular alguno, sino que depositase todo en el banco y que, además, encargase de la administración a un escribano público, imperial y real. Le dijo que no tenía sentido alguno consultar a su abogado, ya que el negocio de los abogados consistía en torcer y retorcer las cosas claras y derechas. Desde luego, intercalaba a cada rato, solícitamente, la sugerencia de que al cabo de tres o cinco años sería posible conseguir un precio de venta superior. Pero, entretanto, ¡qué de gastos y qué de molestias ante la justicia y las oficinas públicas! Y como reconoció en sus ojos, nuevamente azorados, el asco que a esa persona pacífica le inspiraban los juzgados y los negocios, recorrió toda la escala de los argumentos hasta llegar siempre al mismo acorde final: ¡Rápido, rápido! A las cuatro de la tarde, antes de volver Petrovic, ya los dos viajaban de buen acuerdo en el expreso a Viena. Todo había sucedido con tal velocidad huracanada, que la señorita Dietzenhof no tuvo siquiera oportunidad para preguntar por el nombre del desconocido a quien había confiado la venta de toda su herencia.

"Viajaban en primera clase —era la primera vez que Kekesfalva se sentaba en aquellos asientos tapizados de terciopelo rojo—. La instaló en Viena en un buen hotel, donde él mismo ocupó otra habitación. Se imponía la necesidad de que Kanitz hiciera preparar aquella misma tarde por su confidente, el abogado Gollinger, el contrato de venta para dar a su golpe, al día siguiente, la forma legalmente intachable. Por otra parte, en cambio, no se atrevía a dejar sola a su víctima ni siquiera por un minuto. Tuvo entonces una idea que se me antoja sinceramente genial. Propuso a la señorita Dietzenhof que aprovechase la tarde libre para concurrir a la Opera, donde estaba anunciada una función extraordinaria, en tanto él mismo trataría de dar todavía con aquel señor del que le constaba que se interesaba por su propiedad. Confundida por tanta atención, la señorita Dietzenhof aceptó gustosa. Kanitz la dejó en la Opera, sabiendo que así pasaría cuatro horas sin moverse, y así pudo dirigirse en un coche —también por primera vez en su vida— a casa de su compañero y encubridor, Gollinger. Este no se hallaba en su casa. Kanitz dió con él en un restaurante y le prometió dos mil coronas, a condición de que aquella misma noche redactase el contrato de venta, con todos sus detalles, y citase al escribano público para las siete de la tarde del día siguiente, a fin de sellar ese contrato.

"Por primera vez en su vida, Kanitz había hecho esperar al cochero delante de la casa, mientras duraba la conversación. Después de haber impartido sus instrucciones, se hizo llevar a todo correr a la Opera, donde llegó a tiempo para recibir a la entusiasta Dietzenhof en el vestíbulo y conducirla al hotel. Así empezó su segunda noche de insomnio. Cuanto más se acercaba a su meta, tanto más nerviosamente le asaltaba el temor de que la hasta entonces dócil mujer pudiese fallarle todavía a último momento. Levantándose una y otra vez de su cama, elaboró la estrategia que emplearía al día siguiente para dar otro giro al asunto. Insistió en la necesidad de no dejarla sola en ningún momento. Y cuando nuestro amigo entró, cansado, después de una noche malísima, al comedor del hotel, ella ya lo esperaba allí, pacientemente, llevando el mismo vestido confeccionado por sus propias manos. Entonces comenzó un extraño viaje. Nuestro amigo llevó a la pobre señorita Dietzenhof, sin que hubiera necesidad alguna, desde la mañana hasta la noche, de una parte a otra de la ciudad, para hacerle ver todas las dificultades artificiales que él mismo se había imaginado para ella, trabajosamente, durante la noche de insomnio.

"Paso por alto los detalles; pero él la condujo hasta el estudio de su abogado, donde telefoneó por asuntos completamente distintos. La llevó a un banco y mandó llamar al subgerente para consultarle sobre la inversión y hacerle abrir una cuenta corriente; la arrastró a dos o tres bancos hipotecarios y a una oscura empresa de financiación, como si tuviera necesidad de requerir allí informaciones. Ella le acompañaba y esperaba tranquila y pacientemente en los vestíbulos, en tanto él realizaba sus negociaciones ficticias. En doce años de esclavitud cerca de la princesa, las esperas habían llegado a ser para ella algo natural que no la oprimía ni la humillaba, y aguardaba tranquilamente con las manos cruzadas y bajando siempre la mirada azul cuando alguien pasaba. Paciente y obediente como una niña, hacía cuanto Kanitz le proponía. En el banco firmó formularios sin leerlos y acusó recibo de importes que aun no se le habían entregado, todo ello con tal inconsciencia, que Kanitz empezó a sentir la tortura de la idea perversa de si esa necia acaso no hubiese estado igualmente conforme con recibir ciento treinta y hasta cien mil coronas. Dió su aprobación cuando el subgerente le propuso comprar acciones ferroviarias, y también asintió cuando le propuso adquirir acciones de bancos, y siempre miraba temerosamente a su oráculo Kanitz. Era evidente que todas esas prácticas comerciales, esas firmas y formularios, y aun la mera visión del simple dinero, le causaban simultáneamente una intranquilidad respetuosa y angustiada, y que sólo anhelaba escapar a esa actividad incomprensible para recogerse tranquila en una habitación a leer o a tejer.

"Pero Kanitz la hizo correr incansable por ese círculo artificial, en parte para proporcionarle realmente, según le había prometido, la inversión más segura del importe de la venta, y en parte para aturdirla. Eso duró de las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Finalmente ambos quedaron tan rendidos que él propuso descansar en un café. Lo esencial, le explicó, ya estaba hecho: la venta podía darse por realizada. Le faltaba únicamente firmar, a las siete, el contrato ante el notario y recibir el importe de la transacción. De inmediato se aclaró el rostro de la mujer.

"—Entonces, ¿podré viajar mañana mismo?

"Los reflejos azules de sus ojos envolvieron a Kanitz.

"—Naturalmente —la tranquilizó—. Dentro de una hora usted será la persona más libre del mundo, y no tendrá que preocuparse nunca más por dinero ni propiedades. Sus seis mil coronas de renta están a salvo de todo riesgo; usted podrá vivir en adelante en cualquier punto de la tierra, dónde y cómo mejor le plazca.

"Inquirió, por cortesía, adónde pensaba dirigirse. Entonces una sombra cubrió el rostro que acababa de aclararse.

"—Pienso que lo mejor sería ir primero donde están mis parientes, en Westfalia. Creo que mañana temprano sale un tren vía Colonia.

"Kanitz desplegó inmediatamente una actividad afiebrada. Pidió al mozo la guía de ferrocarriles, repasó el registro y averiguó todas las combinaciones; tren expreso Viena-Francfort y Colonia, luego transbordo en Osnabrück. Le aconsejó tomar el tren de la mañana, de las nueve y veinte, que llegaba a la tarde a Francfort, donde le convenía pernoctar para no cansarse demasiado. Se ofreció para conseguirle el pasaje y acompañarla a la estación. Con todo eso pasó el tiempo más pronto de lo que había esperado. Consultó el reloj y se inquietó:

"—Pero ahora tenemos que ir en seguida a reunirnos con el escribano.

"En una hora escasa todo quedó arreglado. En una hora escasa nuestro amigo había arrebatado a la heredera las tres cuartas partes de su fortuna. Cuando su cómplice vió que en el documento figuraba el nombre del castillo Kekesfalva y se percató del bajo precio de compra, guiñó un ojo sin que lo viera la Dietzenhof, e hizo un gesto de admiración a su

viejo compinche. Esa admiración del compañero quería decir, más o menos: "¡Magnífico, truhán! ¡Qué golpe!" A través de sus lentes, el escribano también miró interesado a la señorita Dietzenhof. Como todo el mundo, se había enterado por los periódicos de la lucha por la herencia de la princesa Orosvar, y como hombre de leyes juzgó sospechosa la apresurada venta. "Pobre mujer, pensó, ¡en qué manos perversas has caído!" Pero el escribano público no tiene obligación de poner sobre aviso al comprador o vendedor, cuando se le presenta un contrato de venta. Le incumbe poner un sello, registrar el acta y cobrar los derechos. Por eso el buen hombre, que había tenido que presenciar y sellar con el águila imperial muchas transacciones dudosas, sólo bajó la cabeza, desplegó cuidadosamente el contrato de venta e invitó cortésmente a la Dietzenhof a firmar en primer término.

"La tímida mujercita se sobresaltó. Miró indecisa a su mentor Kanitz y sólo cuando éste la hubo animado con un gesto, se acercó a la mesa y escribió con su letra alemana, limpia, clara y derecha: "Annette Beate María Dietzenhof"; luego firmó nuestro amigo. Con eso, todo quedó concluído, el acta firmada, el importe de venta entregado a manos del escribano, y terminada la cuenta bancaria en que se depositaría el cheque al día siguiente. Con esa plumada, Leopoldo Kanitz había duplicado o triplicado su fortuna. Nadie más que él era, desde ese momento, dueño y señor de Kekesfalva.

"El escribano secó cuidadosamente las firmas, y luego los tres se dieron la mano y bajaron la escalera. Primero la Dietzenhof; tras ella, Kanitz, con la respiración contenida, y finalmente Gollinger, quien molestaba a Kanitz golpeándole a cada momento con el bastón, murmurando patéticamente con su voz aguardentosa:

"—*Truhanus maximus, truhanus maximus.*

"No obstante, le resultó desagradable a Kanitz que Gollinger se despidiera en la misma puerta de calle con una profunda reverencia irónica. Lo dejó a solas con su víctima, y ello lo aturdió."

—Usted, querido teniente, debe tratar de comprender esa mutación inesperada. No quisiera expresarme patéticamente y decir que en nuestro amigo había despertado repentinamente la conciencia. Desde aquella plumada, la situación exterior entre las dos personas había cambiado decisivamente. Reflexione usted: durante dos días íntegros, Kanitz había luchado, como comprador, contra aquella pobre mujer, que era la vendedora. Ella había sido la adversaria que él debía asediar estratégicamente, encerrar y obligar a la capitulación; pero en aquel momento había terminado la operación o, digamos, aquel negocio militar. Napoleón Kanitz había vencido completamente, y con ello, la mujer taciturna que, con su vestido sencillo pasaba como una sombra a su lado por la calle Walfisch, había dejado de ser su enemiga. Y por más extraño que ello suene, lo cierto es que nada pesaba en ese entonces tanto a nuestro amigo como el hecho de que su presa le había facilitado demasiado la victoria. Cuando se comete una injusticia contra una persona, el autor siente una misteriosa satisfacción al descubrir o suponer que en algún detalle la víctima de su abuso también había obrado mal o injustamente; la conciencia siempre se descarga cuando puede atribuir al engañado siquiera una pequeña parte de la culpa. Pero Kanitz no podía acusar a su víctima de lo más mínimo; se le había entregado con las manos atadas y, además, le había mirado continuamente con sus ojos ingenuos y llenos de gratitud. ¿Qué iba a decirle después de todo aquello? ¿Felicitarla por la venta, vale decir por la pérdida? Se sintió cada vez más incómodo. "La llevaré todavía al hotel —reflexionó—, y luego habrá pasado y terminado todo".

"Pero también la víctima, a su lado se había tornado visiblemente intranquila. También adoptó un paso distinto, tardíamente inflexivo. No se le escapó a Kanitz ese cambio, a pesar de que iba con la cabeza baja. Por su modo de caminar indeciso (no se atrevía a mirarle a la cara), comprendió que reflexionaba trabajosamente sobre algo. Le sobrevino un temor. "Por fin comprendió; se está diciendo que yo soy el comprador. Seguramente me hará ahora cargos, es probable que se arrepienta de su estúpido apresuramiento, y quién sabe si mañana mismo no correrá a casa de su abogado."

"Habían atravesado ya toda la calle Walfisch, una sombra junto a la otra, silenciosos, cuando ella por fin se animó, carraspeó y empezó a decir:

"—Usted perdonará..., pero como pienso salir mañana temprano, me hubiese gustado dejar todo arreglado... Quisiera agradecer a usted el gran trabajo que se ha tomado... y... le ruego que me diga ahora mismo... cuánto le debo por sus molestias. Usted ha perdido mucho tiempo con su intervención y... yo parto mañana... Y antes hubiera querido dejar todo en orden.

"Nuestro amigo se sintió incapaz de dar un paso más, se le paralizó el corazón. Eso era demasiado. No estaba preparado para semejante sorpresa. Le venció la misma sensación incómoda que se experimenta después de haber pegado a un perro en un arrebato de cólera, viendo luego al animal castigado arrastrándose, mirando con ojos suplicantes y lamiendo incluso la mano cruel.

"—No, no —replicó completamente aturdido—. Usted no me debe nada.

"Al mismo tiempo notó que transpiraba por todos los poros de su cuerpo. El hombre, acostumbrado a calcular todo de antemano, que desde años sabía prevenir cualquier reacción e incluir en sus especulaciones, experimentó algo totalmente nuevo para él. En sus amargos tiempos de agente le había sucedido que se le cerrasen las puertas en las narices, que no se contestara a sus saludos y hubo en la zona de sus actividades calles enteras que prefería no pasar. Pero nunca le había acontecido que alguien le diera las gracias por una infamia, y se avergonzó ante esa primera persona que, a pesar de todo, confiaba en él. Contra su voluntad sintió el deseo de disculparse.

"—No —balbuceó—. ¡Por el amor de Dios! Usted no me debe nada..., no aceptaré nada... Sólo espero haber cumplido bien con todo y actuado conforme a sus deseos... Quizás hubiera sido preferible esperar, sí, yo mismo temo... que se hubiera podido conseguir algo más si usted no hubiera tenido tanta prisa... Pero usted quería vender cuanto antes, yo creo que es mejor para usted. Por Dios, creo que es mejor para usted.

"Recobró su aliento normal y en aquel instante incluso volvió a ser sincero.

"—Las personas como usted, que no entienden de negocios, no pueden hacer nada mejor que no mezclarse en ellos. Más vale tener menos, pero tenerlo seguro. —Tragó saliva—. Yo le ruego encarecidamente que no se deje confundir por otras personas que luego tal vez querrán hacerle creer que ha hecho un mal negocio o que ha vendido a un precio demasiado bajo. Después de cada negocio concluído aparece siempre gente que asegura que hubiera pagado más, mucho más..., pero llegado el momento no habrían pagado nada; cualquiera de ellos le hubiera arreglado con letras u obligaciones o participaciones... Para usted era mejor conseguir menos; pero dinero seguro..., y yo le juro, así como estoy delante de usted, que su dinero es seguro, el banco es de primera, y su depósito no corre riesgo alguno. Usted recibirá regularmente su renta, al día y la hora señalados; no puede pasarle nada. Créame..., se lo juro..., es mejor para usted.

"Entretanto, habían llegado hasta el hotel. Kanitz vaciló. Debería invitarla, cuando menos, pensó. Invitarla a cenar o quizás a un teatro. Pero ella ya le alargó la mano.

"—Creo que no debo retenerle más tiempo. Todas estas horas he estado preocupada porque usted me sacrificó tanto tiempo. Hace dos días que se dedica exclusivamente a mis asuntos, y tengo sinceramente la impresión de que nadie lo hubiera podido hacer con más desprendimiento. Otra vez, pues..., ¡muchas gracias! Nunca —se ruborizó un poco— un hombre ha sido tan bueno conmigo y tan atento. Nunca hubiera creído posible que quedara tan pronto libre de este asunto, que alguien me lo arreglara tan pronto, tan bien y tan fácilmente para mí. Le estoy muy agradecida, muy, muy agradecida.

"Kanitz tomó su mano y no pudo menos que mirarla. El calor del sentimiento había anulado parte de su temor habitual. El rostro, generalmente tan pálido y atemorizado, adquirió de repente un brillo animado, un aspecto casi infantil, con sus ojos azules y expresivos y la sonrisa de gratitud. Kanitz buscó en balde una palabra apropiada. Pero ella ya se alejaba con pasos seguros, ligera y animada. Era el suyo un andar distinto, transformado, el de una persona liberada y aliviada. Kanitz la siguió con

la vista, indeciso. Tuvo la sensación de que le faltaba decirle algo. Pero el portero ya le entregaba la llave y el cadete le abría la puerta del ascensor. Aquello había pasado.

"Tal fué la despedida de la víctima y de su verdugo. Pero Kanitz tuvo la impresión de haber golpeado su propia cabeza con un hacha; permaneció varios minutos aturdido y mirando de hito en hito el vestíbulo vacío del hotel. Finalmente le arrastró la ola continua de la calle. No sabía adónde se dirigía. Nunca una persona le había mirado así, tan humana, tan agradecida. Nunca nadie le había hablado de esa manera. Involuntariamente resonaba en sus oídos aquella frase: "Le estoy muy agradecida, muy, muy agradecida". Y justamente era a esa persona a la que había estafado, a ella justamente la había engañado. Se detuvo una y otra vez, y se secó el sudor de la frente. De pronto, ante un gran negocio de vidrios, vió, en medio de su caminata insensata, su propio rostro reflejado por el espejo del escaparate. Se miró fijamente como quien mira en un diario la fotografía de un malhechor, para averiguar en qué consisten los rasgos típicos del criminal, si en la barba aplastada, en el labio perverso o en los ojos duros. Mirándose con atención y observando sus propios ojos temerosamente abiertos detrás de los lentes, recordó de improviso los de aquella mujer. "Habría que tener ojos como ella, pensó conmovido, no ojos ansiosos, nerviosos, de bordes rojos como los míos. Ojos con reflejos azules, animados por una fe interior. (Recordó que a veces, alguna noche del viernes, su madre había tenido el mismo mirar). Sí, habría que ser un hombre así; es preferible dejarse engañar y no engañar —ser un hombre decente, sin malicia—. Sólo sobre ellos cae la bendición de Dios. Toda mi viveza, recapacitó, no me ha hecho feliz, no dejo de ser un hombre castigado y sin paz." Y así siguió Leopoldo Kanitz calle arriba, ajeno a sí mismo, y nunca se sintió más miserable que en aquel día de su mayor triunfo.

"Terminó por entrar en un café, porque creyó tener apetito. Hizo su pedido, pero cada bocado que se llevaba a la boca le repugnaba. "Venderé Kekesfalva, pensó ensimismado, la revenderé en seguida. ¿Qué hago yo con una estancia? Yo no soy hombre de campo. ¿Cómo voy a vivir yo solo en una casa con dieciocho habitaciones y pelear con el malandrín del arrendatario? He cometido una imprudencia; debí haber comprado por cuenta del Banco hipotecario y no por mi propia cuenta. Si ella se entera de que yo fuí el comprador... Además, no quiero ganar gran cosa. Si ella está conforme, yo le devuelvo la propiedad dejándome un veinte, y aun un diez por ciento de ganancia; estará a su disposición en cualquier momento, si llega a arrepentirse."

"Esta idea lo alivió. "Mañana le escribiré... No, todavía podré proponérselo personalmente, mañana temprano, antes de que tome el tren. Sí; esto es lo que conviene: ofrecerle espontáneamente una opción para la compra." Entonces creyó poder dormir tranquilo. Pero a pesar de las dos noches anteriores insomnes, Kanitz pasó también esta noche inquieto y sobresaltado. En sus oídos no dejaban de resonar aquellas palabras "muy, muy agradecida."

"A las siete y media, Kanitz ya estaba en la calle. Sabía que el tren expreso vía Nassau salía a las nueve y veinte. Iba a comprar una caja de chocolate o una bombonera. Sintió la necesidad de hacer un gesto de agradecimiento, y en secreto le movía tal vez también el anhelo de volver a oír una vez más aquellas palabras, tan nuevas para él, "le estoy muy agradecida", dichas con aquel acento enternecedor y extraño. Compró una bombonera grande, la más bonita y costosa, llena de finos y tentadores bombones, y aun le pareció insignificante como regalo de despedida. Por eso adquirió, además, unas flores en el negocio más próximo, todo un grueso ramo de rosas rojas. Con las dos manos ocupadas, volvió al hotel y encargó al portero que mandase ambos obsequios a la habitación de la señorita Dietzenhof. Pero el portero, dándole de antemano tratamiento de nobleza, según el hábito vienés, contestó servilmente:

"—Señor von Kanitz, la señorita ya bajó a desayunarse; está en el comedor.

"Kanitz reflexionó un instante. La despedida de la víspera había sido tan conmovedora para él que temía que un nuevo encuentro pudiese destruir aquel recuerdo grato. Luego, sin embargo, se decidió y penetró al comedor con la bombonera en una mano y las flores en la otra.

"Ella estaba sentada de espaldas a él. Aun sin ver su cara, él notó en la manera humildemente silenciosa como aquel ser delgado estaba sentado a la mesa solitaria, un algo de enternecedor que lo sobrecogió contra su voluntad. Se acercó tímidamente, y depositando rápido la bombonera y las flores, dijo:

"—Una nimiedad para el viaje.

"La mujer se turbó y sonrojó profundamente. Era la primera vez que alguien le regalaba flores, exceptuando aquella vez en que uno de los parientes de la princesa, afanoso de la herencia, le había mandado unas cuantas rosas, esperando poder ganarla así como aliada.

"—¡Pero cómo! —tartamudeó—. ¿A qué debo esto? Esto es... demasiado hermoso para mí.

"Sin embargo, levantó la mirada agradecida. ¿Fué el reflejo de las flores o la sangre que se agolpaba en sus mejillas? Lo cierto es que un brillo rosado cubría cada vez más intensamente la faz perpleja; la mujer parecía casi bonita en ese instante.

"—¿No quiere usted tomar asiento? —preguntó en su confusión, y Kanitz se sentó frente a ella, torpemente.

"—De modo que usted se marcha en realidad? — preguntó, y en su voz vibraba involuntariamente un tono de sincero pesar.

"—Sí —contestó ella, bajando la cabeza.

"No hubo alegría en ese "sí", ni tampoco pena. Ni esperanza ni desengaño. Fué una palabra pronunciada con tranquila resignación y sin entonación especial alguna.

"En su confusión y deseo de ser útil, Kanitz averiguó si la mujer ya había anunciado telegráficamente su llegada. Ella contestó que no, porque con ello sólo asustaría a su gente, que no recibía nunca telegramas. Kanitz quiso saber si eran parientes cercanos. ¿Parientes cercanos? No, en absoluto. Una especie de sobrina, la hija de su difunta hermanastra. Agregó que no conocía al marido de aquélla. Sabía que tenían a su cuidado una pequeña granja y que se dedicaban a la avicultura. Ambos le habían escrito muy gentilmente que podía disponer de una habitación y vivir con ellos mientras gustara.

"—¿Pero qué va usted a hacer en un lugar tan apartado y perdido? —preguntó Kanitz.

"—No lo sé —contestó ella con los ojos bajos.

"Poco a poco se excitó nuestro amigo. Había tal vacío y abandono en aquella criatura, y tal indiferencia en el modo de ser, desorientado, con que aceptaba su destino, que sin quererlo se acordó de sí mismo y de su vida inconstante, sin hogar. En esa falta de meta de la mujer, reconoció la suya propia.

"—Pero si eso no tiene sentido —dijo casi alterado—. No hay que vivir con parientes, nunca aprovecha. Y, además, usted ya no tiene necesidad de enterrarse en semejante aldea perdida.

"La mujer lo miró agradecida y triste a la vez.

"—La verdad es —suspiró— que yo misma tengo un poco de miedo de ello. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

"Lo dijo sin propósito determinado, y luego levantó sus ojos azules hacia él, como esperando un consejo. ("Habría que tener ojos como éstos", se había dicho Kanitz el día anterior.) Y de repente, sin saber cómo, sintió que un pensamiento, un deseo, le subía a flor de labios:

"—Entonces sería mejor que usted se quedara aquí —dijo, e involuntariamente agregó, en voz más baja:— Quédese usted conmigo.

"Ella se turbó, lo miró fijamente. Sólo entonces comprendió Kanitz que había pronunciado esas palabras sin haberlo querido, casi inconscientemente. Había pasado por sus labios esa frase sin que él la midiera, pesara y aprobara como era su costumbre. Un deseo que él mismo no se había aclarado no confesado se había convertido repentinamente en voz, vibración y tono. Sólo por su turbación violenta comprendió lo que había dicho, y de inmediato temió que ella pudiera interpretarlo mal. Pensaba, seguramente, que la invitaba a quedarse con él como amante, y para evitar que llegara a concebir una idea ofensiva, agregó precipitadamente:

"—Quiero decir... como mi esposa.

"Ella se levantó bruscamente. Su boca se contrajo, sin que Kanitz comprendiera si para sollozar o para proferir un denuesto. De repente la mujer dióse vuelta y salió corriendo del comedor.

"Aquél fué el momento más terrible en la vida de nuestro amigo. Sólo entonces comprendió la tontería que acababa de cometer. Había humillado, ofendido, escarnecido a la única persona bondadosa que le brindara su confianza, pues, ¿cómo podía ofrecerse él, un hombre casi viejo, un judío, feo, un agente viajero, un hombre preocupado por hacer dinero, a una mujer interiormente tan distinguida y tan delicada? Justificó involuntariamente el que se hubiera retirado tan asqueada. "Está bien —se dijo furioso—. Lo tengo merecido. Por fin me ha reconocido, por fin me ha demostrado el desprecio que merezco. Más vale eso que su agradecimiento por mi vileza." Aquella fuga no ofendió a Kanitz lo más mínimo; al contrario —él mismo lo confesó—, en aquel momento incluso estaba contento. Tuvo la sensación de haber recibido su justo castigo; era propio el que ella en adelante lo juzgara con el mismo desprecio que él sentía respecto a sí mismo.

"Pero ya ella reapareció, con los ojos humedecidos y atrozmente agitada. Sus hombros temblaban. Se acercó a la mesa. Tuvo que asirse con ambas manos del respaldo de la silla antes de sentarse de nuevo. Luego respiró suavemente, sin levantar la mirada:

"—Perdone usted..., perdone mi brusquedad, pero quedé tan sorprendida... ¿Cómo puede usted?... Usted no me conoce... ¡Si usted no sabe quién soy!...

"Kanitz estaba demasiado pasmado para encontrar palabras. Sólo vió conmovido que no la animaba la ira, sino más bien el miedo. Comprendió que la insensatez de su petición repentina la había aterrado tanto como a él. Ninguno de los dos tenía el valor de hablar, ninguno el coraje de mirar los ojos del otro. Pero ella no viajó aquella mañana. Permanecieron juntos hasta la noche. Al cabo de tres días el volvió a pedir su mano, y dos meses después se casaron."

El doctor Condor hizo una pausa.

—Ahora un último trago. Ya termino.

"Aquel compromiso absurdo terminó en un matrimonio feliz como pocos. Siempre los contrarios, que se complementan acertadamente, crean la armonía perfecta, y muchas veces lo que parece más sorprendente resulta ser lo más natural. Es verdad que la primera reacción en esa pareja consistía en que el uno tenía miedo del otro. Kanitz temblaba pensando que alguien pudiera hablarle de sus negocios oscuros y que entonces ella lo rechazaría a último momento, despreciándolo; desplegó energías fantásticas para ocultar su pasado. Concluyó con todas las prácticas dudosas, transfirió sus obligaciones con pérdidas y se mantuvo alejado de sus cómplices anteriores. Se hizo bautizar, eligió un padrino influyente y gastó mucho dinero para obtener el permiso de agregar a su nombre el más sonoro de "von Kekesfalva". Al producirse esa mutación, su nombre original, como suele acontecer en semejantes casos, desapareció pronto de sus tarjetas de visita, sin dejar rastro. Pero, hasta el día del casamiento, vivía presa de la obsesión de que ella le retiraría, hoy o mañana o pasado, atemorizada, su confianza. Ella, a su vez, a quien su anterior dueña había reprochado diariamente, a lo largo de doce años, incapacidad, estupidez, perversión, torpeza de

genio, anulando con tiranía diabólica todo resto de amor propio, esperaba que su nuevo dueño también la retaría, escarnecería y humillaría continuamente. De antemano resignada, esperaba la esclavitud como un sino inexorable. Pero he aquí que cuanto hacía estaba bien hecho; el hombre en cuyas manos había depositado su vida mostrábase cada día de nuevo agradecido y la trataba siempre con el mismo respeto tímido. La joven mujer se asombró, incapaz de comprender tanta ternura. Poco a poco recobró su lozanía, adquirió belleza y formas suaves. Pasaron uno o dos años más antes de que se atreviera a creer realmente que ella, la menospreciada, la humillada, la oprimida, pudiese ser respetada y amada como todas las demás mujeres. Pero la dicha verdadera sólo empezó para ambos cuando nació la niña.

"En aquellos años, Kekesfalva reinició su actividad comercial. Había dejado tras sí al pequeño agente; su labor se agrandó. Modernizó el ingenio de azúcar, asocióse a un taller metalúrgico de Viena y realizó aquella brillante transacción en el *trust* del alcohol que en su tiempo dió tanto que hablar. El hecho de que adquiriera riqueza, verdadera fortuna, no transformó en absoluto la vida retraída y económica del matrimonio. Pocas veces tenían invitados, como si hubieran querido evitar que la gente se acordara de ellos, y la casa que usted conoce causaba en ese entonces una impresión infinitamente más sencilla y campesina. La verdad es que en ella reinaba también mucha mayor felicidad que hoy.

"Llegó el momento de su primera prueba. Hacía tiempo ya que la mujer sufría dolores internos, y le repugnaban las comidas; adelgazó y su andar era cada vez más cansado y desfallecido. Pero por temor a inquietar con su insignificante persona a su ocupado marido, apretaba los labios cuando sufría un ataque y soportaba en silencio sus dolores. Cuando, finalmente, ya no fué posible ocultarlos más, era tarde. Fué transportada en una ambulancia a Viena, y la pretendida úlcera en el estómago, que en realidad era un cáncer, ya no pudo ser operada. En esa oportunidad conocí a Kekesfalva, y nunca he visto en un hombre una más dolorosa y cruel forma de desesperación. No quería, no podía comprender que la medicina fuese incapaz de salvar a su mujer; no le parecía más que indolencia, indiferencia e incapacidad de los médicos el que no hiciéramos más de lo que hicimos. Ofreció al cirujano cincuenta y aun cien mil coronas para que la curase. En la víspera de la operación, mandó llamar telegráficamente a las primeras autoridades médicas de Budapest, de Munich y de Berlín, para encontrar entre ellos siquiera uno solo que le dijera que era posible salvarla del bisturí. Nunca en mi vida olvidaré sus ojos extraviados mientras nos gritaba que todos éramos unos asesinos, cuando la incurable enferma, según era de esperar, murió en la mesa de operaciones.

"Aquello fué su camino de Damasco. A partir de ese día, algo cambió para siempre en nuestro asceta del negocio. Había muerto para él un dios, al que había servido desde la infancia: el dinero. No le quedaba en la tierra más que su hija. Tomó institutrices y sirvientes, mandó refeccionar la casa; ningún lujo satisfacía a ese hombre que siempre había sido tan económico. Cuando la niña tenía nueve o diez años, la llevó a Niza, a París, a Viena, la malerió y mimó del modo más inconsulto, y con la misma ferocidad con que hasta entonces había amontonado el dinero, lo tiraba en adelante, casi despectivamente para... Quizás no estaba usted tan equivocado cuando le llamó noble y distinguido, pues hace años adueñóse de él, efectivamente, una indiferencia extraordinaria frente a la ganancia y a la pérdida. Aprendió a menospreciar el dinero desde que todos los millones no le sirvieron para recuperar a su esposa.

"No quiero referirle —se está haciendo tarde— los detalles del culto que hacía de su hija; al fin y al cabo, ello es comprensible, pues la pequeña se desarrolló encantadoramente; era en aquellos años un ser delicado, una verdadera sílfide, ágil, de ojos grises que iluminaban a todos con su claridad y gentileza. Había heredado la suavidad tímida de la madre y la inteligencia penetrante del padre. Amable y juiciosa, adquirió aquella ingenuidad maravillosa que sólo es propia de niños que nunca han experimentado la adversidad o dureza de la vida. Sólo el que conocía el encantamiento de aquel hombre que envejecía y que nunca se había atrevido a esperar que de su sangre oscura y pesada pudiera surgir un ser tan gentil y alegre, puede medir toda la desesperación que le inundó cuando sufrió la segunda desgracia. No podía comprender —y aun hoy se niega a comprender—, que precisamente su niña fuese tan castigada y quedase tullida, y no me atrevo verdaderamente a revelar todos los disparates que cometió en su desesperación fanática. Apenas si merece recordarse que hace desaparecer a todos los médicos del mundo con su insistencia, que procura obligarnos con sumas fabulosas a obtener una curación inmediata, que me habla día por medio, completamente en vano y sólo para satisfacer su alocada impaciencia. Hace poco, un médico me confió que el anciano señor aparece todas las semanas en la biblioteca de la Universidad, donde en medio de los estudiantes anota todos los términos técnicos, cuya explicación busca en los léxicos. Luego revisa horas enteras todos los tratados de medicina, en la absurda esperanza que él mismo pudiera encontrar algo que los médicos hubiéramos pasado por alto u olvidado. Por otra parte sé —usted posiblemente sonreirá, pero la locura siempre permite adivinar la grandeza de una pasión—, que ha prometido, tanto a la sinagoga como al cura párroco de la localidad, el regalo de una gran suma para el caso de que sane su hija. Sin saber a qué Dios dirigirse, si al abandonado de sus padres o al nuevo, y perseguido por el miedo tremendo de caer en desgracia ante el uno o el otro, se postró al mismo tiempo ante los dos.

"Usted comprenderá que yo no le refiero estos detalles, que lindan en el ridículo, con el deseo de murmurar. Sólo quiero que usted comprenda lo que significa para este hombre castigado, abatido y destrozado, una persona que siquiera le escucha, alguien de quien comprende que entiende interiormente su preocupación o que, por lo menos, tiene voluntad de entenderla. Sé que molesta con su manera de ser obstinada, con su manía egocéntrica que le induce a comportarse como si en este mundo cargado de desgracia hasta el tope no existiera más desgracia que la de su hija. Pero justamente ahora, cuando su desamparo aturdido empieza a enfermarle a él mismo, no hay que abandonarlo, y usted, mi estimado teniente, hace en verdad una buena obra al llevar un poco de su juventud, de su vitalidad y de su ingenuidad a esa casa trágica. Sólo por eso, temeroso de que otros pudieran desorientarle, yo le he relatado quizás más de su vida privada de lo que incumbe a mi responsabilidad; pero creo poder contar con que todo cuanto le he dicho quedará estrictamente entre nosotros."

❦ ❦ ❦

—Por cierto —contesté mecánicamente.

Era la primera palabra que franqueaba mis labios desde que él empezó su relato. Estaba aturdido; no sólo por las revelaciones sorprendentes que invertían todas mis ideas respecto a Kekesfalva y las daban vuelta como a un guante; al mismo tiempo me azotó mi propia ingenuidad y necedad. ¡Con qué ojos tan velados iba yo por el mundo, con mis veinticinco años! Durante semanas enteras había sido huésped diario de aquella casa, y envuelto en la neblina de mi compasión y por discreción estúpida, nunca me había atrevido a preguntar por el origen de la enfermedad, por la madre, que evidentemente faltaba en aquella casa, ni por el origen de aquel hombre extraordinario. ¿Cómo había podido pasar por alto que aquellos ojos almendrados, melancólicos, velados, no eran los de un aristócrata húngaro, sino los de la raza judía, con una mirada aguzada por milenios de lucha trágica, y a la vez cansados? ¿Cómo había podido dejar de observar que en Edith aparecían mezclados elementos distintos? ¿Cómo había podido desconocer que sobre aquella casa pesaba fantasmagóricamente un pasado extraño? Sólo ahora, muy tarde, recordé de repente una cantidad de detalles: la mirada fría con que nuestro coronel había contestado un saludo de Kekesfalva al tropezarse con él cierto día, levantando apenas los dedos hasta su gorra; o la frase con que mis camaradas, en la mesa de café, le llamaban el "viejo Maniqueo". Tuve la sensación de que en una habitación oscura, se desgarrara de repente un telón y el sol penetrase tan violentamente que los ojos, deslumbrados, parecen percibir algo purpúreo y vacilan bajo el choque hiriente de ese exceso insoportable de luz.

El doctor Condor inclinóse sobre la mesa, hacia mí, como si hubiese sospechado lo que yo experimentaba. Su pequeña mano blanda tocó la mía con un gesto tranquilizador, verdaderamente de médico.

—No podía usted sospechar eso, teniente, ni debía sospecharlo. Usted ha sido educado en un mundo muy particular y apartado; además, está en la edad dichosa en que aun no se ha aprendido a desconfiar al primer impulso, de todo lo extraño. Créame, siquiera por ser yo más viejo: no hay que avergonzarse porque a veces la vida lo engañe a uno. Es más bien una gracia, cuando todavía no se lleva en la pupila aquella mirada superaguda y diagnosticadora, la ojeada mala, y cuando se prefiere contemplar a los hombres y las cosas, de buenas a primeras, lleno de confianza. De otra manera usted no hubiera podido ayudar tan magníficamente a ese hombre anciano y a esa niña enferma.

Tiró el resto de su cigarro a un rincón, estiróse y empujó la silla hacia atrás.

—Creo que va siendo hora de que me marche.

Me levanté simultáneamente con él, aun cuando me sentía un tanto aturdido. Me sucedió algo singular. Estaba sumamente agitado; lo que acababa de saber tan inesperadamente, me había transportado a un estado de vigilia exagerada y supersensible; al mismo tiempo, sentía una presión sorda en el cerebro. Recordé con toda claridad que en medio de su narración quería interrumpir a Condor para preguntarle algo y que sólo me faltaba la presencia de ánimo para hacerlo. En un punto determinado quedaba por averiguar un detalle. Y ahora que era lícito preguntar, no recordaba qué era lo que debía averiguar. Mi atención concentrada, el deseo de no perder palabra, debía haber arrasado mi memoria. En vano recorrí todas las sinuosidades del relato; me ocurría algo parecido a cuando se siente en el cuerpo un dolor muy preciso y, sin embargo, no se puede localizarlo. En el momento en que atravesábamos

el restaurante, ya medio vacío, en dirección a la puerta, sólo me ocupó ese afán interior de recordar aquel detalle.

Salimos a la calle. Condor levantó la cabeza.

—Ja, ja —rió con un aire de satisfacción—. Sentí esto durante todo el tiempo. Esta luz de la luna me parecía desde el primer momento demasiado penetrante. Tendremos tormenta. Será cosa de apresurarse. Dentro de media hora el aguacero estará aquí —vaticinó Condor—. Llegaré a la estación sin mojarme, pero usted, teniente, hará bien en volver, porque de lo contrario se llevará un buen remojón.

Pero yo sabía vagamente que tenía que preguntar algo, sólo que todavía no conseguía recordar qué; la curiosidad respectiva se había perdido en una oscuridad sorda, como en el cielo la luna entre el galope de las nubes. En mi cerebro golpeaba el pensamiento indefinido, causándome la impresión de un dolor obstinado, taladrante.

—No, me arriesgaré —contesté.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Cuanto más rápidamente caminemos, tanto mejor; esas sesiones largas entumecen las piernas.

"Entumecen las piernas" — ¡éste era el santo y seña! De repente una claridad iluminó como un relámpago hasta el último fondo de mi conciencia. De repente supe lo que quería preguntar a Condor, lo que debía preguntarle. Me acordé de mi misión, el encargo que Kekesfalva me había confiado. Mientras atravesábamos las calles abandonadas, empecé a hablar con bastante precaución:

—Perdone, doctor...; todo lo que usted acaba de contarme me resulta, desde luego, muy interesante..., quiero decir, de suma importancia... Pero usted comprenderá que por eso mismo quisiera preguntarle algo más..., algo que me preocupa desde hace tiempo. Usted es su médico, usted conoce su caso como ningún otro. Yo, en cambio, soy lego y no tengo ninguna idea clara...; quisiera saber lo que usted opina. Quiero decir, la parálisis de Edith, ¿es una enfermedad pasajera o es incurable?

Cóndor enderezóse con energía y de un solo golpe. Sus anteojos refulgieron y esquivé involuntariamente la vehemencia de esa mirada que penetró mi piel como una aguja. ¿Sospechaba el encargo de Kekesfalva? ¿Tenía algún recelo? Pero había inclinado de nuevo la cabeza, y sin interrumpir su marcha acelerada, incluso caminando, tal vez, más ligero todavía, rezongó:

—¡Claro! Debí esperar eso. Es el fin obligado. ¿Curable o incurable, blanco o negro?, pues ¿dónde comienza la enfermedad y dónde termina la salud? Y ¿qué quiere que le diga de esos adjetivos "curable" e "incurable"? Naturalmente, son muy usuales, y en la práctica, es difícil evitarlos. Pero en cuanto a mí, no me hará usted pronunciar nunca la palabra "incurable". A mí, no. Sé que el hombre más inteligente del siglo pasado, Nietzsche, estampó la tremenda aseveración: No hay que querer ser médico de lo incurable. Pero ésta es tal vez la más errónea de todas las sentencias paradójicas y peligrosas que ofreció a nuestra reflexión. El exacto contrario es lo acertado, y yo afirmo que hay que ser médico justamente de lo incurable, y más aún: Un médico que acepta de antemano el concepto "incurable", rehuye su misión verdadera, capitula antes de haberse iniciado la batalla. Así que le diré que para mí no existen enfermedades incurables. Por principio, no desespero de nada ni de nadie y nunca se me hará decir la palabra "incurable". Lo extremo que afirmaría, en el caso más desesperado, sería que una enfermedad no es curable todavía; quiero decir, que aun no puede curarla nuestra ciencia contemporánea. Nada más.

Condor caminaba a pasos tan largos que me costaba esfuerzo seguirlo. De repente los acompasó.

—Quizás me exprese de un modo demasiado complicado y abstracto. En realidad, es difícil explicar estas cosas entre una fonda y una estación. Quizás un ejemplo le aclarará lo que quiero decir; un ejemplo muy personal y muy doloroso. Veintidós años atrás, yo era un joven estudiante de medicina, más o menos de la edad que tiene usted hoy. Estaba en el segundo año. En ese tiempo enfermó mi padre, que hasta entonces había sido un hombre robusto, completamente sano, incansablemente activo y al que quería y adoraba apasionadamente. Los médicos diagnosticaban diabetes, una de las enfermedades más crueles y falaces de que pueda caer víctima un hombre. El organismo deja, sin motivo aparente alguno, de elaborar los alimentos, no incorpora la grasa y el azúcar al cuerpo y, por consiguiente, el enfermo se descompone y muere de hambre; no voy a atormentarlo con detalles. Ellos han destrozado tres años de mi juventud. Y ahora, atienda usted: en aquel entonces la llamada ciencia no conocía remedio alguno para la diabetes. Se martirizaba a los enfermos con una dieta determinada, se pesaba cada gramo, se medía cada trago, pero los médicos sabían —yo, como estudiante de medicina, también lo sabía, claro está—, que con eso sólo se prolongaba el fin, y que esos dos o tres años significaban una muerte horrible, un extinguirse por hambre en medio de un mundo repleto de viandas y bebidas. Se imaginará usted cómo yo, en mi condición de estudiante y futuro médico, corría de una capacidad a otra y cómo estudiaba todos los libros y obras sobre la materia. Pero por doquier me encontraba, pronunciada o escrita, con la palabra "incurable", que desde entonces no puedo soportar. Desde aquellos días odio esa palabra, pues tuve que ver, despierto e inactivo, cómo el hombre al que más quería en la Tierra se moría miserablemente, peor que cualquier animal; falleció tres meses antes de que yo recibiese mi título profesional. Y ahora, fíjese bien en lo que digo: hace pocos días oímos en la sociedad médica la conferencia de uno de nuestros quimicólogos, quien nos informó que en los Estados Unidos y en los laboratorios de algunos países más se habían hecho grandes progresos con ciertos experimentos para obtener un remedio extractado de determinadas glándulas; y afirmó que indudablemente dentro de una década la diabetes será una enfermedad "vencida". Puede usted imaginarse cómo me sublevó el pensamiento de que ya en aquel entonces hubieran podido existir un par de centenares de gramos de una sustancia que habría impedido que mi padre sufriera tales tormentos y muriera, o por lo menos nos hubiera dado esperanzas de curarlo y salvarlo. Comprenderá usted ahora por qué me amarga el veredicto "incurable", puesto que día y noche yo había soñado con la posibilidad y necesidad de encontrar o inventar un remedio y con la certeza de que alguien lo lograría, siendo posible que ese alguien fuera yo mismo. Cada día brinda a los médicos algo nuevo, inesperado, fantástico, algo que en la víspera misma no era imaginable todavía. Por eso, cada vez que me hallo en presencia de un caso ante el que los demás se encogen de hombros, mi corazón golpea de ira, porque todavía ignoro el remedio que mañana o pasado se aplicará con éxito, pero al mismo tiempo palpita también la esperanza de que tal vez yo, u otro, lo hallará en el momento oportuno, quizá en el último momento de vida de ese hombre. Todo es posible, aun lo imposible; pues allí donde nuestra ciencia actual se encuentra ante puertas cerradas, sucede a veces que, atrás, otra se abre inesperadamente... ¿Usted cree, por ventura, que yo atormentaría a esa muchacha y me dejaría martirizar, si no me animara la esperanza de terminar por salvarla? Reconozco que es un caso grave, un caso rebelde; hace años que no adelanta con la celeridad que no quisiera. Pero, a pesar de todo, no la abandono.

Había escuchado con gran atención; comprendí todo cuanto me quería decir, pero inconscientemente se habían apoderado de mí la insistencia y el temor del anciano. Quise oír más, algo más determinado y preciso. Por eso seguí preguntando:

—¿Quiere decir, entonces, que usted cree en una mejoría? Es decir, que usted obtuvo ya cierta mejoría.

El doctor Condor quedó callado. Mi observación, al parecer, lo incomodó. Sus piernas cortas marcaban el paso cada vez más violentamente.

—¿Cómo puede usted afirmar que he conseguido una mejoría? ¿Le consta? ¿Qué sabe usted de todo eso? Usted conoce a la enferma desde hace unas pocas semanas, mientras que yo la atiendo desde hace cinco años.

De repente se detuvo.

—Para que lo sepa de una vez por todas: no he conseguido nada esencial, nada de lo que yo quiero. He hecho ensayos con ella, he hecho curaciones como un barbero antiguo, sin orden ni concierto. Nada, nada; no he conseguido nada hasta ahora.

Me espantó su violencia. Evidentemente, había herido su amor propio de médico. Por eso traté de tranquilizarlo.

—Sin embargo, el señor von Kekesfalva me ha descrito el efecto favorable de los baños eléctricos sobre Edith, y sobre todo de las inyec...

Pero Condor me cortó la palabra a medio pronunciar.

—¡Disparates! ¡La más pura necedad! No se deje usted embaucar por ese viejo loco. ¿Usted cree por ventura que se puede hacer desaparecer semejante paraplejia con baños eléctricos y sandeces parecidas? ¿No conoce usted nuestro viejo recurso médico? Cuando se acaba nuestra ciencia, procuramos ganar tiempo, y entonces entretenemos al paciente con historias y embaucamientos, para que no se dé cuenta de nuestra perplejidad, y por suerte nuestra, la naturaleza también engaña al enfermo y se convierte en nuestro cómplice. Es claro que Edith se encuentra mejor. Cualquier cura, lo mismo que coma limones o beba leche, que emplee agua fría o caliente, causa primero una transformación del organismo y produce una sensación nueva que el enfermo, eternamente optimista, toma por mejoría. Esta especie de autosugestión es nuestro mejor aliado, que coopera aun con los médicos más pazguatos. Pero el asunto tiene un inconveniente: en cuanto el atractivo de la novedad disminuye, se produce la reacción y entonces es el caso de cambiar en seguida de táctica y simular que se aplica una terapéutica nueva; con semejantes trapacerías manipulamos en los casos desesperados, hasta que el azar, quizás, nos revele el método verdadero y acertado. No, no me venga usted con cumplidos; yo sé mejor que nadie cuán poco he conseguido de lo que me he propuesto en el caso de Edith. Todo cuanto he ensayado hasta ahora, no se engañe usted al respecto, todos esos recursos, la aplicación de electricidad y los masajes, no han dado el menor resultado en ella.

El arrebato de Condor contra sí mismo fué tan vehemente que sentí el deseo de justificarme ante su propia conciencia. Por eso agregué tímidamente:

—Sin embargo..., yo mismo he visto cómo ella camina gracias a sus aparatos...

Pero entonces Condor ya no habló, sino que gritó:

—¡Mentira! Ya se lo dije, son engañifas. Esos aparatos me ayudan a mí y no a ella. Esas máquinas son aparatos de entretenimiento, nada más que eso, ¿comprende? No las necesitaba la niña, yo, porque los Kekesfalva ya no querían esperar más. Sólo por no resistir más tiempo esa insistencia, tuve que aplicar al viejo una inyección de esperanza. No me quedaba otro remedio que cargar a la impaciente con esas cadenas, tal como se ponen esposas a los pies de los presos renitentes. La cargué inútilmente...; es decir, que tal vez esos aparatos fortifiquen un poco los tendones..., pero yo no sabía ya qué hacer... Me es indispensable ganar tiempo... No me avergüenzo de haber empleado esos recursos y engaños, pues usted mismo pudo comprobar el éxito. Edith cree que desde entonces camina mucho mejor, el padre exclama triunfante que yo la estoy salvando, y todos se muestran admirados del milagro genial, y usted mismo me consulta como a un doctor sábelotodo.

Se interrumpió, quitóse el sombrero para pasar la mano sobre su frente húmeda. Luego me miró maliciosamente, de soslayo.

—Me temo que todo esto no lo entusiasme, que todo esto desilusione su concepto del mé-

dico como samaritano y cruzado de la verdad. En su entusiasmo juvenil, usted habrá tenido otra idea de la ética médica, y ya me doy cuenta que esas prácticas lo han desengañado y hasta disgustado. Pues, lo lamento; la medicina no tiene nada que ver con la moral.

El hombrecito carnoso se me había enfrentado tan agitado como si a la primera palabra de oposición fuera a atacarme violentamente. En ese instante rompió en el horizonte oscuro un relámpago azulado como una vena que revienta, siguiéndole un trueno amplio, pesado y retumbante. De repente, Condor se achó a reír.

—¿Ve usted? La ira del cielo contesta. ¡Pobre de usted! Hoy ha tenido que aguantar más de la cuenta, le han operado con el bisturí una ilusión después de otra: primero la del magnate magiar, luego la del médico preocupado e infalible. Sin embargo, tiene que comprender que lo irriten a uno las loas de ese viejo maniático. En el caso de Edith, el lloriqueo sentimental me pone singularmente nervioso, porque soy el que más lamenta los progresos tan lentos y el que no se haya encontrado o descubierto nada decisivamente útil para su caso.

Prosiguió unos pasos, taciturno. Luego continuó hablando más cordialmente:

—A propósito; yo no quisiera que usted creyese que, para mis adentros, haya dado por perdido este caso, según se acostumbra a decir tan gentilmente entre nosotros. Al contrario, éste es precisamente uno de los casos que no dejaré perder, no importa que dure un año y aun cinco años más. Fué una coincidencia muy singular; aquella misma tarde, después de la conferencia de que le hablé, leí en una revista médica de París, un artículo sobre la terapéutica de una parálisis muy interesante. Se trataba de un caso muy curioso, de un hombre de cuarenta años que había estado dos años enteros en cama, tullido, incapaz de mover un miembro, y al que el profesor Viennot llegó a curar en el término de cuatro meses, al punto de que ahora aquel hombre puede trepar otra vez alegremente los cinco pisos de su vivienda. ¡Imagínese usted! ¡En cuatro meses semejante curación de un caso muy similar al que yo estoy tratando inútilmente desde hace cinco años! Por poco me desmayo al leer eso. Claro está que la etiología del caso y el método no resultan muy claros; el profesor Viennot parece haber acoplado de un modo muy raro una serie de procedimientos, una helioterapia en Cannes, un aparato y una gimnasia determinada. Como sólo da un extracto sucinto de la historia de la enfermedad, no puedo saber ahora si su método nuevo puede aplicarse total o parcialmente en nuestro caso. He escrito inmediatamente al profesor Viennot en persona, para solicitarle indicaciones más precisas, y sólo por eso martiricé hoy a Edith, tan circunstanciadamente, con un nuevo examen. Necesitaba establecer posibilidades de comparación. Y ya ve usted que no me doy por vencido y que, al contrario, me agarro de cada pelo. ¿Quién sabe si ese nuevo método no contiene una posibilidad real?... No digo más, pues ya he parloteado demasiado.

Estábamos ya muy cerca de la estación. Nuestra conversación iba a terminar pronto, por eso insistí:

—Usted opina, pues, que...

—¡No opino nada! —gritó—. No hay "pues" que valga. ¿Qué quieren todos ustedes de mí? Yo no estoy en contacto telefónico con el buen Dios. No he dicho nada. Nada concreto. No opino nada, ni creo nada, ni pienso nada, ni prometo nada. Ya he charlado demasiado. ¡Basta, basta! Muchas gracias por su compañía. Váyase ahora, antes de que se ponga hecho una sopa.

Y sin darme la mano, corrió visiblemente enojado (no comprendí por qué), con sus cortas piernas y sus pies que se me antojaban planos, hasta la estación.

* * *

La previsión de Condor era exacta. La tormenta se acercaba con rapidez. Con un ruido de pesados cajones se juntaban unas nubes gruesas sobre las copas de los árboles, que temblaban inquietas, pálidamente iluminadas a veces por el resplandor de lejanos rayos. El aire húmedo y arremolinado de cuando en cuando por ráfagas repentinas, traía un olor a quemado. Cuando volví, corriendo, la ciudad y las calles parecían distintas, no eran las mismas de pocos minutos atrás, cuando todo en ellas parecía paralizado, contenido, a la pálida luz de la luna.

Gracias a la advertencia de Condor llegué al cuartel antes de que se desencadenase la tormenta. Sólo me faltaban dos cuadras, y cruzando luego un jardín público llegué hasta el cuartel. Una vez arribado a mi habitación, iba a poder pensar con tranquilidad en todo lo sorprendente que había sabido y vivido en esas últimas horas.

El jardincillo, delante del cuartel, estaba completamente oscuro. El aire parecía concentrado debajo de las hojas que se movían; a veces silbaba una corta ráfaga de viento entre las hojas, y luego se hacía un silencio más lúgubre

todavía. Aceleré mis pasos cada vez más. Ya había llegado casi a la entrada, cuando vi una figura salir de detrás de un árbol, en la sombra. Me sorprendí un poco, pero no me detuve, pensando que no sería sino una de las mujeres que en la oscuridad suelen esperar aquí a los soldados. Pero con gran disgusto noté que aquellos pasos ajenos me perseguían, escurridizos, y dispuesto a rechazar bruscamente a la atrevida que me molestaba tan desvergonzadamente, me di vuelta. En el claro de un relámpago que en ese instante iluminó el ambiente, reconocí, ante mi asombro desmedido, a un hombre viejo, tembloroso, que me seguía casi sin aliento, descubierta la cabeza pelada, y con los círculos fulgurantes de unos lentes montados en oro. ¡Kekesfalva!

En mi sorpresa, no me fiaba de lo que veían mis ojos. ¡Kekesfalva en el jardín del cuartel! Pero si eso era imposible, si tres horas antes Condor y yo lo habíamos dejado en su casa, muerto de cansancio. ¿Sufría yo de alucinaciones, o se había vuelto loco aquel anciano? ¿Se había levantado afiebrado y erraba ahora como un sonámbulo, vestido sólo con un saco liviano, sin abrigo ni sombrero? Sin embargo, era él, evidentemente... Hubiera reconocido entre cien mil personas su modo de aproximarse oprimido, temeroso, inclinado.

—¡Por el amor de Dios, señor von Kekesfalva! —exclamé asombrado—. ¿Cómo es que se encuentra usted aquí? ¿No se había retirado a dormir?

—No... Es decir..., no podía dormir...

—Pues bien; ahora, pronto, a su casa. Usted ve que la tormenta tiene que descargarse de un momento a otro. ¿No está su coche aquí?

—Allá..., a la izquierda del cuartel, me espera.

—Muy bien. No pierda tiempo entonces. Si corre, lo dejará en casa a tiempo todavía.

Como titubeara, lo tomé del brazo para arrastrarle, pero él se libró por la fuerza.

—En seguida... ya voy, teniente... Pero... Pero, primero, dígame ¿qué le dijo?

—¿Quién? —pregunté con sorpresa.

—El doctor Condor...; usted debe haber hablado con él...

Sólo entonces comprendí. Ese encuentro en la oscuridad no era obra del azar. A pocos pasos de la puerta del cuartel, el impaciente anciano me había esperado para cobrar seguridad; se había estacionado en aquel punto, por donde yo debía pasar indefectiblemente, para detenerme. Debió haber caminado dos o tres horas, movido por una tremenda inquietud, apenas escondido en la sombra de ese jardincito mezquino en que sólo suelen reunirse de noche las criadas y sus amantes. Había sospechado seguramente que sólo acompañaría a Condor en el corto camino hasta la estación y que volvería de inmediato al cuartel; pero yo lo había hecho esperar aquí, sin saberlo, dos o tal vez tres horas, mientras estaba sentado con el médico en la fonda. Y el anciano enfermo me esperaba como otrora a sus deudores, tenaz, paciente, inflexible. En esa perseverancia fanática había algo que me excitaba y que, sin embargo, al mismo tiempo, me conmovía.

—Está todo en perfecto orden —lo tranquilicé—. Todo terminará bien. Tengo mucha confianza. Mañana por la tarde le contaré más, le informaré palabra por palabra. Pero ahora, rápido a su coche; ya ve usted que no tenemos tiempo que perder.

—Sí; ya voy.

Se dejó conducir a regañadientes. Habíamos caminado diez o veinte pasos cuando noté que el peso en mi brazo aumentaba.

—Un momento —balbuceó—. Un momento... a este banco. No puedo... no puedo más.

El anciano, efectivamente, se tambaleó como un ebrio. Tuve que valerme de todas mis fuerzas para arrastrarlo hasta el banco, en medio de la oscuridad, mientras los truenos retumbaban cada vez más cercanos. Se dejó caer, respirando profundamente. Era imposible desconocer que la espera lo había aniquilado, y ello no era de extrañar, pues ese viejo cardíaco se había pasado tres horas, avizor e impaciente; había estado allí de vigía, aguardando, con sus piernas cansadas, y al atraparme felizmente cobró conciencia de su esfuerzo. Agotado y como derribado, descansó en ese banco de los pobres en que los obreros solían tomar unos bocados al mediodía y en que, por la tarde, se sentaban los viejos, los mendigos y las mujeres. En ese banquito, se sentó el hombre más rico del contorno y esperaba, esperaba, esperaba. Yo sabía lo que esperaba. Y de inmediato sospeché que no lograría sacar a ese hombre obstinado (¡qué situación enojosa si uno de mis compañeros llegara a sorprenderme en tan singulares confidencias!), sino, como quien dice, enderezándolo interiormente. Tenía que calmarlo primero. Y nuevamente me invadió la compasión. Nuevamente se levantó dentro de mí la maldita ola de calor que cada vez me dejaba tan sin voluntad. Me incliné sobre el anciano y empecé a hablarle.

En derredor nuestro el viento silbaba, zumbaba y rugía. Pero el anciano no notó nada. Para él no existían ni cielo ni nubes ni lluvia, sino únicamente su hija y el restablecimiento de su hija. ¿Cómo hubiera podido decir a ese hombre tiritante de excitación y debilidad, nada más que lo real y verdadero, el que Condor aun no se sentía muy seguro de su éxito? Necesitaba algo en qué aferrarse como antes se había aferrado, al desplomarse, en mi brazo pro-

tector. Reuní, por lo mismo, apresuradamente, las escasas promesas consoladoras que había sacado de Condor con gran esfuerzo. Le conté que Condor había pedido noticias acerca de un método nuevo que el profesor Viennot había ensayado con gran éxito en Francia. De inmediato noté cómo en la oscuridad, algo me rozaba y se movía; su cuerpo, que acababa de estar desmadejadamente recostado, se acercó como si buscara calor en mí. En realidad, yo no debí haber prometido nada más, pero mi compasión me arrastró más allá de mi responsabilidad. Lo animé reiteradamente, asegurándole que aquella cura había dado resultados extraordinarios y que se habían conseguido, gracias a ella, mejoras sorprendentes en cuatro y aún en tres meses. Y era probable, no: era tanto como seguro que no fallaría tampoco en el caso de Edith. Me venció paulatinamente un placer de exageración, porque esa manera de tranquilizar obró milagros. Cada vez que me preguntaba, anhelante: "¿Lo cree usted realmente?" o "¿Eso es lo que dijo de veras? ¿Ha dicho eso?" y yo lo afirmaba apasionadamente en mi impaciencia y debilidad, la presión de su cuerpo recostado sobre el mío parecía disminuir. Sentí que su seguridad crecía bajo mis palabras, y por primera y última vez en mi vida percibí en esa hora algo del goce embriagador inmanente a todo lo creador.

No recuerdo ni sabré nunca lo que en aquel momento prometí y aseguré a Kekesfalva en ese banquito de los pobres. Así como mis palabras encantaron su atención ansiosa, así me embriagó su interés bienaventurado, azuzando mi deseo de prometerle más y más. Ninguno de los dos nos fijábamos en los relámpagos que nos circundaban con llamaradas azules, ni en la amenaza cada vez más urgente de los truenos. Permanecimos apretados uno contra el otro, hundidos en nuestra plática, y una y otra vez le aseguré, pleno de fe sincera: "Sí, sanará; pronto sanará, se restablecerá totalmente", para sentir con sus tartamudeantes "Ah, ah", y "Gracias a Dios", ese éxtasis embriagado y embriagador del encantamiento. Quién sabe cuánto tiempo hubiéramos permanecido así, sentados, si no hubiese llegado de repente esa ráfaga de viento violenta y decisiva, que se adelanta a las tormentas furiosas para —valga el término—, abrirles el camino. Los árboles se doblaban, crujían y sus ramas estallaban; unos castaños dejaron caer ruidosos sus frutos sobre nosotros y una enorme nube de polvo nos envolvió en su espiral.

—Debe volver usted a casa —grité haciendo que se levantara a la fuerza.

Ya no me ofreció resistencia. Mi consuelo lo había fortalecido y restablecido. No se tambaleó como antes; con un apresuramiento confuso y alado corrió conmigo hasta el coche que le esperaba. El conductor le ayudó a subir. Sólo entonces me sentí aliviado, sabiéndole a resguardo. Lo había consolado. Por fin el anciano, conmovido, iba a poder dormir tranquilo, profundamente dichoso.

Pero en el momento brevísimo en que me disponía a cubrirle rápidamente los pies con la manta a fin de que no se enfriase, sucedió lo aterrador. Con un gesto tan repentino como fuerte, tomó mis manos, ambas manos, por las muñecas, y antes de que hubiera podido impedirlo, las acercó a su boca y las besó.

—Hasta mañana, hasta mañana —balbuceó, después, y ya el vehículo se alejó como llevado por el viento que entonces arreció, frío como el hielo. Quedé estupefacto. Pero ya caían las primeras gotas, tamborileaban, resonaban, estallaban contra mi gorra, y cubrí los últimos cuarenta o cincuenta pasos hasta el cuartel, bajo el chaparrón desencadenado.

* * *

Después de las fuertes emociones, el sueño suele ser intenso y profundo. Sólo a la mañana siguiente comprendí, por la peculiaridad de mi despertar, hasta qué punto la pesadez anterior a la tormenta y la tensión eléctrica de la conversación nocturna me habían aturdido. Me levanté como desde profundidades insondables, contemplé primero extrañado la familiar piecita del cuartel y traté en vano de recordar cuándo y cómo había caído en ese sueño abismal. Pero no me quedó tiempo para reflexionar ordenadamente sobre lo pasado; con aquella otra memoria, la oficial, que funcionaba dentro de mí, se diría que con independencia de la memoria personal, militarmente, recordé que para ese día se había dispuesto unos ejercicios extraordinarios. En un abrir y cerrar de ojos me puse el uniforme, que estaba preparado, encendí un cigarrillo, corrí escaleras abajo hasta el patio, y pronto salía con el escuadrón que se encontraba ya formado.

La lluvia había lavado el cielo hasta dejarlo sin la menor sombra o nube; el sol ardía, fuerte, pero sin pesadez, destacando nítidamente cada contorno del paisaje. Estaba sentado en mi montura, magníficamente aliviado, habíame abandonado todo lo inquietante, pesado y problemático que en las semanas anteriores había oprimido mis nervios, y pocas veces creí haber cumplido mejor con mi obligación que en aquella brillante mañana de verano. Todo resultó fácil y natural, todo me salió bien y todo me encantó, el cielo y las praderas, los buenos caballos ardientes que obedecían a cada presión del muslo y a cada tirón de los frenos, y aun mi propia voz al dar las órdenes.

Sucede que todos los estados de felicidad, como todo lo embriagador, tienen al mismo tiempo algo que aturde; el goce intenso del momento siempre hace olvidar lo pasado. Por eso, al volver después de aquellas reconfortantes horas a caballo, al dirigirme por la tarde como de costumbre al castillo, sólo recordaba muy vagamente mis encuentros nocturnos. Me alegraba únicamente la ligereza apasionada de mi corazón, así como la alegría de los demás. Cuando uno se siente feliz, sólo logra imaginarse a las demás personas igualmente dichosas.

Y, en efecto, apenas hube golpeado la puerta tan familiar del castillo, me saludó, con singular claridad en la voz, el criado, que de ordinario solía presentarse tan servicial y carente de personalidad. Me preguntó de inmediato:

—¿Me permite el señor teniente que lo conduzca a la torre? Allí lo esperan las señoritas.

¿Por qué estaban tan inquietas sus manos, por qué me miraba tan radiante, por qué se adelantaba con tanta diligencia? Me pregunté qué le podía haber pasado. En tanto me dispuse a trepar por la escalera de caracol hasta la terraza. ¿Qué le pasa hoy al viejo José? La impaciencia parece consumirlo, no tiene más deseo que verme cuanto antes en la solana.

Pero si fué un placer para mí percibir esa alegría, no lo fué menos trepar en ese radiante día de junio, con piernas juveniles, por la escalera retorcida y mirar a través de los ventanales, ya al norte, ya al sur, ya al este o al oeste, por sobre el paisaje estival que se extendía al infinito. No me quedaban más que diez o doce escalones hasta la terraza, cuando algo inesperado me retuvo. De repente vibró en el caracol de la oscura escalera, misteriosamente, una melodía bailable, liviana, conducida por violines, secundada por violoncelos y sobre los que se destacaban los acentos graciosos de entrelazadas voces femeninas. Quedé asombrado. ¿De dónde procedía esa música, cercana y lejana a la vez, fantasmagórica y sin embargo terrenal, un trozo de opereta que parecía desprenderse del cielo? Tal vez tocaba una orquesta en una cercana hostería y el viento arrastraba la melodía, en sus últimas vibraciones delicadas, hasta aquí. Pero en seguida comprendí que esa orquesta del aire procedía de la terraza y tenía su origen en un simple fonógrafo. Me indigné contra mí mismo; en mi estupidez, no descubría en ese día más que encantamientos y milagros. ¡Como si fuera posible instalar toda una orquesta en una terraza tan estrecha como la de la torre! Pero subí unos pocos escalones más y volvió a abandonarme mi certeza. Indudablemente, esa música procedía de un fonógrafo; sin embargo, las voces, ese canto, eran demasiado libres y auténticos para salir de un cajoncito mecánico. Aquéllas eran voces de mujeres verdaderas, infantilmente alegres.

Me detuve y agucé el oído. Esa soprano tan tan colmada era la voz de Ilona, llena, bonita, abundante, tersa como sus brazos; ¿pero a quién pertenecía la segunda voz que la acompañaba? No la reconocí. Al parecer, Edith había invitado a una amiga, una muchachita atrevida, vivaracha, y tenía yo mucha curiosidad por ver esa alondra cantarina que se había instalado tan inesperadamente en nuestro tejado. Tanto mayor fué mi sorpresa cuando al llegar a la terraza observé que no estaban allí más que las dos muchachas, Edith e Ilona, y que era Edith quien reía y canturreaba con una voz completamente nueva, suelta, argentina y alada. Me azoré porque esa transformación de un día a otro no me pareció natural. Sólo una persona sana y segura puede cantar tan despreocupadamente, en el éxtasis de su bienaventuranza. Por otra parte, era imposible que esta muchacha hubiera sanado, a menos que se hubiese producido un milagro de la noche a la mañana. Me pregunté asombrado qué era lo que la había encantado de esa manera, entusiasmado a tal punto de que semejante seguridad dichosa fluyera de repente de su garganta y de su alma. Me resulta difícil explicar mi primera sensación; fué la de un malestar, como si hubiese sorprendido desnudas a las dos muchachas, pues, o la enferma me había ocultado hasta entonces engañosamente su carácter verdadero o —¿mas, por qué y cómo?— se había formado en ella una nueva personalidad en el transcurso de una sola noche.

Mi sorpresa creció más todavía cuando noté que las dos jóvenes no se mostraron confundidas en absoluto al notar mi presencia.

—¡En seguida! —exclamó Edith, dirigiéndose a mí; y luego a Ilona—: Detén el fonógrafo.

Y me llamó con un gesto a su presencia.

—¡Por fin! Lo he estado esperando todo este tiempo. ¡Pero, ahora, pronto! Cuente todo, pero muy, muy exactamente... Papá ha hecho una gran confusión, y al final no entendí nada... Usted ya sabe, cuando está nervioso, es incapaz de referir nada con orden y concierto... Figúrese, en medio de la noche, subió a mi habitación. Yo no podía dormir con esa tormenta horrible, tuve mucho frío, el viento penetraba por la ventana, y yo no tenía fuerzas para levantarme. Ojalá, me decía yo, que alguien despertara y viniera a cerrar la ventana. Y de repente oigo pasos que se acercan. Primero me asusté, porque eran las dos o tres de la madrugada, y en mi primer asombro no reconocí a papá, tan cambiado estaba. Se acercó sin más ni más, y no hubo forma de detenerlo... Si usted lo hubiera visto... reía y sollozaba... ¿Se imagina usted a papá riendo a carcajadas, loco de contento y saltando en un pie como un muchacho? Claro, cuando empezó a contar, me quedé tan perpleja que me resistí a creerlo... Pensé que papá soñaba o que yo misma estaba soñando. Pero luego subió también Ilona y charlamos y reímos hasta el amanecer... Pero, hable usted ahora..., diga..., ¿qué hay de esa cura nueva?

Así como tambaleamos y nos esforzamos vanamente por defendernos contra una ola que se precipita sobre nosotros, así traté de no ceder a mi consternación desmedida. Aquella última frase me explicó todo con la claridad y rapidez de un rayo. Yo y nadie más que yo había dado vida a esa voz nueva y resonante de la muchacha ingenua, nadie más que yo había depositado en ella esa certeza desdichada. Kekesfalva, sin duda, habíale referido lo que Condor me confiara. ¿Pero qué me había dicho Condor en concreto. . y qué había informado yo, a mi vez? Condor sólo se había expresado con suma cautela y yo, aturdido por mi compasión, ¿qué fantasías había agregado para que se aclarara toda una casa, rejuvenecieran los decaídos y se creyeran sanos los enfermos? Qué de cosas...

—¿Qué hay..., por qué titubea usted tanto? —me urgió Edith—. Bien sabe la importancia que para mí tiene cada palabra. Vamos, ¿qué le dijo Condor?

—¿Lo que dijo Condor? —repetí para ganar tiempo—. Verá... Ya sabe usted lo principal...

El doctor Condor espera obtener con el tiempo los mejores resultados. Si no me equivoco, piensa ensayar un nuevo método, y ya ha tomado los informes necesarios..., una cura muy eficaz... si... si he comprendido bien. Yo no entiendo nada de eso, pero de todos modos, usted puede confiar en él. Sí..., en fin, estoy seguro..., creo firmemente que él tendrá éxito.

Pero, o ella no se daba cuenta de mis subterfugios, o su impaciencia echó por tierra toda oposición.

—Ya sabía yo que así no íbamos a ninguna parte. Al final de cuentas, nadie nos conoce mejor que uno mismo. ¿Recuerda usted que le dije que esos masajes y aplicaciones eléctricas y esos aparatos eran insensateces? Todo eso dura demasiado... ¿Quién soporta tanta espera?... Ya ve usted, hoy mismo, y sin consultarlo, me quité esos aparatos. Y no se imagina usted el alivio que significa esto. En seguida caminé con mucha más facilidad. Creo que eran esas pesas malditas las que me trababan. Hace tiempo que me di cuenta que hay que proceder de otra manera. Pero... ahora cuente usted, rápidamente... ¿Qué método es ese de aquel profesor francés? ¿Es verdad que hay que hacer un viaje? ¿No es posible aplicarlo aquí mismo?... Odio tanto a los sanatorios; me asquean...; además, no quiero ver enfermos. Tengo bastante conmigo misma... Bueno; ¿cómo es el asunto?... Vamos, hable de una vez... Y sobre todo, ¿cuánto durará eso? ¿Es verdad que poco tiempo? Papá dice que ese profesor curó a un enfermo en cuatro meses y que ahora ese enfermo sube y baja las escaleras, se mueve, va y viene... ¡Si parece increíble!... Pero no se quede usted callado, cuente, cuente... ¿Cuándo empezará y cuánto tiempo durará eso?

"Hay que dar marcha atrás, me dije. No hay que permitir que se pierda en esa ilusión feroz, como si ya todo estuviera asegurado y garantizado". Por eso apacigüé con cautela:

—Desde luego, ningún médico puede fijar término de antemano. No creo que se pueda determinar ya... Además..., el doctor Condor sólo ha hablado en términos generales sobre ese método... Parece que da resultados muy buenos, dijo, pero su eficacia absoluta... claro está, sólo puede deducirse de caso en caso. De todos modos, hay que esperar hasta...

Pero su entusiasmo apasionado arrolló mi defensa insegura.

—¡Bah, bah, usted no lo conoce! Es imposible arrancarle una palabra concreta. Es terriblemente reservado. Pero cada vez que promete algo a medias, da un resultado espléndido. Se puede confiar en él, y usted no sabe cuánta necesidad tengo de terminar con esto o de cobrar siquiera una seguridad de que esto acabará... Siempre me dicen: paciencia, paciencia. Pero se debe saber hasta cuándo y hasta dónde ha de llegar esa paciencia. Si alguien me dijera que esto va a durar seis meses o un año más, yo diría: "Bien; acepto", y haría lo que se me pida...; pero gracias a Dios que hayamos llegado siquiera a esto. No se imagina qué alivio siento desde ayer. Tengo la sensación de haber empezado a vivir. Esta mañana fuimos a la ciudad; usted se asombra, ¿verdad? Ahora, desde que sé que estoy del otro lado, ya no me importa lo que diga la gente o lo que piense ni que me siga con la vista y me tenga lástima... Saldré ahora todos los días para convencerme a mí misma que hemos llegado al fin de esa espera e impaciencia estúpida. Para mañana, domingo, usted estará libre, seguramente, tenemos un gran proyecto. Papá me ha prometido que iremos a la caballeriza. Hace años que no he estado allí, cuatro o cinco años..., puesto que no quería salir más a la calle. Pero mañana iremos, y usted, desde luego, nos acompañará. Quedará asombrado, Ilona y yo hemos preparado una sorpresa. ¡Oh!... —se dirigió sonriente a Ilona—, ¿revelaré ahora mismo el gran secreto?

—Sí —contestó Ilona riendo igualmente.

—Pues oiga usted, teniente; papá quería que fuéramos en auto. Pero eso me parece dema-

cordé que José contaba que la vieja princesa maniática...; sabe usted, la dueña anterior del castillo, una persona repugnante...; en fin, que esa mujer hacía el viaje al *stud* en una carroza tirada por cuatro caballos. Ese trasto está aún en la cochería. Para que todo el mundo supiera que pasaba la señora princesa, ella hacía enganchar siempre los cuatro caballos, aun cuando fuera nada más que hasta la estación. En todo el contorno nadie tenía permiso de viajar en esa forma... Ahora, piense usted, qué fiesta será viajar una vez como la difunta princesa. Aun existe el viejo cochero...; es verdad, usted no conoce ese ejemplar, desde que tenemos auto, vive retirado; pero lo hubiera visto usted cuando le dijimos que íbamos a salir en la carroza; vino en seguida, rengueando, y lloró de alegría porque se lo restituía a sus funciones... Ya está todo convenido; saldremos mañana a las ocho..., hay que levantarse muy tempranito, y usted, claro está, pasará la noche aquí. No se puede negar. Le prepararán un bonito cuarto de huéspedes; Piszta irá al cuartel a buscar lo que usted necesite; además, mañana le daremos a Piszta su uniforme de lacayo, a la usanza de la princesa... ¡No, no; nada de réplicas! Usted tendrá que darnos ese gusto...

Siguió hablando de esta suerte, como si le hubieran dado cuerda. La escuché atontado, confundido todavía por la incomprensible transformación. Su voz había cambiado radicalmente; la entonación, antes tan nerviosa, ahora era ligera e ininterrumpida. El rostro que yo había conocido, parecía reemplazado por otro; el color rojo amarillento, de enferma, de su piel, ahora era un color fresco y sano, y de sus gestos había desaparecido todo lo voluble. La que estaba sentada frente a mí era una muchacha ligeramente embriagada, de pupilas refulgentes, con una boca animada y riente. Esa embriaguez sensual me penetró poco a poco, venciendo, como toda embriaguez, mi resistencia interior. Me engañé a mí mismo, diciéndome que tal vez aquel recurso era cierto o llegaría a serlo. Acaso no la había engañado, tal vez sanase de verdad dentro de poco tiempo. Al fin y al cabo no había mentido o, por lo menos, no había mentido demasiado; era verdad que Condor había leído algo sobre una curación estupenda, ¿y por qué no había de obtenerse también en esta muchacha ardiente y cuya confianza era conmovedora, en esta criatura sensitiva a la que la simple promesa de su restablecimiento hacía tan feliz y tan animada? ¿Por qué trabar, pues, esa alegría inmensa que le causaba tanto bien, por qué atormentarla con la pusilanimidad, puesto que la pobre ya había sido martirizada bastante? Y

el entusiasmo que él mismo creara con sus palabras vacías prende luego, de reflejo, como una fuerza real, así me penetró cada vez más triunfalmente la confianza que en realidad sólo había surgido de mis exageraciones dictadas por la compasión. Y cuando al cabo de un tiempo apareció el padre, nos encontró a todos con el humor más despreocupado; parloteando y forjando proyectos como si Edith ya estuviese restablecida y sana. Ella preguntó dónde podría aprender nuevamente a montar a caballo, y si los oficiales del regimiento vigilaríamos sus ejercicios y la ayudaríamos. Más aun, preguntó si el padre no debía dar ya el dinero que había prometido al cura para renovar el techo de la iglesia. Esa osadía, que anticipaba su restablecimiento como hecho consumado, le causaba una alegría tal y tan espontánea risa, demostraba tal ingenuidad de corazón, que se acalló en mí la última resistencia, y únicamente cuando me hallé solo en mi aposento, un recuerdo vago empezó a golpear desde dentro contra mi pecho: ¿No es exagerado lo que ella se promete? ¿No debería yo atemperar esa confianza peligrosa? Pero no permití a ese pensamiento que se concretara. ¿Para qué preocuparme por haber dicho demasiado o poco? Aun cuando había prometido más de lo que debía honradamente, esa piadosa mentira de la compasión había hecho feliz a Edith; y causar la felicidad de un ser, jamás puede significar un crimen ni una culpa.

❦ ❦ ❦

La excursión anunciada emprendióse muy de mañana con una pequeña fanfarria de alegría. Lo primero que oí al despertar en mi habitación limpia e iluminada por el sol que penetraba a raudales, fueron voces y risas. Me acerqué a la ventana y vi el enorme carromato de la princesa, admirado por toda la servidumbre y que, seguramente, había sido sacado de la cochera durante la noche. Era una magnífica pieza de museo, construída cien años atrás, por el carrocero de la corte vienesa, para algún antepasado de la princesa. La caja de la carroza, protegida por un ingenioso sistema de muelles contra los golpes de las macizas ruedas, estaba decorada con alegorías antiguas y escenas de arcadia, al estilo de los tapices viejos; posiblemente se habían apagado un tanto sus colores otrora vivos. En su interior, el vehículo, tapizado con seda, ocultaba multitud de comodidades refinadas, mesitas plegables, espejitos y frasquitos de perfume. Desde luego, ese enorme juguete de un siglo desaparecido impresionó primero de un modo irreal y carnavalesco, pero ello justamente tuvo el efecto grato de que los sirvientes se esforzasen, alegres, con un humor festivo, para poner el pesado carromato en la carretera. El maquinista del ingenio de azúcar demostró singular empeño para engrasar las ruedas, golpeó las llantas para probarlas, mientras se enganchaban los cuatro caballos adornados con ramos de flores como para un viaje de bodas, lo que ofreció oportunidad a Jonak, el viejo cochero, para impartir órdenes, orgulloso. Ataviado con la descolorida librea principesca y sorprendentemente ágil, pese a su gota, explicó todas sus artes y conocimientos a la servidumbre joven, que tal vez sabía ir en bicicleta y manejar un auto, pero que era incapaz de guiar acertadamente un doble tronco de caballos. Fué él también quien, en la noche anterior, había declarado al cocinero que el honor de la casa exigía perentoriamente que, en las cacerías del zorro y en otras escapadas similares, se sirviese, aun en los lugares más apartados, en medio del bosque o de un prado, un almuerzo tan distinguido y abundante, como en el comedor del castillo. Bajo su égida, el mucamo cargó manteles y servilletas de Damasco y cubiertos de plata, todo eso guardado en estuches adornados con el escudo y pertenecientes al tesoro de plata que antes había sido de propiedad de la princesa. Sólo después le fué permitido al cocinero,

visiones, pollos al *spiedo*, jamones y pasteles, panes recién horneados y cargamentos enteros de botellas, acomodada cada una en un lecho de paja para soportar sin peligro las vicisitudes de las carreteras accidentadas. Como representante del cocinero, participó del viaje un muchacho que debía servir las comidas y al que se señaló aquel lugar en la parte trasera del carricoche que en otros tiempos ocupaba el mensajero principesco.

Gracias a esas disposiciones minuciosas, los preparativos adquirieron una apariencia alegremente teatral, y como la noticia de la singular excursión se había difundido rápidamente por los alrededores, el espectáculo amable no careció de curiosos. De los pueblos vecinos habían acudido los campesinos con sus típicos trajes multicolores, mientras que del cercano asilo de pobres llegaron las mujeres apergaminadas y los hombrecillos canosos con sus infaltables pipas de barro. Pero sobre todo eran los niños de pies desnudos los que habían venido, de cerca y de lejos y los que, asombrados y encantados, contemplaban los caballos engalanados y al cochero, en cuyas manos sarmentosas y sin embargo fuertes todavía, se concentraban en un nudo misterioso los correajes largos de las riendas. Piszta no los entusiasmó menos. Todos lo conocían hasta entonces sólo en su uniforme azul de chofer, mientras que ahora, ataviado con una librea principesca, mantenía en su mano el cuerno argentado de caza, para dar la señal de partida. A ese efecto, era necesario que primero nos desayunásemos, y cuando finalmente nos acercamos al vehículo festivo, no pudimos menos que comprobar, divertidos, que ofrecíamos un aspecto mucho menos solemne que la suntuosa carroza y los lacayos brillantes. Kekesfalva dió un espectáculo un tanto cómico cuando subió al coche adornado con emblemas de extraña nobleza, tieso como una cigüeña negra, con su invariable *chaquet*. Uno hubiese querido ver a las muchachas vestidas al estilo rococó, con el cabello empolvado, con lunares negros en las mejillas, un abanico de plumas en la mano, y a mí mismo posiblemente me hubiera cuadrado mejor el uniforme albo de los tiempos de María Teresa, y no mi guerrera azul. Cuando por fin nos acomodamos en aquel carromato, Piszta se llevó el cuerno a la boca y un sonido claro se expandió por encima de los adioses y saludos agitados de la servidumbre reunida. El cochero hizo restallar su látigo diestramente en el aire, como un tiro. El primer envión del tremendo vehículo produjo una sacudida fortísima que nos hizo chocar unos contra otros, pero luego el bravo cochero dirigió los cuatro caballos muy hábilmente a través del portón.

No era en verdad de extrañar que en nuestro recorrido llamáramos mucho la atención y recibiéramos múltiples pruebas de respeto. Hacía varios lustros que no se había visto el carruaje principesco tirado por cuatro caballos, y los campesinos creían adivinar en su reaparición inesperada el aviso de un acontecimiento casi sobrenatural. Cuando en el camino se cruzaba otro vehículo con el nuestro, carros cargados de heno o una calesa campesina, el cochero desconocido bajaba rápidamente del pescante y detenía los caballos, quitándose a la vez el sombrero para dejarnos pasar. Dispusimos soberanamente de la carretera, y como en los tiempos feudales, éramos dueños de toda la tierra hermosa y abundante, con sus campos ondulados, hombres y animales. Es verdad que no fué rápido el viaje, en el pesado vehículo; en cambio nos ofreció la doble oportunidad de observar y comentar risueñamente muchas cosas, y de ello hicimos uso abundante, sobre todo las muchachas. Siempre lo nuevo encanta a la juventud, y todas esas extravagancias, nuestro carromato extraño, el respeto servil de la gente embobada ante nuestro aspecto extemporáneo, así como un centenar de pequeños incidentes, levantaban el ánimo de las dos niñas hasta una especie de embriaguez de aire y sol. Edith, principalmente, que desde hacía meses no había salido de la casa, puede decirse que exteriorizaba su alegría incontenible comunicándola al hermoso día estival.

Nos detuvimos primero en una pequeña aldea donde, a la sazón, las campanas echadas a vuelo llamaban a misa. Y fué Edith quien, inesperada e intempestivamente, exigió que nos apeáramos todos para asistir a la misa.

Una emoción extraordinaria se apoderó de la honrada gente de campo cuando vió que en su modesta plaza del mercado se detenía una carroza tan descomunal y que el rico Kekesfalva, a quien todos conocían de oídas, se disponía a oír misa con su familia —entre la que, al parecer, me contaban a mí—, justamente en su pequeña iglesia. Salió corriendo el sacristán, como si ese ex Kaffitz fuera el príncipe Orosvar en persona, y nos comunicó solícitamente que el cura nos esperaría para iniciar el servicio religioso. La gente alineóse en dos hileras, con las cabezas respetuosamente inclinadas, y la venció una visible emoción cuando advirtieron la fragilidad de Edith, que hubo de apoyarse en José e Ilona y dejarse conducir por ellos. La gente sencilla se estremece siempre cuando reconoce que la desgracia no tiene empacho en cebarse una que otra vez furiosamente en algún "rico". Se inició un murmullo, y las mujeres aportaron solícitas unas almohadas para que la tullida pudiera sentarse lo más cómodamente —desde luego—, en la primera fila, que se había vaciado en un santiamén; se tenía casi la impresión de que el cura celebraba la misa para nosotros con singular solemnidad. Yo mismo me sentí conmovido por la sencillez encantadora de esa iglesita; el canto claro de las mujeres, el tosco y un poco torpe de los hombres, las voces ingenuas de los niños, me parecían traducir una fe más pura y más inmediata que las muchas ceremonias suntuosas a que estaba acostumbrado los domingos en la catedral de San Esteban o en la iglesia de los Agustinos, en Viena. Pero me distrajo de mi propio recogimiento, contra mi voluntad, una ojeada que eché sobre Edith, mi vecina, observando casi aturdido el fervor ardiente con que oraba. Hasta entonces nunca había podido sospechar por signo alguno que ella hubiera sido educada o predispuesta en un sentido de beatitud; mas entonces observé una suerte de oración que no era, como la de la mayoría, un hábito aprendido; el pálido rostro inclinado como de alguien que marcha contra un huracán, las manos aferradas al reclinatorio, los sentidos externos introvertidos, y repitiendo sólo inconscientemente y murmurando las palabras, toda su actitud revelaba la tensión de un ser empeñado en conseguir algo extremo con todas sus fuerzas concentradas. Comprendí en seguida que se dirigía a Dios con una solicitud determinada y que quería algo de El. No era difícil adivinar lo que demandaba la inválida.

Cuando, después de concluído el servicio religioso, ayudamos a Edith a subir al coche, ella permaneció largo tiempo ensimismada. No pronunció palabra. Aquella media hora de lucha fervorosa parecía haber agotado y cansado sus sentidos. Nosotros, desde luego, también nos mantuvimos reservados. Fué así un viaje silencioso y poco a poco adormecedor, hasta que minutos antes de mediodía llegamos a la caballeriza.

Allá, sin embargo, se nos hizo un recibimiento extraordinario. Los mozos de la vecindad —al parecer informados de nuestra llegada— habían elegido los caballos más indómitos y vinieron a nuestro encuentro en una fantasía arábiga, al más tendido de los galopes. Esos muchachos tostados por el sol, jubilosos, con la camisa abierta, con anchas bombachas blancas y agitando en las manos sombreros adornados con cintas largas y multicolores, ofrecían un espectáculo bellísimo; como una horda de beduínos se acercaron tempestuosamente, montados en pelo como llevados por el propósito de arremeter contra nosotros. Nuestros caballos aguzaron las orejas, y el viejo Jonak tuvo que tirar de las riendas apoyando fuertemente los pies, cuando la horda salvaje, a un silbido repentino, formó artísticamente una columna cerrada, que luego nos acompañó, como cortejo loco de alegría, hasta la caballeriza.

Allí, un oficial de caballería como era yo, encontró muchas cosas dignas de atención. A las dos muchachas les fueron presentados unos potrillos, y ellas quedaron encantadas con los animalitos, tímidamente curiosos, con sus patas angulosas y torpes, y sus bocas que aun no sabían mordisquear bien los trozos de azúcar que les ofrecían. En tanto todos estábamos alegremente ocupados, el ayudante cocinero había preparado, al aire libre, bajo la dirección cuidadosa de Jonak, un refrigerio magnífico. Pronto el vino resultó tan fuerte y bueno que nuestra alegría, hasta entonces atemperada, se manifestó cada vez más exaltada. Todos charlábamos más animados, en tono de mejor camaradería, con más franqueza que nunca, y así como ninguna nubecilla cruzaba el cielo que parecía de seda azul, tampoco cruzó por mi mente, en todas esas horas, el pensamiento ensombrecedor de que siempre había conocido enferma, desesperada, trastrocada, a aquella muchacha delicada que reía más cordial, más fuerte y más alegremente que todos, y que aquel señor de edad que revisaba y palmoteaba a los caballos con la pericia de un entendido, que bromeaba con todos los mozos y les obsequiaba propinas, era el mismo que dos días atrás me había sorprendido de noche con su aspecto sonámbulo, impelido por un temor demente. También tuve dificultad en reconocerme a mí mismo. Mis miembros parecían funcionar particularmente ágiles, como si se hubieran aceitado mis articulaciones. Mientras, después de la comida, Edith fué llevada al dormitorio de la mujer del administrador, monté una serie de caballos para probarlos. Efectué carreras con algunos de aquellos mozos a través de los prados y percibí, al soltar las riendas, como una sensación de libertad, hasta entonces ignorada. ¡Quién pudiera quedarse aquí, no subordinado a nadie, libre en los campos libres, libre y alado! Sentí pesar cuando después de haber galopado con la mirada en el horizonte, oí desde lejos el llamado del cuerno de caza que anunciaba el regreso.

El experto Jonak había elegido para el retorno un camino distinto, ya sea para brindarnos una variación, ya sea porque aquella ruta conducía bastante tiempo a través de un fresco bosquecillo. Todo se enlazaba felizmente en ese día, y para terminar, nos aguardaba la mejor de las sorpresas. Pentrando en un insignificante pueblecito, como de veinte casas, el único camino que atravesaba ese villorrio apareció casi totalmente cerrado por una docena de carros con adrales. Era extraño que no hubiera nadie para despejar la ruta, a fin de que pudiera pasar nuestro ventrudo carruaje; parecía que la tierra se hubiese tragado a toda la gente de la vecindad. Pero no tardó en quedar explicado este abandono más que dominical, pues apenas Jonak hizo silbar con mano diestra su látigo enorme, produciendo un ruido que parecía un pistoletazo, acudieron varias personas y se produjo una confusión divertida. Resultó que el hijo del campesino más rico de la región celebraba sus bodas con una parienta sobre el otro villorrio. Del extremo opuesto de la calle cerrada, donde se había vaciado un granero para convertirlo en pista de baile, llegó precipitado y encarnado, lleno de solicitud, el padre del novio, un hombre bastante corpulento, para presentarnos sus saludos. Es posible que creyera que el célebre Kekesfalva hubiera hecho enganchar los cuatro caballos expresamente para hacerles, a él y a su hijo, el honor de presenciar la fiesta de sus bodas; también puede ser que su vanidad lo hubiera inducido a aprovechar nuestro paso casual para engrandecer su prestigio local ante los demás. De todos modos, solicitó con muchas reverencias que el señor Kekesfalva y sus acompañantes tuvieran la bondad de tomar una copa de su vino húngaro de cosecha propia a la salud de la joven pareja, mientras quedaba libre el paso. A nuestra vez, estábamos de un humor demasiado alegre como para negarnos a una invitación tan sincera. Edith fué sacada cuidadosamente, y penetramos a través de una doble hilera ancha, murmurante

y admirada, formada por gente respetuosa, hasta el rústico salón de baile.

En ese salón, que ya dijimos era un granero, figuraban a la izquierda y a la derecha unos estrados montados con tablones sobre barriles de cerveza vacíos. A la derecha estaban sentados, en torno a una mesa larga, cubierta con manteles de hilo blanco y de abundantes botellas y manjares, con la pareja de novios, los respectivos parientes, así como los dignatarios inevitables, el cura y el oficial de policía. En el estrado opuesto se habían instalado los músicos, unos gitanos bigotudos y bastante románticos que tocaban el violín, el contrabajo y un címbalo. En medio del granero agolpábanse los huéspedes, mientras los chicos, que ya no cabían en ese espacio repleto, asistían a la fiesta mirando desde la puerta o dejando colgar sus piernas entre las vigas del techo.

Algunos de los parientes menos distinguidos tuvieron que salir del estrado de honor para cedernos su lugar, y cundió la admiración por la llaneza de los grandes señores cuando nos mezclamos sin más ni más entre aquella buena gente. Tambaleante de emoción, el mismo padre del novio fué en busca de un enorme jarrón de vino, llenó las copas y gritó:

—¡A la salud del distinguido señor!...

Pero su grito propagóse como un eco fervoroso hasta el medio de la carretera. Luego aquel buen hombre trajo a la rastra a su hijo y a la flamante esposa de éste, una muchacha tímida, un poco gruesa, a quien el traje abigarrado y solemne, así como la blanca corona de mirtos, prestaban un aspecto conmovedor. Encarnada de emoción y un poco torpe, dobló la rodilla ante Kekesfalva y besó con respeto la mano de Edith, quien de súbito se emocionó visiblemente. Una ceremonia de bodas siempre confunde a las muchachas, porque en ese instante se adueña de su alma una solidaridad misteriosa del sexo. Sonrojada, Edith atrajo hacia sí a la humilde muchacha, la abrazó, y obedeciendo a una inspiración repentina, quitóse del dedo un anillo — un fino anillo antiguo, no muy costoso — y lo colocó en el dedo de la novia que, a su vez, quedó completamente conmovida por ese regalo inesperado. Miró aturdida a su suegro, como preguntándole si debía aceptar realmente un regalo tan precioso. Apenas aquél consintió con una inclinación orgullosa de la cabeza, la muchacha rompió a llorar de la más pura felicidad. De nuevo nos inundó una ola entusiasta de gratitud; de todas partes se agolpó la gente sencilla y se notaba en sus miradas que les hubiera gustado hacer algo especial para demostrarnos su agradecimiento; pero nadie se atrevió a dirigir siquiera la palabra a tan grandes señores. La vieja campesina tambaleaba, con los ojos llenos de lágrimas, pasando como una ebria del uno al otro, cegada por el honor que se dispensaba a las bodas de su hijo, en tanto que éste miraba, en su cortedad, ya a su novia, ya sus pesadas y lustrosas botas.

En ese momento, Kekesfalva hizo lo más prudente para poner coto a tantas muestras de respeto que ya empezaban a molestarnos. Apretó las manos del novio y de su padre, así como de algunos dignatarios, y les rogó que no se interrumpiese la hermosa fiesta por nuestra culpa. Pidió que la gente joven siguiese bailando a su gusto, ya que no nos podían dar mayor alegría que continuando su diversión sin miramientos. Al mismo tiempo hizo una señal al primer violinista, quien, con su instrumento bajo el brazo, esperaba al pie del estrado deshaciéndose en reverencias interminables, le arrojó un billete de banco y le significó que reiniciara la música. Aquel billete debió haber sido bastante cuantioso, pues el gitano enderezóse como tocado por una corriente eléctrica, se precipió sobre el estrado, hizo un guiño a los músicos y al instante los cuatro mozos tocaron como sólo saben hacerlo los húngaros y los gitanos. Al momento se formaron las parejas y se reinició el baile, más animado y alegre que antes, pues todos, muchachos y muchachas, sentían inconscientemen-

los húngaros auténticos. Al cabo de un minuto, el recinto, que acababa de estar sumido en un silencio respetuoso, se había transformado en un ardiente torbellino de cuerpos que se balanceaban, saltaban y zapateaban. A cada compás entrechocaban los vasos, sobre las mesas, a efectos del impetuoso entusiasmo de la juventud enardecida.

Edith miraba con ojos refulgentes esa batahola. De repente sentí su mano sobre mi brazo.

—Usted también tiene que bailar —me dijo.

Afortunadamente, la novia no había sido arrastrada aún al torbellino y seguía contemplando embebida el anillo en su dedo. Cuando me incliné delante de ella, el honor impropio la hizo sonrojar primero, pero terminó por dejarse llevar gustosa. Nuestro ejemplo infundió valor al novio. Este, fuertemente pellizcado por su padre, invitó a Ilona, y entonces, el cimbalista arremetió más furiosamente todavía contra su instrumento, y el primer violín se contorsionó como un diablo negro y bigo-

tudo; no creo que antes o después se haya bailado en aquel pueblo tan alegremente como en ese día de bodas.

Pero aun el cuerno de la abundancia de las sorpresas no se había vaciado del todo. Sugestionada por el regalo generoso que recibiera la novia, una de aquellas viejas gitanas, que nunca faltan en tales fiestas, habíase abierto camino hasta el estrado y trató de convencer a Edith de que se dejara decir la buenaventura por las líneas de la mano. La muchacha se mostró visiblemente molesta. Curiosa por una parte, se avergonzó por la otra de ceder a tal charlatanería en presencia de tantos espectadores. Salvé la situación sacando al señor von Kekesfalva y a todos los demás suavemente del estrado a fin de que nadie pudiera oír palabra de aquellas profecías misteriosas, y los curiosos no tuvieron más remedio que mirar desde lejos, sonrientes, cómo la vieja arrodillada delante de Edith tomaba sus manos con gran misterio para estudiarlas. Todo el mundo conoce en Hungría los eternos recursos de estas mujeres que a todos predicen lo más grato para aprovecharse luego, por adelantado, de su buena nueva. Ante mi sorpresa a Edith parecía emocionar de extraño modo todo cuanto aquella mujer encorvada le susurraba al

aquel temblor de las ventanillas de su nariz que siempre acompañaba su excitación. La escuchó inclinándose cada vez más y mirando de vez en cuando, temerosa, a su alrededor, para asegurarse de que nadie la oía; luego llamó con un gesto a su padre, le susurró una orden, y él, condescendiente como siempre, sacó su cartera y entregó a la gitana varios billetes. El importe debe haber sido grande, de acuerdo a los conceptos aldeanos, pues aquella mujer afanosa dejóse caer al suelo y besó el borde de la falda de Edith, como una endemoniada, pasando sus manos agitadamente, con conjuros incomprensibles, sobre las piernas tullidas. Luego se levantó de golpe y salió corriendo como si temiera que alguien pudiera arrebatarle su fortuna.

—Vámonos ahora — propuse en voz baja a Kekesfalva, pues observé que Edith había palidecido.

Fuí en busca de Piszta; éste e Ilona sostuvieron y ayudaron a llegar a la muchacha, que tambaleaba sobre sus muletas, hasta el coche. De inmediato se interrumpió la música, y toda esa buena gente empeñóse en acompañarnos hasta fuera con gestos y gritos. Los músicos rodearon el carruaje para tocar una última pieza; todo el pueblo gritaba y deliraba: "¡Viva, viva, viva!"; y el bueno de Jonak tuvo mucho trabajo para dominar a los caballos, que no estaban acostumbrados a semejante gritería y bullicio guerrero.

Yo iba un poco preocupado por Edith, que estaba sentada en el coche frente a mí. Seguía temblando todo su cuerpo; parecía embargada por una emoción violenta. De repente estalló en sollozos. Pero fueron sollozos de felicidad. Reía mientras lloraba y lloraba mientras reía. Indudablemente la gitana le había predicho su pronto restablecimiento y tal vez algo más.

—Déjenme, déjenme — se defendía nerviosa la sollozante muchacha. Parecía encontrar un placer nuevo y extraño en esas sacudidas —. Déjenme, déjenme — repetía —. Ya sé que esa vieja es una mentirosa. Ya lo sé. Pero ¿por qué no ser tonta una vez? ¿Por qué no ser feliz con el engaño?

❦ ❦ ❦

Ya era muy tarde cuando volvimos a cruzar el portón del castillo. Todos me instigaron para que me quedase a cenar. Pero no quise. Tuve la sensación de que esa jornada había sido harto aprovechada. Había sido perfectamente feliz durante todo ese dorado día de verano, y cualquier agregado sólo podía disminuirlo. Preferí volver entonces por el sendero tan conocido, con el alma suavizada y quieta como el aire estival después de la jornada ardiente. No quise detenerme más; sólo anhelaba recordar agradecido y, sobre todo, reflexionar. Me despedí, pues antes de la hora. Las estrellas brillaban y tuve la sensación de que me iluminaban cariñosamente. El viento pasaba apagado sobre los campos que se ensombrecían, llenos de un halo oscuro, y yo pensé que su canto estaba destinado a mí.

Cuando por fin llegué al cuartel, hallé ante la puerta de mi pieza al ordenanza que me esperaba. Observé por primera vez (todo eran sensaciones nuevas para mí, en ese día) su cara redonda, fiel y sana. Quise darle una alegría y pensé regalarle algún dinero para que convidara a su muchacha con unos vasos de cerveza. Iba a darle permiso para ese día y toda la semana siguiente. Ya me había llevado la mano al bolsillo para sacar una moneda de plata, cuando él se cuadró y me informó, con las manos en la costura del pantalón:

—Ha llegado telegrama para usted.

¿Un telegrama? Me sentí en seguida incómodo. ¿Quién podía querer algo de mí en este mundo? Sólo una cosa adversa podía buscarme con tal premura. Me acerqué rápidamente a la mesa donde estaba el inesperado papel cuadrado y doblado. Abrí el sobre con dedos impacientes. No era más que una veintena de palabras que informaban con cortante claridad:

hablarle antes urgencia. Espérole cinco horas "Fonda Tirolesa". — *Condor*".

Sospeché de inmediato que Condor venía para exigirme una rendición de cuentas. Ahora se trataba de pagar el precio de un exceso propio y otro ajeno.

* * *

Con la puntualidad de la impaciencia, y por consiguiente con un cuarto de hora de anticipación, penetré en aquella fonda, y exactamente a la hora convenida llegó Condor desde la estación, en un coche. Vino a mi encuentro sin formulismo alguno.

—Celebro que haya sido puntual. Ya sabía que podía confiar en usted. Lo mejor será arrinconarnos en seguida allá. El tema de nuestra conversación no admite testigos.

Creí notar un cambio en su modalidad displicente. Agitado y dominándose a la vez, encaminóse hacia una mesa y ordenó casi groseramente a la camarera comedida:

—Un litro de vino. El mismo de anteayer. Y luego, déjenos solos. Ya la llamaré.

Tomamos asiento. Y aun antes de que la camarera terminara de servir el vino, él ya empezó diciendo:

—No perdamos palabras; tengo prisa; aquella gente podría sospechar e imaginarse que estamos conspirando aquí. Bastante trabajo me costó deshacerme del chofer, que quería llevarme inmediatamente, a toda costa. Pero vamos *in medias res*, para que usted sepa en qué estamos. He aquí, pues, que anteayer recibí un telegrama. "Ruégole, estimado amigo, que venga pronto. Esperámosle todos impacientísimos. Lleno de confianza y agradecido, su Kekesfalva". No me gustaron esos términos "pronto" e "impacientísimos". ¿A qué de repente tanta impaciencia? Sólo hace dos días que revisé a Edith. Y luego, ¿a qué esa seguridad telegráfica de su confianza y de su gratitud especial? No tomé la cosa demasiado a pecho y archivé el telegrama; al fin y al cabo, el viejo se permite más de una vez semejantes raptos. Pero ayer, por la mañana, sí que tuve un susto. Pues ¿no me llega una carta kilométrica de Edith, un expreso, completamente loco y extático, en el que me decía que sabía desde un principio que yo era la única persona del mundo que iba a salvarla y que se sentía incapaz de expresarme la felicidad que la embargaba porque finalmente habíamos llegado a ese punto? Me escribía, recalcaba, sólo para asegurarme que podía confiar absolutamente en ella, que *cargaría* con cuanto le ordenase, por más difícil que fuera, pero que comenzara inmediatamente con el nuevo tratamiento, que ella ardía de impaciencia. Y otra vez: que exigiera de ella lo que fuese, pero que empezara cuanto antes. Y así por el estilo. Esa mención del tratamiento nuevo me orientó. Comprendí en seguida que alguien debía haber charlado con el viejo o con la hija sobre la cura del profesor Viennot; estas cosas no se sacan del aire. Y este alguien, desde luego, no puede haber sido nadie más que usted.

Debí haber hecho involuntariamente un movimiento, pues él en seguida me atajó:

—Le ruego que no discutamos ese punto. No he hablado con nadie más, ni he hecho la menor mención a nadie de aquel método del profesor Viennot. Sobre su conciencia pesa, única y exclusivamente, si allá en el castillo creen que dentro de unos meses todo desaparecerá como barrido por una escoba. Pero ya le digo, ahorrémonos todas las recriminaciones: los dos hemos charlado, yo con usted y usted muy abundantemente con los demás. Habría sido mi deber ser más previsor frente a usted. Al fin y al cabo, la atención de los enfermos no es su oficio, y ¿de dónde había de constarle a usted que los enfermos y sus parientes usan un vocabulario distinto al de la gente normal y que para ellos cada "tal vez" se transforma de inmediato en un "seguro", de manera que hay que infiltrarles la esperanza en gotas cuidadosamente destiladas para que el optimismo no les suba a la cabeza tornándolos rabiosos? A este punto hemos llegado ahora: ¡lo pasado, pasado! Pongamos punto final a la cuestión de la responsabilidad. No le he rogado que venga aquí para perorar con usted. Sólo me creo obligado, después de haberle mezclado en mis asuntos, a informarle sobre la verdadera situación. Por eso lo invité.

Condor levantó por primera vez la frente y me miró francamente. Pero no había severidad en su mirada. Al contrario, tuve la impresión de que me compadecía. Su voz se apaciguó:

—Yo sé, mi querido teniente, que le afectará penosamente cuanto he de comunicarle ahora. Pero, repito: no es éste el momento para sentimentalismos. Yo le conté que, a raíz de aquel informe publicado por la revista médica, escribí de inmediato al profesor Viennot, solicitando detalles. Creo que no dije nada más que eso. Pues bien, ayer en la mañana llegó su respuesta, justamente con el mismo correo que me trajo la carta desbordante de Edith. A primera vista, su informe parece positivo. Viennot obtuvo, efectivamente, buenos éxitos en aquel paciente y en algunos más. Pero por desgracia, y éste es el punto doloroso, su método no puede aplicarse en nuestro caso. Sus curaciones se refieren a la descomposición de la medula espinal de base tuberculosa, donde — le ahorraré los detalles profesionales — un cambio de la presión puede restablecer el funcionamiento completo de los nervios motores. En nuestro caso, en el que aparece atacado el sistema nervioso central, no son practicables los procedimientos del profesor Viennot, el permanecer acostado, inmovilizado por un corset, con simultánea radiación solar, así como su método especial de gimnasia. Su sistema, por desgracia, resulta completamente ineficaz para Edith. Exigir a la pobre muchacha todos esos esfuerzos complicados, significaría seguramente martirizarla en balde. Bien; esto es lo que creí de mi deber comunicarle. Ahora usted sabe cuál es la situación y de qué manera tan despreocupada trastornó a esa pobre muchacha con la esperanza de que dentro de unos pocos meses podría volver a bailar y saltar. De mi boca jamás habría escuchado una afirmación tan estúpida. Es justo que todos se atendrán ahora a usted, quien, tan precipitadamente, les prometió no sólo el roo y el moro, sino que también la luna y las estrellas. Al fin y al cabo, usted y nadie más que usted, es quien ha hecho ese desbarajuste.

Sentí que se me entumecían los dedos. Todo esto lo había presentido inconscientemente desde el instante en que vi aquel telegrama sobre mi mesa. Sin embargo, tuve la sensación de recibir un golpe con una maza en la cabeza, cuando Condor me explicó la situación tan escueta y positivamente. Sentí una necesidad instintiva de defenderme y atiné a decir:

—¿Pero cómo?... Yo sólo quise lo mejor... Si le dije algo a Kekesfalva.

—Ya sé, ya sé — me interrumpió Condor —. Es natural que él se lo haya sacado a la fuerza, es realmente capaz de dejarle a uno indefenso con su insistencia desesperada. Ya sé que usted sólo tuvo esa debilidad por compasión, por el motivo más noble y humano. Pero creo que ya le advertí una vez: la compasión es un arma de doble filo; el que no sabe manejarla, que no la toque con la mano, y menos con el corazón. Sólo al principio la compasión..., igual que la morfina..., resulta beneficiosa para el enfermo, un remedio, un recurso; pero cuando no se sabe dosificarla y suprimirla a tiempo, se convierte en veneno mortal. Las primeras inyecciones causan un bien, calman, apaciguan el dolor, pero por fatalidad, el organismo, tanto el cuerpo como el alma, están dotados de una fuerza de adaptación tremenda. Así como los nervios exigen cada vez más morfina, así el sentimiento exige cada vez más compasión, y al final reclama más de lo que es posible dar. Y llega indefectiblemente el momento, acá y allá, en que hay que decir que "no" y en que no se debe fijar uno en el hecho de que el enfermo lo odia por esa última negativa como si jamás se le hubiera ayudado y tal vez más aún. Sí, mi teniente; hay que poner freno a la compasión, de lo contrario causa más daño que toda la indiferencia... Eso lo sabemos los médicos, y lo saben los jueces y los alguaciles, y los prestamistas...; si todos ellos sólo dieran rienda suelta a su compasión, se paralizaría nuestro mundo. Es cosa muy peligrosa la compasión, muy peligrosa. Ya ve usted a qué ha conducido su debilidad en este caso.

—Sí, pero..., pero es que uno no puede abandonar a un hombre en su desesperación... Al fin y al cabo, nada significaba el que yo tratara...

—Ya lo creo que significaba algo... Es una gran responsabilidad, una responsabilidad peligrosa con la que uno carga cuando se burla de otro con su compasión. Un hombre hecho y derecho, antes de intervenir en un asunto, debe reflexionar hasta qué punto está dispuesto a proseguir. No es cuestión de jugar con los sentimientos ajenos. Admito que usted engañó a esa gente por los motivos más honrados y rectos, pero en nuestro mundo no importa que se proceda con dureza y timidez, sino que cuenta únicamente lo que se consigue o se desbarajusta al final. Compasión; muy bien, pero existen dos clases de compasión. Una cobarde y sentimental que, en verdad, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo antes posible de la emoción molesta que causa la desgracia ajena, aquella compasión que no es compasión verdadera, sino una forma instintiva de ahuyentar del alma propia la pena extraña. La otra, la única que importa, es la compasión no sentimental pero productiva, la que sabe lo que quiere y está dispuesta a compartir un sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas y aún más allá de ese límite. Sólo se puede ayudar a los hombres cuando se va hasta el final, hasta el término extremo y amargo, y cuando se posee la gran paciencia. Sólo cuando uno se sacrifica a sí mismo, puede ayudar; sólo entonces.

En su voz vibraba un tono amargo. Sin querer recordé lo que Kekesfalva me había contado acerca del matrimonio de Condor con una mujer ciega, a la que no lograra curar, casi como un castigo, y esa ciega, en vez de quedarle agradecida, aun lo atormentaba. Pero ya él había colocado su mano, cálida y casi tiernamente, sobre mi brazo.

—No vaya a creer que estoy enojado. Su sentimiento lo ha vendido; eso le puede pasar a cualquiera. Pero al grano, ahora; comprenderá usted que yo no lo he citado aquí para parlotear sobre psicología. Tenemos que hablar sobre el aspecto práctico del caso. Desde luego, es necesario que procedamos de acuerdo. No puede ser que usted desbarate por segunda vez mis planes. Escuche, pues. Después de la carta de Edith, debo suponer, por desgracia, que nuestros amigos ya se han entregado por completo a la ilusión de que, mediante aquel procedimiento inaplicable, se podrá hacer desaparecer como con una esponja toda esa enfermedad complicada. Aun cuando esa locura ya se ha asentado con bastante profundidad, tenemos que extirparla de inmediato; cuanto antes lo hagamos, tanto mejor para todos nosotros. Ellos, claro está, sufrirán un choque violento; la verdad siempre es una medicina amarga, pero es necesario impedir que esa ilusión prospere. Deje eso por mi cuenta, ya procederé en la forma más cautelosa. Ahora hablemos de usted. Lo más cómodo para mí sería, por cierto, descargar toda la culpa sobre usted decir que usted me ha interpretado mal, que ha exagerado o soñado. Sin embargo, no haré tal cosa, sino que preferiré cargar con todo. Pero ya le digo, no puedo excluirlo totalmente de ese juego. Usted conoce al viejo y su perseverancia terrible. Aunque le explicara el asunto cien veces y le enseñara la carta, insistiría: "Pero si usted le prometió al señor teniente... Pero si el teniente dijo...", se referirá en forma incansable a usted, para convencerse y convencerme a mí de que, a pesar de todo, existe alguna esperanza. Si usted no me sirve de testigo, no podré acabar con él. No se pueden bajar las ilusiones de golpe, como el mercurio del termómetro. Si una vez se ha

alentado un mínimo de esperanza en uno de esos enfermos que con tanta crueldad se llama incurables, éste convierte una pajita en viga y la viga en toda una casa. Pero estos castillos en el aire son sumamente perniciosos para los enfermos, y como médico, estoy en el deber de derribar ese castillo sin pérdida de tiempo, antes de que en él se aniden las esperanzas exaltadas. Por eso hace falta que procedamos con energía y sin pérdida de tiempo.

Condor se detuvo. Al parecer, esperaba mi asentimiento. Pero no me atreví a buscar su mirada; en mi imaginación se perseguían, azuzados por fuertes latidos del corazón, los cuadros del día anterior. Recordé cómo atravesamos, alegres, el paisaje estival y cómo la cara de la niña irradiaba luz y felicidad. Cómo acariciaba los potrillos, cómo estaba sentada igual que una reina en la fiesta, y cómo el viejo derramaba lágrimas, con la boca riente y convulsivamente contraída. ¡Destruir todo esto de un solo golpe! ¡Retransformar a la que se había transformado! Y arrojar de nuevo a los infiernos de la impaciencia a la que tan magníficamente se había libertado. No; yo sabía que nunca me prestaría a semejante crueldad. Por eso manifesté, apocado:

—¿Y no podría?... — pero me detuve de nuevo bajo su mirada escrutadora.

—¿Qué? — preguntó el médico, secamente.

—Quería decir, si... si no sería preferible esperar con esa noticia... siquiera unos días. Porque... porque... ayer tuve la impresión de que ella estaba ya por completo predispuesta para esta cura..., quiero decir, interiormente preparada..., y ahora tendría, como usted decía aquella noche, las fuerzas psíquicas... Se me antoja que ahora estaría en disposición para exigirse mucho más... si por un tiempo se la dejara con la confianza que este nuevo procedimiento, del que espera todo, la curaría definitivamente. Usted... usted no ha visto...; usted no puede imaginarse el efecto que le causó el simple anuncio... Yo tenía la impresión de que ella hasta se movía con mucha más facilidad... y digo, ¿no convendría dejar surtir efecto?... Claro que... — bajé la voz porque noté que Condor me miraba sorprendido —. Claro stá, yo no entiendo nada de eso...

Condor siguió mirándome. Luego rezongó:

—¡Vean, vean! ¡Saulo entre los profetas! Usted parece haberse empapado extraordinariamente de este asunto; hasta recuerda aquello de las "fuerzas psíquicas". Y además, sus observaciones clínicas..., sin saberlo, resulta que, chia a la callando, he dado con un auxiliar y consejero. Además —se rascó la cabeza pensativamente, con mano nerviosa—, lo que está diciendo no es del todo insensato, perdone; quiero decir, desde luego, insensato desde el punto de vista médico. ¡Qué cosa más rara! Cuando recibí la carta exaltada de Edith, yo mismo me pregunté por un instante si no debía aprovechar ese estado de ánimo apasionado, después de que usted habló y le hizo creer que su restablecimiento se aproximaba con botas de siete leguas... No está mal pensado, señor colega. Sería facilísimo poner en escena este asunto: yo la mando al Engadina, donde tengo un médico amigo, la dejamos en la creencia bienaventurada de que aquélla es la cura nueva, mientras en realidad sólo es la vieja. De primera intención, el efecto sería seguramente magnífico, y recibiríamos montones de cartas entusiastas y agradecidas. La ilusión, el cambio de aire y de lugar, el mayor despliegue de energías, todo esto contribuiría tanto al éxito del tratamiento como al de la mentira. Y, finalmente, quince días en el Engadina también le harían mucho bien a usted y a mí. Pero, mi querido teniente, como médico no sólo debo pensar en el principio, sino también en la prosecución y, sobre todo, en el fin. Debo incluir en mi especulación la recaída que se produciría inevitable; sí, inevitablemente, dadas esas esperanzas locamente exageradas. Aun como médico, soy ajedrecista, dedicado a un juego de paciencia y no a un juego de azar, al que no me puedo entregar, sobre todo cuando es otro el que ha de pagar la apuesta.



CUERDAS PARA RELOJES

Uno de los puntos débiles en el funcionamiento de los relojes lo constituye la cuerda. Es bastante frecuente que esta acerada espiral se quiebre de pronto y nos deje sin saber la hora en que vivimos. Para subsanar este inconveniente se está utilizando para cuerdas de reloj una nueva aleación de acero, que contiene 42 % de níquel, 5 % de cromo, 2,5 % de titano y 0,5 de aluminio, que da excelentes resultados.

—Pero, pero usted mismo opina que se podría obtener una mejoría sensible.

—Ciertamente; a la primera arremetida, adelantaríamos un buen trecho. Las mujeres reaccionan siempre sorprendentemente a los sentimientos y las ilusiones; pero imagínese usted mismo la situación dentro de unos meses, cuando se han agotado las llamadas fuerzas psíquicas de que hablamos, cuando se ha consumido la voluntad enardecida, desbaratado la pasión y cuando, al cabo de semanas y más semanas de la tensión más enervante, no se produce el restablecimiento, el restablecimiento total con que ahora ella cuenta como cosa cierta. Imagínese usted el efecto catastrófico de todo esto sobre una criatura sensible y consumida por la impaciencia. No se trata en nuestro caso de una mejoría pequeña, sino de algo fundamental, del cambio de un método lento y seguro de la paciencia por otro atrevido y peligroso de la impaciencia. ¿Cómo podrá tenerme confianza, a mí o a otro médico, a una persona cualquiera, cuando comprenda que ha sido deliberadamente engañada? Es preferible, pues, la verdad, por cruel que parezca. En la medicina, el bisturí representa a veces el método más suave. No alarguemos nada. No podría responder a conciencia por semejante falacia. Reflexione usted mismo. ¿Tendría usted valor, si estuviera en mi lugar?

—Sí — contesté con resolución, pero ya en el próximo instante me aterró esa palabra precipitada —. Es decir... — agregué cauteloso —, confesaría todo lo sucedido sólo después de haberse conseguido siquiera una pequeña mejoría... Perdone, doctor; sé que esto suena un poco a petulancia..., pero en este último tiempo usted no ha podido observar como yo cuán urgentemente esta gente necesita algo para poder seguir adelante, y... ciertamente, hay que decirle la verdad...; pero sólo cuando esté en condiciones de soportarla; no ahora, doctor... Le suplico que no sea ahora..., que no sea en seguida.

Vacilé. Me confundió su inquisitiva mirada.

—Pero, ¿cuándo, entonces? — reflexionó —. Y sobre todo, ¿quién debe decírselo? Alguna vez esa explicación será perentoria, y temo que entonces el desengaño será cien veces más cruel y peligroso. ¿Cargaría usted, acaso, con semejante responsabilidad?

—Sí — dije con firmeza (creo que sólo el temor de tener que acompañarlo en seguida al castillo me infundió esa decisión repentina) —. Me responsabilizo completamente. Sé con seguridad que sería una gran ayuda para ella si, por ahora, se le deja esa esperanza que ha cifrado en su curación completa y definitiva. Cuando sea preciso hacerle ver que hemos..., que yo he prometido demasiado, yo lo reconoceré honradamente, y me comprenderán.

Condor me miró con fijeza.

—¡Caramba! — murmuró por fin —. Usted se tiene mucha fe. Y lo que más me sorprende

es que contagia a todos su confianza: primero a ellos, y ahora, temo que, poco a poco, también a mí. Si usted realmente se encarga de restablecer el equilibrio de Edith, si llegara a producirse una crisis..., entonces el asunto tomaría otro cariz...; entonces podría esperarse, en efecto, unos cuantos días hasta que se asienten mejor sus nervios. Pero esta clase de compromisos, señor teniente, no admiten retirada. Es mi deber advertirle antes, severamente. Los médicos estamos obligados a llamar la atención de los interesados sobre todos los peligros posibles, antes de proceder a una operación; y prometer a una niña inválida desde hace mucho tiempo, que dentro de poco quedará completamente restablecida, significa una intervención de mucha mayor responsabilidad que una operación con el bisturí. Reflexione bien sobre el compromiso que contrae; se necesita una fuerza inconmensurable para devolver la fe a una persona a la que se ha engañado una vez. No me agradan los equívocos. Antes de que desista de mi propósito primitivo de desengañar a los Kekesfalva de inmediato y con toda sinceridad, explicándoles que aquel método no tiene aplicación en nuestro caso, y que tendremos que exigir mucha paciencia todavía de ellos, yo debo saber si puedo confiar en usted. ¿Puedo contar con que no me fallará en el momento oportuno?

—Absolutamente.

—Bien. — Condor apartó con brusquedad la copa. Ninguno de los dos habíamos probado una gota —. Mejor dicho: esperemos que todo termine bien, pues yo no me siento muy cómodo al pensar en esa postergación. Le diré ahora hasta dónde llegaré: No me apartaré un solo paso de la verdad. Recomendaré una cura en el Engadina, pero explicaré que el método Viennot está lejos todavía de ser probado, y destacaré claramente que nadie debe esperar un milagro. Si a pesar de esto se envuelven en la neblina de esperanzas insensatas por confiar en usted, entonces será cuestión suya...; ya tengo su promesa..., digo que será cuestión suya la de aclarar este asunto en su oportunidad. Es posible que sea un atrevimiento si confío más en usted que en mi conciencia de médico; bien, eso corre por mi cuenta. En última instancia, ambos tenemos las mismas buenas intenciones para con esa pobre criatura.

Condor se levantó.

—Repito que cuento con usted si llegara a producirse cualquier crisis como resultado del desengaño; ojalá su impaciencia consiga más que mi paciencia. Concedamos, pues, a la pobre criatura unas semanas de esperanza. Y si en tanto obtenemos realmente un progreso, entonces será usted quien la ha ayudado, y no yo. Bien. Es hora de que me vaya. Me esperan.

Salimos del local. El coche aguardaba en la puerta. En el último instante, cuando Condor ya había subido, estuve tentado de volverlo a

llos. Ya estaba en marcha el coche, y con él, lo irrevocable.

Tres horas después hallé sobre mi mesa, en el cuartel, un billetito, escrito apresuradamente y entregado por el chofer: "Venga mañana todo lo más pronto que pueda. Hay muchísimo que contar. Acaba de estar aquí el doctor Condor y nos ausentamos dentro de diez días. Me siento terriblemente feliz. — *Edith*".

* * *

Es notable que hubiera sido precisamente aquella noche cuando tomé en mis manos ese libro. En general, soy poco afecto a la lectura, y en el estante de mi habitación no había más que los seis o siete tomos sobre temas militares, como el reglamento de servicio y el esquematismo militar, que son para nosotros el alfa y omega, aparte de más o menos dos docenas de clásicos que desde los tiempos del colegio militar llevaba a cada guarnición, sin hojearlos nunca, tal vez sólo para prestar a las habitaciones extrañas y frías en que estaba obligado a morar, un sello, una sombra de propiedad privada. Figuraban también unos cuantos cuadernos mal impresos y peor encuadernados, abiertos sólo a medias, y que me habían llegado de modo misterioso. Es el caso que a veces aparecía en nuestro café un pequeño corredor jorobado, con ojos llorones, singularmente melancólicos, que ofrecía con una tenacidad irresistible papel de cartas, lápices y cuadernos baratos de pésima calidad y preferentemente lecturas para las que él sospechaba un interés especial en los círculos de caballería: Literatura llamada galante, tal como *Las aventuras de Casanova*, el *Decamerón*, *Memorias de una cantante* o *Historias divertidas de guarnición*. Por compasión — ¡siempre por compasión! —, quizás también para defenderme contra su insistencia melancólica, le había comprado en diferentes ocasiones tres o cuatro de esos cuadernillos pringosos y mal impresos, dejándolos luego abandonados en el estante.

Pero aquella tarde, cansado y a la vez con los nervios alterados, incapaz de dormir, pero incapaz también de pensar razonablemente, busqué alguna lectura que me distrajera y cansara. Esperando que esos relatos abigarrados e ingenuos de que tenía un vago recuerdo desde los días de mi infancia pudieran ejercer un efecto narcótico, tomé el libro *Las mil y una noches*. Me acosté y empecé a leer en ese estado de semisomnolencia en que uno se siente demasiado perezoso para doblar las hojas y por pura comodidad prefiere saltar unas páginas que no estén cortadas. Leí el cuento inicial de Scheherezade y el rey, con atención apagada, pero luego proseguí más y más. De pronto me sobresalté. Había dado con el extraño cuento de aquel joven que veía tendido en el camino a un anciano tullido, y esa palabra "tullido" me hizo incorporarme como un dolor agudo. Una repentina asociación de ideas tocó un nervio como un rayo ardiente. En aquel cuento, el anciano paralizado llama desesperadamente a ese joven, le dice que no puede caminar y le pregunta si no lo querría cargar sobre sus hombros y transportarlo un trecho. Y el joven siente compasión — ¿compasión? — ¡Oh! necio, ¿por qué te compadeciste?, pensé — se inclina caritativo y sube al viejo sobre sus hombros.

Pero ese anciano, en apariencia desamparado, es Djinn, un espíritu malo, un encantador bribón, y apenas está sentado en los hombros del joven, aprieta de repente con sus muslos desnudos y peludos fuertemente la garganta de su benefactor, que ya no logra sacudírselo de encima. Convierte al solícito muchacho, desconsideradamente, en cabalgadura, y sin lástima ni compasión castiga al compasivo haciéndolo marchar sin tregua. El desdichado tiene que transportarlo adonde aquél exige, y carece en adelante de voluntad propia. Ha sido transformado en jamelgo, en esclavo del miserable Djinn, y aun cuando se doblan sus rodillas y se resecan sus labios, la víctima de su compasión tiene que seguir trotando y trotando y cargar sobre sus espaldas a ese hombre malo, perverso y astuto, como a su sino.

Me detuve. El corazón me golpeó como deseoso de salírseme del pecho, pues, mientras leía, vi de repente a aquel anciano extraño y taimado en una visión insoportable, tendido primero en el suelo, alzando los ojos cuajados de lágrimas para solicitar la ayuda del compasivo muchacho, y luego lo vi montado sobre sus hombros. Tenía el pelo canoso, partido por una raya en el medio, ese Djinn, y llevaba gafas de oro. Con toda la rapidez del rayo con que de ordinario sólo los sueños saben mezclar cuadros y rostros, atribuí al anciano del cuento, instintivamente, el rostro de Kekesfalva, y yo mismo me había transformado en aquella cabalgadura desdichada que él castigaba y azuzaba; más aún, sentí físicamente la presión en le cuello, al punto que se me cortó la respiración. El libro se me cayó de las manos. Quedé tendido, frío como el hielo, y oí mi corazón golpear contra las costillas como contra una dura madera; y aun mientras dormía, aquel jinete rabioso seguía corriendo, no sé adónde. Cuando, por la mañana, me desperté con el cabello húmedo, estaba cansado y agotado como después de una caminata infinita.

De nada servía que pasase la mañana con mis camaradas y cumpliera reglamentariamente, atento y despabilado, con mi obligación; apenas inicié, por la tarde, el camino inevitable al castillo, volví a sentir sobre mis hombros aquella carga fantasmagórica, porque mi conciencia atribulada sabía que la responsabilidad que entonces comenzaba para mí era completamente nueva e inconmensurable. Aquella noche, sobre el banco, en el parque oscuro, cuando le hablé al viejo de un probable restablecimiento próximo de su hija, mi exageración no fué más que un modo compasivo de no decir la verdad, algo en qué no intervenía mi voluntad, y aun contrariándola, mas no fué un engaño consciente, una mentira grosera. Pero en adelante, sabedor que no era de esperar un restablecimiento rápido, debía fingir fría, tenaz, calculadora y sostenidamente; debía mentir con cara impenetrable, en un tono de convicción, tal como un criminal empedernido reflexiona con semanas y meses de anticipación, refinadamente, sobre cada detalle de su fechoría y de su defensa. Comprendí por primera vez que los mayores males en este mundo no son causados por lo perverso y lo brutal, sino casi siempre por la debilidad.

Junto a los Kekesfalva, todo sucedió exactamente según había temido; apenas pisé la terraza de la torre, fuí saludado con entusiasmo. Había llevado a propósito unas cuantas flores, para desviar la primera mirada de mi persona. Pero después de un brusco "Por el amor de Dios, ¿por qué me trae usted flores? Yo no soy una *prima donna*", tuve que sentarme junto a la impaciente, y ésta empezó a hablar y no se detuvo más. Con cierto tono de alucinación en la voz, habló sin cansarse. El doctor Condor — "Oh, este hombre único, magnífico" — la había reanimado. Dentro de diez días se ausentarían a un sanatorio de Suiza, a Engadina—. ¿Por qué tardar un día más, ahora que se iba a proceder con energía? Repitió que siempre sospechaba que hasta entonces se la había tratado equivocadamente y que con esos aparatos eléctricos y con esos masajes no se iba a ninguna parte. Que ya era hora, ¡por Dios!; que por dos veces — cosa que no me había confesado nunca — había tratado ya de poner fin a su vida, y las dos veces en vano. Que nadie podía vivir a la larga en esa forma, sin estar siquiera una hora sola, dependiendo de otros para cada movimiento y cada paso, continuamente espiada y vigilada y, además, oprimida por la sensación de constituir para los demás una carga, una pesadilla, algo insoportable. Sí; era hora, la última, y yo mismo vería cuán rápidamente progresaría su curación, al orientarla ahora con acierto. ¿De qué servían todas esas pequeñas mejorías tontas que no mejoran nada? Había que curarse totalmente, como un ser humano, de lo contrario no se sanaba. ¡Ah, el mero presentimiento, qué hermoso, qué maravilla!

Y así seguía y seguía, un torrente arremolinado, chispeante, de éxtasis. Me sentí como un médico que oye las fantasías afiebradas de una alucinada, y que al mismo tiempo cuenta, desconfiado, con el reloj insobornable, las pulsaciones precipitadas, porque juzga ese ardor inquieto, como prueba clínica concluyente de una demencia. Cada vez que una risa, loca de alegría, brotaba como una espuma efervescente en medio de su charla, yo me espantaba, pues sabía lo que ella ignoraba, sabía que la estaba engañando, que la engañábamos. Cuando por fin se llamó a silencio, tuve la misma sensación que se percibe cuando de noche se despierta sobresaltado en un tren en marcha, porque de repente se detienen las ruedas. Pero fué ella misma quien prorrumpió de improviso:

—¿Qué dice usted a todo esto? ¿Por qué se queda tan atontado, perdón, tan sobresaltado? ¿Por qué no dice una palabra? ¿No comparte nuestra alegría?

Me creí sorprendido. Ahora o nunca se trataba de encontrar el tono cordial, auténticamente entusiasta. Pero yo era un novicio lastimero en cuanto a las mentiras, aun no dominaba el arte del engaño consciente. Por eso rebusqué trabajosamente unas cuantas palabras.

—¿Cómo puede decirse semejante cosa? Lo que pasa es que me he quedado sin saber qué decir... Usted tiene que comprender eso... En Viena, cuando alguien experimenta una gran alegría, se dice que se "queda sin habla"... Es natural que yo me alegre muchísimo por usted.

A mí mismo me repugnó la frialdad y el artificio con que pronunciaba esas palabras. Ella también debió haber comprendido de inmediato mi rémora, pues cambió instantáneamente de actitud. Ensombreció su encantamiento algo del mal humor que suelen experimentar los hombres a quienes se les despierta de un ensueño. Los ojos que acababan de brillar de entusiasmo, se endurecieron, y el arco entre las cejas tendióse como para un ataque.

—Pues no noté nada de su gran alegría...

Comprendí cabalmente la ofensa y traté de apaciguarla.

—Pero, hija...

—No me llame "hija". Bien sabe que no lo soporto. Al fin y al cabo, ¿cuántos años me lleva usted? Quizás me pueda permitir todavía admirarme de que usted no se haya sorprendido mucho y, sobre todo, de que no... participe mayormente de mi sentimiento. Pero, claro, ¿por qué había usted de alegrarse? A fin de cuentas, usted también gozará de cierta licencia cuando se cierre esta casa por unos meses. Entonces podrá volver tranquilamente con sus camaradas al café y jugar a los naipes, libre de este aburrido servicio de samaritano. Sí, sí; ya lo creo que se alegra. Vendrán ahora tiempos sosegados para usted...

Hubo en su proceder algo tan brutalmente ofensivo, que sentí el golpe hasta el fondo de mi mala conciencia. Indudablemente, debí haberme traicionado. Para distraerla — pues conocía los peligros de su sensibilidad en tales momentos — procuré dar otro sesgo a la conversación y prestarle un carácter despreocupado y divertido.

—¡Vaya con los tiempos sosegados! ¡Si usted supiera! Julio, agosto y septiembre, ¡tiempos sosegados para el arma de caballería! ¿No sabe usted que éstos son los meses del auge de toda vejación y todas las reprimendas para nosotros? Primero los preparativos para las maniobras, luego el traslado a Bosnia o a Galitzia, luego las maniobras mismas y los grandes desfiles. Oficiales nerviosos, tropas rendidas, servicio extraordinario, como extractado desde la mañana a la noche, y este baile dura hasta muy avanzado el mes de septiembre.

—¿Hasta fines de septiembre?... — se tornó de golpe pensativa. Algo parecía preocuparla —. Pero, cuándo... — empezó a decir después —, ¿cuándo irá usted entonces?

No la comprendí. Realmente, no comprendí lo que quería decir, y pregunté:

—¿Ir adónde?

Volvió a formarse el arco entre sus cejas.

—No pregunte siempre tan torpemente. A visitarnos. A visitarme.

—¿Al Engadina?

—¿Pues adónde? ¿Acaso a la luna?

Sólo entonces caí en la cuenta de lo que quería decir. Me resultaba, en efecto, demasiado absurda la idea de que yo pudiera emprender así porque sí, un viaje al Engadina, precisamente yo, que acababa de gastar las últimas siete coronas de mi efectivo para adquirir aquellas flores, y para quien cada escapada a Viena significaba una especie de lujo.

—Aquí se ve —me eché a reír con sinceridad— la idea que los civiles tienen del ejército: café, jugar al billar, pasear por la calle mayor, y cuando se le ocurre a uno, vestir traje de civil y vagar unas cuantas semanas por el mundo. Cosa muy sencilla esas excursiones: uno levanta dos dedos hasta la gorra y dice: "Adiós, señor coronel; no tengo ahora ganas de seguir jugando a los soldados. Ya nos volveremos a ver cuando se me ocurra". ¡Cómo se imaginan ustedes a nuestros serenísimos molinos de rueda! ¿Sabe usted que si nosotros queremos gozar de una sola hora de libertad, fuera de las reglamentarias, tenemos que ponernos corbata y juntar obedientemente los tacos a la hora del repaso para presentar sumisamente nuestra solicitud? No se imagina usted las farsas y solemnidades que exige una sola hora de permiso. Y para un día entero de asueto se requiere cuando menos la muerte de una tía o el entierro de otro miembro de la familia. Me gustaría ver la cara de mi coronel si en medio de la temporada de las maniobras le comunicara sumisamente mi deseo de alejarme por ocho días y pasar mi licencia ¡en Suiza! Oiría usted entonces unas cuantas expresiones que no hallará en ningún léxico decente. No, no, querida señorita Edith; esto le parece a usted más fácil de lo que es.

—No tal; todo lo que se quiere verdaderamente, es fácil. No trate de hacer ver que es usted indispensable. En su ausencia sería simplemente otro el que amaestre a sus idiotas rutenos. Además, ese asunto de la licencia se lo arregla papá en media hora. Conoce por lo menos una docena de señorones del Ministerio de Guerra, y a una palabra desde arriba, usted conseguirá lo que quiera; por lo demás, no sufriría ningún daño si alguna vez ve un poco más de este mundo, fuera de su picadero y campo de ejercicios. No me venga con excusas; ya está resuelto. Papá se encargará de ello.

Fué una tontería mía, pero lo cierto es que ese tono despreocupado me molestó. Unos cuantos años de servicio militar le infunden a uno cierto amor propio de clase; me sentí rebajado porque una chiquilla sin experiencia dispusiera soberanamente de los generales del Ministerio de Guerra —que para nosotros eran una especie de dioses—, como si fueran empleados de su papá. A pesar de todo ese enojo, mantuve el tono ligero de la conversación.

—¡Conforme! Suiza, licencia, Engadina; todo eso está muy bien. Yo, encantado si efectivamente me sirven todo eso, según usted se imagina, sobre bandeja de plata, sin que yo tenga necesidad de rogar a nadie por nada. Pero aun en este caso sería necesario, además, que su señor papá consiguiera en el Ministerio de Guerra que, aparte de la licencia, se le concediera al señor teniente Hofmiller una beca especial y un viático.

Entonces fué ella quien se quedó pensativa. Notó en mis palabras un doble sentido que no comprendió. Las cejas se arquearon más tensamente encima de sus ojos impacientes. Era evidente que debí expresarme con más claridad.

—Seamos razonables, hija..., perdón...; hablemos razonablemente, señorita Edith. Por desgracia, este asunto no es tan sencillo como usted se imagina. Dígame, ¿reflexionó alguna vez sobre el costo de semejante escapada?

—¿A eso se refería usted? —exclamó con perfecta ingenuidad—. No puede ser gran cosa. A lo sumo, unos cuantos centenares de coronas. Eso no puede tener importancia.

LOS RAYOS ULTRAVIOLETA Y EL MAR

Está plenamente comprobado que los rayos infrarrojos o caloríficos son absorbidos por el agua marina. En cambio, en recientes experimentaciones se verificó que los rayos ultravioleta pasan a través del agua marina.



Fuí incapaz de retener más tiempo mi disgusto, pues aquel era mi punto débil. Creo que ya dije una vez cuánto me atormentaba figurar entre aquellos oficiales del regimiento que no poseían un solo *héller* de fortuna propia, y que disponía exclusivamente de mi sueldo y de la pensión muy escasa que me asignaba mi tía. Siempre me molestaba de verdad cuando en nuestro estrecho círculo se hablaba despectivamente del dinero, como si éste creciera igual que la zarza. Este era mi punto vulnerable, ahí rengueaba yo; en ese sentido yo era quien tenía que apoyarme en muletas. Sólo por eso me sublevó tan desproporcionadamente el que aquella criatura mimada y malcriada que sufría las atrocidades de su debilidad, no comprendiera la mía. Contra mi voluntad, me torné poco menos que brutal.

—¿A lo sumo unos cuantos centenares de coronas? Una bagatela, ¿verdad?, una insignificancia miserable para un oficial. Y usted, desde luego, me cree cicatero porque llego a mencionar semejante nimiedad. Ha de tomarme por miserable y avaro. ¿Pero, alguna vez usted pensó en los recursos con que nosotros tenemos que conformarnos?

Y como ella siguiera midiéndome con esa mirada reservada y, según creí en mi tontería, despectiva, me sentí invadido de repente por la necesidad de exponerle sin ambages toda mi pobreza. Exactamente, como en aquel día ella se había arrastrado a través de la habitación para atormentar a los sanos, a fin de vengarse con ese espectáculo de reto de nuestra salud confortable, así experimenté una especie de alegría iracunda al desnudar delante de ella, con afán exhibicionista, la estrechez y dependencia de mi vida.

—¿Sabe usted lo que gana un teniente? —le pregunté con violencia—. ¿Reflexionó usted alguna vez sobre este particular? Pues, para que lo sepa: a cada primero de mes le dan doscientas coronas para los treinta o treinta y un días del mes y al mismo tiempo lo obligan a vivir conforme a su "rango". Con esta miseria tiene que pagar su habitación, al sastre, al zapatero y su lujo "conforme al rango". Y no hablemos del caso, que Dios evite, que alguna vez le suceda algo al caballo. Si luego ha administrado sus entradas gloriosamente, le quedarán unos cuantos *héllers* para las francachelas en aquel café paradisíaco del que usted siempre se burla; si se ha impuesto las economías más severas, podrá adquirir allí, junto con una taza de café, todas las magnificencias de la tierra.

Hoy sé que cometí una majadería y que fué criminal el que me dejara arrastrar hasta ese punto por mi amargura. ¿Cómo había de tener idea del valor del dinero, de remuneraciones y de nuestra miseria brillante aquella muchacha de diecisiete años criada en el lujo y sin contacto con el mundo; esa inválida constantemente atada a su habitación? Pero el deseo de vengarme una vez frente a alguien del sinfín de pequeñas humillaciones, me había atacado a traición, y repartí golpes ciega e inconscientemente, tal como siempre se golpea, vencido por la furia, sin sentir en mi mano la fuerza de mis golpes.

Pero apenas levanté la vista, comprendí la brutalidad animal de mi proceder. Con la supersensibilidad de la enferma, ella comprendió de inmediato que, sin saberlo, me había herido en el punto más vulnerable. Se ruborizó sin poder evitarlo; vi que quiso disimular y que alzó rápidamente la mano para cubrir su rostro. Al parecer, un pensamiento determinado agolpaba su sangre en las mejillas.

—Y siendo eso así..., ¿usted todavía compra para mí esas flores tan caras?

Siguió un momento penoso de silencio. Nos avergonzamos, yo delante de ella, y ella delante de mí. Ambos nos habríamos lastimado involuntariamente y temíamos cada palabra nueva. De repente oyóse el viento que pasaba cálido por entre los árboles, y el cacareo de las gallinas en los corrales, y a lo lejos, de vez en cuando, el rodar apagado de un vehículo en la carretera. Edith fué la primera en recobrar el espíritu.

—Si seré tonta. Hacer caso de esos disparates. Realmente soy una tonta, puesto que incluso me excito. ¿Qué puede importarle a usted lo que cuesta ese viaje? Si usted nos visita, es desde luego nuestro huésped. ¿Usted cree que papá permitiría que, en el caso de que usted tuviera verdaderamente la gentileza de visitarnos... cargase además con los gastos? ¡Qué insensatez! ¿Cómo caer en tamaño error? No hablemos más de eso; no, ni una palabra más; ya lo sabe usted ahora.

Pero aquel era un asunto a cuyo respecto no podía ceder. Ya lo dije antes. Nada me resultaba más insoportable que la idea de ser considerado un parásito.

—Perdone usted. Una palabra más. Evitemos todos los malentendidos. Hablemos con toda claridad: no permitiré que soliciten una licencia para mí y no admitiré tampoco que se cubran mis gastos. No me agrada solicitar excepciones y comodidades. Quiero formar a la par con mis camaradas; no quiero protección, ni ventajas. Yo sé que a usted y a su señor papá les animan los mejores propósitos. Pero hay gente a quien no prueba que se le sirva todo lo bueno en la vida. No hablemos más de eso.

—¿Usted no quiere venir, entonces?

—No he dicho que no quisiera. Le he explicado claramente la razón por la cual no puedo hacerlo.

—¿Ni aun en el caso de que mi padre le rogara?

—Ni aun entonces.

—¿Y si..., si le rogara yo?...

—No haga usted tal. Carecería de sentido.

Dejó caer la cabeza, pero ya había observado yo la contracción tormentosa de su boca.

que anunciaba indefectiblemente una peligrosa irritación.

Aquella pobre muchacha mal acostumbrada, a cuyos deseos se amoldaba todo en la casa, había experimentado algo nuevo para ella: había encontrado resistencia. Alguien le había dicho que no, y esto la enardecía. Intempestivamente recogió mis flores de la mesa y las tiró con ademán iracundo por encima de la balaustrada.

—Bien —masculló entre dientes—. Ahora por lo menos sé hasta dónde llega su amistad. Es conveniente haberlo probado una vez. Sólo porque unos cuantos camaradas podrían abrir la boca en el café, usted se escuda detrás de pretextos, sólo por temor de recibir una mala nota en la clasificación moral en el regimiento malogra una alegría de sus amigos... Está bien. Dejemos eso. No seguiré mendigando. A usted no le da la gana... Bien. Terminado.

Noté que su agitación no había desaparecido del todo, porque repitió una y otra vez, con una insistencia tenaz, ese "bien"; al mismo tiempo apoyó sus dos manos fuertemente contra los brazos del sillón para enderezar su cuerpo, como queriendo arremeter contra algo. De súbito me habló en forma cortante:

—Bien. Ese asunto está concluído. Queda rechazada nuestra solicitud sumisa. Usted no nos visitará, no quiere visitarnos. No le agrada. Bien. Sabremos sobrellevarlo. Al fin y al cabo, antes también nos hemos arreglado sin usted... Pero, quisiera saber todavía una cosa más, ¿quiere contestarme con toda sinceridad?

—Naturalmente.

—Pero, ¡sincero! ¿Palabra de honor? Déme su palabra de honor.

—Si usted insiste en ello, le doy mi palabra de honor.

—Bien. Bien —repitió de nuevo este "bien", duro y cortante, como desgarrando así algo a cuchilladas—. Bien. No tema, no me encapricharé en su distinguidísima visita. Quisiera saber una sola cosa; usted me dió su palabra. Nada más que una cosa. Quedamos, pues, en que no le place venir a vernos, porque le resulta desagradable, porque se siente incómodo... o por cualquier otra razón, ¿qué me importa? Bien..., bien. Eso está aclarado. Pero, ahora, dígame clara y sinceramente, ¿por qué nos frecuenta usted?

Estaba dispuesto a todo, pero no esperaba esta pregunta. En mi confusión, tartamudeé para ganar tiempo y a modo de preparación:

—Pero..., es de lo más sencillo..., para eso no hacía falta una palabra de honor...

—¿Ah, sí? ¿Sencillo? Mejor. Hable, pues.

Ya no había modo de eludir. Lo más sencillo que se me ocurrió, era decir la verdad, pero comprendí que debía estilizarla cuidadosamente. Por eso empecé a hablar con aparente naturalidad:

—Estimada señorita Edith: no busque en mis actos motivos misteriosos. Al fin y al cabo me conoce lo suficiente para saber que soy de aquellos que no reflexionan grandemente sobre sí mismos. Le juro a usted que jamás se me ocurrió examinarme en cuanto a los motivos que me inducen a visitar a éste o a aquél o a estimar a unos y no a otros. Le aseguro que no puedo decirle nada más sensato ni nada más estúpido, que vengo una y otra vez a visitarlos, sólo porque me agrada venir aquí y, porque aquí me encuentro cien veces más a gusto que en otras partes. Ustedes atribuyen, me parece, demasiado carácter de opereta a nuestra caballería, como si fuera cosa siempre alegre, siempre entretenida, una especie de kermesse eterna. Le aseguro que, desde adentro, las cosas tienen un aspecto muy distinto, y aun la tan alabada camaradería se presenta a menudo harto dudosa. Dondequiera que unas cuantas decenas de hombres estén uncidos al mismo carro, siempre hay uno que tira con más fuerza que los demás, y dondequiera que existan ascensos y rangos, es fácil que alguno pise los talones del que marche delante de él. Hay que pesar cada palabra que se dice; nunca se está

pre está la atmósfera cargada. La palabra "servicio" deriva de servir, y servir quiere decir: depender. Y luego, un cuartel y una mesa de café, por más que se diga, no forman un hogar; nadie necesita a nadie y a nadie le importa de nadie. Es verdad que hay momentos de diversión entre los camaradas, pero nunca se cobra una sensación absoluta de seguridad. En cambio, cuando vengo aquí, me deshago, junto con la espada, de todos los reparos, y cuando charlo cordialmente con ustedes, entonces...

—Entonces... ¿qué? —emitió esas palabras con suma impaciencia.

—Entonces..., pues..., usted tal vez me encontrará un poco atrevido porque lo digo tan francamente...; entonces me hago la ilusión de que ustedes aceptan gustosos mi presencia, de que formo parte de este ambiente, de que aquí estoy cien veces más en mi casa que en cualquier otro lado. Cada vez que la miro a usted, tengo la sensación...

Me detuve involuntariamente, pero ella repitió de inmediato, con igual ímpetu:

—Pues ¿qué? ¡Dígalo!

—...De que aquí hay alguien junto al que yo no estoy tan terriblemente de más, como junto a los nuestros... Desde luego, bien se me alcanza que no valgo gran cosa; a veces yo mismo me extraño porque no los aburro... Muchas veces..., ustedes no pueden saber cuántas veces he tenido miedo de que se hayan cansado de mí... Pero luego recuerdo siempre cuán sola está usted aquí, en este caserón vacío, y que tal vez usted se alegrará de que alguien la visite. Y esto, verá, esto me devuelve el ánimo... Cuando la encuentro en su torre, o en su habitación, pienso que está bien que yo haya venido y que usted no se haya quedado sola todo el día. Usted me comprende, ¿verdad?

Entonces sucedió algo inesperado. Se inmovilizaron los ojos grises de Edith como si un no sé qué de mis palabras hubiera convertido sus pupilas en piedras. En cambio sus dedos se intranquilizaron paulatinamente, recorrieron los brazos del sillón y tamborilearon sobre la madera lustrada, primero despacio y luego cada vez con más violencia. La boca se contrajo ligeramente, y de pronto dijo en tono abrupto:

—Sí, comprendo. Comprendo muy bien lo que quiere decir... Creo... que usted ha dicho ahora toda la verdad. Se ha expresado en forma muy cortés, con mucho tino. No obstante, le comprendí exactamente. Exactísimamente... Usted viene, según dice, porque estoy sola; esto quiere decir, en buen romance, porque estoy clavada en este maldito sillón. Sólo por eso usted hace todos los días el viaje hasta aquí. Viene en función de samaritano, a visitar a la "pobre niña enferma"..., que es como ustedes, por supuesto, han de llamarme cuando no estoy presente, ya sé, ya sé... Usted sólo viene por compasión, sí, sí, se lo creo. ¿Por qué quiere negarlo ahora? Usted es de los que se llaman "buenas personas" y le encanta que mi padre le llame así. Estas "buenas personas" se compadecen de cualquier perro que ha sido golpeado y de cualquier gato sarnoso... ¿por qué no han de compadecerse también de una tullida?

Y se enderezó súbitamente; un calambre recorrió su cuerpo tieso.

—¡Pero, muchas gracias! Me río de esa clase de amistad que sólo se brinda a mi condición de inválida... No ponga usted esos ojos de contrición. Ahora lamenta, desde luego, que se le haya escapado la verdad; de que haya confesado que sólo viene porque le inspiro lástima, como dijo aquella pobre mujer... con la sola diferencia de que ella lo decía honrada y claramente... Pero usted, como "buena persona", se expresa con mucha más delicadeza, usted lo dice con rodeos: porque estoy tan sola todo el día. Hace tiempo que siento en todos los miembros que usted viene nada más que por compasión y que todavía quisiera que le admirasen por su espíritu de sacrificio. Pero, disculpe, no quiero que nadie se sacrifique por mí. No se lo permito a nadie, y a usted menos que a nadie... ¡Se lo prohibo!, ¿me oye usted? ¡Se lo prohibo!... ¿Cree que me hace falta realmente el que ustedes estén sentados cerca de mí, con sus miradas "compasivas", humedecidas, esponjosas; cree usted que yo necesito de su charla "considerada"?... No; gracias a Dios, no me hacen falta ustedes... Me basto a mí misma, soy muy capaz de sufrir sola, y si no mejorara, ya sé cómo me libraré de ustedes. ¿Ve..., ve? —con un gesto repentino me enseñó la palma de su mano—: ¿Ve usted esta cicatriz? Ya hice una tentativa, pero fuí torpe y no alcancé el pulso con la tijera roma; lástima que llegaron a tiempo para vendarme, porque de lo contrario, ya estaría libre de todos ustedes y de su compasión canallesca. Pero la próxima vez lo haré mejor, pierda cuidado. No crean que estoy a merced de ustedes completamente indefensa. Prefiero morir a ser objeto de compasión —de repente echóse a reír, con una risa desgarradora—. Fíjese usted en lo que mi preocupado señor papá olvidó al mandar restaurar esta torre para mí... Sólo pensaba en el hermoso panorama que debía gozar... Mucho sol y aire puro, había dicho el médico. Pero ninguno de ustedes pensó jamás en el buen servicio que algún día podría prestarme esta terraza. En eso no pensó mi papá, ni el médico, ni el arquitecto... Dé un vistazo a la profundidad... —se había apoyado repentinamente en sus brazos y lanzando su cuerpo tambaleante contra la baranda, a la que se aferró furiosa, con ambas manos—, son cuatro o cinco pisos, abajo todo es piedra dura... eso basta... y, gracias a Dios, me quedan todavía suficientes fuerzas en los músculos para tirarme por la baranda. Sí, sí; el andar con muletas refuerza los músculos. Basta un empellón y me libraré, de una vez por todas, de su compasión maldita, y todos ustedes se sentirán aliviados, papá, Ilona y usted; todos ustedes, a quienes atormento como una pesadilla. ¿Ve?, es muy fácil, basta inclinarse un poco.

Me levanté sumamente aterrado al verla con ojos chispeantes, inclinarse con grave peligro sobre la baranda, y la retuve rápidamente de un brazo. Pero ella se estremeció como si un fuego hubiera rozado su piel, y me gritó:

—¡Fuera!... ¿Cómo se atreve a tocarme?... ¡Déjeme!... Tengo derecho a hacer lo que quiera. ¡Suelte!... ¡Déjeme inmediatamente!...

Y como no obedeciera, como tratase de apartarla por la fuerza de la baranda, ella giró repentinamente y me asestó un golpe en medio del pecho. Sucedió entonces algo terrible. A causa de ese golpe perdió el punto de apoyo y, por lo tanto, el equilibrio. Como cortadas por una hoz, cedieron sus rodillas débiles. Se dobló sobre sí misma y al pretender agarrarse de la mesa, la arrastró en su caída. Como acudí en último momento para sostenerla, cayeron sobre ambos el florero que se hizo pedazos, los platos y las tazas y las cucharillas; la campanilla de bronce golpeó ruidosamente contra el suelo y rodó con rintintín alarmante.

Entretanto, la tullida habíase doblegado miserablemente, estaba tendida en el suelo, indefensa, hecha un montón palpitante de ira, sollozando de amargura y vergüenza. Procuré levantar el cuerpo liviano, pero ella se resistió y me gritó llorando:

—¡Fuera... váyase... déjeme! Usted es un hombre brutal, despreciable...

Al mismo tiempo daba brazadas, procurando enderezarse sin mi ayuda. Cada vez que yo me aproximaba para socorrerla, se retorcía para impedirlo, y me gritaba en su furia indefensa:

—¡Fuera..., no me toque..., váyase!

En ese momento oyóse a nuestras espaldas un ruido monótono. Subía el ascensor; al parecer, la campanilla había hecho suficiente ruido al rodar por tierra, como para advertir al sirviente que estaba siempre alerta. Se acercó corriendo, bajando en seguida discretamente los ojos azorados, levantó el cuerpo convulsionado sin mirarme —parecía acostumbrado a ese movimiento— y llevó a la sollozante niña al ascensor. Instantes después descendió, y me quedé solo entre la mesa derribada, las tazas rotas, los objetos dispersos que estaban confusamente entremezclados, como si hubiera caí-

do un rayo del cielo despejado, desparramándolos a todos lados con su explosión.

* * *

No sé cuánto tiempo permanecí en la terraza entre los platos y tazas hechos añicos, completamente perplejo ante aquel estallido elemental que no supe explicarme. ¿Qué insensatez había dicho? ¿Con qué había provocado aquella ira incomprensible? Volví a percibir tras de mí el tan conocido ruido susurrante. De nuevo se acercó José, el sirviente, con una sombra de extraña tristeza en su rostro siempre pulcramente afeitado. Creí que había venido para poner orden y me sentí molesto porque lo estorbaba en medio de ese montón de escombros. Mas se acercó insensiblemente, con los ojos bajos, recogiendo al mismo tiempo una servilleta del suelo.

—Perdone, señor teniente — dijo con una voz discretamente atemperada —. Permita que enjugue un poco su ropa.

Sólo entonces observé, siguiendo sus datos solícitos, unas grandes manchas húmedas en mi chaqueta y en mis pantalones claros. A lo que parecía, una de las tazas de té se había vertido sobre mi uniforme mientras me inclinaba para recoger a la muchacha, pues el sirviente pasaba la servilleta, cuidadosamente, sobre aquellas manchas. Mientras él se esforzaba, arrodillado delante de mí, yo contemplé desde arriba su buena cabeza canosa con la raya en el medio; no pude reprimir la sospecha de que el pobre viejo se inclinaba exprofesamente tanto para que yo no viera su cara y su mirada trastornada.

—No; es inútil — manifestó por último, apesadumbrado, sin levantar la cabeza —; lo mejor será que el señor teniente mande al chofer al cuartel y se haga traer otra guerrera. Así no puede salir el señor teniente, pero pierda cuidado, dentro de una hora todo se habrá secado y plancharé sus pantalones con esmero.

Se expresó como si sólo tuviera un interés de experto en la materia, pero hubo en su voz una traidora inflexión compasiva y azorada. Cuando le contesté que todo eso no hacía falta y que mejor telefoneara por un coche, puesto que de todos modos pensaba volver en seguida al cuartel, carraspeó nerviosamente y levantó hacia mí sus ojos buenos, un tanto cansados y suplicantes.

—Por favor, señor teniente; quédese un poco más. Sería terrible si se fuera ahora. Sé con firmeza que la señorita se excitaría mucho si el señor teniente no esperara un poco. Por el momento la acompaña todavía la señorita Ilona... quien la ayuda a acostarse. Pero la señorita Ilona me encargó decirle que vendrá en seguida y que el señor teniente haga el favor de esperar de cualquier modo.

Me emocioné a pesar mío. ¡Cómo querían todos a esa enferma! ¡Cómo la mimaban y disculpaban todos! Sentí un deseo irreprimible de decir cordiales palabras a ese bondadoso anciano que, asustado de su propio valor, volvió a restregar laboriosamente mi chaqueta. Le golpeé ligeramente los hombros:

—Deje eso, José; no vale la pena. Con este sol secará pronto, y espero que el té no sea bastante fuerte como para dejar una mancha indeleble. Deje eso, José; recoja más bien la vajilla. Esperaré a la señorita Ilona.

—¡Oh, qué bien que el señor teniente espere! — respiró aliviado —. Y el señor von Kekesfalva también estará pronto de vuelta y tendrá, con seguridad, mucho gusto en saludar a usted. Me encomendó expresamente...

Pero entonces se oyó el crujir ligero de la escalera bajo unos pies ágiles. Llegó Ilona. Ella también, como antes el sirviente, mantenía los ojos bajos en tanto se me aproximaba.

—Edith le ruega quiera bajar un momento a su dormitorio. Nada más que un momento. Se lo ruega muy cordialmente.

Bajamos ambos la escalera de caracol. Y no cambiamos palabra mientras atravesamos el salón recibidor, un segundo salón y luego el corredor que conducía a los dormitorios. A veces se tocaban casualmente nuestros hombros en ese pasillo oscuro, quizás también porque yo caminaba tan excitado e inquieto. Ilona se detuvo junto a la segunda puerta lateral y musitó preocupada:

—Ahora usted debe ser bueno con ella. No sé lo que ha pasado allá arriba, pero conozco los ex abruptos de Edith. Todos los conocemos. Pero no hay que hacerle cargo por ello, créamelo. Somos incapaces de imaginarnos siquiera lo que significa ese estar tirada, indefensa, desde la mañana a la noche. Es claro que tiene que acumularse así una inquietud en los nervios y que de repente se exceda sin que ella lo sepa o quiera. Pero, créame, después nadie se siente más desdichado que la pobre. Y en momentos en que se tortura y avergüenza tanto, hay que ser doblemente gentil con ella.

No contesté. Ni hacía falta. Ilona parecía haberse dado cuenta por sí sola de mi situación. Golpeó despacio la puerta, y apenas llegó de adentro un tímido "adelante" en voz apagada, me advirtió aún rápidamente:

—No se quede demasiado tiempo. Un momento, nada más.

Pasé la puerta, que cedió sin hacer ruido. A primera vista no percibí en el espacioso aposento, que unas cortinas anaranjadas oscurecían completamente por el lado que daba al jardín, nada más que una penumbra rojiza; sólo después distinguí en el fondo el rectángulo más claro de una cama. De allí procedía la voz que me era tan familiar:

—Por favor, aquí. No le detendré más que un momento.

Me acerqué. Desde las almohadas irradiaba la cara delgada bajo la sombra de la cabellera. Una colcha abigarrada enredaba sus flores bordadas hasta el delgado cuello infantil. Edith esperaba con cierta timidez que me sentara. Sólo entonces osó su voz cohibida dirigirse a mí.

—Disculpe que le reciba aquí, pero me sentí mareada..., no debí haberme quedado tanto tiempo al sol ardiente; siempre me hace daño... Creo sinceramente que no estaba en mis cabales, cuando... Pero..., ¿no es cierto... que usted lo olvida todo? ¿Usted no me tomará a mal... mi falta de educación?

Había tal temor suplicante en su voz, que la interrumpí en seguida.

—Qué ocurrencia la suya... La culpa es mía..., no debí retenerla tanto tiempo bajo ese calor sofocante.

—¿Verdad, entonces... que usted no me recrimina..., verdad que no?

—Ni que hablar.

—¿Y usted, volverá a venir... exactamente como siempre?

—Exactamente. Eso sí, con una condición.

Ella me miró turbada.

—¿Qué condición?

—Que usted tenga un poco más de confianza en mí y no crea ni se preocupe siempre pensando que hubiera podido ofenderme o lastimarme. Entre amigos, ¿a quién se le ocurre pensar tales absurdos? ¡Si usted supiera cómo cambia de aspecto cuando está verdaderamente contenta, y cómo nos hace dichosos con ello, a su padre y a Ilona, a mí y a toda la casa! Ojalá hubiera podido verse anteayer, en nuestra excursión, cuando estaba tan alegre y nosotros disfrutábamos con usted. Toda la noche pensé en eso.

—¿Toda la noche usted ha pensado en mí? — me miró un poco incrédula —. ¿De veras?

—Toda la noche. Fué un día tan hermoso. Nunca olvidaré ese viaje tan bello, tan encantador.

—Sí — replicó ella soñadora —. Fué espléndido..., espléndido... Primero el viaje a través de los campos, y luego los potrillos y la fiesta en el pueblo... Desde el comienzo al final, todo fué una maravilla. Tendría que salir más a menudo. Quizás sólo ha sido esa estúpida reclusión en casa, esa detención mía, sin sentido, la que arruinó mis nervios. Tiene usted razón, siempre desconfío demasiado... es decir, eso me pasa sólo desde entonces. Antes, Dios mío, que yo recuerde, jamás tenía miedo de nadie... Sólo me siento tan terriblemente insegura desde... entonces... Siempre me imagino que todo el mundo está mirando mis muletas y que todos me compadecen... Ya sé que es una tontería, un orgullo infantil y estúpido, y la causa por que me enojo conmigo misma, ya sé que esto se venga y que roe los nervios. Pero ¡cómo no caer en desconfianza, cuando esto dura una eternidad! Ojalá termine de una vez este castigo terrible, para que no me haga tan mala, tan rabiosa, tan perversa...

—Pero esto ya va terminando. A usted sólo le hace falta un poco de coraje y de paciencia.

Edith se enderezó un poco.

—¿Usted cree... de veras, que con ese tratamiento nuevo llegaremos a un buen término?... Figúrese que anteayer, cuando subió papá a verme, yo estaba ya convencidísima... Pero esta noche, no sé cómo me venció de repente un temor de que el doctor se haya equivocado y me haya dicho una cosa por otra, porque..., porque... recordé algo. Antes yo confiaba en el doctor, en el doctor Condor, como en Dios. Pero siempre sucede lo mismo... Primero el médico observa al paciente, pero cuando eso dura mucho tiempo, el enfermo aprende también a observar al médico. Y ayer... y esto se lo cuento a usted solo..., ya le digo, ayer, mientras me examinaba, tuve la sensación... ¿cómo le diré?... en fin..., de que él trataba de desempeñar una comedia. Me pareció inseguro, insincero, no tan franco y cordial como de costumbre..., no sé por qué, pero ello es que parecía avergonzado por algún motivo... Naturalmente, estaba contentísima cuando luego supe que pensaba enviarme a Suiza inmediatamente..., y, sin embargo..., muy recónditamente..., sólo a usted se lo digo..., se renovó de continuo ese temor absurdo...; pero usted no se lo diga, por el amor de Dios... de que algo había en ese tratamiento que no está bien..., una sensación como si se burlara de mí... o tal vez de que quería calmar a papá. Ya ve que no puedo librarme totalmente de esa desconfianza espantosa. ¿Pero qué culpa tengo yo de esto? ¿Cómo no se va a desconfiar de todos, cuando le han prometido ya tantas veces un restablecimiento rápido, y luego, si hubo progresos, ellos fueron desesperadamente lentos? No puedo so-

LAS AVES Y EL "PALADAR"



Parece plenamente demostrado que las aves no tienen sentido del gusto. O dicho en otras palabras: no tienen "paladar". Se llega a esta conclusión al pensar que ingieren sin reparos frutas que, para el hombre, son amargas, repugnantes o insípidas.

portar más tiempo esa espera infinita.

Se había enderezado agitadamente, y sus manos empezaron a temblar.

—¡No; no vuelva a excitarse! Recuerde que acaba de prometérmelo...

—Sí, sí; tiene usted razón. No sirve para nada atormentarse, con ello sólo se martiriza a los demás. Y los demás, ¡qué culpa tienen! Bastante carga significo para su vida... Pero no, no quería hablar de eso, créame, no iba a decir eso... Sólo quise darle las gracias porque no me hace un cargo por mi absurda exaltación y. . ¡usted siempre es tan bueno conmigo..., tan conmovedoramente bueno, sin que yo lo merezca..., y que yo justamente arremetiera contra usted!... Pero, ¿de veras que nunca más hablaremos de eso?

—Nunca más. Pierda cuidado. Pero ahora descanse.

Me levanté para tenderle la mano. Ofrecía un aspecto enternecedor, sonriéndome desde las almohadas, medio tímida y medio calmada, una niña, una criatura antes de dormirse. Todo era bueno, la atmósfera aclarada como el cielo después de una tormenta. Me acerqué, sin pensar en nada y casi alegremente. Pero ella se sobresaltó entonces aturdidísima:

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto? Su uniforme...

Había observado las grandes manchas húmedas en mi uniforme; consciente de su culpa, debió recordar que sólo las tazas que ella arrastrara en su caída podían haber ocasionado ese pequeño contratiempo. Sus ojos se escondieron bajo sus párpados y, atemorizada, retiró la mano que ya había alargado. El que tomase esa nimiedad tan a lo trágico, me impresionó profundamente, y recurrí a un tono más despreocupado para aquietarla.

—No es nada — dije con acento jocundo —. No vale la pena hablar de esto. Me manchó una chiquilla traviesa.

Su mirada continuó aturdida, pero acogió con gratitud la escapatoria de tono juguetón:

—¿Y zurró usted bien a esa chica traviesa?

—No — repliqué en el mismo tono —. Ya no hacía falta. Esa chica es ahora seriecita y buena.

—¿Y usted ya la perdonó, de veras?

—Claro está.

—¿Y qué debe hacer ahora la nenita?

—Tener paciencia, ser siempre amable, ser siempre alegre. No permanecer demasiado tiempo sentada al sol, salir mucho a pasear y obedecer estrictamente las órdenes del médico. Pero ahora, sobre todo, la nenita debe dormir y no hablar ni pensar más. Buenas noches.

Le di la mano. Tenía un aspecto hechiceramente bonito, tendida como estaba y sonriéndome dichosa con refulgentes pupilas. Cálidos y apaciguados, cinco dedos delgados se depositaron en mi mano.

En seguida me retiré y sentí aliviado mi corazón. Ya había tocado el picaporte, cuando tras de mí brotó una risita.

—¿Es buenita ahora la nena?

—Buenísima. Le daremos un diez grandote. Pero ahora, a dormir y no pensar nada malo.

Había abierto la puerta a medias cuando aquella risa me persiguió una vez más, infantil y maliciosa. Y nuevamente me llegó la voz de entre las almohadas:

—¿Olvidó usted lo que se da a una niña buena antes de dormir?

—¿Qué?

—A una niña obediente se le da un beso de buenas noches.

Se desbarató de golpe mi sosiego. En su voz vibraba y temblaba un tono quisquilloso que no me agradó; ya antes, el fulgor de sus ojos me parecía demasiado afiebrado. Pero no quise contrariar a la irritable criatura.

—Ah, sí, claro —dije con aparente displicencia —. Por poco me olvidaba.

Volví hasta su cama, y noté en el silencio instantáneo que Edith retenía la respiración. Sus ojos, que habían seguido mis pasos, permanecían fijos en mí, en tanto su cabeza se mantenía inmóvil entre los almohadones. No se movían las manos ni los dedos, y sólo me seguían constantes sus ojos escrutadores.

"Pronto, pronto", pensé con creciente malestar. Me incliné a toda prisa y rocé su frente ligera y superficialmente con mis labios. Con toda intención, toqué apenas su piel, y sólo percibí con la proximidad el perfume indefinido de sus cabellos.

Pero en ese instante, se levantaron con ímpetu sus dos manos que, al parecer, habían estado al acecho, sobre la colcha. Antes de que hubiera podido apartar la cabeza, se asían con fuerza de mis sienes y atrajeron mi boca, bajándola de su frente a sus labios. Se pegaron con tal ardor, tan ansiosos, que los dientes tocaron a los dientes, y al mismo tiempo se irguió y tendió imperiosamente su pecho para rozar y sentir mi cuerpo inclinado. Jamás en mi vida he recibido un beso tan salvaje, tan desesperado, tan sediento como el de aquella niña enferma.

No bastó con eso. Me mantuvo apretado contra sí con una fuerza ebria, hasta que le faltó la respiración. Entonces aflojó su presión, y sus manos se apartaron de mis sienes y revolvieron mis cabellos. Pero no me soltó. No me dejó sino por un instante, para mirar, reclinada y como encantada, mis ojos, y en seguida me volvió a atraer hacia sí y besó, ciega y ardientemente, mis mejillas, mi frente, mis ojos, mis labios, con un afán salvaje y desfallecido. A cada arrebato tartamudeaba, sollozaba:

—Tonto..., tonto..., tú...

Y cada vez con más ardor:

—Tú, tú, tú...

Ese ataque se tornaba más y más anhelante y apasionado, me apretaba y besaba con creciente arrebato. Y de repente, me soltó; su cabeza cayó sobre las almohadas, y sólo sus ojos seguían mirándome con un fulgor triunfal.

Luego musitó, dándome precipitadamente la espalda, agotada y a la vez avergonzada:

—Ahora, vete, tonto..., vete.

* * *

Me retiré tambaleante. En el pasillo oscuro me abandonó el resto de las fuerzas. Tuve que apoyarme en la pared, porque mis sentidos giraban vertiginosamente. Ese era, pues, el secreto — tardíamente revelado — de su inquietud, de su agresividad hasta entonces inexplicable. Mi asombro no tenía nombre. Sentí lo mismo que alguien que se inclina sobre una flor, sin pensar en nada malo, y de repente es atacado por una víbora. Si aquella muchacha sensible me hubiera pegado, injuriado, escupido, todo eso me hubiera descentrado menos, pues conociendo sus nervios alterados, siempre estaba atento a algún exceso. Lo que no podía esperar, tal vez lo único imprevisible, era que esa enferma, destrozada, pudiese amar y pretender ser amada; que esa niña, ese ser inconcluso e impotente, se atreviera (no puedo expresarme de otra manera) a querer y desear con el amor sapiente y apasionado de una mujer perfecta. Había pensado en todo, menos en que esta desventurada, que no tenía fuerza suficiente para arrastrar su propio cuerpo, pudiera soñar en el amor, en un enamorado, y que yo, que sólo iba allí por compasión, hubiera estado tan equivocado. Pero algunos segundos después comprendí, con renovado terror, que no había otro culpable que mi propia compasión apasionada, que ella, y sólo ella, fué la causante de que aquella muchacha abandonada y excluída del mundo esperara de mí, del único hombre que día tras día la visitaba solícitamente en su cárcel, que esperara de esa presa de su compasión un sentimiento distinto, más tierno. Pero yo, incurablemente ingenuo, sólo había visto en ella la paciente, la inválida, la niña, y no la mujer. Ni por un momento, ni aun por el más fugaz instante, me había imaginado que bajo aquella manta respiraba, sentía, esperaba un cuerpo desnudo, el cuerpo de una mujer, que, como todas, pretendía y anhelaba ser amada. Con mis veinticinco años no había osado soñar siquiera con la posibilidad de que aun las enfermas, las baldadas, las no maduras, las expulsadas y señaladas entre las mujeres se atreviesen a amar. Un hombre joven y experto suele imaginarse la vida real y la experiencia de acuerdo al reflejo de lo que ha oído o leído; antes de vivir la experiencia propia sueña indefectiblemente con cuadros y ejemplos ajenos. Mas, en aquellos libros, obras teatrales o cinematográficas (simplificaciones y achatamientos de la realidad), se deseaban y unían siempre, exclusivamente, personas jóvenes, hermosas, selectas. Por eso yo creía — y ello explica el espanto que me infundían muchas aventuras — que se necesitaba ser singularmente atrayente, dotado y preferido por el destino para provocar la admiración de una mujer. En el contacto con aquellas dos muchachas, sólo yo me había conservado ingenuo y despreocupado porque creí que todo lo erótico quedaba excluído de antemano de nuestras relaciones, y porque jamás sospechaba que pudieran ver en mí más que un muchacho gentil y un buen amigo. Si bien junto a Ilona sentía a veces su belleza sensual, Edith jamás me había hecho pensar que era un ser del sexo opuesto. Nunca había rozado mi mente ni la sombra del pensamiento de que en su cuerpo estropeado vivían los mismos órganos y que en su alma urgían los mismos deseos que en otras mujeres. Sólo desde ese instante empecé a comprender poco a poco (lo silenciado, generalmente, por los autores), que las señaladas, las deprimidas, las feas, las envejecidas, las deformadas y repelidas, pretenden con un ansia mucho más apasionada y peligrosa que las dichosas y sanas, aman con un amor fanático, sombrío y negro; y caí en la cuenta entonces de que ninguna pasión se yergue en la tierra más ávida que la carente de esperanza y perspectiva, que la de los postergados de Dios que, sin embargo, sólo pueden sentir justificada su existencia terrena por obra del amor y del ser amado. Mi falta de experiencia me había impedido columbrar este secreto terrible: el grito angustioso del afán de vivir procede justamente del abismo más profundo de la desesperación. Sólo en aquel instante me atravesó esa evidencia, como un puñal ardiente.

"¡Tonto!" También comprendí entonces por qué a ella se le escapó ese término en medio del pánico de su sentimiento, mientras apretaba su seno a medio formar contra mi pecho. "¡Tonto!" — le sobraban razones para llamarme así. — Todos debían haberse dado cuenta, desde el primer momento, el padre, Ilona, el sirviente y los otros criados; todos debían haber vislumbrado, azorados y tal vez con un presentimiento nefasto, su amor y su pasión. Y sólo yo no sospechaba nada, sólo el muñeco de mi compasión hacía el papel del camarada bueno y torpe, abría tamaña boca para bromear y no se daba cuenta que un alma ardiente se atormentaba por mi increíble e inexplicable incomprensión.

En aquella casa todos debían haber visto cómo yo andaba en tinieblas en ese estúpido juego de la gallina ciega de mi sentimiento, hasta que se me arrancó por la fuerza la venda de los ojos. Pero así como una sola luz que se enciende basta para que en una habitación queden iluminados simultáneamente una docena de objetos, así comprendí luego — demasiado tarde —, para mi vergüenza, una infinidad de detalles de las últimas semanas. Sólo entonces me iluminó como un relámpago la explicación de por qué Edith se enojaba cada vez que yo la llamaba "hija". Justamente frente a mí, ella no quería ser criatura, sino que deseaba ser anhelada como mujer. Sólo entonces comprendí por qué sus labios temblaban a veces, inquietos, cuando su inmovilidad me conmovía visiblemente, y por qué odiaba rabiosamente mi compasión. Su instinto femenino reconoció clarividente que la compasión es un sentimiento fraternal tibio, y nada más que un sustituto triste del amor verdadero. ¡Cómo debía haber esperado la pobre una palabra, un signo de la comprensión que no llegaba nunca, cómo debía haber sufrido por mi despreocupación parlanchina, en tanto ella estaba tendida sobre las ascuas de la impaciencia, esperando con el alma convulsionada un primer gesto de ternura, o por lo menos un primer indicio de que

por fin yo comprendía su pasión! Y yo no había dicho nada, no había hecho nada y tampoco había dejado de ir a verla, afianzando constantemente su fe con mi visita diaria y al mismo tiempo destruyéndola con la sordera de mi alma.

Todo eso me asaltaba con cien imágenes, mientras, abatido como por una explosión, permanecí recostado contra la pared, en el pasillo, respirando con dificultad y con las piernas casi tan desfallecientes como las de Edith. Por dos veces traté de adelantar a tientas, pero sólo a la tercera llegué hasta una puerta. Reflexioné rápidamente que ésta debía dar al salón y que de ahí pasaría por la izquierda al vestíbulo donde estaban mi espada y mi gorra. Pensé atravesar la habitación a toda prisa y retirarme, en lo posible, antes de que acudiera el sirviente. ¡Escaleras abajo, inmediatamente! ¡Dar la espalda a esa casa antes de encontrarme con alguien a quien fuera preciso hablar y contestar! Sólo me preocupaba la posibilidad de no cruzarme con el padre ni con Ilona ni con José, con ninguno de aquellos que habían permitido que me internara, corriendo como un loco, en ese laberinto. ¡Afuera, afuera cuanto antes!

Pero ya no había tiempo. En el salón me esperaba Ilona, que debía haber oído mis pasos. En cuanto me vió, sus facciones cambiaron.

—¡Jesús, María! ¿Qué pasa? Usted está pálido. ¡Ay! ¿Ha vuelto a pasar algo con Edith?

—No, nada — fué todo lo que mis escasas fuerzas me permitieron decir. Quise seguir mi camino —. Creo que ahora duerme. Perdone usted; debo retirarme.

Pero mi actitud brusca debía ser aterradora, pues Ilona me tomó resueltamente del brazo y me hundió a la fuerza en un sillón.

—Primero, siéntese un momento. Antes que nada, tiene que recobrarse... Y su cabello... ¡Cómo está su cabello! Todo revuelto... No; usted se queda — había intentado levantarme de golpe —. Voy a buscar un poco de cognac.

Fué hasta el armario y llenó una copa, que yo vacié de un trago. Luego inquirió:

—¿Edith le preguntó algo..., me refiero a algo... que atañe a usted?

—Sí...

Ilona no se movió. Ni contestó. Sólo noté que de pronto empezó a respirar más agitadamente. Se inclinó cautelosa:

—¿Y usted... realmente... no lo notó hasta ahora?

—¿Cómo podía sospechar semejante... semejante disparate, semejante locura?... ¿Cómo se le ocurre?... ¿Por qué justamente yo?...

Ilona suspiró:

—¡Dios mío! Y Edith siempre creía que usted sólo venía por ella..., que usted sólo venía por eso. Yo... nunca lo creí, porque usted se comportaba de un modo tan despreocupado, tan cándido y... tan cordial, pero cordial de otra manera. Desde el primer momento temí que usted no sintiera más que compasión. Pero ¿cómo podía advertírselo a la pobre criatura, como podía ser tan cruel y disuadirla de una ilusión que la hacía feliz?... Desde hace semanas vive únicamente de esa idea, de que usted... Y cuando me preguntaba una y otra vez si yo creía que usted la quería de verdad, yo no podía ser brutal... Debía tranquilizarla y confortarla.

No pude dominarme más tiempo.

—¡No! Al contrario, usted debe quitarle eso de la cabeza, indefectiblemente. Es una locura, una fiebre, un capricho infantil...

—No, querido amigo; no se engañe. En el caso de Edith se trata de algo serio, terriblemente serio, y que día a día se torna más peligroso... No, amigo; es a todas luces imposible que yo convierta de repente en cosa fácil lo que para ella es tan difícil. ¡Si usted sospechara lo que pasa en esta casa!... Tres, cuatro veces suena, en medio de la noche, estridentemente, la campanilla, nos despierta a todos sin consideración, y cuando corremos, impulsados por el pánico, hasta su cama, temerosos de que algo haya sucedido, la encontramos sentada, trastornada, mirando fijamente un punto determinado, y siempre para preguntarnos lo mismo: "¿No crees tú que él puede quererme un poquito? No soy tan fea". Luego pide un espejo, en seguida lo tira, y en el próximo instante ya comprende que es una locura lo que hace; pero al cabo de dos horas la escena se repite. En su desesperación, ha interrogado a su padre, a José, a las mucamas, y anteayer, a aquella gitana. ¿Recuerda usted? Pues ayer la llamó, en secreto, y se hizo predecir de nuevo lo que ya le había dicho... Ya le ha escrito a usted cinco cartas, largas epístolas, que después rompió. Desde la mañana hasta la tarde, desde la primera hora hasta la última, no piensa ni habla de otra cosa. De repente exige que yo vaya a verlo, para sondear si usted la quiere, aunque sea un poquito, o si... o si le molesta a usted, puesto que habla tan poco y se evade. Que vaya a verle inmediatamente, que le encuentre en medio del camino, manda llamar al chofer y hace preparar el coche. Me hace repetir tres, cuatro, cinco veces cada palabra que debo decirle y preguntarle. Y, en el último momento, cuando ya estoy en el vestíbulo, la campanilla hace nuevo estruendo, tengo que volver con el sombrero y abrigo puestos y jurarle por la vida de mi madre no hacer de esto la menor alusión. ¡Oh, usted no sabe! Para usted todo termina cuando cierra la puerta tras sí. Pero apenas se ha ido, ella me refiere palabra por palabra lo que usted le ha dicho e indaga lo que yo creo y opino. ¿Y usted, realmente, no ha notado nada de todo esto?

—¡No! — grité con la falta de serenidad propia de mi desesperanza —. No, se lo juro. No he notado absolutamente nada.

Quise levantarme de n salto, atormentado por la idea de ser amado mal de mi grado, pero Ilona me tomó enérgicamente de la muñeca:

—¡Chist! Le ruego, querido amigo: no se excite y, sobre todo, le suplico que hable más bajo. ¡Ella tiene una manera de escuchar a través de las paredes!... Y le ruego, por el amor de Dios, que no sea injusto. La pobre ha creído ver un signo en el hecho de que usted fuera el portador de la buena nueva, en que fuera justamente usted quien primero informase a su padre sobre la nueva curación. Aquella vez, el anciano se precipitó, en medio de la noche, a su dormitorio y la despertó. ¿Es usted realmente incapaz de imaginarse cómo ambos han sollozado y dado las gracias a Dios porque estos tiempos horribles tocan a su término; no es usted capaz de imaginarse que los dos están convencidos de que, una vez que Edith se haya curado y llegado a ser una persona como las otras, usted...? Pero no hace falta que se lo diga. Por eso mismo no debe desilusionarla ahora que necesita dominar sus nervios para la nueva curación. Debemos proceder con suma cautela y evitar, por lo que usted más quiera, que ella sospeche que esto le resulta a usted... tan tremendo.

—¡No, no, no! — dije golpeando fuertemente con las manos el brazo del sillón —. No; no puedo..., no quiero ser amado de esta manera... Y tampoco puedo fingir en adelante ceguera o inocencia; no podré ya permanecer sentado despreocupadamente y coquetear. Usted no sabe lo que ha sucedido... ahí adentro. Ella no me entiende. Sólo he tenido para con ella un sentimiento de compasión, nada más.

—Es lo que yo temía desde el comienzo. Todo ese tiempo lo sentía en los nervios... Pero, Dios mío, ¿qué pasará ahora? ¿Cómo hacérselo comprender?

Permanecimos taciturnos. Estaba dicho todo. Ambos sabíamos que no existía otro camino, una escapatoria. De repente, Ilona enderezóse con una expresión tensa, de atención, y casi al mismo tiempo oí desde la entrada el rechinar sobre la arena de las ruedas de un auto que llegaba. Tenía que ser Kekesfalva. Ilona se levantó, ligera.

—Será mejor que usted ahora no se encuentre con él... Está demasiado excitado para hablarle sin prevención... Espere; voy a buscar su gorra y su sable, y usted se retira por la puerta trasera que da al parque.

De un salto fué a buscar mis cosas. Afortunadamente, el sirviente había corrido hacia el auto; así pude pasar inadvertido a lo largo de los edificios adyacentes, y en el parque, un loco temor de tener que responder a alguien aceleró mis pasos. Huí por segunda vez, encorvado y tembloroso como un ladrón, de aquella casa fatal. •

❦ ❦ ❦

Nunca conseguiré cobrar claridad sobre la forma en que llegué de vuelta a la ciudad. Recuerdo únicamente que caminé rápido y que se repetía un solo pensamiento con cada pulsación: ¡afuera, afuera! ¡No pisar nunca más ese castillo, nunca más volver junto a aquella gente ni a nadie! ¡Esconderse, hacerse invisible, no mantener más compromisos con nadie, ni quedar ligado a nada! Sé que pensé en abandonar el servicio, en conseguir dinero de cualquier parte y escapar luego al mundo, todo lo más lejos posible, a fin de que aquel deseo loco no pudiera alcanzarme; pero todo eso ya era más soñado que claramente reflexionado, pues continuaba golpeando incesantemente contra las sienes esa única palabra: ¡afuera, afuera!

Las botas llenas de polvo y unas desgarraduras en el pantalón, producidas por zarzas, me revelaron después que debí haber corrido a través de prados, campos y calles; cuando finalmente me encontré en la calle principal, el sol ya se escondía detrás de los techos. Desperté, ni más ni menos que un sonámbulo, cuando inesperadamente alguien me golpeó, desde atrás, los hombros.

—¡Hola, Tonny! Por fin te pescamos. Ya era hora. Hemos revisado hasta el último rincón para encontrarte, y nos disponíamos justamente a telefonear al castillo.

Me vi rodeado por cuatro camaradas, entre ellos el inevitable Ferencz, Jozsi y el capitán conde Steinhübel.

—Pero ahora, date prisa. Imagínate que Balinkay ha llegado de improviso. Dios sabe si de Holanda o de América, y hay una invitación, esta tarde, para todos los oficiales y voluntarios del regimiento. Asistirán el coronel y el mayor. Será un gran banquete en *El León Rojo*. A las ocho y media. Menos mal que te encontramos; el viejo hubiera rezongado de lo lindo si te escabullías. Ya sabes que está loco por Balinkay, y cada vez que viene, todos tienen que presentarse.

Todavía no era yo muy dueño de mis pensamientos. Pregunté asombrado:

—¿Quién ha venido?

—¡Balinkay! No pongas esa cara de idiota. ¿Será posible que no conozcas a Balinkay?

—¿Balinkay? ¿Balinkay? — En mi cabeza reinaba todavía un gran torbellino, y tuve que retirar ese nombre trabajosamente como de entre trastos polvorientos —: Ah, sí; Balinkay.

Balinkay había sido, en su tiempo, el *mauvais sujet* del regimiento. Mucho antes de ingresar yo a la guarnición, él había servido allí con el grado de teniente y luego de teniente primero, había sido el mejor jinete, el mozo más alocado del regimiento, un jugador desaforado y un tenorio. Pero le había sucedido no sé qué percance desagradable, sobre el que nunca quise informarme; de todos modos, había dejado su uniforme en el término de veinticuatro horas y luego había corrido el mundo en distintas direcciones, dando lugar a toda clase de habladurías. Terminó por rehabilitarse, pescando en el hotel Shepheard, del Cairo, a una holandesa, una viuda con muchos millones, dueña de una empresa que disponía de diecisiete barcos y de extensas plantaciones en Java y Borneo; desde entonces Balinkay era nuestro patrono invisible.

Parece que nuestro coronel Bubencic salvó a ese Balinkay de un lío gordo, pues su fidelidad para con el coronel y el regimiento era verdaderamente enternecedora. Cada vez que venía a Austria, hacía una escapada expresa a nuestra guarnición y tiraba el dinero con tal prodigalidad que siempre se hablaba de ello durante muchas semanas en toda la ciudad. Sentía

una especie de necesidad íntima de vestir por una tarde el viejo uniforme y permanecer como camarada entre camaradas. Mientras estaba sentado en la habitual mesa de los oficiales, alegre y despreocupado, se notaba que ese salón mal blanqueado y lleno de humo de *El León Rojo*, tenía cien veces más calor de hogar para él que su palacio feudal en un muelle de Amsterdam; nosotros éramos y seguiamos siendo sus hijos, sus hermanos, su familia auténtica.

Quienquiera que vistiese la guerrera y luciera en el cuello el galón de nuestro regimiento, podía confiar en Balinkay si alguna vez llegaba a verse en aprietos económicos: bastaba una carta para que todo quedara solucionado.

En cualquier otro momento hubiese celebrado sinceramente la oportunidad de conocer a ese hombre tan alabado. Pero la idea de divertirme, de gritar, de escuchar brindis y discursos, me parecía, en mi estado trastrocado, la más insoportable del mundo. Traté de curarme en salud, afirmando que no me sentía muy bien. Pero con un drástico: "No hay nada que hacer; hoy no puedes escaparte", Ferencz ya me había tomado del brazo, y tuve que ceder de mala gana. Mientras seguimos nuestro camino, le oí confusamente referir a quiénes Balinkay había ayudado, y cómo había procurado un empleo al cuñado de Ferencz, quien, además, decía algo de una posibilidad para nosotros de hacer carrera más rápida, enganchándonos en un buque o trabajando en la India.

Cuando, al fin, llegamos al gran salón de *El León Rojo*, cumplí más o menos decentemente con la tarea que se me había asignado, gracias al hipnotismo de la disciplina. Y no fué poco el quehacer. Se sacó a relucir toda la provisión de transparentes, banderas y emblemas que de ordinario sólo se usaban para el baile del regimiento; unos cuantos ordenanzas martillaban ruidosa y alegremente contra las paredes, y al lado de ellos, Steinhübel instruyó al corneta sobre cuándo y cómo debía tocar su solo. Jozsi fué el encargado de redactar el menú, en el que se asignaban a todos los platos, denominaciones humorísticas alusivas; yo mismo tuve que ordenar la colección de los invitados. Entretanto, los mozos disponían las mesas y las sillas, y repartían las numerosas botellas de vino y champaña que Balinkay había traído en su auto desde Viena. De extraño modo, esa batahola me hacía bien, pues su ruido ahogaba los golpes sordos y las preguntas que latían entre mis sienes.

A las ocho, todo quedó a punto. Tenía el tiempo preciso para dirigirme al cuartel, arreglarme y cambiar de uniforme. Mi ordenanza ya estaba en antecedentes. Había preparado mi guerrera y mis botas. Sumergí rápidamente la cabeza en agua fría y luego eché un vistazo al reloj. Me quedaban diez minutos, y nuestro coronel se fijaba endiabladamente en la puntualidad. Me desvestí ligero, tiré las botas polvorientas; pero en el preciso momento en que me hallaba en paños menores delante del espejo para peinarme el cabello en desorden, alguien golpeó la puerta.

—¡No estoy para nadie! —grité al ordenanza. Este se retiró obediente, y por un instante oí voces en el corredor. No tardó Kusma en volver, con una carta en la mano.

¿Una carta para mí? Tomé el sobre azul, grueso y pesado, casi un pequeño paquete que me quemó los dedos. No necesitaba mirar la letra para saber quién me escribía.

"Luego, más tarde", me dijo un instinto rápido. No leer, no leer ahora. Pero ya había rasgado el sobre contra mi voluntad, y leí, leí la carta, que crujía cada vez más en mis manos.

* * *

Era una carta de dieciséis carillas, escrita a vuelapluma, con mano excitada; una carta de esas que una persona sólo escribe o recibe una vez en la vida. Las frases se sucedían precipitándose como la sangre que mana de una herida abierta; sin párrafos, sin puntuación, una palabra se adelantaba y saltaba sobre las otras. Aun ahora, después de tantos años, veo ante mí cada letra, cada línea; aun ahora podría repetirla de memoria, a cualquier hora del día o de la noche, página tras página, tantas son las veces que la leí.

Seis veces —comenzaba diciendo— ya te he escrito, y otras tantas rompí todas las carillas. No quería delatarme, no lo quería. Me detuve, mientras hubo en mí todavía una resistencia. He luchado conmigo durante semanas y semanas para disimular frente a ti. Cada vez que venías, gentil y sin sospechar nada, yo ordenaba a mis manos que permaneciesen quietas, a mis miradas que fingiesen indiferencia para no turbarte; a menudo he sido, expresamente, dura y burlona para contigo, sólo para que no sospecharas que mi corazón ardía por ti; procuré todo lo que está en las fuerzas de un ser humano y aun lo que las sobrepasa. Pero hoy sucedió lo inevitable, y te juro que yo misma fuí presa de un ataque a traición. Yo mismo ya no entiendo cómo aquello pudo suceder; hubiera querido golpearme y castigarme, tal es la vergüenza que siento. Yo sé, yo sé qué locura, qué insensatez sería la de querer imponerme a ti; una criatura inválida no tiene derecho a amar. ¿Cómo no había de ser una carga para ti, un ser castigado y deshecho, que siente horror de sí mismo? Un ser como yo, bien se me alcanza, no tiene derecho a amar y menos a ser amado. Debe esconderse en un rincón y morir y no destrozar con su presencia la vida de otros; sí, sé todo eso, y perezco por saberlo. Por eso nunca me hubiera atrevido a sorprenderte; pero, ¿quién sino tú me infundió la esperanza de que no seguiré siendo por mucho tiempo más el guiñapo mísero que soy ahora? Podré moverme, trasladarme como otras personas, como los millones de seres superfluos que no saben siquiera que cada paso natural es un don y una maravilla. Me propuse seriamente guardar silencio hasta llegar en verdad al punto de ser una persona, una mujer como las demás, y quizás —¡quizás! —digna de ti, ¡oh, amado! Pero mi impaciencia, mi ansia de sanar era tan loca que, en aquel segundo en que tú te inclinaste sobre mí, ya creí, sincera y locamente, ser aquella otra, nueva, restablecida. Lo deseaba desde largo tiempo atrás, hacía demasiado tiempo que soñaba, y tú estabas cerca de mí; entonces olvidé por un instante mis piernas miserables, sólo te vi a ti y me sentí como aquella que anhelaba ser para ti. ¿No logras comprender que, aun en medio del día, se puede soñar por un instante, cuando durante años y años se sueña ese sueño, de día y de noche? Créeme, querido, sólo me confundió esa ilusión loca de que ya estaba libre de arrastrarme; sólo la impaciencia de no ser más la postergada y la tullida fué culpable de que mi corazón desbordara tan locamente. Comprende: ¡tenía desde tanto tiempo atrás tan infinito anhelo de ti!...

Pero ahora sabes lo que no debías saber antes de haber yo resucitado verdaderamente, y sabes quién es el único en esta tierra para quien quiero ser restablecida: únicamente para ti. Nada más que para ti. Perdóname, infinitamente amado, ese amor, y sobre todo te ruego, te imploro: no me temas y no me tengas horror. No creas que por haber sido una vez indiscreta, vuelva a trastornarte y que pretenda detenerte, tal como estoy, débil, despreciable hasta para mí misma. No; te lo juro; nunca notarás una insistencia mía, me conservaré insensible para ti. Sólo quiero esperar, esperar pacientemente hasta que Dios se compadezca de mí y me devuelva la salud. Te ruego, te suplico: no temas, mi amor, amado mío; ten presente, tú que me compadeciste como ningún otro, piensa en mi terrible desamparo, recuérdame clavada en mi silla, incapaz de dar un solo paso, incapaz de seguirte o de correr a tu encuentro. Ten presente que soy una presa que debe esperar en su cárcel, esperar siempre, paciente e impacientemente, hasta que tú llegas y me obsequias con una hora, hasta que me permites contemplarte, oír tu voz, respirar en un mismo ambiente, percibir tu presencia, que es la primera y única dicha que me ha sido concedida desde hace años. Piensa en todo esto e imagínate que estoy tendida, esperando día y noche, y que cada hora se prolonga, y es casi imposible soportar la tensión. Y luego tú vienes, y yo no puedo saltar como otras, no puedo correr hacia ti, abrazarte y retenerte. Debo permanecer sentada y dominarme, callar y contenerme, fijarme en cada palabra, cada mirada, cada vibración de la voz, con el solo objeto de que tú no llegues a imaginarte que me atrevo a quererte. Y, sin embargo, créeme, querido, aun esa dicha torturante constituía para mí una felicidad, yo me alababa y me estimaba cada vez que conseguía disimular y que tú te ibas sin sospechar nada, libre y sin trabas, ignorante de mi amor; entonces ya sólo me quedaba con el tormento de saber cuán irremisiblemente había quedado prendada de ti.

Pero ahora ya pasó lo inevitable. Y ahora, amado, que no puedo seguir negando ni disimulando lo que siento por ti, ahora te ruego que no seas cruel conmigo; aun el ser más pobre y miserable tiene su orgullo; yo no podría soportar que tú me despreciaras porque no me fué dado traicionar mi corazón. No pretendo que correspondas a mi amor; ¡no, por Dios; por el Dios que debe curarme y salvarme, no llego a tal osadía! No espero siquiera en sueños que tú pudieras amarme tal como estoy ahora; no quiero, tú bien lo sabes, ningún sacrificio, ninguna compasión tuya. Sólo pretendo que tú toleres que espere, taciturna, hasta que por fin llegue el momento. Bien se me alcanza que aun esto es demasiado pedirte. ¿Pero es, en verdad, demasiado el conceder a un ser humano la dicha más mísera, ínfima, cuando se otorga gustoso a cualquier perro la felicidad de levantar a veces su mirada silenciosa a su amo? ¿Es preciso rechazarle brutalmente, hay que castigarlo con el desprecio? Lo único, ya te lo digo, que no podría soportar sería el que, dentro de mi estado calamitoso, te hubiera resultado antipática por el solo hecho de haberme traicionado yo misma. No soportaría que me castigaras por colmo de mi vergüenza y desesperación. En tal caso, no me quedaría más que una salida que tú ya conoces. Yo te la revelé.

Pero no te turbes, no pretendo amenazarte. No quiero espantarte ni despertar la compasión en lugar de tu amor, siendo aquélla lo único que hasta ahora me has brindado. Quiero que te sientas libre y despreocupado, no quiero significar una carga para ti, ni imponerte una culpa que no tienes; una sola cosa deseo, y es que perdones y olvides por completo lo sucedido, que olvides cuanto dije y revelé. Dame siquiera ese lenitivo, esa pobre seguridad. Dime en seguida —me basta una sola palabra— que no te repugno, que volverás a venir como si nada hubiese acaecido. No puedes imaginarte la preocupación que me acarrea el pensamiento de que hubiera podido perderte. Desde el instante en que la puerta se cerró tras de ti, me martiriza, no sé por qué, un temor mortal de que haya sido por última vez. En ese minuto tú estabas pálido; cuando te solté había en tu mirada tal espanto que, en medio de mi ardor, sentí de pronto un frío glacial. Y sé —el criado me lo contó— que huiste inmediatamente de la casa, que de repente ya no se te encontró en ella, ni a ti ni a tu espada, ni tu gorra. En vano te buscó en mi habitación y en todas partes, y por eso sé que me huiste, como se huye de la peste y de la lepra. Pero, no amado mío; no te reprocho, puesto que te comprendo. Yo que me horrorizo de mí misma cuando veo los grilletes de mis pies, yo que sé cuán mala, cuán versátil, cuán atormentadora, cuán difícil de soportar resulto en mi impaciencia, yo soy quien mejor comprende el espanto que infundo, ¡oh, comprendo terriblemente bien que se me huya, que se experimente un sobresalto al ser atacado por semejante monstruo! Y, sin embargo, te imploro que me perdones, pues sin ti no hay para mí días ni noches, sino únicamente desesperanza. Mándame una esquelita, un papelito con rápidos trazos, o si quieres, una hoja en blanco o una flor, una señal cualquiera, algo que me permita saber que no me rechazas, que no me he tornado insoportable para ti. Piensa que dentro de

pocos días estaré lejos de aquí, para varios meses, y que dentro de ocho o diez días habrá terminado tu martirio. Y aun cuando entonces empiece el mío, mil veces superior, el martirio de no verte durante semanas o meses, no pienses en ello; piensa solamente en ti, tal como yo siempre pienso en ti, y nada más que en ti. Dentro de ocho días estarás libre; ven pues, una vez más, mándame entretanto una palabra, una señal. Soy incapaz de pensar, de respirar, de sentir hasta tanto no sepa que me has perdonado. No quiero ni puedo seguir viviendo si me niegas el derecho de quererte.

❦ ❦ ❦

—¡Esto es el colmo! En el hotel te esperan, impacientes, y helo aquí al señorito, en paños menores. Ya están reunidos todos aguardando que aquello empiece, y no falta ni siquiera Balinkay. De un momento a otro tendrá que llegar el coronel, y tú sabes cómo se pone el viejo cuando uno de nosotros se atrasa. Ferdl me mandó expresamente, para ver si te ha sucedido algo, y míranlo al señor, leyendo cartas de amor... Pero, ahora, vamos, pronto, si no recibiremos una buena reprimenda.

Era Ferencz quien se había colado de rondón en mi habitación. No me di cuenta de su entrada hasta que me golpeó con su manaza pesada, fraternalmente, en el hombro. Por el momento quedé perplejo. ¿El coronel? ¿Balinkay? Ah, sí; claro, claro, recordé entonces: un banquete para Balinkay. Tomé apresuradamente los pantalones y la chaqueta, y con la rapidez que había adquirido en el colegio militar, me vestí sin saber bien lo que hacía. Ferencz me miró extrañado:

—¿Qué te pasa? Te estás comportando como un lelo. ¿Has recibido tal vez malas noticias?

—Ni por asomo. Ya voy.

En tres saltos llegamos hasta la escalera, pero de pronto me volví otra vez.

—¡Maldición! ¿Qué te pasa ahora? — me gritó Ferencz, iracundo.

Pero sólo quería recoger y guardar en el bolsillo interior de mi guerrera la carta que había dejado olvidada en la mesa. Llegamos al hotel a último momento. Todos los invitados habíanse agrupado alrededor de la mesa en forma de herradura, pero nadie se atrevió a sentirse verdaderamente alegre antes de que tomaran asiento los superiores, permaneciendo todos cohibidos como escolares después del toque de campana, cuando el maestro ha de entrar en clase de un momento a otro.

Los ordenanzas abrieron la puerta y entraron los oficiales del estado mayor, haciendo sonar las espuelas. Todos nos levantamos como un solo hombre y nos cuadramos por un instante. El coronel sentóse a la derecha y el mayor con más años de servicio en su grado, a la izquierda de Balinkay. En seguida se animó la mesa; entrechocaron platos y cucharas y todo el mundo comenzó a charlar y comer animadamente. Yo era el único que permanecía como ausente en medio de mis bulliciosos camaradas, palpando a cada rato mi guerrera en aquel sitio donde algo martillaba y golpeaba como un segundo corazón. Cada vez que la tentaba, sentía la carta crujir a través de la tela suave y que se amoldaba como una malla.

El mozo me llenaba los platos inútilmente. Dejé todo sin tocarlo, pues aquel modo de escuchar me paralizaba como una especie de sueño con los ojos abiertos. Oía a diestra y siniestra palabras que no llegaba a entender; parecía que todos hablaban un idioma extraño. Vi al frente y a mi lado, rostros, bigotes, ojos, narices, labios, uniformes, pero con aquel embotamiento de los sentidos con que se mira a través de un vidrio los objetos de un escaparate.

De pronto alguien golpeó enérgicamente con un cuchillo contra una copa. Como si el acero filoso hubiera cortado el ruido, se hizo de pronto el silencio. El coronel levantóse e inició su discurso. Hablaba, tomándose con ambas manos fuertemente de la mesa y moviendo el cuerpo fornido hacia adelante y atrás, como si hubiera estado a caballo. La primera palabra era un duro y carraspeante llamado: "Camaradas". Claramente separadas las sílabas, y con unas erres vibrantes que imitaban el redoble de un tambor, formuló su alocución bien preparada. Escuché atento, pero mi cabeza no me acompañó. Sólo percibí palabras aisladas, retumbantes y estridentes. "...Honorrr del ejérrrcito... espírrritu caballerrresco austrrríaco... fidelidad al rrregimiento... viejo camarrrada..." pero al mismo tiempo interceptaba otras palabras mágicas, suavemente murmuradas, palabras suplicantes, tiernas, procedentes de otro mundo. Desde mis adentros hablaba a la vez, la carta. *"Infinitamente amado... no temas..., no puedo seguir viviendo si me niegas el derecho de quererte..."* Y simultáneamente las erres de redoble: "...No olvidó a sus camarrradas en el extranjerrro... ni su patrrria... ni su Austrrria." Y nuevamente aquella voz sollozante cual un grito ahogado: *"Sólo pretendo que tú toleres, que espere..., mándame una señal cualquiera..."*

Y de pronto, oí el estrépito de una salva: "¡Bravo, bravo!" Todos se levantaron, cuadrándose, como atraídos por la copa que levantaba el coronel, y desde la pieza contigua resonó prontamente el solo de trompeta convenido. Todos brindaron por Balinkay, quien sólo esperaba el fin de esa ducha para responder despreocupado, amable y divertido. Advirtió que iba a pronunciar nada más que unas palabras sin pretensiones, para asegurar que, a pesar de todo, no se hallaba en ninguna parte del mundo tan a sus anchas como entre sus camaradas, y no tardó en llegar al término de su improvisación, exclamando:

—¡Viva el regimiento! ¡Viva su Majestad, nuestro serenísimo señor de la guerra, el emperador!

Steinhübel hizo una nueva señal al trompeta, quien tocó otra vez su solo, y acto seguido retumbó en el coro el himno nacional y luego la canción de todos los regimientos austríacos.

Acto seguido Balinkay dió la vuelta a la mesa, con la copa en la mano, para brindar con cada uno de los asistentes. De pronto me encontré frente a un par de ojos que me saludaban alegres, luego de haberme advertido enérgicamente mi vecino: "¡Salud, camarada!" Contesté con una inclinación de cabeza, y sólo cuando Balinkay ya había pasado a mi vecino, me di cuenta de que había olvidado de brindar con él. Pero ya todo había vuelto a desaparecer bajo una bruma abigarrada en que se mezclaban extrañamente los rostros y los uniformes. Caramba... ¿qué extraño humo azul era ese que tenía de repente ante mis ojos? ¿Ya habían empezado los demás a fumar? ¿O qué otra causa había para que de pronto sintiera un calor tan sofocante? Quise beber rápidamente algo, y sin saber lo que tomaba, vacié dos o tres copas. Lo único que me importaba era hacer desaparecer de mi garganta una sensación amarga, repugnante. Iba a fumar yo también, pero al poner la mano en el bolsillo para extraer la cigarrera, percibí una vez más el crujir de la carta. Mi mano se contrajo instintivamente. De nuevo oí, a través de la baraúnda tremenda, las palabras suplicantes, sollozantes: *"Sólo pretendo que me permitas quererte..., ya sé que sería insensatez querer imponerme a ti..."*

Aproveché el momento de mayor tumulto para despedirme a la francesa. Pensé que tal vez no se darían cuenta, y en caso contrario, todo me era indiferente. No soportaba más tiempo esas risas, esa alegría que, por así decir, revelaban el vientre satisfecho. No podía más, no resistía más.

—¿Ya se retira el señor teniente? — me preguntó el ordenanza encargado del guardarropa.

"¡Vete al diablo!", murmuré para mis adentros, y sin decir palabra pasé de largo. No me animaba más deseo que el de cruzar la calle, doblar la esquina y subir las escaleras del cuartel hasta mi piso, para estar solo, solo.

Entré en mi habitación, de puntillas, para no despertar a Kusma, mi ordenanza, que dormía en la antecámara con pesada respiración que era casi un ronquido. Sin encender la luz, me saqué la gorra, el sable y la corbata, que hacía tiempo me ahogaba. Sólo entonces prendí la lámpara, fuí hasta la mesa para leer, al fin con tranquilidad, la primera carta conmovida que me había dirigido una mujer.

Pero al instante me sobrecogí, pues se hallaba sobre la mesa otra carta.

¡Otra carta más! ¡Una segunda carta en el término de dos horas! La garganta se me anudó de enojo y rabia. Eso seguiría ahora, así, día tras día, noche tras noche; llegaría una carta después de la otra. Si le escribía, ella contestaría; si lo dejaba de hacer, exigiría contestación. Siempre querrá algo de mí, todos los días. Me enviará mensajeros, me hablará por teléfono, hará espiar cada paso mío, querrá saber cuándo salgo y cuándo vuelvo, con quién estoy y cuánto digo, hago y proyecto. Vi que estaba perdido — que ya no me soltaría más —, ¡oh, el mago Djinn, Djinn, el viejo baldado! —, nunca más seré libre; esos garfios afanosos y desesperados ya no me soltarán más hasta que uno de nosotros quede destrozado, ella o yo, por obra de esa pasión insensata y desdichada.

"No la leas", me dije. "No la leas hoy de ningún modo. No te dejes enredar más. No tendrás fuerza suficiente para resistir ese tira y afloja que terminará por despedazarte. Lo mejor será romper esa carta o mandarla de vuelta sin abrirla. De pronto, me asaltó la idea de que ella podía haber atentado contra su vida porque no le había contestado. Quizás iba a cometer una atrocidad. Rasgué el sobre. Por fortuna, era una carta breve. Una sola carilla, unas diez líneas sin firma.

"Rompa en seguida mi carta anterior. Estaba loca, completamente loca. Nada de cuanto escribí es verdad. Y mañana no venga a visitarnos. Le ruego firmemente que tenga a bien no venir. Debo castigarme porque me humillé tan miserablemente delante de usted. No nos veremos pues, mañana; no lo quiero, se lo prohibo a usted. Y no conteste. No conteste en ningún caso. Confío en que romperá mi carta anterior y en que olvidará cada palabra. Y no piense más en esto."

❦ ❦ ❦

No pensar más en esto. ¡Qué orden tan in-



DIAMANTES DETECTORES

Los diamantes, dada su sensibilidad a la radioactividad, pueden ser usados con eficacia como detectores, de la misma manera que se utilizan en la actualidad los instrumentos especiales.

fantil! ¡Como si jamás unos nervios alterados fueran susceptibles de someterse al yugo de la voluntad! No pensar más en eso, en tanto que los pensamientos se persiguen como caballos desbocados y espantados, con herraduras dolorosamente martillantes en el estrecho espacio entre las sienes. No pensar en eso, cuando el recuerdo atrae incesantemente y afiebrado, una imagen tras otra, y los nervios tremolan y vibran, y todos los sentidos se disponen a la defensa. No pensar en eso, cuando la carta le quema a uno todavía las manos con sus palabras ardientes, esa carta de la que se toma y deja una hoja tras la otra para volverla a leer y para comparar la primera con la segunda hasta que cada palabra queda marcada a fuego en el cerebro. No pensar en eso, cuando no se es capaz de pensar sino en esa sola cosa: ¿cómo librarse, cómo defenderse? ¿Cómo librarse de ese ímpetu afanoso, de ese exceso indeseado?

¡No pensar en eso! Yo mismo lo quería y apagaba la luz porque aclaraba demasiado y prestaba demasiada realidad a todos mis pensamientos. Traté de esconderme en la penumbra, me desvestí para respirar más libremente, me tiré sobre la cama para cobrar mayor insensibilidad. Pero los pensamientos no participaban de ese descanso, revoloteaban como murciélagos, confusos y fantasmagóricos, alrededor de los sentidos apagados. Me paseé por la habitación, de un lado a otro, abrí el armario, busqué en los cajones, hasta encontrar el pequeño frasco de vidrio que encerraba un narcótico y volví tambaleante a la cama. Pero no había fuga posible. Aun dormido, carcomiendo el envoltorio negro del sueño, los ratones incansables de los pensamientos negros proseguían con su labor, y al despertar, a la mañana siguiente, me sentí como vacío y como si unos vampiros hubieran chupado toda mi sangre.

Por eso, los ejercicios y el servicio, esa esclavitud mejor y más suave, se me antojaban un alivio. También era un alivio el montar un caballo y marchar al trote junto con los demás, obligado a estar atento en todo instante. Había que mandar y obedecer. Durante tres o cuatro horas de ejercicios a lomo del caballo me escapaba de mí mismo.

Al principio, todo marchó bien. Afortunadamente nos tocaba un día de trajín, de ejercicios para las próximas maniobras y el gran desfile final en que cada escuadrón iba a pasar en fila amplia delante del comandante, cada cabeza de caballo y cada punta de sable en una línea exactísimamente formada. Esos preparativos para el desfile exigían un trabajo extraordinario; había que repetirlos diez o veinte veces, no había que perder de vista ni a un solo ulano y, por lo mismo, esos ejercicios requerían de cada uno de los oficiales la atención más absoluta, de manera que yo estaba con todos los sentidos dedicados a mi tarea y olvidado de todo lo demás, ¡Dios sea loado!

Pero durante un descanso de diez minutos, mientras dejábamos pastar un poco a los caballos, mi mirada vagabunda rozó por casualidad el horizonte. A lo lejos brillaban en un azul acerado las praderas con sus gavillas y segadores, el horizonte plano recortóse redondo y limpio contra el cielo; detrás del picadero se distinguía la silueta, fina y larga como un palillo, de una torre. Aquella era "su" torre con la terraza. Su visión me sobrecogió. Tuve que pensar por fuerza en ella, mirar fijamente aquella construcción y recordar que a esa hora, las ocho, ella se despertaba y pensaba en mí. Tal vez su padre se acercaba en ese momento a su cama, y ella le hablaba de mí; tal vez también preguntaba o daba encargos a Ilona o al criado, deseosa de saber si no había llegado una carta, las noticias ansiosamente esperadas (no obstante, debí haberle escrito, pensé); también puede ser que ya se haya hecho subir a la torre y que desde allí, tomada de la baranda, me buscara con la vista, tal como yo mantenía ahora la mirada fija en su residencia. Apenas recordé que allí se anhelaba mi presencia, volví a sentir en mi pecho ese ardiente tironeo que ya me era familiar, la zarpa maldita de la compasión, y si bien se reinició el ejercicio y de todas partes llegaban voces de mando y se formaban los distintos grupos al galope y a la carrera, y yo mismo gritaba en medio de la batahola, me sentí interiormente alejado del lugar. En la capa más profunda y personal de mi conciencia no pensaba más que en aquello en que no quería ni debía pensar.

❦ ❦ ❦

—Maldición, ¿qué porquería es ésta? ¡Atrás! ¡Despejen, gentuza!

Era nuestro coronel Bubencic, quien, con la cara roja como un tomate, venía galopando y gritaba a través de toda la plaza de ejercicios. Y no le faltaba razón al coronel. Alguien debía haber dado una orden equivocada, pues dos columnas, entre ellas la mía, que debían doblar una al lado de la otra, se enredaron en plena carrera, y se confundían peligrosamente. En el tumulto consiguiente unos cuantos caballos corrieron espantados, otros se encabritaron, un ulano se había caído y quedó apretado debajo de su caballo, en tanto que los suboficiales gritaban y maldecían. Oíase el entrechocar de armas, relinchos de caballos, un tronar y galopar como en una batalla verdadera. Paulatinamente dos oficiales que llegaban dando grandes voces deshacían más o menos el embrollo ruidoso, y a un toque de trompeta agudo, los escuadrones, formados de nuevo, volvieron a establecer un solo frente. Entonces se inició un terrible silencio. El coronel adelantóse en medio de ese silencio inquietante. Su forma de sentarse en la montura, erguido sobre los estribos y golpeando el látigo nerviosamente contra sus botas, nos permitió columbrar la tormenta que se avecinaba. Dió un breve tirón a las riendas. Su caballo se aquietó. Luego el coronel gritó estridentemente por sobre toda la plaza:

—¡Teniente Hofmiller!

Sólo entonces comprendí cómo había sucedido todo ese revuelo. Indudablemente, fuí yo mismo quien dió la voz de mando equivocada. Debí haber estado distraído. Pensaba una vez más en aquel tremendo asunto que me turbaba por completo. Era el único culpable. Toda la responsabilidad recaía sobre mí. Una ligera presión de los muslos, y mi caballo húngaro trotó en dirección al coronel, quien, a unos treinta pasos, esperaba sin moverse.

No quiero recordar lo que entonces sucedió. Es verdad que el coronel atenuó a propósito su voz seca y chillona, a fin de que la tropa no entendiera las palabras brutales que me destinaba, pero así y todo subió de vez en cuando por su garganta uno de los términos de ira más sabrosos como "burrada" o "modo cochino de mandar", retumbando agudamente en medio del silencio. La forma en que me gritó, con la cara congestionada, subrayando cada palabra con un golpe ruidoso contra sus botas, debía revelar hasta en las últimas filas que se me reñía más que a un escolar. Me sentí asaeteado por cien miradas curiosas y acaso irónicas, en tanto que el colérico jefe me cubría de improperios soeces. Hacía muchos meses que nadie había sido amonestado como yo en aquella radiante mañana de junio con su cielo surcado por inocentes golondrinas.

Mis manos temblaban en las riendas, de impaciencia e ira. Hubiera querido asestar un fustazo a mi caballo y salir al galope. Pero con el rostro reglamentariamente inmóvil y congelado, debí tolerar que, para terminar, Bubencic me gritara que no estaba dispuesto a tolerar que un inútil como yo le enredara todo el ejercicio, que al día siguiente oiría más y que hoy no deseaba verme otra vez. Siguió, duro y vigoroso como un puntapié, un despectivo "¡Retírese!", rematado por un nuevo latigazo contra sus botas.

Tuve que levantar obedientemente la mano hasta el casco antes de dar la vuelta y reintegrarme a las filas. Ninguno de mis camaradas me miró con franqueza, todos bajaron la vista, perplejos, cubriéndola con la sombra de los cascos. Todos se avergonzaban por mí, o, por lo menos, tuve esa sensación. Por fortuna, una voz de mando abrevió ese paso por las baquetas. A un toque de corneta reinicióse el ejercicio; se deshizo el frente en distintas columnas. Ferenez aprovechó ese instante —¿por qué los más tontos serán siempre los de mejor corazón?— para acercarse como por casualidad y susurrarme:

—No lo tomes a pecho. Eso puede sucederle a cualquiera.

Pero el buen muchacho llegó en mal momento, pues le contesté con brusquedad:

—¡Haz el favor de no meterte en lo que no te importa! —y le di la espalda.

En ese segundo experimenté por primera vez en mi propia alma cuán torpemente se puede herir con la compasión. Fué por primera vez y demasiado tarde.

❦ ❦ ❦

"Dejar esto. Al diablo todo", pensaba mientras volvíamos a la ciudad. "Fuera de aquí, a cualquier parte donde nadie me conozca y donde esté libre de todos y de todo. Fuera, fuera; librarme y huir, no ver a nadie más, no permitir que me endiosen ni que me humillen. Fuera, lejos" — y esas palabras confundíanse inconscientemente con el ritmo del trote. Llegado al cuartel, tiré los frenos a un ulano y en seguida abandoné el patio.

Pero no sabía bien adónde dirigirme. No tenía un propósito firme ni una meta. En ambos mundos míos, fuera y dentro, la vida se me había hecho imposible. En mis sienes golpeaba sin interrupción ese: "¡Fuera, fuera!", que también retumbaba en mis pulsos. "¡Fuera de

ACOPLADO PARA AUTOS

Se ha ideado un nuevo acoplado plegadizo para autos, que puede transportar una carga aproximada de doscientos kilos. Este acoplado ofrece la ventaja de que cuando no se requiere su uso puede guardarse en el portabaúles del coche. Tiene una rueda sola y un marco de aluminio que sujeta la lona. El peso total del acoplado es de veinte kilos.



aquí, de este cuartel maldito, de este villorrio!". Pensé marchar a lo largo de la repugnante calle principal y seguir luego por la carretera, pero de repente alguien me saludó desde muy cerca, cordialmente. Contra mi voluntad, miré atento. ¿Quién era el que me saludaba con tanta familiaridad, ese señor vestido de civil, en traje gris y con gorra escocesa? No recordaba haberle visto nunca. Ese desconocido estaba al lado de un automóvil con el que se hallaban ocupados un par de mecánicos vestidos con zahones azules. Vino a mi encuentro, al parecer sin haberse dado cuenta de mi confusión. Era Balinkay, a quien antes sólo había visto con uniforme.

—Está acatarrado — me dijo, señalando el coche —. Eso le sucede en cada gran viaje. Creo que pasarán veinte años todavía hasta que uno pueda fiarse verdaderamente de estos cachivaches. La cosa era más sencilla con nuestros jamelgos viejos, y, por lo menos, nosotros nos entendíamos con ellos.

Sentí instintivamente una súbita simpatía por ese hombre desconocido. Todos sus gestos denotaban gran seguridad, y además tenía la cálida mirada clara del hombre despreocupado y que sabe vivir. Apenas oí su cháchara, pensé, repentinamente iluminado: "Este es el hombre en quien podría confiar". Y en el espacio mínimo de un segundo, agregóse a ese primer pensamiento, con la rapidez con que nuestro cerebro funciona en los momentos de tensión, toda una cadena de ideas.

—Perdona — le dije, sorprendiéndome yo mismo de mi confianza —: ¿no tendrías cinco minutos disponibles para dedicármelos?

—Encantado, querido Hof...

—Hofmiller — completé.

—Estoy enteramente a tu disposición. No faltaba más que no dispusiera de tiempo para un camarada. ¿Quieres que vayamos al restaurante o prefieres que subamos a mi habitación?

—Me agradaría más ir a tu habitación, si ello no te molesta, y realmente sólo por cinco minutos. No te entretendré mucho.

—Todo el tiempo que quieras. De cualquier forma, pasará media hora antes de que hayan reparado ese armatoste. Pero no hallarás muchas comodidades en mi habitación. El posadero siempre me quiere alquilar el aposento de lujo en el primer piso, pero por un sentimentalismo determinado, siempre ocupo la pieza de aquellos tiempos. Allí, una vez...; pero no hablemos de eso.

Subimos. La habitación era verdaderamente muy modesta para un hombre tan rico. Balinkay sacó una cigarrera de oro, me ofreció un cigarrillo y facilitó mi tarea, empezando él mismo a hablar.

—Entonces, querido Hofmiller, ¿en qué puedo serte útil?

—Quisiera pedirte un consejo, Balinkay. Quiero abandonar el servicio y marcharme de Austria. Quizás tú conozcas algo para mí.

Balinkay, de pronto, se puso serio. Su cara estiróse. Tiró el cigarrillo.

—¡Un absurdo! Vamos, un mozo como tú. ¡Qué ocurrencia!

Pero se había apoderado de mí, repentinamente, una tenacidad inflexible. Noté que la decisión en que diez minutos antes no había pensado bien siquiera, se tornaba dentro de mí rígida y fuerte como el acero.

—Querido Balinkay — dije, con ese modo cortante que excluye toda discusión —, ten la bondad de ahorrarme cualquier explicación. Cada cual sabe lo que quiere y lo que tiene que hacer. Sin hallarse interiorizado, nadie puede comprenderlo. Créeme, tengo que hacer borrón y cuenta nueva.

—No quiero entrometerme, pero créeme, Hofmiller, que estás por cometer una tontería. No sabes lo que haces. Tú tienes hoy, calculo, unos veinticinco o veintiséis años y te ha de faltar poco para alcanzar el grado de teniente primero. Esto ya es una cosa. Aquí tienes un grado, aquí representas algo. Pero en el momento en que quieras comenzar una vida nueva, eres el último novicio, y el vendedor más miserable te aventajará, aunque sólo fuera porque no arrastra consigo todos los prejuicios estúpidos que nosotros cargamos como una mochila. Créeme que cuando nos quitamos el uniforme, queda muy poco de lo que éramos antes, y sólo te ruego que no te engañes porque yo he tenido la suerte de salir otra vez del marasmo. Fué el puro azar, que en mil casos se da una sola vez, y prefiero no saber lo que a estas horas hacen los otros, a quienes Dios no sostuvo tan gentilmente los estribos.

Hubo en su modo decidido algo convincente, pero sentí que no debía ceder.

—Ya sé — confirmé — que eso significa un deslizamiento. Pero resulta que debo marcharme de aquí y no puedo elegir. Haz el gran favor de no persuadirme de lo contrario. No soy nada extraordinario, ya lo sé, ni aprendí nada especial; pero si tú puedes recomendarme a alguien, puedo prometerte que no te dejaré malparado. Me consta que no soy el primero que te lo pide, puesto que también colocaste al cuñado de Ferencz.

—¿Jonás? — contestó Balinkay, acompañándose con un gesto despectivo de la mano —. ¡Hazme el favor! ¿Quién era ése? Un pequeño funcionario provincial. A esa gente es fácil ayudarla. A ellos hay que pasarlos de un taburete a otro que sea un poquito mejor, y ya se creen unos dioses. A Jonás no le importaba dar brillo a los pantalones en este o en aquel lugar, puesto que nunca ha estado acostumbrado a cosa mejor. Pero es muy distinto cuando se trata de idear algo para un hombre que ya una vez ha ostentado una estrella en el cuello de la guerrera. No, querido Hofmiller: los pisos superiores siempre se hallan ocupados. El que quiere empezar en una profesión burguesa, tiene que ubicarse abajo, y aun en el sótano, donde no huele precisamente a rosas.

—Eso no me importa.

—Mira, Hofmiller, yo no soy tu tutor y no me corresponde darte consejos; pero cree a un camarada que ha pasado por todo ello: importa muchísimo cuando uno se desliza de arriba abajo, cuando uno cae de su caballo de oficial en medio de la basura... Eso te lo dice uno que ha estado en esta piecita miserable desde el mediodía hasta la noche, diciéndose exactamente como tú: "Eso no me importa". Minutos antes de la doce y media, me di de baja, al pasarse lista. No quise ya sentarme en el casino de oficiales, ni cruzar la calle, en pleno día, vestido de civil. Alquilé, pues, esta habitación — ahora ya sabes por qué siempre la pido —, y aquí esperé hasta el caer de la noche para que nadie viera con ojos de compasión que Balinkay se marchaba en su pobre saco gris y con un sombrero hongo. En esta misma ventana estuve mirando por última vez a los paseantes vespertinos. Por allí caminaban los camaradas, todos uniformados, erguidos, derechos y libres, cada cual un pequeño dios, y todos sabían quiénes eran y adónde pertenecían. Entonces comprendí por primera vez que ya no era más que una basura en este mundo; tenía la sensación de haberme arrancado la piel junto con el uniforme. Es claro que tú piensas ahora que ésta es una necedad; que un paño es azul y el otro negro o gris y que ha de ser indiferente que uno se pasee arrastrando un sable o un paraguas. Pero todavía me recorre la espalda el escalofrío que sentí cuando aquella noche me deslicé hasta la estación y en aquella esquina me cruzaron dos ulanos sin saludarme. Y cuando luego llevé yo mismo mi valija al compartimiento de tercera clase y me senté entre las campesinas sudorosas y los obreros... Sí, ya sé: todo esto es una tontería, una injusticia, y nuestro llamado honor profesional es pura espuma; pero, ¿qué quieres que te diga?, después de cuatro años de escuela militar y ocho de servicio, esto se le infiltra a uno en la sangre. Al principio, uno se siente como un tullido o como quien tiene un absceso en medio de la cara. Dios no quiera que tú tengas que pasar por este infierno. Por ningún dinero del mundo quisiera revivir aquella noche en que salí de aquí a hurtadillas y esquivé todos los faroles hasta llegar a la estación. Y aquello no era más que el comienzo.

—Por eso mismo, Balinkay, yo quiero irme lejos de aquí, donde todo eso no exista y nadie tenga noticias de mí.

—Yo hablé exactamente del mismo modo, Hofmiller, y pensé lo mismo que tú. Basta que se esté lejos para que todo quede borrado, *tabula rasa*. Es preferible ser lustrabotas o lavacopas en América, que según las historias referidas por los diarios, ha sido el principio de la carrera de los grandes millonarios. Pero no te olvides, Hofmiller, que se necesita también un buen montoncito de dinero para llegar al otro lado del charco, y tú no sabes todavía lo que para gente como nosotros significa el hacer reverencias.

Se había levantado y hacía un movimiento enérgico con los brazos, como si la americana le resultara de repente demasiado estrecha. Inesperadamente, me abordó:

—Al propósito, a ti te lo puedo confiar tranquilamente, pues hoy ya no me avergüenzo más, y ¿quién sabe si no se te hace un bien apagando en buena hora tus humos románticos?

Volvió a sentarse y acercó más su silla.

—Supongo que a ti también te han contado toda la historia de la pesca gloriosa, de cuando yo conocí a mi esposa en el hotel Shepherd. Sé que esto lo cuentan en todos los regimientos, y si por ellos fuera, se imprimiría este asunto en los libros de lectura, como acto heroico de un oficial imperial y real. La verdad es que el caso no fué tan glorioso, y lo único que esa historia tiene de verdad, es que yo conocí a mi mujer, efectivamente, en el hotel Shepherd. Pero sólo yo y ella sabemos cómo la conocí, y ella no lo ha contado a nadie, y yo, hasta ahora, tampoco; sólo te lo cuento a ti para que veas que no todo son rosas para nosotros... En pocas palabras: cuando yo la conocí en el hotel Shepherd, de El Cairo, yo era allí..., no te asustes..., mucamo; sí, mi amigo, un mucamo común y corriente. No llegué a ese cargo por gusto, sino por tonto, a causa de nuestra terrible inexperiencia. Basta que yo lo haya experimentado y basta que lo haya sobrevivido. E n t o n c e s ocurrió el asunto con mi mujer. Poco antes, ella había quedado viuda y venido a El Cairo junto con su hermana y su cuñado. Ese cuñado era el individuo más ordinario que puedes imaginarte, ancho de hombros, gordo, fofo, malcriado, y no sé por qué me veía con malos ojos. Quizás era demasiado elegante para él. Quizás no encorvaba suficientemente la espalda ante su excelencia; la cuestión es que una vez que no le serví el almuerzo exactamente al momento deseado, me gritó: "¡Torpe!"... Tú comprenderás, es una cosa que llevamos dentro de los músculos después de haber sido oficiales..., antes de poder reflexionar, me desboqué como un caballo, me enderecé... y faltó poco para que le diera unos puñetazos en la cara... Bien; a último momento logré dominarme todavía, pues has de saber que yo había tomado siempre ese asunto de mucamo como un carnaval, e incluso..., no sé si tú puedes comprender eso..., yo sentí inmediatamente algo así como un placer sádico porque tuve que tolerar semejante afrenta de un quesero cochino. Me quedé, pues, quieto, y le sonreí un poco..., ¿sabes?, así, de arriba abajo, sonriendo debajo la nariz..., hasta que el individuo aquél se puso pálido y verde de rabia porque se dió cuenta de que yo era de alguna manera superior a él. Me retiré entonces muy fríamente de la habitación e hice todavía una reverencia tan irónica como cortés. Poco faltaba para que reventase de rabia. Estaba presente mi mujer; es decir, la que ahora es mi mujer; ella debe haberse dado cuenta vagamente de lo que había pasado entre nosotros, y no sé en qué notó — luego me lo confesó —, por mi modo de erguirme, que hasta entonces en la vida nadie se había tomado semejante libertad conmigo. Me siguió al pasillo para decirme que su cuñado estaba un poco nervioso y que no lo tomara a mal; bueno, y para que sepas toda la verdad, te confesaré que

incluso trató de deslizarme en la mano un billete de banco, para enderezar aquel entuerto. El aire con que rechacé su billete debió haberla sorprendido por segunda vez y le reveló, seguramente, que había algo de misterioso en mi condición de mucamo. Pero con eso habría terminado el asunto, a mi modo de ver, pues en aquellas pocas semanas había ahorrado lo suficiente como para volver al país sin tener que mendigar en el consulado. Sólo fuí allí en busca de un informe. Entonces vino en mi ayuda una de esas casualidades que se dan una vez entre mil. Resulta que en ese momento pasó el cónsul por la antesala, y ese cónsul no era ni más ni menos que Elemer de Juhacz, con quien yo había estado quién sabe cuántas veces en el Jockey Club. Claro está, él en seguida me abrazó y me invitó a su club..., y nueva casualidad..., o sea casualidad sobre casualidad, y sólo te cuento todo esto para que comprendas cuántas casualidades locas se tienen que dar cita para sacarnos del fango. Bueno; es el caso que en aquel club estaba la que ahora es mi mujer. Cuando Elemer me presentó a ella como su amigo, el barón Balinkay, se puso roja como el fuego. Desde luego, me reconoció de inmediato y la mortificó indeciblemente el asunto de la propina. Pero me di cuenta en seguida de que se trataba de una mujer noble y decente, pues no hizo aspavientos, no trató de disimular, sino que confesó en seguida franca y claramente. Todo lo demás se arregló pronto, y no viene al caso. Pero, créeme, esos encadenamientos no se dan todos los días, y a pesar de mi dinero y de mi esposa, para la que todos los días le pido a Dios mil bendiciones, no quisiera revivir aquello.

Alargué, sin saber, mis manos hacia Balinkay.

—Te estoy sinceramente agradecido por tu advertencia. Ahora sé mejor todavía lo que me espera. Pero, palabra de honor, no veo otra salida. ¿Realmente no conoces nada para mí? Por aquí dicen que tienes unos negocios fabulosos.

Balinkay guardó silencio por un momento; luego suspiró compasivo:

—¡Pobre Hofmiller! Te tienen que haber machucado de lo lindo. No temas, no te preguntaré nada; ya veo bastante. Cuando uno ha llegado a este punto, es inútil que se le aconseje. En un caso así, hay que poner manos a la obra como camarada, y no hace falta que te jure que no tendrás queja de mí. Mañana, muy temprano, nos marcharemos, mi señora y yo; pasaremos ocho o diez días en París, luego unos días en el Havre y en Amberes, para inspeccionar las agencias. Pero dentro de tres semanas aproximadamente, estaremos en casa, y en cuanto lleguemos a Rotterdam, te escribiré. No te preocupes; no me olvidaré. Puedes confiar en Balinkay.

—Ya lo sé —contesté—, y te estoy muy agradecido.

Pero Balinkay debió haber percibido un leve desencanto en mis palabras.

—¿Te resulta eso demasiado lejano?

—No —titubeé—; sabiéndolo con seguridad, claro que no. Pero... hubiera preferido, desde luego...

Balinkay reflexionó un instante.

—¿Hoy, por ejemplo, no tendrías tiempo?... Quiero decir, mi señora está hoy en Viena, y como el negocio es de ella y no mío, corresponde a ella pronunciar la palabra decisiva.

—Naturalmente, tengo tiempo. Estoy libre hoy —repliqué rápidamente. Recordé que el coronel no deseaba volver a verme en ese día.

—¡Bravo, muy bien! Entonces lo mejor será que vengas conmigo en el carromato. Habrá lugar para ti junto al chofer. No podrás venir atrás porque he invitado a mi amigo, el barón Lajos, con los suyos. A las cinco estaremos en el Bristol, hablaré en seguida con mi señora, y con eso ya estaremos del otro lado; nunca me niega nada que yo le pida en favor de un camarada.

Le di un apretón de manos. Bajamos la escalera. Los mecánicos ya se habían quitado sus ropas de trabajo: el auto estaba listo.

* * *

La velocidad tiene algo de embriagador, y aturde tanto lo físico como lo psíquico. Apenas el coche pasó ruidosamente de las calles de la ciudad al campo abierto, me sentí invadido por una extraña distensión.

A las cinco y media nos detuvimos frente al hotel Bristol, muy zarandeados, cubiertos de polvo y, no obstante, maravillosamente animados por el vértigo.

—Así no puedes subir a ver a mi señora —me dijo Balinkay, sonriendo—. Se diría que han vaciado una bolsa de harina sobre ti. Y quién sabe si no sería mejor que yo la hablara a solas, así me explico con más libertad y tú no tienes por qué sentirte molesto. Mira, tú ve a lavarte y cepillarte bien, y espérame luego en el bar. Yo bajaré dentro de breves minutos para darte la contestación. No te preocupes hasta entonces. ¡Arreglaré este asunto conforme a tus deseos!

En efecto, no me hizo esperar mucho tiempo. A los cinco minutos ya volvió riendo.

—¿No te lo dije? Ya está todo arreglado, es decir, si te conviene. Puedes pensarlo hasta cuando quieras y renunciar cuando gustes. Mi señora..., no hay qué hacerle, es en verdad una mujer inteligente...; ha dado una vez más en el clavo. El caso es que se te destinará en seguida a un barco, sobre todo para que aprendas los idiomas y veas el mundo de allende el mar. Serás asistente del sobrecargo, tendrás uniforme, comerás en la mesa de los oficiales, viajarás unas cuantas veces a las Indias Holandesas, y ayudarás a borronear papeles. Luego ya te colocaremos en alguna parte, acá o allá, como tú quieras; mi esposa me lo ha prometido formalmente.

—¡Muchas gracias!...

—No tienes nada que agradecer. Se sobreentendía que trataría de serte útil. Pero te vuelvo a repetir, Hofmiller, que no procedas a tontas y a locas. Por mí, ya te puedes presentar y embarcar pasado mañana. Telegrafiaré de todos modos al director para que vaya anotando tu nombre; pero desde luego, sería mejor que consultaras con la almohada... Bueno: sea la que fuera tu decisión, yo, encantado. Quédate con Dios.

Miré a ese hombre que me había sido enviado por el destino, verdaderamente emocionado. Con su ligereza maravillosa me había evitado lo más pesado, rogar y titubear, y la tensión martirizante previa a la decisión, de modo que sólo me quedaba por cumplir una pequeña formalidad: la redacción de mi renuncia. Era lo único que faltaba para que quedase libre y a salvo.

* * *

Veinte minutos después, o sea a las seis, me hallaba sentado en un café redactando mi renuncia. Pero cuando me hallaba escribiendo las primeras líneas, me sentí invadido por un raro ensueño. Me detuve y empecé a reflexionar sobre lo que sucedería al día siguiente, al llegar ese documento al despacho del regimiento. Para empezar, seguramente, una mirada sorprendida del sargento primero, luego un cuchicheo de sorpresa entre los escribientes subalternos; pues no era cosa corriente el que un teniente renunciara sin más ni más a su cargo. Luego esa hoja recorrería las instancia, de oficina en oficina, hasta llegar a manos del propio coronel. Vi a éste patente, plásticamente, calándose los anteojos, quedando cortado al leer las primeras palabras y dando luego un puñetazo en la mesa a su modo colérico. Ese hombre rudo estaba demasiado acostumbrado a que sus subalternos, a los que acababa de insultar de arriba abajo, se mostraran encantados y felices, si al día siguiente les hacía comprender por una palabra llana que la tormenta se había disipado definitivamente. Esta vez, sin embargo, se daría cuenta que había chocado contra una cabeza terca, la del oscuro teniente Hofmiller, quien no admitía sus gritos.

No me avergüenza confesar que me sobrevino una extraña satisfacción propia mientras me imaginaba todo eso. La vanidad constituye uno de los impulsos más fuertes de todas nuestras acciones, y las naturalezas más débiles sucumben con particular facilidad a la tentación de hacer algo que impresione como energía, valor y decisión. Ahora tenía, por primera vez, oportunidad para demostrar a mis camaradas que yo era de aquellos que se respetan, todo un hombre. Seguí escribiendo aquellas veinte líneas, cada vez más rápido y, según creo, con trazos cada vez más enérgicos. Lo que al principio no había sido más que una tarea enojosa, convirtióse en un placer personal.

Faltaba la firma —y quedaba todo terminado—. Consulté el reloj: eran las seis y media. Llamé al mozo para pagar. Luego me dispuse a pasear por última vez en uniforme por la calle Ring y a tomar el tren nocturno a la guarnición. A la mañana siguiente entregaría el papelote, y entonces todo concluiría en forma irrevocable, y comenzaría una nueva existencia.

Doblé, pues, la hoja, primero a lo largo y después a lo ancho, para guardar ese documento fatal en el bolsillo interior del chaleco. En ese momento sucedió lo inesperado.

* * *

Sucedió lo siguiente. En el medio segundo en que, muy ufano, muy resuelto y hasta alegre (toda realización trae alegría) metí el voluminoso sobre en el bolsillo, percibí una resistencia crujiente. "¿Qué hay aquí dentro?", pensé involuntariamente y metí la mano. Pero mis dedos se retiraron convulsivamente como si hubieran comprendido lo que era aquella cosa olvidada antes de que yo mismo me acordara. Eran las cartas de Edith, sus dos cartas de la víspera.

No puedo describir con exactitud la sensación que tuve en el instante de ese recuerdo repentino. Creo que no fué tanto de asombro como de vergüenza indecible, pues en ese instante desgarróse una niebla, mejor dicho, un autoengaño. Reconocí con la rapidez del relámpago que todo cuanto había hecho y pensado en las últimas horas era perfectamente falaz. Tanto lo era el disgusto por mi papel desairado como mi orgullo por la heroica renuncia. Si me retiraba tan de repente, no era porque el coronel me hubiese reprendido (eso, al fin y al cabo, sucede todas las semanas); en realidad me batía en retirada ante los Kekesfalva, ante mi engaño y mi responsabilidad, me disponía a correr, porque no soportaba el ser querido mal de mi grado. Era una fuga mísera, cobarde.

Pero lo hecho, siempre tiene poder. Ya que estaba escrita la solicitud de retiro, no quise desmentirme. "¡Al diablo! —me dije iracundo—. ¡Qué me importa a mí que esa muchacha espere y lloriquee! Ha provocado mi enojo y me ha trastornado bastante. ¿Qué tengo que ver yo con que aquel ser extraño me quiera? Con los millones que tiene, ya encontrará otro a quien prodigar su afecto, y si no, no es cuestión de mi incumbencia. Basta con que yo renuncie a todo y que me arranque el uniforme. ¿Qué tengo que ver con toda esta preocupación histérica sobre si ella sanará o no? ¡Si yo no soy médico!..."

Al llegar a ese término "médico", mis pensamientos se detuvieron repentinamente, tal como una máquina que gira vertiginosamente se para a una señal. Asocié a esa palabra "médico" el nombre de Condor, y me dije en seguida que aquél era un asunto suyo. A él le pagaban para curar a la enferma. Era paciente suya y no mía. Si él enredaba las cosas, que las desenredara. Pensé que lo mejor era ir a verlo en seguida y explicarle que yo me desentendía de todo.

Eran entonces las siete menos cuarto, y mi tren no salía hasta después de las diez. Me

sobraba, pues, tiempo, ya que no tenía mucho que explicar. Me bastaba con decir a Condor que, en cuanto a mi persona, aquello había terminado. ¿Pero dónde vivía? No me lo había dicho, ¿o yo lo había olvidado? No importaba; como médico debía figurar en la guía de teléfonos. Me dirigí, pues, a la cabina del teléfono y consulté la guía. Be... Bi... Bu... Ca... Co... Ahí estaban todos los Condor: Condor Antonio, comerciante... Condor Dr., Emerich, médico, calle Floriani, 97. No figuraba otro médico del mismo nombre en toda la hoja, de modo que debía ser él. Al salir, me repetí dos o tres veces la dirección. No llevaba lápiz, pues en mi prisa diabólica me había olvidado de todo. Detuve el primer coche y di en seguida las señas al conductor, y mientras el carruaje rodaba rápida y suavemente sobre sus ruedas, fuí preparando mi plan. Me propuse hablar poco y enérgicamente, quería evitar de todos modos la impresión del hombre que titubea. No quería dejar sospechar siquiera que huía de los Kekesfalva, sino que iba a presentar mi renuncia como hecho consumado, como si todo lo hubiera preparado desde meses atrás y que sólo en ese día había conseguido un empleo excelente en Holanda.

El coche se detuvo. Bajé y leí en una chapa: "Dr. Emerich Condor, segundo patio, tercer piso. Consultas de dos a cuatro". De dos a cuatro, y eran cerca de las siete. Sin embargo, estaba seguro de que me recibiría aún a esta hora. Pagué al cochero y crucé el patio mal adoquinado. ¡Qué escalera de caracol tan pobre, con sus peldaños gastados, con sus paredes agrietadas y llenas de inscripciones, con un olor a cocinas pobres y servicios mal cerrados!

Llegué por fin al tercer piso, un pasillo largo, con puertas a la izquierda y a la derecha, y una al fondo, en el centro. Me dispuse a sacar una caja de fósforos para encender uno de ellos a fin de hallar la puerta que buscaba, cuando de la izquierda salió una mucama vestida con bastante descuido, con una jarra vacía en la mano, probablemente para ir a buscar cerveza para la cena. Le pregunté por el doctor Condor.

—Vive aquí — me contestó, revelando por su modo de hablar su procedencia bohemia —. Pero todavía no está de vuelta. Se fué a Meidling; no ha de tardar. Dijo a la señora que estaría sin falta a la hora de la cena. Pase y espere.

Sin dejarme tiempo para reflexionar, me introdujo en el vestíbulo.

—Tome asiento aquí — me dijo, indicándome con cierta condescendencia una de las sillas.

Esperé, pues. Era la usual espera nerviosa en la antesala de un médico, donde, sin tener verdadero deseo de leer, se hojea siempre las gastadas revistas que se han tornado anacrónicas, para engañar mejor la propia inquietud con apariencia de actividad, donde uno se levanta a cada rato, se vuelve a sentar, mira a intervalos cortos el reloj, que con un péndulo somnoliento hace tic-tac en un rincón: las siete y doce, las siete y catorce, las siete y quince, las siete y dieciséis. A las siete y veinte no aguanté más. Ya había calentado dos sillas; me levanté, pues, y me dirigí a la ventana. Volví a mirar el reloj: las siete y veinticinco, las siete y media. ¿Por qué no vendrá? No podía ni quería esperar más. Notaba que la espera me quitaba la seguridad y el aplomo.

Por fin — respiré aliviado —, oí que al lado se cerraba una puerta. Me senté, adoptando una pose adecuada, repitiéndome: "Muéstrate muy despreocupado y dueño de ti mismo, habla con soltura, dile que sólo has venido de paso para despedirte y para pedirle, además, que vaya pronto a ver a los Kekesfalva y que les explique, en caso que muestren desconfianza, que debías ausentarte a Holanda y abandonar la carrera". Por todos los demonios, ¿por qué, caramba, me hacía esperar más? Oí claramente que al lado se arrastraba una silla. De pronto, percibí un ruido muy apagado junto a la puerta, como si alguien apretara o jugara con el picaporte; y, en efecto, éste se movió. El delgado trozo de metal se movió en la penumbra, y la puerta abrióse en una pequeña ranura negra. Tal vez es la corriente, el viento, me decía, pues ningún hombre normal abre una puerta tan lentamente, salvo, tal vez, un ladrón en medio de la noche. Pero no, la rendija se ensanchaba. Desde adentro, una mano debía abrir la puerta con gran cuidado y, por último, reconocí en la oscuridad una sombra humana. Me quedé mirándola fijamente. Entonces una voz de mujer preguntó a través de esa abertura, muy apocada:

—Este..., ¿hay alguien aquí?

La contestación se me quedó atravesada en la garganta. Supe en seguida que hay una sola clase de personas que pueden hablar y preguntar de ese modo: los ciegos. Sólo los ciegos caminan y se arrastran en forma tan silenciosa; sólo ellos tienen ese timbre tan inseguro en la voz. Y en el mismo instante me recorrió cual relámpago un recuerdo. ¿No había dicho Kekesfalva que Condor se había casado con una ciega? No podía ser sino ella la que estaba detrás de la puerta y me preguntaba sin verme. Concentré mis miradas con esfuerzo para distinguir su sombra dentro de la penumbra, y por fin reconocí una mujer delgada con una amplia bata de entrecasa y con el cabello canoso y un poco revuelto. Me quedé mudo por el espacio de un segundo. Luego me levanté e hice una reverencia — sí, hice una reverencia, a pesar de que es una insensatez inclinarse delante de una ciega —, y balbuceé:

—Yo... espero al doctor.

Entretanto, la mujer había abierto enteramente la puerta. Con la mano izquierda sostenía aún el picaporte, como si se procurara un apoyo en el espacio negro; luego adelantóse, sus cejas se fruncieron sobre los ojos apagados, y con una voz de mando, completamente distinta, muy dura, me dijo:

—Esta no es hora de consulta. Cuando mi marido venga a casa, tendrá que comer primero y descansar. ¿No podría usted volver mañana?

—Perdone, señora...; naturalmente no se me ocurre consultar al doctor a una hora tan avanzada. Sólo quise darle una noticia...; se trata de una de sus enfermas.

—¡Sus enfermas! ¡Siempre sus pacientes! — la actitud dejó paso a un tono lloroso —. Esta noche, a la una y media, lo han venido a buscar; esta mañana ha salido a las siete, y desde la hora de la consulta no ha regresado todavía. El mismo tiene que enfermarse si no lo dejan en paz. Pero ahora basta. Ha pasado la hora de las consultas; ya se lo dije. Atiende hasta las cuatro, nada más. Déjele anotado lo que quiera, o si es cosa urgente, vaya a ver a otro médico. Hay bastantes médicos en la ciudad, cuatro en cada esquina.

Se acercó a tientas, y casi consciente de una culpa, me retiré ante ese rostro iracundo y excitado en que los ojos abiertos brillaban como globos iluminados.

—¡Váyase, he dicho! ¡Váyase! Déjelo comer y dormir como a la demás gente. No se agarren todos ustedes de él, a zarpazos. De noche y por la mañana temprano, durante todo el día, siempre los enfermos, para todos debe preocuparse, y todo de balde. Porque ustedes comprenden su debilidad, todos se lanzan sobre él, y sólo sobre él... ¡Ah, cómo son ustedes de crueles! Ustedes no conocen más que las enfermedades y las preocupaciones suyas. Pero yo no lo tolero, no lo permito. Váyase, he dicho; váyase inmediatamente. Déjelo por fin en paz, concédale esta única hora libre.

—Claro, señora — me disculpé —. Comprendo perfectamente que el doctor necesita descanso; no lo molestaré. Permítame que le deje unas palabras escritas o que le hable por teléfono de aquí a media hora.

—¡No! ¡No! No hable por teléfono. Todo el día suena el aparato, todos quieren algo de él, todos preguntan y se quejan. Antes de que se lleve la cuchara a la boca, ya se tiene que levantar de la mesa. Venga usted mañana a la consulta, le dije; no ha de tener tanta prisa. Alguna vez tiene que descansar. Váyase ahora... Retírese, he dicho.

Y con los puños cerrados, adelantándose a tientas, la ciega dirigióse a mí. Fué algo espantoso. Tenía la sensación de que en el próximo instante me zarandearía con sus manos extendidas. Pero en ese momento chirrió la puerta del departamento, cerrándose con bastante ruido. Debía ser Condor que llegaba. La mujer escuchó sobrecogida. Sus rasgos se transfiguraron de inmediato. Empezó a temblar todo su cuerpo, y sus manos, que acababan de estar cerradas, juntáronse de repente, suplicantes.

—No lo entretenga usted ahora — susurró —. No le diga usted nada. Por supuesto, llega muy cansado. Anduvo todo el día de una parte a la otra. Sea considerado. Tenga com...

En ese momento abrióse la puerta y entró Condor.

* * *

Indudablemente comprendió la situación a primera vista. Pero ni por un segundo perdió la presencia de ánimo.

—¿Oh, tú le has hecho compañía al señor teniente? — dijo en su modo jovial con el que disimulaba, pronto lo comprendí, sus tensiones nuertes —. Es una gran gentileza tuya, Clara.

Al mismo tiempo se encaminó hacia la ciega y acarició suavemente su cabello canoso y al-

DE LOS HELICOPTEROS

Una de las razones por las cuales los helicópteros son más eficaces que otros aviones para pulverizar insecticidas sobre plantaciones, es la de que los palos horizontales de sus hélices dirigen hacia abajo las corrientes del aire que remueven.

borotado. Al efecto de ese contacto, se mudó toda su expresión. El temor que un instante atrás había desfigurado su boca grande, desapareció bajo esa caricia, y ella dirigióse a él con una sonrisa desamparada y vergonzosa, casi de novia, apenas percibió su proximidad. Condor puso su brazo en sus hombros y repitió, sin mirarme:

—Ha sido una gran gentileza tuya, Clara — y su voz parecía un acompañamiento de sus caricias.

—Perdona — empezó a disculparse —. Pero tenía que explicarle a ese señor que tú primero debías de comer, pues has de traer mucho apetito. Todo el día estuviste fuera, y mientras tanto te han llamado por teléfono doce o quince veces... Perdona que le haya dicho a ese señor que vuelva mañana; pero...

—Esta vez, hija — dijo riendo, pasando nuevamente su mano sobre el cabello (comprendí que lo hacía para que su risa no pudiera herirla) —, estabas muy equivocada al tratar de librarme del visitante. Este señor, el teniente Hofmiller, por fortuna no es un paciente, sino un amigo que hace mucho me prometió que vendría a visitarme si alguna vez llegaba a la ciudad. Sólo puede tomarse unas horas a la tarde, pues durante el día debe cumplir con el servicio. Queda por saber ahora lo principal: ¿Tienes algo bueno para convidarlo a cenar?

—¡Oh, no; muchas gracias! — rechacé apresuradamente —. Debo marcharme en seguida. No debo perder el tren nocturno. En realidad, sólo quería transmitirle los saludos de aquella gente, y eso se hace en un par de minutos.

—¿Anda todo bien por allá? — me preguntó Condor mirándome con ojos penetrantes.

Pareció comprender que algo había sucedido, pues agregó rápidamente:

—Sepa usted, mi amigo, que mi señora siempre sabe lo que me pasa, generalmente incluso lo sabe mejor que yo. Tengo, en efecto, un hambre bárbara, y antes de que haya comido y fumado un cigarro no serviré para nada. Si es de tu agrado, Clara, los dos vamos a comer ahora tranquilos, y hacemos esperar un poco al teniente. Le doy un libro o, si quiere, mientras tanto, descansa un rato. Supongo que usted también acaba de pasar un día bastante agitado. Cuando llegue el momento del cigarro, yo volveré aquí, eso sí, con pantuflas y saco de casa. ¿Verdad, teniente, que usted no me exige etiqueta?...

—Y yo, realmente, sólo me detendré diez minutos, señora... Luego tendré que correr para no perder mi tren.

Esta sola afirmación bastó para que su rostro volviese a aclararse por completo. Me abordó casi en forma amable:

—Es una lástima que usted no quiera cenar con nosotros, teniente; pero espero que otra vez lo haga.

Me alargó su mano muy suave, delgada, un poco apergaminada y rugosa. La besé respetuosamente. Y miré con verdadero enternecimiento cómo Condor condujo a la ciega con mucha precaución a través de la puerta, evitando que se rozara al caminar.

—Estaré con usted dentro de veinte minutos. Entonces discutiremos todo con pocas palabras. Entretanto usted puede tirarse un poco en el sofá o repantigarse en el sillón. No me gusta su aspecto, mi amigo; parece excesivamente cansado. Y se me antoja que a los dos nos hace falta estar con la cabeza clara y capaces de concentrarnos.

* * *

La experta mirada de Condor no le había engañado. Sólo después de haberlo dicho él, noté cuán terriblemente cansado estaba al cabo de aquella noche insomne y de esa jornada repleta de sobresaltos. Siguiendo su consejo — ya noté que era presa absoluta de su voluntad —, me estiré en el sillón de su sala de espera, echando la cabeza muy atrás y apoyando las manos perezosamente en los mullidos brazos. Mientras duraba mi espera angustiosa, afuera se había cerrado la noche; apenas logré distinguir en la salita el fulgor argentino de los instrumentos en la vitrina alta, y en el rincón a mi espalda, en derredor del sillón en que descansaba, abovedábase todo un nicho de oscuridad. Cerré los ojos involuntariamente y poco a poco me quedé dormido.

De repente, una mano me tocó en el hombro. Condor debió haber entrado con pasos apagadísimos en la habitación completamente oscura, o tal vez me había quedado realmente dormido. Quise incorporarme, pero él oprimió mis hombros suave y a la vez enérgicamente:

—No se mueva. Me sentaré aquí con usted. Se habla mejor en la penumbra. Sólo le ruego que hablemos bajo, muy bajo. Usted ya sabe que en los ciegos el oído se desarrolla frecuentemente de un modo mágico, y además tienen un misterioso instinto de adivinación. Hable, pues — y al mismo tiempo me pasó su mano, como en un pase hipnótico, desde el hombro, a lo largo de todo el brazo, hasta la mano —, y no tenga reparos. Noté en seguida que le sucedía algo.

Yo, mientras permanecía estirado y me envolvía en la penumbra, olvidé por completo mi propósito de fingir delante de Condor. A pesar mío fuí perfectamente sincero; le informé — y hubo en ello algo del placer reparador de la confesión — del estallido inesperado de Edith, mi turbación, mi temor, mi tribulación. En esa oscuridad silenciosa, lo conté todo; y nada se movía, fuera de los cristales de los lentes que a veces relampagueaban inciertamente, al mover Condor la cabeza.

Siguió luego un silencio, y al silencio, un sonido raro. Al parecer, Condor había entrecruzado los dedos hasta hacer crujir las falanges.

—Esta era, pues, la madre del borrego — rezongó disgustado —. Y yo, tonto de mí, no lo había visto. Siempre es lo mismo: no se percibe al enfermo detrás de la enfermedad. Con ese modo de examinar y de palpar preciso en busca de cualquier síntoma, se pasa por alto lo más esencial o sea lo que acontece dentro de la persona misma. Es decir, algo observé en seguida en la muchacha; usted recordará que después del último examen pregunté al viejo si alguna otra persona había intervenido en el tratamiento. Había llamado mi atención aquella voluntad ardiente y repentina de sanar cuanto antes. Estuve, pues, en lo cierto al sospechar que un ser extraño se había mezclado en el asunto. Pero, torpe de mí, sólo había pensado en un barbero o magnetizador; creí que la habían trastornado con alguna brujería. Lo único que no se me ocurrió era lo más sencillo, lo más lógico, lo más evidente. El enamoramiento forma poco menos que parte orgánica de una muchacha en la época del desarrollo. Lo malo es que eso suceda justamente ahora y con tal vehemencia. ¡Dios mío, pobre niña!

Se había levantado. Percibí el ir y venir de sus pasos cortos y un suspiro:

—Es cosa tremenda que eso tenga que ocurrir justamente ahora que urdimos ese asunto del viaje. Y lo peor es que ni Dios puede dar marcha atrás, porque ella se sugiere la idea de que tendrá que curarse para usted y no para ella. Será horrible, horrible, la reacción que ha de producirse. Ahora que ella espera y exige todo, ya no se conformará con una pequeña mejoría, con sólo un progreso. ¡Dios mío, con qué responsabilidad tremenda hemos cargado los dos!

Dentro de mí tomó cuerpo de súbito una resistencia. Me molestó esa manera de involucrarme. Precisamente había ido para librarme. Por eso le interrumpí resuelto:

—Comparto íntegramente su opinión. Las consecuencias serán infinitas. Será necesario poner coto a tiempo a esa ilusión absurda. Tendrá usted que intervenir en forma enérgica. Debe decirle...

—Pues... que ese enamoramiento es simplemente una niñería, un disparate. Tiene usted que quitárselo de la cabeza.

—¿Quitarle de la cabeza? ¿Quitarle qué de la cabeza? ¿Tratar de hacer desistir a una mujer de su pasión? ¿Decirle que no sienta lo que siente? ¿Que no quiera lo que quiere? Eso sería lo más equivocado que pudiera hacer y al mismo tiempo lo más tonto. ¿Usted ha oído decir alguna vez que se puede desbaratar una pasión mediante la lógica? ¿Que se puede persuadir a la fiebre: "Fiebre, no ardas" o al fuego: "Fuego, no quemes"? Es un pensamiento muy hermoso, verdaderamente filantrópico, el de decirle a la cara a una enferma, a una tullida: "¡Por el amor de Dios, no te hagas la ilusión que tú también puedas amar! Es una petulancia tuya la de manifestar sentimientos, la de esperar sentimientos; tú has de obedecer, porque eres un engendro. Retírate a tu rincón. Renuncia, desiste. Desespera de ti misma." Esta es, al parecer, la forma que, de acuerdo con sus deseos, tendría yo que emplear para hablar con esa pobre niña. Ahora, hágame el favor de imaginarse también el efecto maravilloso de esas palabras.

—Pero, justamente usted...

—¿Por qué yo?... ¿No ha cargado usted expresamente con toda la responsabilidad? ¿Por qué he de intervenir precisamente yo, ahora?

—Pero es a todas luces imposible que yo mismo reconozca que...

—Ni falta hace. No es lícito que lo haga. ¡Primero trastornarle el juicio y luego exigir de golpe que sea razonable!... ¡Es lo que faltaba! Es natural que usted no pueda hacer comprender a la pobre, ni por un solo acento ni por un solo gesto, que su inclinación le resulta penosa: eso significaría, ni más ni menos, que tratarla a hachazos.

—Pero... — me falló la voz —, alguien tendrá que hacerle comprender al final...

—¿Hacerle comprender qué? Haga el favor de expresarse con precisión.

—Quiero decir... en fin... que aquello es completamente imposible, absurdo, que no hay ninguna perspectiva... para que luego no... cuando yo... si yo...

Me interrumpí. Condor también guardó silencio. Parecía esperar algo. Luego, sin transición, fué hacia la puerta y encendió la luz.

—Ahora — exclamó Condor con vehemencia —, mi señor teniente, ya veo que no pueden presentársele a usted las cosas sobre bandeja de plata. Es fácil esconderse en la oscuridad, mas hay cosas que conviene decirlas mirándose claramente a las pupilas. Basta, pues, de parloteo insulso. Mi señor teniente, aquí hay algo que no está como debe. No es posible engañarme de que usted sólo haya venido para mostrarme esta carta. Hay algo más. Usted tiene un propósito determinado, lo noto claramente. O usted se expresa con sinceridad al respecto, o tendré que agradecerle y dar por terminada su visita.

El relampagueo de sus lentes me aturdió, me turbó su redondo reflejo, y bajé la mirada.

—No es muy impresionante su silencio, teniente. No es precisamente indicio de una conciencia limpia. Columbro más o menos el juego que se está haciendo. Le ruego que no se ande con rodeos. ¿Tendrá usted por ventura, el propósito de poner fin a su llamada amistad, a raíz de esa carta... o de lo otro?

Esperé. No levanté la mirada. Su voz adquirió entonces el tono perentorio de un examinador.

—¿Sabe usted lo que significaría el que ahora se hiciera humo, después de haber hecho perder el juicio a esa muchacha con su famosa compasión?

Seguí callado.

—Entonces, me permitiré decir a usted la calificación que a mí, personalmente, me merece semejante proceder: esa retirada sería una cobardía miserable... ¡Vamos, no se incorpore usted militarmente! Dejemos aparte al señor oficial y al código de honor. Al fin y al cabo, aquí se trata de algo más que de trivialidades. Está en juego un ser viviente, joven, precioso, y del que, además, yo soy responsable; en tales circunstancias, no tengo humor ni me da la gana de ser cortés. De todos modos, para que usted no se engañe respecto a la responsabilidad con que carga al escaparse, le diré

con toda claridad: su fuga en un momento tan crítico... hágame usted el favor ahora de no taparse los oídos..., sería un crimen vil e infame contra un ser inocente, y, temo muy mucho que más que eso... ¡sería un asesinato! ¡Un asesinato! ¡Un asesinato! Sí, señor, y usted ya lo sabe. ¿O cree acaso que esa criatura sensible y orgullosa podría resistir el que, después de haberse abierto y confiado por primera vez a un hombre, por toda contestación ese caballero salga huyendo con un temor pánico, como si hubiera visto al mismísimo diablo? Tenga un poco más de fantasía, le ruego. ¿No le llegó esa carta, o no ve usted con el corazón? Ni aun una mujer normal y sana soportaría semejante desprecio. Aun en ella quedaría trastornado durante años el equilibrio interior, a raíz de semejante golpe. Y esa muchacha que sólo se mantiene por la insensata esperanza de curación con que usted la envolvió, ese ser zaherido y traicionado, ¿cree que podrá soportarlo? Si no la anula ese choque, ella misma irá destrozándose. Sí, ella misma lo hará, pues una persona desesperada no puede soportar tamaña humillación. Estoy convencido de que no podrá sobrellevar semejante crueldad, y usted, teniente, lo sabe tan bien como yo. Y puesto que usted lo sabe, su retirada no sólo sería debilidad y cobardía, sino un asesinato alevoso y premeditado.

Involuntariamente, me eché más atrás. En el instante en que pronunció la palabra "asesinato", percibí todo en una visión fugaz: la baranda de la terraza, de la que ella se aferraba convulsivamente con ambas manos. Recordé cómo la tuve que retener, en último instante, con todas mis fuerzas. Sabía que Condor no exageraba, que Edith procedería exactamente como él decía, que se tiraría a aquella profundidad.

Pero Condor seguía increpándome:

—¿Y? Niéguelo, vamos, niéguelo. Muestre por fin un poco de ese valor que por su profesión está obligado a poseer.

—Pero, doctor... ¿qué debo hacer?... No puedo dejarme obligar..., no puedo decir algo que no quiero decir... ¿A santo de qué debo comportarme como si respondiera a su ilusión desvariada?... — agregué, sin control sobre mí—: ¡No, no lo soporto; no puedo soportarlo!... ¡No puedo, no quiero y no puedo!

Debí haber gritado a voz en cuello, pues sentí los dedos férreos de Condor en mi brazo.

—Hable despacio, por el amor de Dios. — Corrió hacia la llave de la luz y la apagó de nuevo. Sólo la lámpara del escritorio esparcía debajo de su pantalla amarillenta un cono de tenue claridad.

—¡Voto, a tal! Con usted hay que hablar verdaderamente como con un enfermo. ¡Vamos! Primero siéntese tranquilo; en este sillón ya se han discutido y dilucidado cuestiones más graves que ésta.

Arrimó un poco más su silla.

—Hablemos ahora sin excitación, le ruego, tranquilamente y despacio, punto por punto. Primero: usted anda gimiendo. "No puedo soportarlo." Pero esto no me dice lo suficiente. Tengo que saber: ¿Qué es lo que usted no puede soportar? ¿Qué es lo que le turba tanto en el hecho de que aquella pobre criatura se haya enamorado locamente de usted? ¿Acaso su defecto físico le inspira cierta repulsión..., una repugnancia fisiológica?...

—No; en absoluto — protesté con vehemencia.

Había sido justamente su desamparo, su condición indefensa, lo que me llevó de tan irresistible manera a ella, y si en muchos instantes sentí un afecto que se aproximaba misteriosamente a la ternura del enamorado, ello fué sólo porque me conmovía su pena, su soledad y su defecto.

—No, jamás — repetí con convicción casi exasperada—. ¿Cómo puede usted pensar tal cosa?

—Tanto mejor. Esto me tranquiliza un poco. Al médico no le faltan oportunidades para observar esta clase de impedimentos psíquicos, aun en los hombres aparentemente normales. Por eso celebro que no sea éste el caso de usted, que no sea el hecho de la parálisis el que le repugne. Pero en tal caso sólo puedo suponer que... ¿Puedo hablar con sinceridad?

—Se lo ruego.

—Que su aturdimiento no se refería al hecho mismo, sino a sus consecuencias; quiero decir, que usted no se turbaba tanto por el enamoramiento de esa pobre criatura, como por la idea de que otros pudieran enterarse y hacer burla de ello...; con otras palabras, su azoramiento desmedido no sería sino una especie de temor, disculpe, de caer en el ridículo frente a los demás, frente a sus camaradas.

Tuve la sensación de que Condor me clavaba una aguja fina y muy afilada en el corazón, pues lo que decía lo había sentido yo desde tiempo atrás, inconscientemente, pero no me atrevía a pensarlo. Desde el primer día recelaba que mis relaciones singulares con aquella muchacha que se arrastraba, pudieran dar lugar a la burla bonachona y, sin embargo, mortificante, que es típica de los austríacos. Demasiado sabía yo que mis camaradas se mofaban de cualquiera al que sorprendían alguna vez con una persona mal formada o poco elegante.

OJO POR OJO — Por González Fossat

¿PERDIX?

¿PEJERREY?

Sentí la mano de Condor rozando magnéticamente mi rodilla.

—No; no se avergüence. Si alguien hay que pueda comprender que se llegue a temer a los hombres en cuanto algo contraría sus conceptos reglamentarios, ése soy yo. Usted ha visto a mi señora; nadie comprendía por qué me casaba con ella, como que todo cuanto se aparte de su estrecha línea, digamos, normal, torna a los hombres primero curiosos y luego maliciosos. No tardaron mis señores colegas en murmurar que yo la había estropeado con mi tratamiento y que sólo me casaba con ella por miedo; mis amigos, en cambio, los que así se llamaban, hacían correr la especie de que era muy rica o que esperaba una herencia. Mi madre, mi propia madre, se negó durante dos años a recibirla, porque ya tenía preparado para mí otro casamiento, con la hija de un catedrático..., en aquel tiempo, el más famoso especialista en enfermedades internas; si me hubiera casado con ella, a las tres semanas habría sido docente, luego profesor, y durante toda mi vida hubiera estado bien acomodado. Pero yo sabía que aquella otra mujer perecería si la abandonaba. Sólo creía en mí, y si le hubiera quitado esa fe habría sido incapaz de seguir viviendo. Le confieso francamente que no me arrepentí de mi elección, pues créame, mi querido amigo — y sentí de pronto su proximidad como algo cálido y casi tierno —, vale la pena cargar con un peso si con ello se alivia la suerte de otro ser.

Me emocionó la grave vibración de su voz. Percibí de pronto un escozor en el pecho, aquella presión tan conocida, como si el corazón se ensanchara y no cupiera en su lugar; noté que el recuerdo del desesperado abandono de aquella criatura desdichada despertó una vez más mi compasión. Supe que en seguida recomenzaría aquel manar y fluir que era incapaz de resistir. Pero... "¡No cedas!", me dije, "¡no te dejes atraer ni enredar otra vez!" Alcé, pues, la mirada, resuelto:

—Doctor: cada cual conoce hasta cierto punto los límites de sus fuerzas. Por eso debo advertirle que no cuente conmigo, por favor. Es cosa suya y no mía, la de ayudar ahora a Edith. Yo ya he ido en este asunto mucho más de lo que originariamente me había propuesto, y le digo con sinceridad que no soy tan... tan bueno, tan abnegado como usted cree. He llegado al término de mis fuerzas.

Debí haber hablado con gran resolución, pues Condor me miró un tanto desconcertado.

—Esto casi suena como si usted estuviera resuelto a hacer una cosa determinada.

Se levantó de golpe.

—Le ruego que me diga la verdad entera, no a medias. ¿Ya hizo usted algo..., algo irrevocable?

—Sí — contesté, sacando de mi bolsillo mi renuncia —. ¡Sírvase! Haga el favor de leer usted mismo.

Condor tomó la hoja con un gesto titubeante, me echó una mirada de sobresalto antes de acercarse al reducido cono luminoso de la lámpara. Leyó taciturna y lentamente. Luego dobló la hoja y me dijo muy despacio, con el tono más firme que es posible emplear:

—Después de lo que le he dicho hace un momento, supongo que tendrá perfecta noción de las consecuencias; acabamos de dejar constancia de que su escapada habrá de tener un efecto mortal para la niña, asesinato o suicidio, y supongo que no le cabe duda a usted respecto de que esta hoja de papel no sólo constituye su solicitud de retiro, sino que también... una sentencia de muerte para esa pobre criatura.

No contesté.

—Le he dirigido una pregunta, señor teniente. Y repito esa pregunta: ¿Tiene usted plena noción de las consecuencias? ¿Asume usted toda la responsabilidad?

Seguí mudo. Condor acercóse con la hoja doblada en la mano y me la devolvió.

—Gracias. No quiero tener nada que ver en este asunto. ¡Tenga, sírvase!

Pero mi brazo estaba paralizado. No tenía fuerzas para levantarlo. No tuve tampoco el valor para resistir su mirada inquisidora.

—¿Tiene usted, acaso, el propósito... de no dar curso a esa sentencia de muerte?

Me di vuelta y crucé las manos en la espalda. Me comprendió.

—¿Puedo, entonces, romperla?

—Sí — contesté —; se lo ruego.

Volvió hasta la mesa de escritorio. Oí, sin mirar, cómo rompía el papel, enérgicamente, una, dos, tres veces, y cómo luego los pedacitos caían con ruido casi imperceptible a la papelera. Me sentí, de extraño modo, aliviado.

Condor volvió y me oprimió suavemente contra la silla.

—Bien; creo que hemos evitado una gran desgracia..., una desgracia muy grande. Y ahora, vamos al caso. Debo a esta oportunidad el haber conocido a usted, más o menos... No, no se defienda, ¡no le sobreestimo! Estoy lejos de considerarle el "hombre maravilloso y bueno" por que le tienen los Kekesfalva, sino que veo en usted a un compañero en quien no se puede fiar mucho, por la inseguridad de su sentimiento y la particular impaciencia de su corazón. Si bien celebro mucho haber evitado su fuga insensata, no me agrada la rapidez con que usted toma resoluciones y con que

abandona luego sus propósitos. No hay que imponer responsabilidades graves a personas tan sometidas a los cambios de humor. Sería usted el último a quien quisiera comprometer para algo que requiera constancia y tenacidad. Por eso, escúcheme. No le pido mucho. Sólo lo más imprescindible, lo absolutamente necesario. Hemos inducido a Edith a empezar un tratamiento nuevo, es decir, un tratamiento que ella considera nuevo. Por amor a usted, ella se ha decidido a hacer el viaje, alejarse por varios meses, y según le consta, partirá dentro de ocho días. Pues bien, por el espacio de esos ocho días necesito de su ayuda, y para su alivio, agregaré en seguida que sólo la necesito para esos ocho días. Pretendo de usted únicamente que me prometa no hacer, dentro de esa semana, nada brusco, nada repentino y, sobre todo, que no demuestre con ninguna palabra ni por un solo gesto que el afecto de esa pobre muchacha le perturba tanto. Por lo pronto, no quiero pedirle otra cosa, y creo que es lo más modesto que puede exigírsele.

—Sí; ¿pero, ¿y luego?

—Por el momento no pensemos en ello. Cuando opero un tumor, tampoco puedo preguntarme y repreguntarme si no se repetirá al cabo de unos meses. Cuando me llaman para que ayude, tengo una sola cosa que hacer: poner manos a la obra, sin titubear. Esto es en todos los casos lo único acertado, porque es lo único humano. Todo lo demás está en el azar, o como dirían los más creyentes, en la voluntad de Dios. ¡Las cosas que pueden suceder en unos meses! Tal vez su estado mejore, en verdad, más rápidamente de lo que yo crea, quizás su pasión se enfríe con la distancia; no puedo prever todas las posibilidades, y menos debe hacerlo usted... Concentre, pues, todas sus energías para que dentro de ese plazo decisivo ella no comprenda que su amor por usted... le resulta tan terrible. Repítase continuamente: "Ocho días, siete días, seis días, y yo salvo un ser humano; no lo hiero, no lo ofendo, no lo abrumo, no lo desilusiono". Ocho días de comportamiento viril, decidido, ¿cree que será capaz de resistirlo?

—Sí, creo — contesté espontáneamente. Y agregué, más resuelto aún: — Ciertamente. Con toda seguridad.

Oí a Condor respirar aliviado.

—¡Gracias a Dios! Ahora puedo confesarle también cuán preocupado estaba... Créame: Edith, verdaderamente, no hubiera sobrellevado su dolor si usted, en respuesta a su carta, a su confesión, hubiera tomado las de Villadiego. Por eso, los próximos días serán precisamente los decisivos. Todo lo demás se enderezará con el andar del tiempo. Dejemos por el momento que la pobre criatura se sienta un poco dichosa; concedámosle ocho días de felicidad ingenua. Por esa semana, usted sale de fiador, ¿verdad?

En vez de responder, le tendí la mano.

—Entonces, creo que todo está otra vez en orden y podemos pasar tranquilamente adonde se encuentra mi señora.

Pero no se levantó.

—Una cosa más — agregó en voz baja —. Los médicos nos vemos obligados a pensar siempre en imprevistos, tenemos que estar preparados también para cualquier eventualidad. Si acaso, pongo un ejemplo irreal, se produjera un incidente, quiero decir, si llegaran a fallarle las fuerzas, o la desconfianza de Edith produjese una crisis, avíseme inmediatamente. En esa fase breve, pero peligrosa, no debe suceder, por nada del mundo, algo que resulte irrevocable. Si usted sintiera que le faltan fuerzas para cumplir su misión, o si en el término de esos ocho días se traicionara inconscientemente, no se abochorne delante de mí; ¡por el amor de Dios, no se avergüence delante de mí, que yo he visto bastantes hombres desnudos y muchas almas frágiles! Usted puede venir aquí o hablarme por teléfono a cualquier hora del día o de la noche; estaré siempre dispuesto a intervenir, porque sé lo que está en juego. Y ahora — oí que se arrastraba la silla a mi lado y comprendí que Condor se levantaba — será mejor que nos traslademos allá. Hemos hablado bastante tiempo, y mi señora se impacienta con facilidad. Yo también, al cabo de tantos años, debo tener siempre cuidado de no irritarla. Aquel que una vez ha sido duramente maltratado por la suerte, será susceptible para siempre.

Dió otra vez los dos pasos hasta la llave de la luz, y se iluminó la estancia. Cuando entonces se volvió hacia mí, su rostro me pareció cambiado.

—Es una suerte — me dijo golpeándome el hombro — el que usted haya venido y nos hayamos explicado. Imagínese todo lo que hubiera sucedido si se hubiese marchado sin reflexionar. Toda la vida le habría pesado ese pensamiento, ya que se puede escapar de todo, menos de sí mismo. Pero, pasemos ya. Venga, querido amigo.

Me conmovió ese calificativo "amigo" que aquel hombre me dirigió en esa hora. Sabía cuán débil y cuán cobarde había sido, y, sin embargo, no me despreciaba.

* * *

Atravesamos la sala de espera y Condor abrió la puerta que daba a la pieza contigua. Su señora estaba sentada, tejiendo, junto a la mesa que aun no se había levantado. No había en su actividad nada que hubiera permitido sospechar que eran manos de ciega las que manejaban las agujas con tanta soltura y seguridad, y las cestitas con lana y la tijera formaban una limpia línea recta.

—¿Cumplimos nuestra palabra, Clara? — preguntó Condor acercándose tiernamente, con aquel tono vibrante y suave que siempre emanaba de su garganta cuando se dirigía a ella —. ¿Verdad que no hemos tardado mucho? Si tú supieras cuánto me alegro de que haya venido a verme el teniente Hofmiller. Has de saber..., pero siéntese un momento, querido amigo..., que está acuartelado en la misma guarnición donde viven los Kekesfalva. ¿Tú recuerdas a mi pequeña paciente?

—¿Esa pobre muchacha tullida?

—Sí; y ahora comprenderás, también, que por el señor teniente me entero a veces de las novedades que hay allí, sin necesidad de hacer el viaje ex profeso. Casi todos los días va a su casa para cuidar un poco a la pobre y hacerle compañía.

La ciega giró la cabeza en la dirección en que suponía que yo estaba.

—¡Qué bondad la suya, teniente! Me imagino el bien que esto le hace — me dijo moviendo la cabeza; su mano se me acercó involuntariamente por encima de la mesa.

—Es, además, un bien para mí — prosiguió Condor —, porque de otra manera tendría que ir mucho más a menudo para apaciguar su estado nervioso. Significa un gran alivio para mí que justamente en esta última semana, antes de irse la muchacha a Suiza, para su restablecimiento, el teniente Hofmiller la vigile un poco. No siempre es fácil tratarla, pero él la atiende en verdad a maravilla y sé que no me fallará. Puedo confiar en él más que en todos mis asistentes y colegas.

Comprendí en seguida que Condor me quería obligar más al comprometerme en presencia de otra desamparada, pero reiteré gustoso la promesa.

—Desde luego, puede usted confiar en mí, doctor. En estos ocho días iré a verla, sin falta, desde el primero hasta el último, y el menor incidente que se produjera se lo haría saber de inmediato por teléfono. Pero no habrá — lo miré significativamente por encima de la ciega — incidente ni dificultad. De ello tengo casi plena certeza.

—Yo también — confirmó con una sonrisita.

Nos entendimos perfectamente. Pero entonces se notó un ligero esfuerzo alrededor de la boca de su esposa. Era evidente que algo la atormentaba.

—Todavía no le he pedido disculpas, teniente. Temo que antes he sido un poco... desatenta con usted. Resulta que esa tonta de muchacha no había anunciado a nadie, y no tenía la menor idea de quién esperaba en la salita. Además, Emerich nunca me habló de usted. Por eso creí que era un extraño que iba a retenerlo, y él siempre está deshecho de cansancio cuando llega a casa.

—La asistía a usted toda la razón, señora, e incluso debería ser más severa aun. Temo, perdone mi indiscreción, que su señor esposo se prodigue demasiado.

—¡Eso! — me interrumpió con vehemencia, arrastrándose con la silla —. Prodiga todo su tiempo, sus nervios, su dinero. No come ni duerme por culpa de sus enfermos. Todos le explotan, y yo, con mis ojos ciegos, no puedo aliviarlo en nada, no puedo sacarle nada de entre las manos. Si usted supiera cuán preocupada me encuentro... Paso el día entero pensando: "Todavía no ha comido nada, ya está otra vez en el tren, en el tranvía; y, en medio de la noche volverán a despertarle". Tiene tiempo para todo, menos para sí mismo. Y, Dios bendito, ¿quién se lo agradece? ¡Nadie!

—¿Realmente, nadie? — se inclinó sonriendo sobre su agitada esposa.

—Es natural — se ruborizó ella —. Pero no puedo hacer nada por él. Cada vez que vuelve del trabajo, me encuentra atormentada de miedo. ¡Si usted pudiera ejercer una influencia sobre él! Necesita alguien que lo frene un poco. ¡Es imposible ayudar a todos!...

—Pero hay que probarlo — dijo Condor, midiéndome con una mirada —. Para eso se vive. Nada más que para eso.

Sentí que esa advertencia me penetraba. Pero resistí su mirada desde que me había decidido.

Me levanté. En ese instante me había hecho un juramento. Apenas percibió el correr de mi silla, la ciega alzó los ojos.

—¿Ya tiene usted que irse de veras? — preguntó con sincero pesar —. ¡Qué lástima, qué lástima! Pero volverá, ¿verdad?

Tuve una sensación extraña. ¿Qué tengo yo, me asombré interiormente, que inspira confianza a todos; que induce a esa ciega a levantar sus ojos vacíos, brillando, hacia mí? ¿Qué impulsa a este hombre, que es casi un extraño, a colocar ahora su brazo amistosamente en mi hombro? Al bajar la escalera no comprendía ya lo que una hora antes me había conducido hasta allí. ¿Por qué había querido huir? ¿Porque un superior gruñón me había insultado; porque un ser, una pobre persona lisiada, se derretía de amor por mí; porque alguien se quería sostener en mí y levantarse? Es tan hermoso ayudar, y es lo único que en verdad vale la pena y tiene su premio.

* * *

¡Ocho días! Desde que Condor delimitara el tiempo de mi misión, había recobrado la seguridad de mí mismo. Quedaba una sola hora que me inspiraba temor, más propiamente dicho, un solo minuto, aquel en que debía enfrentarme por primera vez con Edith, después de su confesión. Sabía que después de tan intempestiva confianza ya no era posible la ingenuidad total y que la primera mirada después de aquel beso ardiente, había de involucrar la pregunta:

"¿Me perdonaste?" Y tal vez aquella otra más peligrosa todavía: "¿Toleras mi amor y lo correspondes?"

Pero apenas penetré, al día siguiente, en la casa, ya noté que Edith, clarividente en virtud de una misma preocupación, había tomado precauciones para no encontrarse a solas conmigo. En el vestíbulo percibí voces de mujer en alegre parloteo. Había invitado, pues — para protección suya y para tender un puente sobre el primer instante crítico —, a unas amigas, si bien ésa era una hora poco apropiada y la misma en que nunca otros huéspedes molestaban nuestros coloquios.

Antes de que yo entrara al salón, Ilona vino corriendo a mi encuentro; evidenciando una fogosidad llamativa, me acompañó — o instruída por Edith, o por impulso propio —, y me presentó a la esposa del jefe político del dis-

trito y a su hija, una personita clorótica, pecosa, engreída, a la que Edith desdeñaba, según me constaba. De ese modo se veló, por así decirlo, aquella primera mirada, y en seguida Ilona me condujo hasta la mesa. Tomamos el té y charlamos. Charlé, incansable, con la damisela provinciana tan pecosa como desdeñosa, en tanto que Edith conversaba con la mamá. Esta distribución, que no era en absoluto casual, interponía unos elementos apaciguadores en el contacto subterráneamente vibrante entre ella y yo; no tuve que mirar a Edith, a pesar de que noté que sus ojos se detuvieron varias veces inquietos sobre mí. Y también, al levantarse por fin las dos damas, la hábil Ilona salvó la situación con una maniobra rápida.

—Acompañaré a las damas hasta la puerta. Entretanto, pueden empezar su partida de ajedrez. Luego tendré un poco que hacer todavía con los preparativos del viaje, pero dentro de una hora estaré con ustedes.

—¿Es de su agrado que iniciemos una partida? — pregunté, entonces, a Edith.

—Sí — contestó bajando la vista, en tanto las tres mujeres abandonaban la estancia.

Mantuvo la mirada baja mientras yo preparaba el tablero y, para ganar tiempo, ordené ceremoniosamente las piezas. De acuerdo a una vieja regla de juego, acostumbrábamos a esconder una negra y otra blanca en el puño cerrado, detrás de la espalda, para decidir el ataque y la defensa. Pero esa elección ya habría requerido un cambio de palabras, por lo menos un: "¿La derecha o la izquierda?", y evitamos aun eso, de común acuerdo, de modo que dispuse las figuras sin más ni más. ¡No hablar! ¡Encerrar todos los pensamientos en el cuadrado de sesenta y cuatro casillas! ¡Mantener la mirada fija en las piezas y no mirar siquiera los dedos extraños que las mueven! Así jugamos, con ensimismamiento simulado.

Pero, muy pronto, el juego mismo cortó la falacia de nuestro proceder. A la tercera partida, Edith falló por completo. Movió las figuras equivocadamente, y por los gestos convulsivos de sus dedos noté que no soportaría más tiempo ese silencio falso. En medio del juego apartó el tablero.

—¡Basta! Déme un cigarrillo.

Saqué uno de la cigarrera de oro labrado y encendí solícito un fósforo. Cuando se inflamó la lucecita, no pude esquivar sus ojos. Miraban completamente inmóviles ni a mí ni en una dirección determinada; como congelados por la ira, permanecían extáticos y ajenos, pero por sobre ellos se movían, convulsivamente, en arco tembloroso, las cejas tensas. Comprendí de inmediato ese indicio de tormenta que anunciaba un estallido nervioso.

—No — la exhorté sinceramente aturdido —. Por favor, no.

Pero echóse atrás en su sillón. Vi que la convulsión se expandía por todo su cuerpo, y que sus dedos se incrustaban cada vez más en los brazos del sillón y que el llanto comenzaba.

—No. Le ruego que no — insistí, y para calmarla puse mi mano sobre su brazo, inclinándome sobre ella. De inmediato recorrió sus hombros como una especie de corriente eléctrica y luego, como una rajadura, por todo su cuerpo encorvado.

La convulsión cesó de repente, y toda ella se entumeció. No se movió más. Todo el cuerpo parecía esperar, parecía atender, anhelante de saber lo que significaba esa contacto extraño. Si significaba ternura o amor, o sólo compasión. Dejé mi mano descansar como algo extraño, y parecíame que en aquel sitio venía a mi encuentro toda su sangre, cálida y palpitante.

Así quedó mi mano sobre su brazo, sin voluntad, no sé cuánto tiempo, pues el tiempo estaba en esos minutos tan estacionado como el aire en la habitación. Pero luego sentí que en sus músculos nació un leve esfuerzo. Con la vista apartada, sin mirarme, llevaba mi mano, con su derecha, suavemente más hacia sí, atrayéndola lenta hacia su corazón, y entonces se acompañó, tímida y tierna, con la siniestra. Con ambas sostuvo muy suavemente mi pesada y grande mano de hombre y comenzó muy, muy delicada, sus caricias tímidas. Primero sus dedos frágiles rodaban casi curiosos mi mano inmóvil e indefensa, pasando por sobre su piel como un halo; luego sentí cómo los finos dedos infantiles pasaban con roce cuidadoso desde la coyuntura hasta la punta de los dedos, de adentro afuera, y nuevamente de afuera adentro.

En ningún abrazo de mujer, ni aun en el más ardiente, volví a percibir la ternura tan emocionado como en aquel juego delicado, casi de ensueño.

No sé cuánto tiempo duró. Esta clase de sucesos queda más allá del tiempo común; emanaba de ese roce acariciador algo narcótico, estupefaciente, hipnótico, que me conmovía y turbaba más que aquel beso ardiente y repentino. Aun no me sentí con fuerzas para retirar mi mano — "sólo pretendo que toleres mi amor", recordé —, gocé en una ensoñación sorda ese constante huir encima de mi piel, y hasta los nervios, y lo toleré, impotente e indefenso y, sin embargo, al mismo tiempo avergonzado en el subconsciente de ser amado tan sin medida y no sentir, de mi parte, más que un temor confuso, una turbación perpleja.

Poco a poco mi propia rigidez me resultó insoportable. No me cansaba la caricia, el cálido ir y venir de los dedos tiernos, el contacto tímido y liviano como el aliento, sino que me torturaba el que mi mano permaneciese tan muerta, como si no formara parte de mí y como si el ser que la acariciaba no formase parte de mi vida. Tal como entre sueño y vigilia se oye a las campanas echadas a vuelo en las torres, de esa suerte supe que tenía que dar alguna contestación: o rechazar esa caricia o devolverla. Pero me faltaban fuerzas para lo uno y para lo otro. Sólo sentí la urgencia de poner término a ese juego peligroso, y por eso contraje cautamente los músculos. Comencé a librar mi mano, despacio, muy despacio, de la leve prisión, insensiblemente, según esperaba. Pero la susceptible criatura notó de inmediato ese propósito velado, aun antes de que yo mismo tuviera noción segura del mismo. De golpe soltó mi mano, poco menos que turbada. Sus dedos parecían deshojarse. Bruscamente desapareció de mi mano aquel calor enervante. La retiré un tanto cohibido, pues al mismo tiempo volvió a oscurecerse el rostro de Edith y en las comisuras de su boca recomenzó la convulsión infantilmente enojada.

—No, no — le susurré; no encontré otras palabras —. Ilona ha de volver en seguida.

Y como viera que ante esas palabras hueras y débiles empezaba a vibrar con mayor vehemencia, me venció de nuevo la compasión repentinamente enardecida. Me incliné sobre Edith y besé su frente, rozándola levemente.

Pero sus pupilas me miraron y atravesaron, por así decir, severas, grises y defensivas, como si hubieran adivinado los pensamientos detrás de mi frente. No había logrado engañar su sentimiento clarividente. Comprendió que con la mano escurridiza me había substraído yo mismo a su caricia y que ese beso ligero no había sido amor verdadero, sino mera confusión y... compasión.

❦ ❦ ❦

Mi error irreparable e imperdonable de todos esos días consistía en que, a pesar de todos los esfuerzos apasionados, no logré el máximo de paciencia ni toda la energía para disimular. En vano me había propuesto no dejarla sospechar por ninguna palabra, ninguna mirada y ningún ademán que su ternura me oprimía. Recordaba continuamente la advertencia de Condor, el peligro y la culpa en que incurría al lastimar a la vulnerable niña. Me repetía una y otra vez: "Déjate amar por ella, disimula, escóndete en esos ocho días para no herir su orgullo. No permitas que sospeche el engaño doble, al hablar tú con alegre seguridad de su pronto restablecimiento; en tanto que interiormente tiemblas, temeroso y avergonzado. Compórtate ingenuamente, sin prevención — me advertía de continuo —; trata de infundir a tu voz cordialidad, y a tus manos, ternura y delicadeza".

Pero entre una mujer que ha revelado su amor por un hombre y ese hombre, vibra un aire de fuego, misterioso, peligroso. Los enamorados siempre están dotados de una clarividencia siniestra para el sentimiento verdadero del amado, y como el amor, conforme a su carácter intrínseco, pretende lo infinito, todo lo limitado, todo lo medido, tiene que resultarles insoportable y repugnante. Sospechan una resistencia en toda rémora y limitación del otro, y, con razón, una oposición oculta en todo a entregarse totalmente. En mi comportamiento, algo debía haber de confuso y cohibido, y en mis palabras, algo de falso y torpe, pues mis esfuerzos no estaban a la altura de su atención despierta. No logré convencerla, y con creciente inquietud notaba su desconfianza que yo no le cedía lo esencial, lo único: la correspondencia a su amor. En medio del coloquio, y justamente cuando más solícitamente requería su confianza y su cordialidad, levantaba su mirada gris, penetrante, hasta mí, y entonces tenía que bajar yo los párpados. Tenía la sensación de que la muchacha había introducido una sonda para explorar el fondo más remoto de mi corazón.

Así transcurrieron tres días, de tortura para mí y de tormento para ella; en sus miradas y en sus silencios reconocí ininterrumpidamente esa tácita espera afanosa. Luego — creo que fué el cuarto día — comenzó una extraña animosidad que al principio no comprendí. Como de costumbre, había llegado en las primeras horas de la tarde, llevando unas cuantas flores. Las tomó, sin levantar del todo la vista, las puso indolentemente a un lado, para demostrarme con esa indiferencia manifiesta que no debía hacerme ilusiones de poder librarme mediante regalos. Después de un despreciativo "Oh, ¿para qué esas flores tan bonitas?", se atrincheró en seguida en un silencio elocuente y adverso. Procuré iniciar una conversación, mas en el mejor de los casos, contestaba con un escueto "Ah", o "¿De veras?" o "¡Qué raro!", pero haciendo resaltar siempre con ofensiva intención que mi conversación no le interesaba en absoluto. Demostró a propósito, ya exteriormente, su indiferencia: jugaba con un libro, lo hojeaba, lo dejaba, tocaba distintos objetos, una o dos veces bostezaba ostensiblemente, luego llamaba, mientras yo le contaba algo, al criado y le preguntaba si había envuelto su abrigo de chinchilla, y sólo después de haber recibido la contestación volvía a atenderme con un frío "Siga hablando" que traslucía con sobrada claridad la segunda parte, no pronunciada, de su frase: "Me es completamente indiferente lo que usted está charlando".

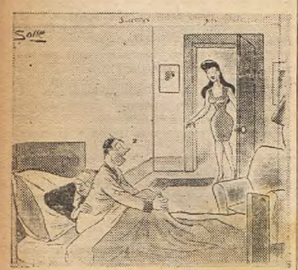
Al final noté que se agotaban mis fuerzas. Miraba cada vez con más frecuencia la puerta, esperando que por fin alguien, Ilona o Kekesfalva, entrara, para librarme de ese monólogo desesperado. Pero estas miradas tampoco se le escaparon. Con aparente interés preguntó, disimulando la ironía: "¿Busca algo? ¿Desea algo?", y para mi vergüenza, no supe contestarle más que un estúpido: "No, nada". Por fin apareció Kekesfalva, tímido como en todo este último tiempo y quizás un poco más cohibido todavía, preguntando:

—¿No quieren pasar a la mesa?

Luego nos sentamos en torno a la mesa, Edith frente a mí. No levantó la vista ni una sola vez, no dijo una palabra a nadie. Los tres percibimos lo obstinado y agresivamente ofensivo de su silencio forzado. Con tanto más empeño traté de animar la tertulia. Hablé de nuestro coronel, quien, como borracho consuetudinario, sufría con regularidad en el mes de junio y julio lo que nosotros llamábamos la "maniobramanía", y quien, cuanto más se aproximaba la fecha de los grandes ejercicios, se tornaba más nervioso e intolerante. Referí que ese verdugo nos imponía cada vez mayores obligaciones, a pesar de que el día anterior dos ulanos se habían caído del caballo, invalidán-

SIN RUMBO Por C. RODRIGUEZ

SUEÑO Por SOLLE



—¿Quieres hacer el favor de traer otra almohada, querido? Creo que el doctor se ha quedado dormido...

Agregué que ya nadie podía predecir la hora de apearse, pues aguijoneado por su manía, el coronel nos hacía repetir cada ejercicio hasta veinte y aun treinta veces. Terminé afirmando que ese día me había costado un verdadero triunfo escurrirme a tiempo, pero que sólo Dios y el señor coronel, que por el momento se creía su lugarteniente en la tierra, sabían si al día siguiente también podría venir.

Era aquella, por cierto, una observación inocente que no podía ofender ni excitar a nadie. Había hablado muy suelta y alegremente, dirigiéndome a Kekesfalva, sin mirar siquiera a Edith (hacía rato que ya no soportaba su mirada fija en el vacío). De repente oyóse un ruido metálico. Edith había tirado contra el plato el cuchillo con que jugueteara todo ese tiempo nerviosamente, y desgarró nuestro sobresalto con un agudo:

—Si le causa tantas molestias, quédese simplemente en el cuartel o en el café. Nosotros sobrellevaremos su ausencia.

Todos nos quedamos sin aliento, como si alguien hubiera perforado la ventana con un tiro.

—Pero Edith... — balbuceó Kekesfalva.

Mas ella echóse atrás en la silla y agregó en tono de mofa:

—¿No hay que compadecer a un hombre tan atareado? ¿Por qué no ha de tomarse un día de asueto en nuestro servicio, el señor teniente? Por mi parte, le concedo gustosa un día de libertad.

Kekesfalva e Ilona se miraron azorados. Ambos comprendieron de inmediato que me asaltaba, insensata, una excitación largamente reprimida; por el modo tímido con que se volvieron hacia mi, sospeché su preocupación de que yo pudiera replicar groseramente a aquella grosería. Por eso mismo hice un mayor esfuerzo para dominarme.

—Sabe, Edith; en el fondo usted tiene razón — dije con toda la cordialidad que me permitió mi corazón martillante —. No debo ser un compañero grato cuando vengo aquí tan agotado; noté durante todo el tiempo, que hoy la he aburrido de lo lindo. Sin embargo, estos pocos días, usted debería conformarse aún con un muchacho agotado. ¿Cuánto tiempo más podré visitarlos todavía? Antes de que nos demos cuenta, la casa estará vacía y todos ustedes se habrán marchado. Me cuesta pensar que en total ya no estaremos juntos sino cuatro días, o hablando con más precisión, tres días y medio"...

Pero entonces, del otro lado de la mesa, estalló una risa, aguda y penetrante, como cuando se desgarra una tela.

—¡Mire! ¡Tres días y medio! Ha calculado hasta los medios días que le faltan para verse, por fin, libre de nosotros. Probablemente se ha comprado, incluso, un almanaque y marcado con lápiz rojo: "Fiesta, partida de ellos". ¡Pero tenga cuidado! Se dan casos de equivocarse uno en sus cuentas. ¡Ja, ja!, tres días y medio.

Echóse a reír con creciente vehemencia, deslumbrándonos con su mirada dura, pero temblaba mientras reía; lo que la sacudió fué más bien una fiebre mala y no una alegría. Se notó que hubiera querido incorporarse, lo que también hubiera sido el movimiento más natural y normal para esa agitación enervante; pero con sus piernas tullidas no podía apartarse de su silla. Esa forzada atadura prestó a su furia algo de la malicia y trágica impotencia de una bestia enjaulada.

—Un momento, ya voy a buscar a José — susurró Ilona a su oído, acostumbrada desde hacía años a adivinar cada uno de sus ademanes, y el padre se puso solícito a su lado.

Pero su temor resultó superfluo, pues cuando al instante entró el criado, Edith se hizo llevar por éste y Kekesfalva, sin despedirse o excusarse con una sola palabra. Unicamente nuestro aturdimiento le demostró, al parecer, cuán grande fué el azoramiento que había causado.

Quedé a solas con Ilona. Me sentí como un hombre que, provisto de un paracaídas, se lanza de un avión y se levanta aturdido del pasmo, sin saber lo que en realidad le ha sucedido.

—Debe usted comprenderla — me dijo Ilona apresuradamente y en voz baja —. Desde hace un tiempo no duerme de noche. La idea del viaje la altera terriblemente... Usted no sabe...

—Sí, Ilona; sé. Sé todo — le contesté —. Por eso mismo, mañana volveré.

❦ ❦ ❦

"¡Aguantar hasta el final! ¡Perseverar!", me dije, enérgico, al volver al cuartel, sumamente excitado por aquella escena. "Perseverar a cualquier precio. Lo he prometido a Condor, está en juego mi palabra. No me dejaré aturdir por nervios y caprichos. Tendré siempre presente que esa animosidad no es más que la desesperación de un ser que me quiere y frente al que soy culpable por la dureza y frialdad de mi corazón. Perseverar hasta la última hora; no faltan más de tres días y medio, tres días; luego habré resistido la prueba y podré distenderme, aliviado, durante semanas y meses. Paciencia; ahora, paciencia; tan sólo por este último tramo, esos restantes tres días y medio, esos últimos tres días."

La sensación de Condor era acertada. Sólo nos aturde lo que no podemos medir ni abarcar; pero todo lo limitado y determinado provoca nuestra tentativa, y se convierte en medida de nuestra fuerza. Tres días; noté que iba a poder resistirlos, y esa sensación me infundió certeza. A la mañana siguiente cumplí perfectamente con mis obligaciones, que era mucho decir, pues habíamos tenido que salir una hora antes a la plaza de ejercicios y maniobrábamos como locos hasta que el sudor empapaba nuestros cuellos. Ante mi propia sorpresa, pude arrancar incluso a nuestro rencoroso coronel un involuntario "Muy bien, Hofmiller". Con tanta más vehemencia se descargó la tormenta, en cambio, sobre el conde Steinhübel. Apasionado por los caballos, la antevíspera él había adquirido un animal de raza de patas altas, joven, indómito, y confiando en su pericia de jinete había cometido la imprudencia de no ensayarlo primero. En medio de la instrucción, el animal, espantado por la sombra de un pájaro, encabritóse locamente, y en el transcurso de un ataque apretó a correr por la misma razón, y si Steinhübel no hubiese sido un jinete excelente, toda la tropa hubiera sido testigo de un singular torbellino. Sólo al cabo de una lucha verdaderamente acrobática, logró dominar a la bestia furiosa, cuyo esfuerzo respetable le valió, sin embargo, palabras muy poco amables de parte del coronel. Este rezongó que no toleraba pruebas de circo en la plaza de ejercicios y que si el señor conde no entendía nada de jamelgos, que por lo menos los ejercitara primero decentemente en el picadero y no se pusiese en ridículo en forma tan lastimosa delante de la tropa.

Esta observación mal intencionada enojó sobremanera al capitán. En el camino de regreso y en la mesa explicó una y otra vez la injusticia de que había sido objeto. Argumentó que el caballo era demasiado brioso y que ya se vería el buen papel que haría después de haberle quitado definitivamente sus mañas. Pero cuanto más se excitaba el furioso conde, tanto más le lanzaban pullas los camaradas. Para hacerle hablar, le decían que se había dejado engañar, y conseguían enardecerle. El debate subió de tono. Durante esa discusión tormentosa se me acercó un ordenanza:

—Al teléfono, mi teniente.

Me incorporé rápidamente con un mal presentimiento. En esas últimas semanas los llamados telefónicos, los telegramas y las cartas siempre habían significado una exaltación nerviosa y un azoramiento. ¿Qué querrá ahora? Lamentaba seguramente haberme concedido permiso para esta tarde. Tanto mejor, pensé, así todo marchará como sobre rieles. De todos modos, cerré la puerta tapizada de la cabina, herméticamente, como si de esta manera cortara todo contacto entre mi esfera militar y aquella otra. Percibí la voz de Ilona.

—Sólo quería decirle que sería preferible que no viniera hoy. Edith no se encuentra muy bien...

—¿No será nada serio? — la interrumpí.

—No, no...; pero creo que será mejor que hoy la dejemos descansar y luego... — titubeó notablemente largo tiempo — y luego... ahora, un día ya no importa tanto. Tendremos..., será necesario postergar un poco el viaje.

¿Postergar?

Debí haberle preguntado muy atemorizado, pues agregó a toda prisa:

—Sí...; pero esperamos que será sólo por unos pocos días...; además, lo discutiremos mañana o pasado... Puede ser que entretanto le vuelva a hablar por teléfono... Por el momento sólo quise decirle eso... Hoy, pues, mejor que no... y... y... que lo pase usted bien, y hasta la vista.

—Sí, pero... — tartamudeé.

Pero no recibí contestación. Escuché unos segundos más, pero no replicaron. Había colgado el tubo. ¡Cosa rara! ¿Por qué habrá cortado tan rápidamente la comunicación? Con una rapidez que parecía indicar que temía cualquier otra pregunta. Esto debía significar algo... ¿Y a qué venía esa postergación? ¿A qué aplazar ese viaje, para el que se había fijado un día determinado? Ocho días, había dicho Condor. Ocho días; interiormente me había adaptado a ese término, y ahora, de repente... Imposible...; eso era imposible... No aguantaré este eterno sube y baja... Al fin y al cabo, uno también tiene sus nervios... Alguna vez debía recobrar mi tranquilidad.

¿Hacía realmente tanto calor en la cabina? Abrí con ímpetu la puerta tapizada, como si hubiera estado a punto de ahogarme, y volví a mi asiento, casi a tientas. Al parecer, nadie se había fijado en que me había levantado y marchado. Los camaradas seguían disputando y burlándose de Steinhübel, y junto a mi silla desocupada permanecía esperando tenazmente el ordenanza con la fuente de asado. Para librarme cuanto antes del muchacho, me serví mecánicamente dos o tres tajadas, pero no toqué el cuchillo ni el tenedor, pues entre mis sienes comenzó un golpeteo vehemente, como si un pequeño martillo esculpiera inexorablemente en la pared interior del hueso las palabras: "Postergado. Postergado el viaje". Para eso debía haber un motivo. Indudablemente, había sucedido algo. ¿Se habría enfermado seriamente? ¿La habría ofendido yo? ¿Querrá de repente quedarse? Condor me había prometido que sólo debía aguantar ocho días, y ya habían pasado cinco de ellos en lucha sin tregua...; pero no podía más, no aguantaba más.

—¿Con qué estás soñando, Tonny? Parece que no te gusta mucho nuestro menú. Ahí está; eso pasa cuando uno se acostumbra al lujo. Siempre digo, todo lo nuestro ya no es bastante distinguido para él.

Siempre este maldito Ferencz con su risa bonachona, pegajosa, siempre esas insinuaciones pérfidas como si yo hubiera tratado de hacer vida de parásito a costilla de los Kekesfalva.

—¡Al diablo! Déjame en paz con tus chistes desabridos — le increpé.

Toda mi contenida furia debía haberse manifestado en la voz, pues los dos abanderados de enfrente nos miraron sorprendidos. Ferencz depositó el cuchillo y el tenedor.

—Tonny — dijo amenazador —, no consiento este tono. ¡No faltaba más que no se pudiera bromear un poco a la hora de comer! Si cenas más a gusto en otra parte, en eso, si tienes razón; eso es cosa tuya y no me importa. Pero supongo que podré tomarme la libertad de dejar constancia que en nuestra mesa no tocas la comida.

Los vecinos más próximos nos miraron, interesados. De repente disminuyó el ruido de los platos. Hasta el mayor guiñó los ojos y nos miró fijamente. Comprendí que era conveniente corregir mi falta de dominio.

—Y tú, Ferencz — contesté, con una risita forzada —, tendrás la amabilidad de permitir que siquiera una vez en la vida me duela la cabeza y no me sienta bien.

Ferencz amoldóse en seguida a mi tono.

pechar eso? Es verdad, tienes un aspecto francamente malo. Hace unos días que noto algo raro en ti.

Quedó así felizmente zanjado el incidente. Pero dentro de mí hervía la rabia.

Tuve que refrenarme para no traicionar la rabia que me consumía por dentro. Hubiera querido agarrar las copas y romperlas entre los dedos, o pegar un puñetazo en la mesa; sentí que debía hacer forzosamente algo brutal para librarme de esa tensión. No podía estar sentado, indefenso, y esperar nervioso que volviera a escribirme o a telefonearme si postergaba o no su viaje. No daba más.

Enfrente, los oficiales seguían disputando con la misma vehemencia.

—Y yo digo — se mofaba el delgado Joszi — que Neutitscheiner te ha enredado. También entiendo algo de caballos, pero lo que es con esa bestia no irás a ninguna parte. No la dominará nadie.

—¿Ah, sí? Quisiera verlo — intervine repentinamente en la discusión —. Habría que ver si no es posible domarla. Dime, Steinhübel, ¿tendrías inconveniente en que yo montara en ella un par de horas y la sobara hasta que obedezca?

No sé cómo se me ocurrió esa idea, pero la necesidad de desahogar mi rabia contra alguien, contra algo, de pelear, de patalear, era tan imperiosa que me aferré ansioso de esa primera oportunidad casual. Todos me miraron, sorprendidos.

—¡Buena suerte! — dijo riendo el conde Steinhübel —. Si tienes coraje, a mí me haces un favor. Hoy se me han acalambrado los dedos por la fuerza que tuve que emplear para darle vuelta a ese animalucho. No estaría mal que ahora lo tratara uno que esté más descansado. Si te parece bien, vamos ahora mismo. ¡Vengan todos!

Cuantos estaban en la mesa, se levantaron con el seguro presentimiento de asistir a un verdadero espectáculo. Nos dirigimos a las caballerizas para sacar a *César*, que ese era el nombre del invencible bruto. *César* pareció haberse extrañado en seguida porque nos reuniéramos en un grupo tan locuaz alrededor de su box. Olfateaba y se removía en el estrecho espacio, tirando del cabestro, haciendo crujir las vigas. No sin esfuerzo, llevamos al desconfiado animal hasta el picadero.

En general, me tenía por un jinete pasable y estaba lejos de alcanzar la habilidad de un caballista tan apasionado como Steinhübel. Pero ese día no hubiera podido encontrar cosa mejor, ni el indómito *César* a otro adversario más peligroso. Esa vez fué la rabia la que endurecía mis músculos. El deseo perverso de vencer algo me presentó como placer casi sádico la tarea de demostrar a ese animal rebelde que mi paciencia tenía un límite. Poco le sirvió al bravo *César* zigzaguear como un buscapiés, golpear las paredes con las herraduras, encabritarse y tratar de arrojarme dando saltos bruscos. Estaba en vena y tiraba implacablemente de las bridas, como si quisiera arrancar los dientes al caballo; le pegué algunos taconazos contra las costillas, y ese tratamiento pronto lo hizo desistir de sus mañas. Su resistencia tenaz me entusiasmaba, me estimulaba y provocaba, y al mismo tiempo las exclamaciones de aplauso de los oficiales, esos "¡Caramba!" o "¡Miren a Hofmiller!" encendieron en mí una seguridad cada vez más envalentonada. Siempre pasa el amor propio, del esfuerzo físico a lo psíquico; al cabo de media hora de lucha encarnizada estaba sentado, triunfante, en la silla y bajo mi cuerpo jadeaba, humeaba y sudaba el animal amansado, como si hubiera salido de una ducha caliente. Al término de media hora más, la invencible bestia ya trotaba, suave y obediente, como yo quería; ya no necesitaba apretar los ijares, y hubiera podido apearme tranquilamente para recibir las felicitaciones de mis camaradas. Pero todavía guardaba demasiado afán de lucha, y me agradó tanto el estado enardecido del esfuerzo, que rogué a Steinhübel que me permitiera cabalgar al trote, naturalmente, para refrescar un poco al animal empapado de sudor.

—Con mucho gusto — sonrió Steinhübel con una inclinación de cabeza —. Ya veo que me lo devolverás en perfecto estado. No tendrá ganas de hacer más bravuconadas. ¡Bravo, Tonny, te felicito!

Me alejé, pues, del picadero estruendosamente aplaudido por mis camaradas, y conduje al caballo con las riendas cortas a través de la ciudad y hasta la pradera. El caballo trotaba liviano y destrabado, y así me sentía yo. En esa hora fatigosa había desahogado toda mi furia y amargura en el animal rebelde. *César* trotaba dócil y pacífico, y hube de darle la razón a Steinhübel. Tenía en verdad un paso excelente. Era imposible galopar con mejor ritmo y más suavidad; paulatinamente mi malhumor inicial trocóse en un bienestar gozoso, distraído. Di picadero al caballo durante casi una hora y, finalmente, a las cuatro y media, regresé lentamente. Ambos, *César* y yo, teníamos bastante para ese día. En un cómodo trote rítmico seguí a lo largo de la tan conocida carretera hacia la ciudad, un poco cansado ya. De repente oí tras de mí un bocinazo agudo y penetrante. Al instante, el nervioso animal paró las orejas y empezó a temblar, pero percibí a tiempo su inquietud; tiré firmemente de las riendas y, apretando los muslos, salí del medio del camino hasta la cuneta, junto a un árbol, para dar paso al automóvil.

El chofer debía ser hombre considerado, pues se acercó a una velocidad mínima, de modo que apenas se percibió el ruido del motor. Estaba casi de más que me fijara con tanta atención en el caballo tembloroso y que apretara tan fuertemente los muslos en espera de un salto o de que se encabritara, pues cuando el coche pasó a nuestro lado, el animal quedóse bastante quieto. Pude levantar la vista tranquilamente. Pero en el mismo segundo comprobé que alguien me saludaba desde el auto abierto, y reconocí la calva redonda de Condor, al lado de la cabeza ovalada, ligeramente sombreada por el cabello ralo, de Kekesfalva.

No sé si temblaba el caballo debajo de mí, o si temblaba yo mismo. ¿Qué significaba eso? ¿Condor ahí, sin haberme avisado? Era forzoso suponer que había estado con los Kekesfalva, puesto que el viejo iba a su lado en el coche. Pero, ¿por qué no se detuvieron para saludarme? ¿Por qué pasaban a mi lado casi como extraños? ¿A qué se debía que Condor hubiera venido? De dos a cuatro solía atender en su consultorio en Viena. Debían haberlo llamado con especial urgencia y muy de mañana. Algo tenía que haber sucedido. Relacionábase indudablemente con el llamado telefónico de Ilona, con esa postergación del viaje y el deseo de que yo no fuera ese día. Sin lugar a dudas ocurría algo que se me ocultaba. Tal vez Edith había atentado contra su vida; la víspera había algo de tan resuelto en su manera de ser, una seguridad burlona, como sólo la demuestra una persona que proyectaba algo malo, algo peligroso; sin duda se había causado un daño. ¿Los seguiré al galope? ¡Tal vez alcanzaría a Condor en la estación!

Pero, acaso — reflexioné con prontitud —, no había salido todavía. No, de ello estaba seguro; no regresaría a Viena, de haber sucedido algo grave, sin dejarme un mensaje. Quizás me esperaban unas líneas suyas en el cuartel. Sabía que ese hombre no hacía nada en secreto, sin mí o contra mí. Ese hombre no me iba a abandonar. ¡Volvamos rápidamente! Estaba seguro de encontrar una palabra, una carta, unas líneas suyas, o a él mismo. ¡Volvamos pronto!

❦ ❦ ❦

En el cuartel, guardé apresuradamente el caballo, y para esquivar toda charla y felicitación, subí por una escalera lateral. Efectivamente: en la puerta de mi habitación me esperaba Kusma; por su rostro atemorizado y por sus hombros oprimidos noté que algo había

que me esperaba un señor y que no se había atrevido a despedirlo porque deseaba verme con suma urgencia.

Abrí la puerta impetuosamente, y de inmediato se movió una figura en un extremo oscurecido de la habitación, como saliendo de las sombras. Fuí cordialmente al encuentro de Condor, cuando reconocí... que no era Condor. Era otro el que me esperaba allí, y precisamente el hombre en quien menos pensaba: Kekesfalva. Aunque la oscuridad (Kusma había bajado las persianas a causa del gran calor) hubiera sido más densa todavía, le hubiese reconocido entre miles por su manera tímida de levantarse e inclinarse. Antes de que carraspeara para empezar a hablar, ya presentí el tono humilde y acongojado de su voz.

—Perdone, señor teniente, que haya entrado aquí sin anunciarme, pero el doctor Condor me ha encomendado que le transmitiera sus saludos especiales y que usted lo disculpe porque no hizo detener el coche; pero era tarde, pues tenía que alcanzar forzosamente el expreso de Viena, ya que esta noche..., y... me rogó que al mismo tiempo le dijera que lamentaba... Sólo por eso..., quiero decir, que sólo por eso me permití visitarle personalmente...

Estaba frente a mí con la cabeza inclinada como bajo un yugo invisible.

—Demasiada gentileza, señor von Kekesfalva, el que usted se haya molestado. Verdaderamente, es demasiada atención. ¿No quiere tomar asiento?

Kekesfalva no contestó. Parecía no haberme oído bien. Pero había comprendido, por lo menos, mi ademán. Se sentó indeciso en el mismo borde de la silla que le acababa de ofrecer. Con la rapidez del relámpago se me ocurrió que de ese modo cohibido debía haberse sentado, en su juventud, como invitado a la mesa de gente extraña. Y así estaba sentado ahora el millonario en mi sillón de mimbre barato y gastado. Quitóse ceremoniosamente las gafas, sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiar los cristales. Pero estaba sobre aviso, conocía ese gesto, y todas sus mañas. Sabía que limpiaba los cristales para ganar tiempo, que hubiera querido que yo iniciase la conversación, que le preguntase y hasta sabía que le hubiera gustado que inquiriese si Edith realmente estaba enferma y cuál era el motivo de la postergación del viaje. Pero permanecí en acecho. ¡Que sea él el primero en hablar! No estaba dispuesto a dar el paso inicial. No — no quería dejarme tentar más —. ¡Basta ya de esa compasión maldita! ¡Basta ya de ese eterno miis y más! Debían terminar esas emboscadas y ardides. Si algo quería de mí, que lo dijera rápida y francamente, sin esconderse detrás de ese estúpido limpiar de lentes. No iba a dejarme engatusar más; estaba cansado de mi compasión.

Por fin, el anciano depositó en la mesa los lentes restregados, como si hubiera oído las palabras no pronunciadas detrás de mis labios, que no se habían despegado. Notaba, al parecer, que no quería ayudarlo y que él mismo debía empezar; con la cabeza tenazmente inclinada, comenzó a hablar sin dirigirme la mirada. Hablaba mirando a la mesa, como si esperara más compasión de la madera dura y rajada que de mí.

—Yo sé, señor teniente — preludió cohibido —, que no tengo ningún derecho, ciertamente ningún derecho, a quitarle su tiempo. Pero, ¿qué debo hacer, qué debemos hacer? No puedo seguir así, no podemos seguir así... Dios sabe lo que ahora le ha sobrevenido; no se le puede hablar, ya no escucha a nadie... y, sin embargo, yo sé que no lo hace con mala intención...; sólo es desdichada, inconmensurablemente desgraciada... Nos causa ese mal por desesperación...; créame, nada más que por desesperación.

Esperé. ¿A qué se refería? ¿Qué les hacía? ¿Qué era eso? ¡Desembucha, por fin! ¿Por qué hablar con tantos tapujos, por qué no decir lisa y llanamente lo que pasa?

Pero el viejo siguió hablando con la mirada clavada en la mesa.

—Y eso que todo estaba hablado y dispuesto. Se había encargado el departamento del coche comedor junto al dormitorio, se habían hecho reservar las mejores habitaciones, y ayer por la tarde estaba todavía impacientísima. Ella misma eligió los libros que pensaba llevar, probóse los trajes nuevos y las pieles que había hecho traer de Viena; y de repente le sobrevino eso, ayer, después de comer; yo no lo comprendo. Usted recordará cuán excitada estaba. Ilona no lo comprende, nadie comprende lo que de repente le pasó. Lo cierto es que grita y jura que no saldrá de casa a ningún precio, que ningún poder del mundo logrará alejarla.

—¡Oh, eso ya pasará! Usted es quien mejor sabe con qué veleidosidad cambian sus caprichos. Ilona me dijo por teléfono que sólo se trataba de una postergación de pocos días.

—¡Ojalá no fuera más que eso! Pero lo más terrible es..., todos tememos que ya no hará este viaje, definitivamente... Yo no sé, no comprendo; de repente se le ha hecho indiferente su curación y no le importa restablecerse o no.

—No comprendo eso... Su señorita hija solía tener confianza absoluta en el doctor Condor, y si él recomendaba con tanta urgencia esa cura...

—Eso es, justamente... En eso consiste la locura: no quiere someterse a ningún tratamiento más, ya no quiere ser curada. ¿Sabe usted lo que dijo?... "No iré por nada del mundo, estoy harta de esas mentiras. Prefiero quedarme lisiada como estoy, y quedarme...; ya no quiero curarme, no lo quiero; todo eso ya no tiene sentido".

—¿No tiene sentido? — repetí perplejo.

Entonces el anciano hundió más todavía la cabeza; ya no vi sus ojos humedecidos, ni sus lentes. Al cabo de un instante murmuró de modo casi incomprensible:

—"Ya no importa que me restablezca — dice y suspira —, pues él..., él..." — el viejo tomó aliento como preparándose para un gran esfuerzo; por fin echó afuera las palabras —: "Él... si él no tiene para mí más que compasión."

Me quedé helado en cuanto Kekesfalva pronunció esa palabra, "Él". Era la primera vez que me hacía una insinuación respecto a los sentimientos de su hija.

Después de aquella sola palabra reveladora, ambos quedamos sentados, mudos, evitando mirarnos el uno al otro. En el angosto espacio de la mesa que nos separaba flotaba un silencio como aire estancado.

De repente algo sucedió. Al principio sólo noté que el anciano había hecho un gesto, un ademán extrañamente torpe y tosco. Y luego, de improviso, cayó como una masa blanda de la silla, arrastrándola consigo, con estrépito.

Un ataque, fué mi primer pensamiento. Un síncope, puesto que era cardíaco, según Condor me había dicho. Me enderecé, aterrado, para levantarle y tenderle en el sofá. Pero en ese momento comprendí que el viejo no se había caído ni deslizado de la silla. El mismo se había arrojado al suelo, de rodillas, y cuando me disponía a ayudarle, se arrastró hacia mí, tomó mis manos e imploró:

—¡Usted tiene que ayudarla...; sólo usted puede ayudarla, nadie sino usted!... Condor también lo dice: usted, y nadie más... ¡Le suplico, compadézcase...; eso no puede seguir así!... ¡Ella cometerá un disparate, se destrozará sola!

Aunque mis manos temblaban fuertemente, levanté al arrodillado anciano con energía. Pero él aferrábase de mis brazos solícitos, sentí en mi carne sus dedos desesperadamente atenazados, como unos garfios (¡el Djinn, el Djinn de mi sueño que violentaba al compasivo!).

—¡Ayúdela! — jadeó —. ¡Por el amor de Dios, ayúdela!... No se puede abandonar a la niña en ese estado...; le juro que es cuestión de vida o muerte...

—Pero, naturalmente, señor von Kekesfalva... Por favor, tranquilícese...; se entiende que haré todo lo que pueda. Si usted quiere, iremos ahora mismo, juntos, y procuraré calmarla. Ahora mismo le acompañaré. Dígame lo que debo decir o hacer...

Soltó de pronto mi brazo y me miró de hito en hito.

—¿Lo que debe hacer?... ¿Realmente no entiende usted, o es que no quiere entender? — Pero si ella se ha confesado, se le ha ofrecido, y la pobre criatura se avergüenza mortalmente por haberlo hecho. Le ha escrito y usted no ha contestado, y ahora se atormenta día y noche, imaginándose que usted la quiere alejar, que se quiere librar de ella porque la desprecia... Está loca de temor de que usted..., de que le inspire repugnancia a usted, porque... ella... ¿No comprende que una persona orgullosa y apasionada como esa criatura tiene que perecer cuando se la hace esperar tanto? ¿Por qué no le infunde una esperanza? ¿Por qué no le dice una palabra, por qué es usted tan cruel, tan sin corazón para con ella? ¿Por qué atormenta tan terriblemente a esa pobre niña inocente?

—Pero si he hecho todo para calmarla..., pero si le dije...

—¡Nada le ha dicho usted! Tiene que comprender que la enloquece con sus visitas, con su silencio, porque sólo espera... esa única palabra que toda mujer espera del hombre que quiere... ¿Le resulta a usted, en verdad, tan terrible? Sin embargo, tendría lo que puede tener un hombre en este mundo. Yo soy viejo y enfermo. Todo cuanto poseo lo dejaré a usted: el castillo y las tierras y los seis o siete millones que he acumulado en cuarenta años; todo será suyo... mañana mismo podrá tenerlo, a cualquier hora, en cualquier momento. No quiero nada para mí...; sólo quiero que alguien cuide de la niña cuando yo no esté más.

Le faltó el aliento. Se dejó caer, débil e indefenso, sobre la silla. Compartí el sufrimiento de ese hombre y desbordó mi deseo de consolarlo.

—¡Señor von Kekesfalva! — me incliné sobre él —. Tenga confianza en mí. Reflexionemos sobre todo, tranquilamente...; le repito que estoy enteramente a su disposición..., que haré todo cuanto esté en mi poder. Pero eso..., eso que usted acaba de insinuar... es imposible..., absolutamente imposible.

Sacudióse débilmente, como un animal ya derribado bajo el último golpe mortal. Sus labios ligeramente humedecidos por la excitación se movían trabajosamente, pero no le di tiempo para hablar.

—Es imposible, señor von Kekesfalva; por favor, no hablemos más de eso... Reflexione usted mismo. ¿Quién soy, al fin de cuentas? Un pequeño teniente que vive de sus emolumentos y de una modesta ayuda que recibe mensualmente. Con medios tan escasos, no puede fundamentarse una existencia. Eso no basta para que vivan dos personas...

Quiso interrumpirme.

—Sí, ya sé lo que usted quiere decirme, señor von Kekesfalva. El dinero no tiene importancia, opina usted; en ese sentido ya está todo previsto. Sé también que es rico..., que pudiera obtener todo de usted... Pero es justamente el hecho de que usted sea rico y yo un don Nadie...; eso precisamente lo impide todo... Cualquiera creería que lo habría hecho por el dinero, que me habría..., y Edith misma, créamelo, no se libraría en todos los días de su vida de la idea que sólo me habría casado con ella por el dinero y a pesar..., a pesar de las circunstancias particulares...

El anciano no se movió. Al principio creí que no me había comprendido. Pero poco a poco se animó su cuerpo desfallecido. Alzó trabajosamente su cabeza y miró al vacío.

—Entonces..., entonces, todo ha terminado.

Era espantoso ese tono, espantosa esa resignación total. Con la mirada invariablemente fija en el vacío, buscó a tientas los lentes sobre la mesa y el sombrero negro, estrujado. Sólo entonces se dispuso a retirarse, y murmuró sin mirarme:

—Perdone la molestia.

Se había puesto el sombrero ladeado; los pies no le obedecían bien, se arrastraban y tambaleaban sin fuerza. Alejóse como un sonámbulo en dirección a la puerta. Luego, como si de repente recordara algo, volvió a quitarse el sombrero, hizo una reverencia y repitió:

—Perdone la molestia.

El anciano abatido inclinóse delante de mí, y me sentí aplastado por ese gesto de cortesía en medio de su tribulación. De repente volví a sentir dentro de mí aquel calor, aquel ardor, aquel manar y fluir que subía y me quemaba en los ojos, y al mismo tiempo aquel ablandamiento y desfallecimiento; de nuevo me sentí presa de la compasión. Por eso le seguí presuroso.

—Señor von Kekesfalva, le ruego no me interprete mal... No puede irse así, y si mal no viene decirle, sería terrible en este momento, y... no sería tampoco la verdad.

Mi excitación aumentó, pues noté que el anciano no me escuchaba.

—Efectivamente, no sería cierto, señor von Kekesfalva, se lo juro... Y nada sería para mí más terrible que ofender a su hija, a Edith; que despertar en ella la sensación de que yo no la estimaba sinceramente... Le juro que nadie tiene para ella afectos más sinceros, nadie puede quererla más que yo...; es, en verdad, nada más que una locura suya la de que... pudiera serme indiferente... Al contrario..., al contrario...; sólo quería decirle que no tendría sentido... si hoy mismo dijera algo...; ahora sólo importa una cosa..., y es que ella se cuide..., que se restablezca de veras.

—Pero, ¿y luego, cuando esté sana?...

Se había vuelto repentinamente hacia mí. Las pupilas que acababan de estar yermas, muertas, fosforecían en la oscuridad.

Me aturdí. Percibí instintivamente el peligro. Si entonces prometía algo, quedaba atado. Pero en el mismo instante recordé que todo lo que ella esperaba se basaba en un engaño, que no se curaría tan pronto, que podían transcurrir años y años, y que no era del caso pensar a largo plazo. Y por eso dije:

—Sí, cuando esté sana, entonces, naturalmente...; yo mismo... iré a hablar con usted.

Me miró de hito en hito. Un temblor recorrió su cuerpo, una fuerza interior parecía acercarlo insensiblemente a mí.

—¿Me permite... que le diga eso?

—Sí, dígaselo — y le tendí la mano.

Sus ojos brillaron, luego se velaron y desbordaron hacia mí. De ese modo tiene que haber mirado Lázaro cuando ascendió, aturdido, de su tumba y volvió a ver el cielo y su luz sagrada.

Y con un paso distinto, que no conocía en él, un paso ligero y elástico, encaminóse hacia la puerta. Quedé solo en la habitación oscura, un tanto aturdido, como siempre cuando se acaba de hacer algo decisivo sin haberse decidido en el fondo previamente. Pero tardé una hora para cobrar conciencia de toda la responsabilidad que entrañaba lo que en la debilidad de mi compasión acababa de prometer. Mi ordenanza golpeó débilmente la puerta y me entregó una carta en papel azul, conocido:

"Saldremos pasado mañana. Lo prometí a papá formalmente. Perdóneme estos últimos días, pero me enloquecía el temor de constituir una carga para usted. Ahora sé por qué y para quién debo sanar. Ya no temo nada. Venga mañana, todo lo más pronto que pueda. Nunca le esperé más impaciente. Siempre suya, *E.*"

"Siempre". Esta palabra me produjo un escalofrío brusco, porque ella ata a una persona irrevocablemente para toda la eternidad. Mas ya no había forma de retractarme.

* * *

"Seré fuerte", me dije. Esa media promesa que nunca se cumplirá del todo, sería lo último a que me obligarían. "Tendré que prestarme un día o dos, pacientemente, a ese amor insensato; luego, ellos se marcharán y me habré recobrado". Pero cuanto más se acercaba la tarde, tanto más aumentaba mi malestar, tanto más me martirizaba el pensamiento de tener que enfrentarme a su mirada confiadamente tierna, con una mentira en el corazón. En vano procuraba charlar con mis camaradas sobre nimiedades; era demasiado fuerte la presión detrás de la frente, demasiado fuerte el tic-tac de los nervios, y sentí de pronto una sequedad en la garganta, como si dentro de mí humeara un fuego sofocado. Pedí instintivamente un coñac y lo tomé de un trago. Era inútil; la sequedad continuaba estrangulándome. Pedí otra copa más; sólo al encargar la tercera descubrí el acicate inconsciente: quise envalentonarme con la bebida, para no caer en el sentimentalismo o la cobardía en aquella casa. Pero el primer efecto de esas tres copas consistió únicamente en que mis pies empezaban a pesarme y algo taladraba y rumoreaba en mi cabeza como la aguja de un dentista antes de proceder a la verdadera maniobra dolorosa.

Mas todo resultó más fácil de lo que pensaba. Me esperaba un aturdimiento distinto, mejor, una embriaguez más fina y más pura de la que yo había buscado en el brebaje grosero. La vanidad también deslumbra, la gratitud también aturde y también la ternura puede confundir bienaventuradamente. En la puerta, el buen viejo, José, me miró alegrentemente sorprendido.

—¡Oh, el señor teniente! Por favor, pase al salón. La señorita Edith lo espera hace rato — musitó en tono agitado por un entusiasmo avergonzado.

Ya Ilona venía a mi encuentro, radiante también ella; se diría que su mirada me apretaba como brazos serenamente cariñosos. Nunca tomó mi mano tan cálida e íntimamente.

—Le doy las gracias — me dijo, y era como si hablara a través de una templada lluvia estival —. Usted mismo no sabe lo que ha hecho por esa pobre niña. La ha salvado, por Dios, la ha salvado verdaderamente. ¡Pase, pronto! ¡No podría explicarle cuán anhelante lo espera!

Entretanto, se movió, casi imperceptiblemente, la otra puerta. Entró el anciano; ya no anidaban en sus ojos, como la víspera, la muerte y el horror, sino un fulgor cariñoso.

—¡Cuánto celebro que haya usted venido! Se sorprenderá al verla tan transformada. En todos estos años, desde que ocurrió la desgracia, nunca la había visto tan alegre y tan feliz. Es un milagro, un milagro real. ¡Dios mío, cuánto ha hecho usted por ella y por todos nosotros!

Como llevado por un viento dorado, desapareció de pronto en mí todo temor y cobardía. ¿Por qué no había de dejarme amar despreocupado si ello causaba la dicha de los demás? Me puse efectivamente impaciente por pasar al salón que la antevíspera abandonara tan desesperado.

Y he aquí, sentada en un sillón, una niña que apenas reconocí por la alegría de su mirada y la claridad que de ella emanaba. Aguardaba en su sillón, sin traba, y enderezada. Olvidé en esa oportunidad que la manta cubría un defecto y que aquel sillón profundo era en verdad su cárcel, pues sólo me asombraba y admiraba esa nueva juventud, esa niña transformada que se me antojó más infantil en su alegría y más mujer en su belleza. Advirtió mi ligera sorpresa y la aceptó como un obsequio. Renovóse en el acto el viejo tono de nuestros días, despreocupadamente amistoso, cuando me invitó:

—Por fin. Por fin. Haga el favor, siéntese en seguida a mi lado. Y, le ruego, no hable. Tengo que decirle algo que es decisivo. Escúcheme sólo un minuto. Y no me interrumpirá. Estoy enterada de lo que usted ha dicho a mi padre. Sé lo que está dispuesto a hacer por mí. Y ahora, créame cuanto le prometo: nunca le preguntaré..., ¿me oye usted? ¡Nunca!..., por qué hace esto, si sólo por amor a mi padre o si realmente por mí. Si no ha sido más que por compasión o... ¡no, no me interrumpa, no lo quiero saber, no quiero!...; no quiero reflexionar más ni seguir atormentándome a mí misma ni a los otros. Basta que, gracias a usted, vuelva a vivir y siga viviendo... Pues sólo ayer empecé a vivir. Si me restablezco, lo deberé a una sola persona: a usted. A nadie más que a usted.

Titubeó un instante, y luego prosiguió:

—Y ahora, oiga lo que además le prometo. Esta noche he meditado sobre todo. Por primera vez pensé claramente, como una persona sana, no como antes, cuando todavía estaba incierta, agitada e impaciente. Ahora comprendo que es maravilloso pensar sin miedo; por primera vez puedo presentir que viviré como un ser normal y sano, y únicamente a usted le debo ese presentimiento. Por lo mismo, quiero cumplir con todo lo que los médicos me exigen, con todo, todo, para convertirme, de la piltrafa que soy ahora, en persona. No cederé ni aflojaré, ahora que sé lo que está en juego, me esforzaré con todas mis fibras y con cada nervio de mi cuerpo y con cada gota de mi sangre, y creo que lo que se desea tan indómitamente se le puede arrebatar a Dios. Todo eso lo hago por usted, es decir, para no aceptar ningún sacrificio suyo. Pero si no tuviera éxito..., ¡no me interrumpa, por favor!..., o en el caso que no tuviera todo el éxito, que no llegara a ser tan sana y ágil como los demás, no tema usted nada, en este caso yo afrontaré sola mi destino. Hay sacrificios, lo sé, que no deben aceptarse, y menos de un hombre a quien se ama. Supuesto el caso de que fracasara el tratamiento en que cifro todas, ¡todas!, mis esperanzas, usted nunca más oirá hablar de mí ni volverá a verme jamás. Bien; esto era todo. Y ahora, ni una palabra más. Ya no nos quedan sino unas pocas horas en común, durante los próximos días, y quisiera ser completamente feliz en su transcurso.

Era una voz distinta con la que hablaba, una voz más madura. Eran otros ojos, no ya los inquietos de la niña, ni los afanosos y anhelantes de la enferma. Sentí que era un amor distinto con que me amaba, no aquel juguetón del prin-

LAMPARA DE "AGUA"



Se ha fabricado una lámpara eléctrica para efectuar trabajos bajo el agua. Con ella actuarán los buzos cuando tengan que realizar su tarea durante la noche. Esta lámpara sólo puede ser usada bajo el agua, pues el líquido es necesario para mantener fría la ampolla de vidrio que está casi en contacto con los filamentos interiores que producen una luz de 1.000 vatios.

Hablamos luego tranquilos del viaje, y al poco rato pasamos a la mesa. Las girándulas de plata brillaban a la luz de las velas, y las flores salían de los vasos como llamaradas abigarradas. Todo era más bello y mejor que nunca; el anciano estaba sentado como un sacerdote, erguido y solemne; nunca había visto a Edith ni a Ilona más alegres y juveniles. Despreocupada como un pájaro piante, la risa volaba del uno al otro, y la alegría crecía y decrecía como olas juguetonas en la alta y baja marea. Sólo cuando el sirviente llenó las copas de champaña y alcé, primero, la copa hacia Edith:

—A su salud.

Todos quedaron de repente silenciosos.

—Sí, sanar — suspiró ella, y me miró confiada como si mi deseo hubiera tenido poder sobre la vida y la muerte —. Sanar para ti.

—Dios lo conceda...

El padre se levantó, incapaz de dominarse. Las lágrimas humedecieron sus gafas; se las quitó y las limpió con circunspección. Vi que sus manos casi no podían refrenar la tentación de tocarme y no me negué. También sentí necesidad de agradecerle; me levanté, me acerqué a él y lo abracé de modo que su barba rozó mi mejilla. Cuando se deshizo del abrazo, observé que Edith me mirada. Sus labios temblaban; sospeché que sus labios entreabiertos anhelaban un contacto igualmente íntimo. Por eso me incliné rápidamente sobre ella para besar su boca.

Ese fué el compromiso. No había besado a la enamorada después de consciente reflexión — la emoción pura lo había hecho todo por mí —. Me sucedió sin saberlo y sin creerlo; pero nò me arrepentí de esa menuda ternura límpida. No levantó ella, como aquella tarde, el pecho agitado hacia mí, ni me retuvo enardecida por la dicha. Sus labios tomaron los míos humildemente, como un gran regalo. Los demás callaron. Entonces llegó, desde un rincón, un ruido tímido. Al principio parecía un carraspeo cohibido, pero cuando miramos, distinguimos al sirviente que sollozaba sordamente en un rincón. Sentí de pronto la mano de Edith sobre la mía. "Déjemela un momento".

Ignoraba lo que ella se había propuesto. Algo frío y pulido se deslizó en mi dedo anular. Un anillo.

—Para que me recuerdes, mientras esté ausente.

No miré la joya; pero tomé su mano y la besé.

* * *

Aquella tarde yo era Dios. Había creado un mundo lleno de bondad y justicia. Había creado a un ser humano, y su frente brillaba pura como la mañana y en sus ojos se reflejaba el arco iris de la dicha. Sólo cuando concluyó la velada y me levanté de la mesa, nació en mí una tristeza suave. Llegó la despedida. Todos estábamos extrañamente emocionados, como sabiendo que tocaba a su término algo incomparable, una de aquellas horas raras, inefables, que, como las nubes, no vuelven más. Yo mismo sentí por primera vez pesadumbre por tener que dejar a la niña; como un enamorado, prolongué la despedida de la que me amaba. Pensé en el goce de estar sentado junto a su cama, acariciando la delicada mano tímida y volviendo a contemplar una y otra vez el resplandor de la sonrisa rosada de la felicidad. Pero era tarde. La abracé rápidamente y besé su boca. Sentí que retuvo la respiración, como si hubiera querido conservar para siempre el calor de la mía. Luego fuí hacia la puerta, acompañado de su padre. Una última mirada, un saludo, y me fuí, libre y seguro, como siempre se aleja uno de su obra lograda, de una acción meritoria.

* * *

Salvé los pocos pasos hasta el vestíbulo, donde ya me aguardaba el sirviente con la gorra y la espada. Pero ojalá hubiera corrido. Ojalá hubiera sido más desconsiderado. El anciano aun no lograba apartarse de mí. Me volvió a tocar, volvió a acariciar mi brazo, y no se cansó de agradecer lo que por él había hecho. Afirmó que ahora podía morir tranquilo, que la niña sanaría, que todo estaba bien gracias a mí, y sólo gracias a mí.

De repente un ruido inquietante atravesó la puerta. Agucé el oído. En la habitación contigua debía haber comenzado una disputa. Percibíanse claramente voces fuertes en oposición agitada. Despavorido, reconocí que Ilona disputaba con Edith. La una parecía expresar un deseo y la otra trataba de disuadirla. "Te ruego", oí netamente la advertencia de Ilona, "quédate". Y luego el ex abrupto iracundo de Edith: "No, déjame, déjame". Cada vez más confundido, escuché por encima el parloteo del viejo. ¿Qué sucedía detrás de aquella puerta cerrada? ¿Por qué se había quebrado la paz, mi paz, la paz divina de ese día? ¿Qué pretendía Edith tan imperiosamente? ¿Qué quiso impedir la otra? De repente se percibió aquel ruido adverso, aquel toc-toc de las muletas. ¿Por el amor de Dios, no pretendería seguirme sin la ayuda de José? Pero ya se percibían, apresurados, los golpes de madera, ese toc-toc... toc-toc... — involuntariamente me imaginaba el débil cuerpo adolescente —, ya debía de estar muy cerca de la puerta. Luego un alboroto, un sacudimiento, como si una masa pesada hubiera sido tirada contra las puertas. Después un jadear de esfuerzo grande, y se abrió, presionado con vehemencia, el picaporte.

¡Tremenda visión! Edith, de pie y apoyada en el marco de la puerta, agotada todavía por el esfuerzo. Con la mano izquierda se asía, enojada, de la madera del montante para no perder el equilibrio, y con el puño derecho sostenía las dos muletas. Detrás de ella insistió, visiblemente desesperada, Ilona, que parecía querer retenerla a la fuerza. Pero los ojos de Edith relampagueaban de impaciencia y de ira:

—Déjame, déjame, he dicho. Nadie tiene que ayudarme. Puedo hacerlo sola.

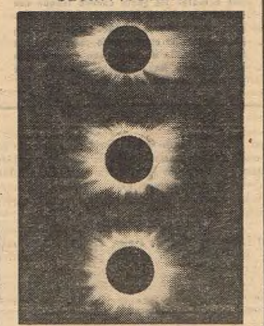
Luego, antes de que Kekesfalva o el sirviente se dieran exacta cuenta, sucedió lo increíble. La tullida apretó los labios como preparándose para un esfuerzo enorme. Mirándome con ojos grandemente abiertos y ardientes, se apartó con un golpe de la puerta, como un nadador de la playa, que le había ofrecido sostén, para venir a mi encuentro completamente libre y sin muletas. En el momento de la embestida tambaleó, iba a caer al vacío, pero agitó rápidamente ambas manos, levantando a la vez la izquierda desocupada y la derecha, en que llevaba las muletas, para encontrar el equilibrio, luego apretó nuevamente los labios, adelantó un pie y arrastró el otro; esos movimientos entrecortados, descoyuntaban su cuerpo como el de un títere. ¡Sin embargo, caminaba! ¡Caminaba! Con los ojos muy abiertos, fijos únicamente en mí, marchó como aferrada de un hilo invisible, los dientes incrustados en los labios, la cara convulsivamente desfigurada. Un milagro de la voluntad había despertado sus piernas muertas. Ningún médico, jamás, ha conseguido explicarme cómo la tullida consiguió aquella única y sola vez, arrancar sus piernas impotentes de la rigidez y la debilidad, y yo no puedo describirlo, pues todos mirábamos petrificados sus ojos extáticos. La misma Ilona se olvidó de seguirla y protegerla. Mas ella daba tambaleante esos pocos pasos, como impelida por una tormenta interior; no era un caminar, sino más bien algo como un vuelo a ras del suelo, el vuelo a tientas e inseguro de un pájaro con las alas cortadas. Pero la voluntad la empujaba más y más. Ya estaba muy cerca, ya alargaba, en el triunfo de la realización, los brazos, que hasta entonces habían mantenido el equilibrio, aleteando. Las facciones tensas, aflojáronse en la sonrisa exaltada de la felicidad. Había logrado el milagro. Sólo faltaban dos pasos, no, un paso, el último: casi percibí ya el aliento de la boca que se abrió en la sonrisa, cuando sucedió lo terrible. Por el movimiento anheloso y violento con que tendió los brazos, antes de tiempo, pregustando el abrazo conquistado, perdió el equilibrio. Sus rodillas se doblaron como tronchadas. Ruidosamente cayó casi junto a mis pies, retumbando las muletas contra el piso. Y, en el primer aturdimiento de mi susto, di instintivamente un paso atrás, en vez de hacer lo más natural y adelantarme para ayudarla.

Kekesfalva, Ilona y José llegaron casi simultáneamente junto a ella para levantarla. Noté (incapaz todavía de mirar) cómo entre todos se llevaron a Edith. Sólo oí los sollozos ahogados de su furia desesperada y los pasos arrastrados que se alejaban cuidadosamente con su carga. En ese segundo desgarróse la neblina del entusiasmo que durante toda la noche había velado mi mirada. Vi todo con terrible precisión en ese relámpago de claridad interior, y supe que la desdichada jamás se restablecería del todo. No se había realizado el milagro que todos esperaban de mí. Ya no era Dios, sino un hombrecito miserable quien, con su debilidad, causaba vil daño, y quien, con su compasión, desorientaba y destrozaba. Tuve conciencia exacta, terriblemente exacta, de mi deber: ahora o nunca era preciso guardarle fidelidad. Ahora o nunca debía correr detrás de los otros, sentarme junto a su cama, calmarla y mentirle diciéndole que había caminado magníficamente. Pero no me quedaban fuerzas para semejante engaño desesperado. Y, sin reflexionar sobre lo que hacía, tomé la espada y la gorra. Por tercera y por última vez, huí de la casa como un criminal.

* * *

¡Aire, sólo una bocanada de aire! Creí que me ahogaba, y una sed terrible me devoraba. Vi un pequeño bar de suburbio donde por las mañanas siempre se apeaban los carreteros para calentarse rápidamente con un poco de aguardiente. Abrí la puerta sin reflexionar, con el afán del sediento. Del antro semiobscuro me llegó el vaho asfixiante de aguardiente barato. Al fondo, el despacho con las bebidas; al frente, una mesa en que unos camineros jugaban a los naipes. En el mostrador se hallaba apoyado un ulano, que bromeaba con la cantinera, de espaldas a mí. Notó la correntada de aire, y apenas se dió vuelta, quedó con la boca abierta de susto: inmediatamente se enderezó y se cuadró. . .

RADIACIONES ULTRAVIOLETA



Las capas atmosféricas, por ventura para nosotros, filtran las dañinas radiaciones ultravioleta del sol. Pues si éstas llegaran a la tierra en su totalidad, matarían todas las formas de vida.

La cantinera se me acercaba respetuosa para preguntar en qué podía servirme. Pedí soda y una copa de aguardiente.

—En seguida —me contestó, alejándose.

Me llegué hasta una mesa desocupada, donde se me sirvió la soda que tomé de un trago.

Pedí otro aguardiente, luego fumaría un cigarrillo y me alejaría.

Encendí el cigarrillo. Me quedé un momento sentado, la cabeza mareada apoyada entre las manos, para pensar, reflexionar, recordar punto por punto. Pues bien —me había comprometido—, se me había comprometido..., pero eso sólo vale..., no, no hay subterfugio que valga... la besé en la boca y lo hice voluntariamente. Pero sólo lo hice para calmarla y porque sabía que nunca se restablecería... ¿No acababa de caer como una bolsa?... ¡Pero, si es imposible casarse con semejante criatura, que no es una mujer de verdad, sino...!, pero no me dejarán, no; no me soltarán más... el viejo, el Djinn, el Djinn, el Djinn con la melancólica cara de buen hombre y las gafas de oro se aferrará a mí, convulsivamente, y no me lo podré sacudir. Siempre me tomará del brazo, siempre me retendrá prendiéndose de mi compasión, de mi piedad maldita. Mañana seré la comidilla de toda la ciudad, darán la noticia al diario, y entonces no habrá escapatoria... ¿No sería mejor advertir desde un principio a mis parientes, para que mi madre o mi padre no se enteren por otros y hasta por los diarios? Habría que explicarles por qué y cómo me había comprometido y que no era cosa de apresurarse, ni había sido ése mi propósito y que sólo me había prestado a todo por compasión... ¡Oh, esa maldita compasión! Y la gente de mi regimiento lo entenderá menos todavía, no lo comprenderá ni uno solo de mis camaradas. Todos ellos están predispuestos contra el viejo, y en esa materia son muy quisquillosos..., el honor del regimiento, ya sé... hasta el mismo Balinkay no le han perdonado del todo..., se burlan porque se ha vendido... vendido a una vaca holandesa. Si llegaran a ver las muletas... es mejor que no las mencione en la carta a mi casa; por el momento, nadie debe saber nada, no permitiré que se burle de mí todo el casino de oficiales. Pero ¿cómo huir de las burlas? ¿No será mejor, al fin, hacer ese viaje a Holanda, a casa de Balinkay? Claro; todavía no le he dicho que no; puedo irme en cualquier momento a Rotterdam, y que Condor se las arregle solo, puesto que también empezó solo... Que vea cómo desenreda este lío del que es único culpable... Lo mejor sería ir a verlo en seguida y explicarle claramente... que no puedo; ahora mismo iré a casa de Condor... ¡Coche, coche! ¿Adónde? Calle Floriani... ¿Qué número era? Calle Floriani, 97... ¡Y apresúrese, le daré una buena propina, pero pronto..., castigue a los caballos!... Ya estamos, la reconozco, la casa pobretona en que vive; la reconozco, la escalera de caracol, asquerosa, sucia, por suerte es tan empinada... ¡Ja, ja! Aquí no podrá seguirme con sus muletas, por aquí no trepará y estaré bien resguardado de su toc-toc... ¿Cómo? ¿Otra vez esa criada desaliñada delante de la puerta?... ¿Siempre va a estar delante de la puerta? "¿Está el doctor en casa?" "No, no; pero pase no más que en seguida vendrá." ¡Vaya con la zafia bohemia! Pero ¡bah!, entremos y esperemos. Siempre hay que esperarlo a ese tipo... nunca está en casa. Dios no quiera que venga otra vez la ciega arrastrándose..., no me faltaba más que eso, ahora; mis nervios no toleran esas consideraciones eternas. ¡Jesús, María! Ya viene. Oigo sus pasos al lado... No, loado sea Dios; no puede ser ella, no tiene un paso tan firme; tiene que ser otra persona la que camina y habla. Sin embargo, esa voz me es familiar... ¿Cómo?... ¿Cómo es eso?... Pero si es..., vamos, ésa es la voz de mi tía Daisy... Caramba, ¿cómo es posible eso?... ¿Qué hacen aquí de repente tía Bella, y mamá y mi hermano y mi cuñada?... ¡Vamos!... Es imposible... Si yo estoy esperando a Condor en la calle Floriani... y mi familia no lo conoce; ¿cómo pueden haberse dado cita, entonces, justamente en casa de Condor? Sin embargo, son ellos, conozco la voz chillona de tía Daisy... Por el amor de Dios, ¿cómo me escondo aquí?... Se acercan cada vez más..., ahora se abre la puerta... ¡se ha abierto sola! y —¡alma mía!— aquí están todos, formando un semicírculo como para dejarse retratar, y me miran...

Me sobresalto. ¿Dónde estoy? Miro a mi alrededor, despavorido. Dios mío, ¿cómo puedo haberme quedado dormido en este local miserable? Miré a todos lados, huraño, ¿Habrán observado algo? La cantinera limpiaba indiferente unos vasos, el ulano me daba tercamente su espalda ancha y fuerte. Tal vez no se habían dado cuenta. Sólo puedo haberme quedado dormido un minuto, a lo sumo dos, pues el cigarrillo apagado, que había apretado contra el cenicero, humeaba todavía. Ese sueño salvaje no puede haber durado sino dos minutos, pero me ha quitado todo el calor y la sordidez de mi cuerpo. De repente vi con toda claridad, con toda frialdad, lo que había sucedido. ¡Afuera, afuera de ese tugurio inmediatamente! Arrojé unas monedas sobre la mesa y fuí hacia la puerta; el soldado se cuadró.

* * *

¿A dónde ir? ¡A cualquier sitio, menos al cuartel! ¡Todo menos a la habitación vacía y a estar solo con esos pensamientos terribles! Creí más conveniente beber algo frío y fuerte, pues sentí nuevamente ese gusto de hiel en la garganta. Tal vez eran los pensamientos que quería extirpar con fuego, ahogar en líquido, pero de todos modos, ensordecer. Fué terrible esa sensación, e inaguantable. Seguí hacia la ciudad. Afortunadamente, el café en la plaza del Ayuntamiento permanecía abierto aún. Pasando las ventanas cubiertas, la luz se colaba por unas rendijas. Ah, ¡beber algo ahora, beber cualquier cosa!

Entré y desde el mismo marco de la puerta vi que en la mesa habitual estaban reunidos Ferencz, Jozsi, el conde Steinhübel, el médico del regimiento, toda la pandilla. ¿Por qué se quedó Jozsi mirándome con aire tan sorprendido? ¿Por qué dió un empellón disimulado a su vecino, y por qué se fijaron todos tan penetrantemente en mí? ¿Por qué se interrumpió de repente la conversación? Apenas me reconocieron, todos se quedaron mudos y un tanto perplejos. Algo debía haber pasado.

Puesto que me habían visto, no podía volverme atrás. Me acerqué, pues, a ellos, todo lo más desprevenido que pude. En mi estúpida cortedad, dije a tiempo que acercaba una silla:

—¿Me permiten?

Jozsi me miró extrañado:

—¿Qué me dicen ahora? —preguntó a los demás, meneando la cabeza—. ¿Si le damos permiso? ¿Alguna vez han visto semejante ceremonial? ¿Pero qué le vamos a hacer? Hofmiller está hoy en su día ceremonioso.

Esa debe haber sido una broma que me gastaba el malicioso muchacho, pues los demás sonrieron complacidos o disimularon una risa ordinaria. Indudablemente, algo había pasado. Otras veces, y siempre que uno llegaba después de medianoche, solían preguntarle detalladamente de dónde venía y por qué había tardado tanto, y aderezaban su buen humor con intencionadas sospechas. Pero esa noche nadie me habló y todos se comportaron de un modo cohibido.

Debí haber caído en su tertulia despreocupada como una piedra en el agua. Al fin, Jozsi se recostó, guiñó el ojo izquierdo como al apuntar con el fusil, y preguntó luego:

—¿Y... ya se puede felicitarte?

—¿Felicitarme? ¿Por qué?

De tan sorprendido que estaba, no sabía en realidad a qué se referían.

—Pues el boticario, que acaba de marcharse en este momento, ha contado algo de un sirviente que le avisó por teléfono que tú te habías comprometido con esa... con esa..., bueno, con esa joven.

Entonces, todos me miraron. Todos, cuatro, seis, ocho, diez, doce ojos estaban fijos en mi boca. Sabía que de confirmar esa noticia, se iniciaría en el momento siguiente una batahola y que me colmarían de chistes, escarnios, burlas y felicitaciones irónicas. No. Era imposible admitirlo, no podía hacerlo en presencia de esos burlones, de esa gente impertinente.

—¡Majaderías! —rezongué para salvar la situación.

Pero esa respuesta evasiva no les satisfizo. El bueno de Ferencz, sinceramente curioso, me golpeó el hombro.

—¡Vamos, Tonny, tengo razón! ¿No es cierto que no es verdad?

Estaba bien intencionado ese camarada bueno y fiel, pero no debía haberme facilitado el "No". Sentí un asco infinito por esa curiosidad indolente y burlona. Comprendí lo absurdo que hubiera sido querer explicar en la mesa de café lo que no podía aclararme del todo en el fondo de mi alma. Sin reflexionar debidamente, me defendí malhumorado:

—Ni por pienso.

Por un instante reinó el silencio. Todos se miraron sorprendidos y un poco desencantados. Al parecer, les había aguado una fiesta. Pero Ferencz apoyó muy orgulloso el codo sobre la mesa y gritó triunfante:

—¿Ven? ¿No lo había dicho? ¡Si conozco a Hofmiller como los bolsillos de mi pantalón! Dije en seguida que era mentira, una invención burda del boticario. Mañana me oirá el estúpido mezclaungüentos. Que vaya a tomar el pelo a otros. Le pediré explicaciones y si se descuida, se las subrayaré con unas cuantas bofetadas. ¿Qué se ha creído? ¿Desacreditar así porque sí, a una persona decente? ¡Llevar chismes y ensuciar con su boca suelta a uno de los nuestros! Ya ven, lo que dije: Hoffmiller no puede hacer semejante cosa. No vende sus piernas sanas y derechas por ningún oro del mundo.

Se dirigió a mí y me pegó, honrada y fielmente, con su mano pesada sobre el hombro.

—De verdad, Tonny; estoy muy contento porque aquello no era cierto. Habría sido una vergüenza para ti y todos nosotros, una ignominia para todo el regimiento.

—¡Y qué ignominia! —terció entonces el conde Steinhübel—. Y precisamente con la hija de un viejo usurero, quien a su tiempo arruinó a Uli Neuendorff con esa cuestión de las letras.

Con el tumulto que arreciaba, Ferencz agitábase cada vez más.

—¡Cretino! ¡Boticario! Te juro que tendría ganas de despertarlo con su timbre nocturno y propinarle unas buenas trompadas. ¡Sinvergüenza! ¡Inventar una mentira tan infame sólo porque fuiste algunas veces allí!

Todos hablaban a la vez; y, excitados, criticaron al anciano, sacaban a relucir las historias poco limpias, escarnecían a la tullida, su hija; a cada momento alguno me alababa porque no me había ligado seriamente a "esa gente". Y yo... yo permanecí inmóvil y mudo; sus alabanzas me martirizaron, y hubiera querido gritarles: "¡Callen, bocas infames!" o "El miserable soy yo. El farmacéutico dijo la verdad. El no mintió, sino yo. Soy un falso, un cobarde, un miserable". Pero sabía que era demasiado tarde, demasiado tarde para todo. Ya no podía atenuar nada, ni negar nada. Me quedé, pues, mirando fijamente la mesa, sin hablar, con el cigarrillo apagado entre los dientes apretados, y al mismo tiempo terriblemente consciente de la traición criminal, asesina, que con ese silencio cometí contra la pobre e inocente niña enamorada. ¡Ah, si hubiera podido esconderme bajo tierra! ¡Si hubiera podido anularme, destrozarme! No sabía adónde dirigir mi mirada, no sabía dónde poner mis manos que hubieran podido traicionarme con su temblor. Las junté cautelosamente, apreté unos dedos contra los otros hasta hacerlos doler, para que ese esfuerzo convulsivo dominara por unos minutos todavía la tensión interior.

Pero en el instante en que mis dedos se unieron, sentí algo duro, algo extraño entre ellos. Lo toqué sin querer. Era el anillo que Edith, una hora atrás, había deslizado en mi dedo, ruborizándose. ¡El anillo de compromiso que había recibido con gesto de asentimiento! No me

quedaban fuerzas para quitar de mis dedos esa prueba brillante de mi mentira. Con un gesto cobarde, de ladrón, hice girar la piedra hacia adentro antes de tender la mano a mis camaradas en el momento de despedirnos.

* * *

La plaza del Ayuntamiento, blanca como un ventisquero, estaba desierta, bajo la claridad fantasmagórica de la luz de la luna. Cada borde del empedrado aparecía nítidamente delineado, todos los contornos de las casas límpidamente retocados hasta el techo y la cumbrera. El mismo frío helado anidaba dentro de mí. Nunca había pensado de un modo más claro y más limpio de sombra, que en aquel instante: Sabía lo que acababa de hacer y no se me ocultaba cuál era mi deber. A las diez de la noche me había comprometido, y tres horas después, negado cobardemente ese compromiso. Había comprometido a traición a una niña enferma, ingenua, indefensa y que me amaba apasionadamente; había permitido, sin protestar, que se insultase a su padre y no había tenido reparo en que se tildase de mentiroso a un hombre extraño de quien me constaba que decía la verdad. A la mañana siguiente, el regimiento debía conocer mi vergüenza, y entonces todo concluiría para mí. Los mismos que hoy me golpeaban fraternalmente la espalda, mañana me negarían la mano y el saludo. Como mentiroso desenmascarado, no podía seguir llevando la espada, ni podía volver tampoco a los otros, a los que había traicionado e insultado; aún frente a Balinkay, era entonces hombre al agua. Aquellos tres minutos de cobardía habían destrozado mi existencia: no me quedaba más elección que el revólver.

Ya tenía conciencia exacta en la mesa de que aquélla era la única forma de salvar mi honor; mientras caminaba, solo, por las calles, no reflexionaba sino en la forma exterior de la realización. Los pensamientos se ordenaron perfectamente claros en mi cabeza, como si la blanca luz lunar hubiera atravesado mi gorra. Dispuse las próximas dos o tres horas, las que pensaba que serían las últimas de mi vida, con la misma indiferencia con que hubiera estado desarmando una carabina. Era cuestión de dejar todo bien dispuesto, de no olvidar nada. Primero una carta a mis padres, para disculparme por el dolor que debía causarles. Luego solicitar de Ferencz por escrito que no pidiera explicaciones al farmacéutico, ya que la cuestión quedaba resuelta y anulada con mi muerte. Una tercera carta para el coronel, rogándole evitar en lo posible que trascendiera mi desaparición, disponiendo el entierro más bien en Viena, sin delegación, ni coronas de flores. Pensé también en enviar unas palabras a Kekesfalva, breves y concisas, solicitándole que asegurase a Edith mis afectos más cordiales e invitándole a que no pensara mal de mí. Luego dejaría bien arreglada mi habitación, anotaría en un papelito las pequeñas deudas que había contraído y daría orden de vender mi caballo para cubrir aquéllas. No tenía nada que legar. El reloj y mi escaso ajuar debían ser para mi ordenanza. ¡Ah!, sí, y que se devolviese al señor von Kekesfalva el anillo y la cigarrera de oro.

¿Qué más? Es cierto: quemar las dos cartas de Edith y todas las demás cartas y fotografías. No dejar nada mío, ningún recuerdo, ningún rastro. Desaparecer del modo menos llamativo, tal como había vivido. Quedaba de todos modos bastante trabajo para dos o tres horas, pues me había propuesto escribir aquellas cartas pulcramente, para que nadie pudiera tildarme de miedoso o confuso. Quedaría lo último, lo más fácil: acostarse, cubrir la cabeza con las frazadas y la almohada para que en las habitaciones contiguas ni en la calle nadie percibiera la detonación. Así había procedido, en su tiempo, el capitán Felber. Se había pegado un tiro a medianoche, y nadie había oído nada.

En mi vida — debo repetirlo —, jamás he dispuesto cosa alguna con más claridad, precisión y exactitud que en aquella noche mi muerte. Todo estaba bien ordenado, como en un archivo, minuto, por minuto, cuando, al cabo de una hora de vagabundeo, aparentemente sin rumbo, llegué al cuartel. En todo ese tiempo, mis pasos eran perfectamente tranquilos, mi pulso regular, mi mano firme, y sentí todo eso con cierto orgullo cuando puse la llave en la cerradura de la pequeña puerta secundaria que los oficiales solíamos franquear después de la medianoche. Me faltaba atravesar el patio y subir los tres pisos. Entonces iba a estar solo conmigo, y podía comenzar y terminar a la vez. Mas, cuando en el cuadrado del patio iluminado por la luna, me acerqué a la sombra del portón junto a la escalera, descubrí una figura que se movía. "¡Maldición!", pensé; "algún camarada que llega poco antes que yo y desea saludarme y, si mal no viene, charlar hasta quién sabe cuándo." Pero en el siguiente instante conocí, muy a disgusto, los hombros anchos del coronel Bubencic, quien me riñera pocos días antes. Parecía haberse quedado a propósito en el arco de la entrada; sabía que a ese pedante no le gustaba que volviéramos tarde al cuartel. Pero, ¡al diablo! Qué me importaba ya eso. A la mañana siguiente se le presentaría, para informar, un ser muy distinto. Me propuse, puse, con encarnizada decisión, pasar a su lado, como si no lo hubiera notado, pero él avanzó desde la sombra. Su voz ronca me llegó como a golpes secos:

—¡Teniente Hofmiller!

Me acerqué y saludé militarmente. Me miró de arriba abajo.

—¡La última moda de los señoritos, la de llevar la capa abierta! ¿Se creen que después de medianoche pueden andar por el mundo como una perdida que muestra sus desnudeces? Pronto se descuidarán al punto de andar con los pantalones desabrochados. ¡Que no vuelva a suceder eso! Mis oficiales deben andar decentemente ajustados, aún después de la medianoche. ¿Comprendido?

Junté obedientemente los tacos:

—¡A la orden, mi coronel!

Dióse vuelta con una mirada desdeñosa y, sin saludar, se alejó hacia la escalera. Su espalda ancha impresionaba bajo el reflejo de la luna. Entonces sentí una gran ira porque las últimas palabras que debía oír en la vida serían un reproche. Ante mi propia sorpresa, sucedió algo completamente inconsciente, como si fuera mera obra de mi cuerpo. Di unos pasos apresurados para alcanzar al coronel. Sé que carecía totalmente de sentido lo que hice. ¿A qué explicar algo o justificarse en última hora ante un obcecado? Pero esa inconsecuencia absurda es propia de todos los suicidas que diez minutos antes de convertirse en cadáveres desfigurados, ceden a la vanidad de salir de la vida (de la vida que ya no compartirán), absolutamente limpios, que se afeitan (¿para quién?) y se ponen ropa limpia (¿para quién?) antes de perforar su cabeza con una bala. Incluso recuerdo haber oído hablar de una mujer que se hizo peinar y perfumar con el Coty más caro antes de lanzarse de un cuarto piso. Sólo esa sensación inexplicable me envalentonó, y si corrí detrás del coronel, no fué de ningún modo — debo destacarlo —, por temor a la muerte o por repentina cobardía, sino únicamente por ese absurdo instinto de limpieza, por ese deseo de no desaparecer en la nada, sin orden y vejado.

El coronel debió haber oído mis pasos, pues se volvió con brusquedad, y sus ojillos penetrantes me miraron sorprendidos y fijamente debajo de sus cejas tupidas.

—Ruego respetuosamente que el señor coronel me permita hablarle unos minutos.

Las cejas tupidas formaban un arco, y extrañado preguntó:

—¿Qué? ¿Ahora? ¿A la una y media de la noche?

Me miró malhumorado. Estaba seguro de que, a renglón seguido, me gritaría o me impondría un castigo. Pero alguna expresión en mi rostro debió haberlo inquietado. Sus ojos duros, punzantes, me repasaron un minuto o dos. Después refunfuñó:

—Se ha de tratar de algo delicioso. Pero, como quiera. Bueno; vamos a mi habitación, y dése prisa.

* * *

El coronel Svetozar Bubencic, al que entonces seguí como una sombra, a través de las escaleras y pasillos escasamente iluminados por algunas lámparas de petróleo, era un oficial activo y el más temido de nuestros superiores. De piernas, cuello y frente cortos, escondía debajo de sus cejas enmarañadas un par de ojos hundidos y brillantes que pocos han visto alegres. El cuerpo pesado, el caminar macizo, revelaban inconfundiblemente su origen campesino (era oriundo de Banato). Pero con esa estrecha frente de búfalo y con ese cráneo duro como el hierro, había arremetido poco a poco y tenazmente hasta alcanzar el grado de coronel. A causa de su evidente falta de instrucción, de su manera ruda de hablar y jurar y de su modo de ser poco representativo, el ministerio lo enviaba desde hacía años de una guarnición provincial a otra, y en las "regiones superiores" se consideraba como un hecho que nunca obtendría las franjas rojas de general.

Las tropas lo temían como a Satanás, porque imponía arrestos y otros castigos por cualquier nimiedad, y muchas veces incluso llegaba en su ira a golpear con su puño recio en la cara de algún recluta. Bubencic, a quien llamábamos el Sapo, mortificaba a los pobres muchachos con ejercicios hasta agotarlos. Sin embargo, aunque parezca extraño, las víctimas campesinas querían a su tirano, a su modo huraño y tosco, más que a los oficiales indulgentes, pero que también conservaban mayor distancia de ellos. Su instinto parecía decirles que aquella dureza provenía de una voluntad obstinadamente estricta, que reclamaba un orden requerido por Dios.

Pero lo más extraño todavía es que los oficiales tampoco podíamos substraernos a cierta conexión con él. A nosotros también nos impresionaba la sorda honradez de su inexorabilidad y, sobre todo, su absoluta solidaridad de camarada. Tal como no admitía ni una pizca de polvo en la guerrera, ni el menor resto de lodo en la silla del último soldado, no toleraba tampoco la menor injusticia. Consideraba todo escándalo en el regimiento como un ataque a su propio honor. Formábamos una unidad con él, y sabíamos perfectamente que después de haber cometido una imprudencia lo más conveniente era entrevistarnos directamente con él. Empezaba por gruñir y amonestar, pero luego admitía el hecho y se esforzaba por salvar al subalterno de su embrollo. Cuando se trataba de conseguir por fuerza un ascenso o de lograr un adelanto a favor de alguno que había quedado comprometido en sus finanzas, no se hacía rogar: trasladábase directamente al ministerio y conseguía, gracias a su cabeza dura, lo que se había propuesto. No importaba que provocase nuestro enojo, que nos zarandease, pues todos sentíamos en un rincón oculto de nuestro corazón, que ese hijo de campesinos del Banato era más fiel y sincero a su manera torpe y estrecha, y defendía mejor que todos los oficiales nobles el sentido y la tradición del ejército, ese esplendor invisible del que los oficiales subalternos, mal remunerados, vivíamos interiormente más que de nuestros emolumentos.

Este era el coronel Svetozar Bubencic, el verdugo mayor de nuestro regimiento, tras del que entonces subí las escaleras. Tan viril y tan recto, tan tontamente honrado y sincero como había vivido todos los días de su vida, así se exigía a sí mismo una rendición de cuentas. Y cuando, en la guerra contra Servia, después del desastre de Potiorek, no volvían más de cuarenta y nueve ulanos de nuestro regimiento, que había salido íntegro y bien pertrechado, él se quedó hasta el final en la ribera enemiga del Save e hizo, entonces, en vista de esa retirada en desorden, que consideraba bochornosa para el honor del ejército, lo que pocos de todos los dirigentes y altos oficiales de la guerra hacían después de una derrota: alzó su pesado revólver y se descerrajó una bala en la cabeza para no tener que ser testigo del derrumbe de Austria, que sus sentidos romos presentían proféticamente en el cuadro horrible de aquel regimiento que huía en retirada.

* * *

El coronel abrió la puerta. Entramos en su habitación, cuya sobriedad espartana le daba más bien aspecto de una buhardilla de estudian-

te: un catre de hierro, dos cromos, uno representando al Emperador, a la derecha, otro a la Emperatriz, a la izquierda, otras cinco fotografías recordatorias en marcos baratos, unas del tiempo de recluta y otras de fiestas de regimiento, un par de sables en cruz y dos pistolas turcas; eso era todo. No había sillón cómodo, ni libros, nada más que cuatro sillas de paja alrededor de una mesa desnuda. Bubencic atusóse enérgicamente el bigote, una, dos, tres veces. Todos conocíamos esos movimientos bruscos; eran considerados como los signos más visibles de impaciencia peligrosa. Finalmente refunfuñó asmático, sin ofrecerme asiento:

—Póngase cómodo. Y nada de preámbulos. ¡Habla! ¿Tienes líos de dinero o con mujeres?

Me molestaba tener que hablar de pie; aparte de que me sentí demasiado expuesto a su mirada impaciente, bajo la luz cruda. Por eso advertí rápidamente que no se trataba de cuestiones de dinero.

—Entonces, lío de mujeres. ¡Otra vez! Nunca os dejaréis de historias. Como si no sobraran hembras con quienes todo es fácil. Pero adelante, y con poca charla. ¿Dónde te aprieta el zapato?

Referí lo más escuetamente posible que ese día me había comprometido con la hija del señor von Kekesfalva y que tres horas después había negado simple y rotundamente el hecho. Le advertí que no creyera que trataba de cohonestar lo infame de mi proceder; al contrario, que estaba ahí para comunicarle particularmente como a mi superior, que tenía plena noción de las consecuencias que, como oficial, debí sacar de mi comportamiento incorrecto. Que sabía cuál era mi obligación y que la cumpliría. Bubencic me miró como sin comprenderme bien.

—¿Qué tonterías dices? ¿Qué infamia, qué inconsecuencia? ¿De qué y a qué viene eso? No veo yo nada. ¿Dices que te comprometiste con la hija de Kekesfalva? La vi una vez... tienes un gusto raro. Si bien recuerdo, es una persona contrahecha. Bien; y después te arrepentiste. En eso no hay nada de malo. Lo mismo han hecho otros y no por eso se han convertido en tunantes. Ahora, si tú has... —dió un paso hacia mí—: ¿Has tenido algo con ella, y hay consecuencias? Entonces sí, estaría mal hecho.

Me sentí incómodo y avergonzado por el tuteo, y además me molestó la forma suelta y tal vez intencionalmente ligera con que interpretaba mi caso, en forma equivocada. Junté los tacos militarmente:

—Permita mi coronel que haga constar respetuosamente que pronuncié esa mentira grosera, negando mi compromiso, ante siete oficiales del regimiento, en la mesa habitual del café. Mentí a mis camaradas por cobardía y vergüenza. El teniente Hawliczek recriminará mañana al farmacéutico, que le transmitió la noticia auténtica. Mañana toda la ciudad sabrá que falté a la verdad en la mesa de los oficiales y que, por lo tanto, me comporté en desacuerdo con mi rango.

Bubencic quedóse mirándome de hito en hito, asombrado. Se diría que sólo entonces empezaba a funcionar su pensamiento torpe. Su rostro se ensombreció:

—¿Dónde, dice, fué eso?

—En nuestra tertulia, en el café.

—¿Delante de sus camaradas, dice usted? ¿Todos lo han oído?

—A la orden.

—¿Y el boticario, sabe que lo negó?

—Mañana lo sabrá. El y toda la ciudad.

El coronel retorcía y tiraba de su bigote como si hubiera querido arrancarlo. Se veía que algo trabajaba detrás de su frente estrecha. Empezó a caminar malhumorado de un lado a otro, las manos cruzadas sobre la espalda, dos, cinco, diez, veinte veces. El piso temblaba bajo sus pasos firmes, y las espuelas resonaban ligeramente. Por último, se detuvo frente a mí:

—¿Y qué dice usted que piensa hacer ahora?

—Queda una sola salida. Ya la conoce, mi coronel. Sólo vine para despedirme de mi coronel y rogarle tenga a bien preocuparse porque después se cumpla con todo tranquilamente y evitando en lo posible que esto trascienda. No deseo que por mi culpa recaiga la vergüenza sobre el regimiento.

—¡Tonterías! —murmuró—. ¡Absurdo! ¡Por eso! ¡Un hombre apuesto, sano, decente, como usted! ¿Por culpa de una tullida? Seguramente lo enredó el viejo zorro, y no supo usted cómo proceder, conforme a su manera de ser recta. Si por ellos fuera, poco me importaría. ¿Qué nos importan? Pero en cuanto a los oficiales y que lo sepa el tonto ese del farmacéutico, eso, claro, es un capítulo aparte y bastante turbio.

Volvió a caminar de un lado al otro de la habitación, con más vehemencia todavía que antes. El pensar parecía requerir un esfuerzo. Cada vez que volvía de sus idas y venidas, se acentuaba un poco más el encarnado de su rostro. Las venas iban abultándose en sus sienes como raíces negras. Por último detúvose resueltamente.

—Atienda, ahora. Estas cosas hay que enderezarlas en seguida; cuando empieza a correr el rumor, ya no hay compostura. Primero: ¿quiénes de los nuestros estaban presentes?

Cité los nombres. Bubencic sacó de un bolsillo interior de su guerrera la libreta de anotaciones.

—¿Esos son todos?

—Sí, mi coronel.

—¿Seguro?

—A la orden.

—Bien.

Guardó de nuevo la libreta en el bolsillo interior de la chaqueta como quien envaina una espada. Aquel "bien" tenía el mismo sonido metálico.

—Bien; eso ya está arreglado. Mañana los citaré a los siete, uno después del otro, antes de que pongan un pie en el patio de ejercicios, y Dios asista al que después se atreva a recordar lo que usted ha dicho. Con el farmacéutico me entenderé después por separado. Algo le contaré, pierda cuidado: algo se me ocurrirá. Podría decirle que usted quería solicitar mi permiso antes de formalizarlo oficialmente, o... o... espere... —acercóse a mí, tanto que sentí su aliento, y me clavó su mirada en los ojos—. Diga honestamente, pero con toda sinceridad: ¿bebió usted algo antes; antes, es decir: antes de cometer la majadería?

Quedé abochornado.

—A la orden, mi coronel. La verdad es que antes de ir al castillo tomé unos cuantos coñacs, y luego..., a la hora de la cena, bebí bastante... Pero...

Esperaba un grito furioso; en cambio, achatóse su cara de repente iluminada. Golpeó sus manos y se puso a reír ruidosamente y muy satisfecho de sí mismo.

—¡Magnífico! ¡Formidable! ¡Ya está! Con esos sacamos el carro del atolladero. Es más claro que el agua. Les explicaré a todos que estaba usted borracho y que no sabía lo que decía. No habrá dado usted su palabra de honor, ¿verdad?

—No, mi coronel.

—¡Entonces, espléndido! Les diré que estaba bebido. Eso ha sucedido otras veces, incluso con un archiduque. Estaba como una cuba, no tenía ni la menor idea de lo que decía. No prestó atención y atendió al revés todo lo que le preguntaban. Todo eso es muy lógico, y al boticario le haré creer que lo reprendí a usted de lo lindo porque se fué al café en semejante estado. Así queda resuelto el primer punto.

Arreció en mí el enojo porque me interpretaba tan equivocadamente. Me fastidiaba que ese tozudo, que en el fondo era tan bonachón, me quisiera sostener el estribo, a todo trance. ¿No habría pensado, al fin y al cabo, que yo me había tomado de su brazo por cobardía, para salvarme? ¡Al diablo! ¿Por qué no quería comprender a ningún precio lo miserable de mi proceder? Hice entonces de tripas corazón.

—Informo respetuosamente, mi coronel, que con eso no considero, ni mucho menos, zanjada esta cuestión. Sé lo que hice y sé que ya no podré mirar a la cara a ninguna persona decente; no quiero seguir viviendo como tunante, y...

—¡Calle! —me interrumpió—. Oh, disculpe..., déjeme pensar con tranquilidad y no me interrumpa con su charla. No hace falta que me diga lo que debo hacer, y no necesito enseñanzas de un recién salido del cascarón como usted. ¿Cree que sólo se trata de usted? No, hijo mío; hasta ahora sólo hemos hablado del punto número uno, y ahora sigue el número dos, y éste establece que mañana temprano usted desaparecerá; aquí ya no me sirve más. Hay que dejar crecer hierba sobre este asunto. No puede permanecer aquí ni un día más, porque de lo contrario empezarían en seguida las preguntas y las charlas estúpidas, y eso no me place. Los que sirven en mi regimiento no deben dejarse interrogar ni mirar de soslayo por nadie. ¡No lo tolero!... Desde mañana queda usted transferido a la tropa auxiliar de Czaslau... Yo mismo redactaré la orden y le daré una carta para el teniente coronel. Su texto no le importa a usted un comino. Usted sólo tiene que largarse, y será cosa mía lo que yo haga. Esta misma noche preparará sus cosas con su ordenanza, y mañana saldrá tan temprano del cuartel que no verá a ninguno de toda la tertulia. En la formación de la tarde se dará cuenta de que usted ha recibido orden de trasladarse con una misión importante, para que nadie sospeche nada. Cómo arreglará luego lo demás con el viejo y la muchacha, eso no me importa. Hará el favor de arreglar solo sus enredos; a mí no me preocupa sino que en el cuartel no se huela ni se comente el caso... Quedamos, pues, en que mañana a las cinco y media se presentará aquí, listo para marcharse; yo le daré la carta, y adelante. ¿Entendido?

Titubeé. No había ido a eso. No quería escaparme. Bubencic notó mi resistencia y repitió, casi amenazante:

—¿Entendido?

—A la orden, mi coronel — contesté fría y militarmente.

Para mis adentros me decía: "Que hable el viejo loco cuanto quiera. No obstante, haré lo que debo hacer."

—Bueno; y ahora, basta. ¡Mañana a las cinco y media!

Me cuadré. El se acercó a mí.

—¡Que sea precisamente usted quien comete tales disparates! No es un gusto para mí cederlo a la guarnición de Czaslau. De toda la gente joven, era el que estimaba más.

Sentí que reflexionaba si debía darme la mano. Su mirada se había ablandado.

—¿Tal vez necesita algo todavía? Si puedo serle útil, no le dé vergüenza, lo haré con mucho gusto. No me gustaría que la gente creyera que está usted en la última, o algo por el estilo. ¿No necesita nada?

—No, mi coronel. Muchas gracias.

—Tanto mejor, tanto mejor. Y ahora, ¡vaya con Dios! ¡Mañana, a las cinco y media!

—A la orden, mi coronel.

Lo miré como se mira a un hombre por última vez. Pensaba que era el último hombre con quien había de hablar en el mundo, y que al día siguiente sería el único que conocería toda la verdad. Junté los tacos marcialmente, eché los hombros atrás y me di vuelta.

Pero aquel hombre pesado, parecía haber advertido algo. En mi mirada o en mi modo de caminar algo debió despertar sus sospechas, pues me llamó con una recia voz de mando:

—¡Hofmiller, media vuelta!

Obedecí. Alzó las cejas, me miró intensamente, luego rezongó, arisco y bonachón a la vez:

—Hay algo en usted que no me gusta. ¿Qué le pasa? Temo que quiera hacer una jugarreta, que tenga pensada alguna estupidez. Pero no tolero que por una miseria se cometan disparates..., con el revólver o cosa así... ¡No lo tolero!... ¿Me entiende?

—A la orden, mi coronel.

—Vamos, basta de "a la orden". A mí no me engaña. No nací ayer.

Su voz se enterneció:

—¡Déme la mano!

Se la tendí. La apretó fuertemente.

—Y ahora —me miró fijo a los ojos—, y ahora, Hofmiller,

de que esta noche no hará tonterías? Su palabra de honor de que mañana a las cinco y media se presentará aquí y que irá luego a Czaslau?

No resistí la mirada.

—¡Palabra de honor, mi coronel!

—Entonces, todo irá bien. Debe saber que sospechaba que en el primer arrebato iba a hacer un disparate. Los jóvenes nerviosos siempre lo dejan a uno en suspenso... siempre llegan a los extremos, en todo, siempre tienen todo a mano, incluso el revólver... Después de un tiempo, usted mismo volverá a la razón. Esas cosas se olvidan. Ya verá, Hofmiller, que todo quedará en la nada. Déjelo por mi cuenta, que no quedará ni sombra, y no le ocurrirá por segunda vez una estupidez semejante. Y ahora, váyase; habría sido una lástima, a pesar de todo, que un muchacho como usted...

* * *

Nuestras determinaciones dependen de la adaptación al rango y al ambiente, en un grado muy superior al que estamos dispuestos a reconocer. Una parte considerable de nuestro pensamiento se limita a transmitir automáticamente las impresiones e influencias recogidas y, en particular, los que han sido educados desde la infancia bajo la férula de la disciplina militar sucumben a la psicosis de una orden como a una fuerza irresistible. Toda orden militar tiene sobre ellos un poder que, para la lógica es del todo incomprensible y que disuelve la voluntad. Yo también, que de mis veinticinco años había pasado los quince decisivos para la formación en la escuela militar y en los cuarteles, dejé de pensar y de actuar independientemente desde el segundo mismo en que recibí la orden del coronel. No reflexioné más. Ya sólo obedecí. Mi cerebro sabía únicamente que debía presentarme a las cinco y media, listo para marcharme, y que hasta esa hora debía realizar todos los preparativos, sin quejarme. Desperté, pues, a mi ordenanza. Le informé con pocas palabras que, a raíz de una orden urgente, debía partir por la mañana a Czaslau, y junto con él empaqueté todas mis cosas, una por una. Apenas dimos cima a nuestra tarea, y a las cinco y media me presenté, de acuerdo a la orden, en la habitación del coronel para recibir los papeles oficiales. Sin ser notado, tal cual me había sido ordenado, abandoné el cuartel.

Es verdad que esa paralización hipnótica de la voluntad duró solamente mientras me encontraba dentro del radio al que alcanzaba el poder militar y hasta tanto mi misión no quedaba del todo cumplida. Al primer sacudimiento de la máquina que ponía en marcha al tren, esa estupefacción desapareció y me turbé como el que queda tirado en el suelo por la presión de un proyectil y que se levanta aturdido, descubriendo asombrado que se halla ileso. Mi primera sorpresa se refería al hecho de que aun vivía. La segunda, al de que estaba sentado en un tren en marcha, arrancado de mi habitual medio diario. Apenas empecé a recordar, y ya todo me asaltó con rapidez afiebrada. Había querido poner punto final, y alguien había apartado mi mano del revólver. El coronel se comprometió a poner en orden todo. Sin embargo, sólo arreglaría aquello —comprobé desazonado—, que se refería al regimiento y a mi llamado "buen nombre" como oficial. En ese momento, posiblemente, mis camaradas estaban delante de él en el cuartel y desde luego le prometían por su honor y dándole su palabra que no mencionarían para nada lo sucedido. Pero ninguna orden podía impedir que interiormente pensasen lo que quisieran, y todos debían de darse cuenta que había salido huyendo cobardemente. Era posible que el farmacéutico se dejase engañar al principio, pero, ¿y Edith, y el padre, y los demás? ¿Quién los informaría, quién les explicaría todo? Las siete de la mañana: a esta hora ella despierta, y yo soy su primer pensamiento. Quizás ya mira desde la terraza —¡ah, la terraza!, ¿por qué me recorría siempre un escalofrío al pensar en la terraza?—; con el catalejo enfoca la plaza de ejercicios, mira trotar nuestro regimiento y no sabe ni sospecha que alguien falta allí. Pero, en la tarde, empezará a esperar, y no llegaré, y nadie le habrá dicho nada. Hablará por teléfono y se le comunicará que recibí orden de trasladarme, y ella no lo comprenderá. O peor, todavía, lo comprenderá inmediatamente y entonces... De repente vi la mirada amenazante de Condor detrás de sus vidrios refulgentes, le oí gritar otra vez: "¡Sería un crimen, un asesinato!", y ya una segunda imagen se anteponía a la primera: Edith, levantándose, apoyada en los brazos del sillón, lanzándose hacia el antepecho de la terraza, con el precipicio y la muerte en la mirada.

Era perentorio hacer algo sin pérdida de tiempo. Pensé telegrafiarle desde la misma estación, telegrafiarle cualquier cosa. Debía impedir indefectiblemente que en su desesperación hiciera algo grave, algo irreparable. No. Yo era el que no debía hacer nada brusco o irreparable; Condor me lo había advertido, y debía avisarle inmediatamente en el caso de que sucediera algo grave. Se lo había confirmado con un apretón de manos, le había dado una palabra, y una palabra de honor. Gracias a Dios, en Viena me quedaban dos horas de tiempo. El tren sólo seguía por la tarde. Quizás alcanzaría a ver a Condor. Era preciso verlo.

En cuanto llegamos a la estación, entregué mis equipajes al ordenanza. Le dije que se fuera en seguida a la estación del Noroeste y me esperase allí. Y yo me fui a casa de Condor, rezando por el camino, aunque no suelo hacerlo nunca: "Dios, haz que esté en casa; permite que esté en casa. Yo solo puedo explicárselo; él solo puede entenderme, y nadie más que él puede ayudarme."

La indolente mucama vino arrastrándose hacia mí, y con un trapo de colores chillones en la cabeza. El doctor no estaba en casa. ¿Si quería esperarlo?

—No vuelve antes de mediodía.

Le pregunté si sabía dónde estaba.

—No; no lo sé. Va de un lado a otro.

Entonces pregunté si podía hablar con la señora del doctor.

—Se lo preguntaré — contestó levantando los hombros y volviéndome la espalda.

Esperé. La misma estancia, la misma espera de la vez anterior y —¡gracias a Dios!— luego, también el mismo paso levemente arrastrado.

La puerta abrióse tímida e incierta. Como aquella otra vez, un ligero aire parecía haberla abierto, pero la voz venía a mi encuentro, bondadosa y cordial:

—¿Es efectivamente usted, teniente?

—Sí, señora —contesté, mientras me inclinaba otra vez, ¡siempre la misma tontería!, delante de la ciega.

—Mi marido lo lamentará muy de veras. Sé que le disgusta el que usted pierda tiempo por él. Espero que usted no tendrá inconveniente en aguardarle. Volverá, a más tardar, a la una.

—No; por desgracia, no puedo esperar. Pero..., es muy urgente... ¿Podría alcanzarle tal vez telefónicamente en casa de alguno de sus pacientes?

La mujer suspiró.

—No; temo que eso no sea posible. No sé dónde está y, además..., además..., ¿sabe?, la gente a la que atiende de preferencia, no tiene teléfono. Pero quizás podría...

Se acercó más, una expresión tímida se deslizó por su rostro, por último tartamudeó:

—Me doy cuenta..., comprendo que ha de ser muy urgente..., y si hubiera una posibilidad, le diría..., le diría, desde luego, cómo se le puede alcanzar. Pero..., pero..., quizás yo misma podría transmitirle un recado en cuanto regrese... Supongo que se trata de esa pobre muchacha con la que usted siempre es tan bueno.. Si usted quiere, yo me encargaré gustosa...

Entonces se me ocurrió algo insensato, o sea, que no me atreví a mirarla a los ojos cegados. Tenía, no sé por qué, la sensación de que ella lo sabía todo, que todo lo adivinaba. Por eso mismo me sentí avergonzado y sólo acerté a tartamudear:

—Es usted muy amable, señora...; pero no quisiera molestarla. Si usted me permite le comunicaré lo más esencial por escrito. Pero es seguro que volverá antes de las dos ¿verdad? Poco después de las dos sale el tren, y él debe ir allá, es decir... es absolutamente necesario, créamelo, que haga el viaje. Le aseguro que no exagero.

Observé que ella no dudaba. Volvió a acercarse, y vi que su mano iba haciendo inconscientemente un gesto, como si tratara de tranquilizarme y devolverme la calma.

—Desde luego, lo creo, cuando usted lo dice. Y pierda cuidado. Hará cuanto pueda hacer.

—¿Me permitirá entonces que le escriba?

—Sí, escriba; sírvase... allá, por favor.

Se me adelantó con la extraña seguridad del que conoce el lugar de todos los objetos en la habitación. Era evidente que ordenaba y palpaba su escritorio docenas de veces por día con sus dedos atentos, pues, con el movimiento exacto de una persona que ve, sacó del cajón de la izquierda tres o cuatro hojas de papel y me las dispuso, derechas, sobre la carpeta.

—Allá encontrará usted pluma y tinta — y de nuevo señaló con precisión el lugar exacto.

Escribí de corrido cinco carillas. Supliqué a Condor que fuera inmediatamente a casa de Kekesfalva; subrayé tres veces la palabra "inmediatamente". Le expliqué todo en la forma más sucinta y sincera. Le dije que no podía perseverar, que había negado el compromiso ante mis camaradas; que sólo él había reconocido desde un principio que el temor de los demás, el miserable temor de las charlas y comentarios originaba mi debilidad. No le oculté que yo mismo había querido juzgarme y que el coronel me había salvado, mal de mi grado. Pero que en ese momento no había pensado más que en mí y que sólo ahora comprendía que arrastraba conmigo a otro ser, inocente. Le rogué que fuera inmediatamente a verla, ya que él mismo comprendería cuán urgente era —otra vez subraye el "inmediatamente"—, y que le dijera toda la verdad, toda la verdad. Que no disimulase nada, que no me pintase mejor de lo que era y como a un inocente. Si, a pesar de todo, ella disculpaba mi debilidad, yo consideraría el compromiso más sagrado que nunca. Sólo ahora me resultaba esto verdaderamente sagrado, y si ella me lo permitía, la acompañaría a Suiza, dejaría el ejército y me quedaría a su lado sin importarme que se restableciese pronto, más tarde o nunca. Que haría todo para reparar mi debilidad, mi mentira, y que mi vida no tenía más que un objeto, el de probarle que no la había traicionado a ella, sino a los demás. Le rogué que le dijera todo eso, toda la verdad, ya que sólo ahora sabía hasta qué punto le quedaba obligado; más que a todos los demás hombres, más que a mis camaradas y a la carrera. Sólo me importaba que ella me juzgase y me perdonase. Que dejaba la decisión en sus manos si quería perdonarme. Y terminé rogando a Condor —ya que se trataba de un asunto de vida o muerte—, que dejase abandonado todo para trasladarse en el tren de la tarde. Insistía en que debía estar allí sin falta a las cuatro y media, no más tarde, a la hora en que ella solía esperarme. Que ése era el último pedido que le hacía. Que me ayudase esa sola vez y que fuera en seguida —subrayé cuatro veces ese apremiante "en seguida"—, ya que de lo contrario estaría todo perdido.

Cuando dejé la pluma, tenía la seguridad de que por primera vez había tomado una decisión irrevocable. Sólo mientras escribía cobraba conciencia de lo que más cuadraba. Por primera vez agradecí al coronel que me hubiera salvado. Sabía que, en adelante, no quedaba comprometido con todo mi ser sino a una sola persona, únicamente a ella, que me amaba.

Sólo en ese instante observé que la ciega había permanecido a mi lado, absolutamente inmóvil. De nuevo me sobrevino el sentimiento insensato de que habría leído cada palabra de mi carta y sabría todo lo que me concernía.

—Perdone usted mi descortesía — me levanté de golpe —, me había olvidado completamente... pero... pero... era tan urgente que en-

terase en seguida a su señor esposo...

Me sonrió.

—No significa nada que haya permanecido un momento de pie. Sólo importa lo demás. Estoy segura de que mi esposo hará cuanto usted le pida... Comprendí en seguida... pues conozco todos los matices de su voz... que lo aprecia a usted, que le tiene en particular estima... Y no se atormente —su voz se tornaba cada vez más cálida—, le ruego, no se martirice..., se solucionará todo favorablemente.

—Dios lo quiera — contesté lleno de esperanza sincera, (¿acaso no se decía de los ciegos que tienen el don del vaticinio?).

Me incliné para besar su mano. Cuando levanté la vista no comprendí que esa mujer de cabellos grises, con su boca áspera y con la amargura de sus ojos ciegos hubiera podido parecerme fea al principio, pues su rostro irradiaba amor y compasión humanos. Tenía la impresión de que esos ojos que sólo reflejaban eternamente la oscuridad, debían saber más de la realidad de la vida que todos aquellos que miran claros y radiantes al mundo.

Me despedí como un convaleciente. Súbitamente tuve la certidumbre de que no constituía un sacrificio el que en esa hora me hubiera prometido de nuevo y para siempre a otro ser azorado y desheredado por la vida. No, no son los sanos, los orgullosos, los alegres y contentos los que aman; ellos no lo necesitan. Sólo reciben el amor como un homenaje que se les ofrece, como una obligación que se les debe; egoístas e indiferentes. La entrega de otro no tiene para ellos ningún sentido ni significa la ventura de su vida, sino que es tan sólo un mero atributo, un insignificante adorno en el pelo o una pulsera en el brazo. Sólo a aquellos que han sido desheredados por el destino, a los trastornados, a los huérfanos y desgraciados, a los débiles, a los feos y a los humillados puede ayudarse verdaderamente por obra del amor. Quien les dedique su vida los recompensa de lo que la vida les ha negado. Sólo ellos saben amar y ser amados tal como debe amarse: con agradecimiento y con humildad.

❦ ❦ ❦

Mi ordenanza esperaba pacientemente en el vestíbulo de la estación. Lo llamé sonriente. Me sentí de pronto extrañamente aliviado. Nunca me había sentido tan seguro de mí mismo.

—¡Gracias a Dios, pude alcanzarlo! Si no hubiera sido por los seis minutos de retraso, habría perdido el tren.

Esas palabras me atravesaron involuntariamente. ¿Y si Condor no hubiera regresado a su casa al mediodía? ¿O si hubiera llegado demasiado tarde para alcanzar el tren de mediodía? En tal caso, todo habría sido en vano. Entonces ella esperaría, esperaría. Al instante se me presentó nuevamente la visión de la terraza y vi cómo ella se aferraba de la baranda y miraba fijamente, inclinándose ya sobre el precipicio. ¡Por el amor de Dios, ella debía saber a hora justa hasta qué punto me arrepentía de mi traición! Debía saberlo antes de desesperar y antes de que sucediera tal vez lo irreparable. Me parecía conveniente telegrafiarle algunas palabras desde la primera estación para alimentar su confianza, para el caso de que Condor no hubiera podido informarla. En Brunn, la primera estación, salté del coche y corrí hasta la oficina de telégrafos. "Edith von Kekesfalva. Kekesfalva. Mil saludos en medio del viaje y recuerdos fieles. Misión oficial. Volveré pronto. Condor informará sobre detalles. Escribiré en cuanto llegue. Cordialmente. Antonio."

Despaché el telegrama. Me quedó el tiempo justo para saltar al vagón. Di las gracias a Dios porque todo estaba hecho y porque ella no podía ya desconfiar ni inquietarse. Sólo entonces noté cómo me habían fatigado esos dos días de tensión y esas dos noches de vigilia. Cuando, en la tarde, llegué a Czaslau, tuve que reunir todas mis energías para subir tambaleando hasta el primer piso del hotel donde estaba mi habitación. Luego me hundí en el sueño como en un precipicio.

❦ ❦ ❦

Creo que me quedé dormido en el mismo instante de tenderme en la cama. De pronto, alguien golpeaba mi puerta desde afuera. Salté de la cama y abrí precipitadamente. En el pasillo estaba el portero de turno:

—El teléfono para el señor teniente.

Lo miré de hito en hito. ¿Yo? ¿Al teléfono? ¿Dónde... dónde estaba? Una habitación extraña, una cama extraña... Ah, sí... estaba en... eso es, en Czaslau. Pero si aquí no conocía a nadie, ¿quién podía entonces hablarme por teléfono en medio de la noche? ¡Tonterías! Debía ser por lo menos la medianoche. Pero el portero me urgió:

—Por favor, pronto, señor teniente; es un llamado de larga distancia, desde Viena, no comprendí bien el nombre.

En seguida me despabilé. ¡Desde Viena! No podía ser más que Condor. Grité al portero:

—¡Baje rápido! Diga que ya voy.

El portero desapareció, yo me puse precipitadamente un abrigo encima del pijama, y corrí detrás de él. El teléfono se encontraba en un rincón del despacho en la planta baja, el portero ya tenía el auricular en el oído. Lo aparté con impaciencia, a pesar de que me decía:

—Está interrumpida.

Escuché.

Pero nada... nada. Sólo un lejano susurro... sfff... sff... srrr... como aleteos de mosquito metálico. Grité ¡Hola, hola!, y esperé, esperé. Ninguna contestación. Sólo ese zumbido burlón y sin sentido. Esperaba, atendía, el auricular de caucho fuertemente apretado contra el oído. Por fin... krx... krx... Un cambio y la voz de la telefonista:

—¿Ya tiene comunicación?

—No; aun no.

—Pero si recién hicieron un llamado de Viena... Un momento, voy a averiguar en seguida.

De repente una voz, un bajo duro y arisco:

—Habla el comando local de Praga. ¿Hablo con el Ministerio de Guerra?

—No, no —contesté, gritando desesperadamente.

La voz rezongaba confusa todavía. Se apagó y se perdió en el vacío. Y otra vez nada más que el zumbido y la vibración estúpida, y luego nuevamente una sombra confusa de lejanas voces incomprensibles. Por último, la telefonista:

—Disculpe. Acabo de revisar. La comunicación está interrumpida. ¡Una urgente comunicación militar! Le avisaré en seguida, en cuanto vuelva a llamar el abonado. Cuelgue el auricular mientras tanto.

Corté, agotado, decepcionado, amargado.

El portero se acercó cortésmente:

—El señor teniente puede esperar tranquilo en su habitación. Le avisaré corriendo cuando se restablezca la comunicación.

Pero rechacé la sugestión. No quería perder nuevamente la conversación. No iba a perder un minuto más.

Me senté, pues, en el taburete duro que el portero me arrimó un poco sorprendido, y esperé largo rato.

Por fin, por fin de nuevo la señal. Atendí con todos los sentidos, mas la telefonista sólo me informó:

—Acaban de avisar que se ha anulado la comunicación.

¿Anulado? ¿Qué significa eso?

—¡Un momento, señorita!

Pero ya había cortado.

¿Anulado? ¿Por qué anulado? ¿Por qué me llaman a las doce y media de la noche y suspenden luego la comunicación? Algo había pasado que yo ignoraba y que era necesario que lo supiera. ¡Qué espanto, qué horror; esa imposibilidad de atravesar el espacio y el tiempo! ¿Llamaría a Condor a mi vez? No, a esas horas de la noche, no. Su mujer se asustaría. Probablemente comprendería que era demasiado tarde y volvería a hablar a la mañana siguiente.

No puedo describir esa noche. Persiguiéndose en imágenes confusas, una sucesión de pensamientos absurdos; y yo, cansado y desvelado a la vez, esperando siempre, con todos los nervios tensos, atento a cada paso en la escalera y en el pasillo, a cada llamada del timbre y a cada ruido de la calle, y, por último, vencido por un sueño, un sueño demasiado profundo, demasiado largo, infinito como la muerte, abismal como la nada.

Cuando me desperté, el cuarto estaba inundado de claridad. Una mirada al reloj: las diez y media. Por el amor de Dios, yo debía presentarme en seguida, según me había ordenado el coronel. Antes de que pudiera pensar en lo personal, volvió a funcionar dentro de mí, automáticamente, lo militar, la obligación. Vestí rápidamente el uniforme, me arreglé y me precipité escaleras abajo.

Penetré en la oficina de la comandancia, con el cinto reglamentariamente sujeto. Pero sólo encontré a un pequeño suboficial pelirrojo, quien se quedó mirándome asombrado.

—Baje en seguida, mi teniente, para recibir órdenes. El teniente coronel ha ordenado expresamente que todos los oficiales y tropas de la guarnición se presenten a las once en punto. Por favor, baje en seguida.

Salté las escaleras. Efectivamente, en el patio estaba reunida toda la guarnición. Me quedó el tiempo justo para colocarme al lado del capellán, cuando apareció el coronel. Caminaba de un modo ostensiblemente lento y solemne, desdobló una hoja y empezó a leer con una voz que retumbaba a gran distancia:

—"Se ha perpetrado un horrible crimen que llena de espanto a Austria y Hungría y a todo el mundo civilizado." —(¿Qué crimen?, pensé atemorizado. Empecé sin querer a temblar como si yo lo hubiera causado).— "El asesinato alevoso..." —(¿qué asesinato?)— "de nuestro bien amado heredero del trono, su Alteza Imperial y Real el Archiduque Francisco Fernando y su serenísima señora esposa."

Lo demás ya no lo oí con claridad. No sé por qué, pero lo cierto es que la palabra "crimen" y el término "asesinato" me produjeron el efecto de un martillazo contra el corazón. Sin presentarme al teniente coronel, aproveché la confusión general después de la lectura de la orden del día, para volver rápidamente al hotel. Tal vez, entretanto, habían vuelto a llamar.

El portero me entregó un telegrama, diciéndome que había llegado en la mañana temprano, pero que no pudo entregármelo por haber pasado yo tan rápidamente a su lado. Rasgué el formulario. En el primer momento no comprendí nada. No llevaba firma. El texto era completamente incomprensible. Por último entendí: no era sino un aviso postal para comunicarme que no se había podido entregar el telegrama que yo había despachado a las tres horas cincuenta y ocho minutos de Brunn.

Miré fijamente las palabras. ¿No se había podido entregar un telegrama dirigido a Edith von Kekesfalva? Si todo el mundo la conocía en la pequeña ciudad. Ya no pude soportar más la tensión. Pedí de inmediato comunicación telefónica con Viena, con el doctor Condor.

—¿Urgente? —preguntó el portero.

—Sí; urgente.

Al cabo de veinte minutos se estableció la comunicación y —milagro de mal presagio—, Condor estaba en su casa y él mismo atendió el teléfono. A los tres minutos me había enterado de todo. Una casualidad diabólica había deshecho todo y la desgraciada ya no tuvo noticias de mi arrepentimiento y de mi resolución profundamente sincera. Todas las medidas del coronel para solucionar la cuestión habían resultado inútiles. Ferencz y los camaradas no se habían ido del café al cuartel, sino a la vinería. Ahí se encontraron, por desgracia, con el farmacéutico, y Ferencz, el torpe bonachón, lo agredió de inmediato por puro afecto hacia mí. Le exigió explicaciones en presencia de todo el mundo y le acusó de haber esparcido

Se originó un escándalo tremendo, y al día siguiente toda la ciudad estaba enterada. El farmacéutico, profundamente herido en su honor, se había precipitado a primera hora de la mañana al cuartel para obligarme a servir de testigo, y cuando se le dió la sospechosa noticia de que yo había desaparecido, se dirigió en coche al castillo Kekesfalva. Allá sorprendió al viejo en su despacho y lo increpó hasta hacer temblar las ventanas, reprochándole que los Kekesfalva lo habían escarnecido con su "estúpido llamado telefónico" y como ciudadano arraigado no toleraba esas afrentas de parte de oficiales insolentes. Parece haber dicho que ya sabía por qué me fugaba yo en forma tan cobarde y que no era posible hacerle creer que se trataba de una mera broma, que en todo eso había una gran canallada de mi parte; y que si hacía falta no tendría miramiento en llegar hasta el Ministerio para aclararlo todo, y que de ninguna manera se dejaba insultar en locales públicos por semejantes mocosos.

Había sido difícil calmar al energúmeno y hacerlo salir. En medio de su espanto, Kekesfalva sólo deseaba que Edith no se enterase de esas sospechas horribles. Pero, por fatalidad, las ventanas de la oficina estaban abiertas y las palabras retumbaban terriblemente a través del patio, siendo claramente perceptibles hasta junto a las ventanas donde Edith se hallaba sentada. Probablemente tomó en seguida su resolución largamente preparada, pero supo disimular muy bien. Hizo que le enseñaran nuevamente los vestidos flamantes, reía con Ilona, acariciaba a su padre, preguntó por mil detalles y quiso saber si ya todo estaba preparado y empaquetado. Pero, en secreto, encargó a José que consultase en el cuartel cuándo volvería yo y si no había dejado un mensaje. Fueron decisivas las noticias que le dió el ordenanza, ajustándose a la verdad y haciéndole saber que yo había recibido orden de trasladarme en misión urgente, por un tiempo indefinido, y que no había dejado recado para nadie. En la impaciencia de su corazón, ella no quiso esperar ni un día, ni una hora. La había engañado demasiado profundamente, la había herido de modo tan mortal que ella ya no podía confiar más en mí, y mi debilidad le dió fuerzas fatales.

Después de comer se hizo subir a la terraza, y como, movida por un presentimiento obscuro, Ilona se sentía inquieta justamente por su alegría desacostumbrada, no se apartó de su lado. A las cuatro y media, exactamente a la hora en que yo solía arribar y justamente un cuarto de hora antes de que llegaran, casi simultáneos, mi telegrama y Condor, Edith solicitó a la fiel amiga que fuera a buscarle un libro determinado, y, por desgracia, Ilona cumplió ese deseo en apariencia inocente. Y la impaciente niña, que no sabía dominar su corazón, aprovechó ese escaso minuto para realizar su propósito y tal como me lo había anunciado en aquella misma terraza, exactamente como yo lo había visto en mis pesadillas, cumplió ella su horrorosa determinación.

Condor la encontró todavía con vida. Fué trasladada, desvanecida, en una ambulancia, a Viena. Hasta muy entrada la noche, los médicos creían todavía en la posibilidad de salvarla, y por eso Condor me había llamado a las siete y media de la tarde, urgentemente, desde el sanatorio. Pero en aquella noche del 29 de junio que siguió al asesinato del heredero del trono, todas las oficinas de la monarquía estaban revueltas y las líneas telefónicas ocupadas íntegramente por las autoridades civiles y militares para las consiguientes comunicaciones oficiales. Condor había esperado durante cuatro horas, en vano, la comunicación. Sólo cuando después de medianoche los médicos comprobaron que ya no quedaba esperanza alguna, desistió de aquello. Media hora después, Edith había muerto.

* * *

De los cientos de miles de ciudadanos que fueron llamados en aquellos días de agosto a las filas, estoy seguro de ello, sólo muy pocos marcharon al frente tan serenos y aun impacientes como yo. No es que hubiese anhelado la guerra. Ella simplemente constituía una solución y una salvación para mí. Huía hacia la guerra como un criminal hacia la oscuridad. Pasé las cuatro semanas, hasta la decisión, en un estado de desprecio de mí mismo, de confusión y desesperación, del que aun hoy me acuerdo con más terror que de las horas más horribles en los campos de batalla. Estaba convencido de haber asesinado con mi debilidad, con mi compasión, primero tentadora y luego huidiza, a un ser humano, algo más, al único ser que me amaba apasionadamente, y ya no osaba salir a la calle. Di parte de enfermo, y me arrinconé en mi pieza. Había escrito a Kekesfalva para manifestarle que hacía mío su dolor (era, en verdad, mi dolor); no me contestó. Colmé a Condor de explicaciones para justificarme; no me contestó. De mis camaradas, no me llegó una sola línea, como tampoco de mi padre. Yo interpretaba ese silencio unánime como una condenación acordada en común.

La guerra que había arrastrado a millones de inocentes, me salvó a mí, que era culpable, de la desesperación (pero no por esto la alabo).

Me repugnan los términos patéticos. Por eso no diré que busqué aquella vez la muerte. Digo sólo que no la temí; por lo menos, la temí menos que la mayoría, pues en muchos instantes el regreso a la retaguardia, donde sabía que estaban quienes conocían mi culpa, me resultaba más terrible que todos los horrores del frente. Por otra parte, ¿a dónde podía dirigirme, quién me necesitaba, quién me quería ya, para quién y para qué había de seguir viviendo? Si es que ser valiente no significa cosa distinta ni más elevada que no tener miedo, puedo afirmar tranquila y sinceramente que en el frente me porté, en efecto, con valentía, pues aun aquello que los más viriles de mis camaradas consideraban más tremendo que la muerte, aun la posibilidad de quedar tullido no me atemorizaba. Hubiera considerado un castigo, una venganza justa, seguramente, el quedar desamparado, tullido, presa de la compasión ajena, porque la mía, en su tiempo había sido demasiado cobarde, demasiado débil. Si la muerte no me encontraba, no era por mi culpa; yo me enfrenté a ella docenas de veces, con la mirada del indiferente.

Cuando pasaron aquellos cuatro años interminables, descubrí sorprendido que, a pesar de todo, conseguía vivir otra vez en el mundo de antes. Los que regresábamos del Hades, pesábamos las cosas con nuevas pesas. Cargar con la responsabilidad por la muerte de un hombre no era lo mismo para un soldado combatiente en la guerra mundial que para un hombre del mundo de paz. Mi propia culpa particular se había diluído completamente el enorme lodo sanguinario y confundido con la culpa general; pues mi propio yo, mis propios ojos, estas mis manos habían apuntado con la ametralladora que cerca de Limanova segaba la primera ola de la infantería rusa delante de nuestras trincheras. Yo mismo había visto después, a través del catalejo, los ojos despavoridos de los muertos y de los heridos que había abatido mi puntería, que gemían horas enteras en los alambres de púa antes de morir miserablemente. Miles y miles de hombres que marchaban formando a mi lado, habían hecho lo mismo con la carabina, con la bayoneta, con el lanzallamas, con la ametralladora, con el puño desnudo, cientos de miles y millones de hombres de mi generación, en Francia, en Rusia y en Alemania. ¿Qué gran cosa importaba entonces un asesinato aislado, qué importaba una culpa privada, personal, en medio de la miliforme y cósmica, de esa más fulminante destrucción en masa de la vida humana que la historia había conocido hasta entonces?

Y luego —nuevo alivio—, en ese mundo del regreso ya no había ningún testigo en contra de mí. Nadie podía inculpar de una cobardía pasada al que se había distinguido por su peculiar valor, ya nadie podía echarme en cara mi desgraciada debilidad. Kekesfalva había sobrevivido a la muerte de su hija sólo por unos pocos días; Ilona vivía como modesta esposa de un oscuro notario en un pueblo yugoeslavo; el coronel Bubencic, se había descerrajado un balazo a orillas del Save; mis camaradas habían caído u olvidado desde hacía tiempo el nimio episodio; todo lo pasado se había tornado tan insípido y sin valor en esos cuatro años apocalípticos, como el papel moneda de antes. Nadie podía acusarme, nadie podía juzgarme; me sentía como un asesino que ha enterrado el cadáver de su víctima en un bosque y sobre el que ha caído la nieve tupida, blanca, pesada; y sabe que, por meses y meses la capa protectora cubrirá su crimen y que luego se perderá para siempre su rastro. Bajo el aliciente de tales reflexiones fuí cobrando coraje y comencé a vivir de nuevo. Puesto que nadie me recordaba, fuí olvidando solo mi culpa. El corazón sabe olvidar profunda y buenamente, cuando quiere olvidar con urgencia.

Una sola vez volvió el recuerdo de la otra orilla. Estaba yo sentado en la platea de la Opera de Viena, en la primera silla de la última fila, para oír una vez más el *Orfeo* de Gluck. Acababa de terminar la obertura, sin que se iluminara la sala para el intervalo, pero dando oportunidad a unos cuantos retrasados para pasar a sus butacas en la penumbra. Hacia la fila en que yo estaba sentado, se encaminaban, también, las sombras de dos de esos rezagados, un caballero y una dama.

—Con su permiso —se inclinó el caballero cortésmente dirigiéndose a mí. Sin mirarlo casi, me levanté para franquearle el paso. Pero en vez de sentarse de inmediato en el asiento que quedaba libre al lado mío, hizo pasar primero cuidadosamente, con manos tiernamente orientadoras, a una dama. Le allanaba, si así puede decirse, el camino; bajó, además, el asiento antes de hacerla sentar. Esta delicadeza era demasiado extraordinaria para dejar de sorprenderme. Una ciega, pensé, e involuntariamente miré compasivo hacia ella. Pero en ese instante se sentó a mi lado aquel caballero regordete, y con un desgarramiento del corazón lo reconocí: ¡era Condor! El único hombre que sabía todo, que me conocía hasta en las más recónditas profundidades de mi culpa, estaba sentado a mi lado, con la respiración contenida. El hombre cuya compasión no había sido una debilidad criminal como la mía, sino abnegada, llena de una fuerza que se sacrificaba a sí mismo, era él, el único que podía juzgarme, el único ante el cual me sentiría avergonzado. Cuando se encendieran las arañas, en el entreacto, tendría que reconocerme en seguida.

Empecé a temblar y cubrí rápidamente mi cara con la mano, para quedar a cubierto por lo menos en la penumbra. Ya no pude escuchar una sola vibración de la música amada; mi corazón palpitaba con demasiada vehemencia. Me anonadaba la proximidad de ese hombre que era el único en la Tierra que me conocía de verdad. Como si me encontrara desnudo, en la oscuridad, entre toda aquella gente tan correcta y tan bien vestida, me estremecí pensando en el momento en que la iluminación repentina hubiera de revelarme. En el breve intervalo entre la penumbra y la luz, cuando el telón empezaba a caer sobre el primer acto, bajé rápidamente la cabeza y huí a través del pasillo central, creo que con la suficiente rapidez como para que Condor no pudiera verme ni reconocerme. Pero desde aquel instante, estoy más seguro de que ninguna culpa queda olvidada mientras la conciencia tiene todavía noción de ella.

IMPACIENCIA DEL CORAZON, la novela de **STEPHAN ZWEIG,** ha sido publicada en forma de volumen por la Editorial Claridad, de Bs. As.-

JOSE INGENIEROS, EL SOCIOLOGO...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 23)

dado una anécdota que, aunque conocida, no nos resistimos a recoger aquí:

Soussens, en cierta ocasión se quejó a Antonio Monteavaro, su *alter ego* en clase de bohemios, de que Ingenieros, gran amigo de los dos, lo tenía condenado a chaqué perpetuo. Monteavaro trasladó la queja del "caballero de Friburgo" a Ingenieros, quien le contestó:

—Dile a Charles que ya había pensado en ello y que tengo un traje de saco para él.

Ante la fausta nueva, Soussens se apresuró a ir a casa de Ingenieros, quien puso ante los ojos del poeta el traje prometido: un traje a cuadritos blancos y negros; uno de esos trajes detonantes que le gustaba vestir al creador de *La Syringa*, famoso ya por aquel entonces como neurólogo. Soussens, en vez de alegrarse por el regalo, se quedó muy cariacontecido, y exclamó haciendo gárgaras con las erres:

—Te imaginas, Pepe, que me voy a poner ese traje para hacer el ridículo.

—Me lo he puesto yo, Charles.

—Pero yo no tengo clientes locos.

En cuanto a Monteavaro... A principios de 1905, Ingenieros logra uno de sus grandes deseos: ir a Europa. El gobierno lo designa para representar a nuestro país en el Congreso Internacional de Psicología, a celebrarse en Roma. El día de la partida, sus amigos acuden al puerto en masa para despedirlo. Dijérase que *La Syringa* celebra asamblea general en la cubierta del barco. Pero la risa, en aquellos momentos, está velada por la emoción. Hay, sin embargo, quien no puede ocultarla por mucho que se esfuerce, porque es mucho lo que le duele la separación del amigo sin par. Es Antonio Monteavaro que, en el abrazo de la despedida, rompe a llorar desconsoladamente. Entonces Ingenieros tiene un rasgo estupendo: se lo lleva con él a Europa... Así como así, el gran bohemio no tenía necesidad de preparar el equipaje, y para embarcarse y andar por el mundo no se necesitaba requisito alguno.

El niño y el hombre excepcional.

Nosotros no conocimos a Ingenieros hasta el regreso, no de aquél, sino de su segundo viaje a Europa, regreso que coincidió con el comienzo de la guerra del 14. Era ya el autor de *El hombre mediocre*, editado en el Viejo Mundo, y cuyos ejemplares se anticiparon a su llegada, difundidos en toda América como mensaje a la juventud.

Después de un voluntario destierro de tres años, se incorporaba a la vida argentina, más argentinamente que nunca, con su romántica empresa —romántica y patriótica en el más alto sentido— de *La cultura argentina*, en la que divulgó las obras de nuestros escritores, antiguos y modernos, en ediciones económicas, de las que lanzaba un libro por semana, y con su ingente labor en la *Revista de Filosofía*. Se incorporaba igualmente a la bohemia literaria y teatral, no faltando a ningún estreno. Su imagen está asociada, en nuestro recuerdo, a la de Vicente Martínez Cuitiño, con quien estaba, en una noche de estreno, cuando le conocimos. Y por eso acudimos a nuestro gran autor, que como Ingenieros sabe de la labor fecunda y de la risa, para que él nos ayudara a evocarlo en su aspecto humano.

—Era un niño —comienza por decirnos—. Por su ingenua espontaneidad, su travesura y su alegría, era un niño. Y, siendo un niño, no dejaba de ser un hombre excepcional.

—¿Cuándo lo conoció usted?

—Debió ser hacia 1905, cuando Ingenieros regresó de su primer viaje a Europa. Yo no había terminado todavía mi carrera y ya había empezado a escribir para el teatro. Intimamos en seguida. El era, para mí, un maestro, pero me trató siempre como un compañero. Con una cordialidad entrañable, me llevó a su casa, puso a mi disposición su biblioteca, me orientó en mis lecturas... Tenía una generosidad única. Y en su generosidad entraba lo que yo más podía apreciar: la generosidad de sus conocimientos. En ese sentido era admirable: se daba sin una reserva, con la prodigalidad de quien es dueño de un tesoro y lo reparte a manos llenas.

Recordamos las noches de estreno y el calor con que le veíamos celebrar cualquier éxito. Martínez Cuitiño comenta:

—¡Ah! Otra cosa admirable de su carácter: era un hombre siempre pronto al entusiasmo ante la obra ajena, siempre pronto a admirar y a aplaudir.

—Hasta romper los guantes. ¿No le envió una vez a Florencio Sánchez, al día siguiente de uno de sus estrenos, unos guantes destrozados con una tarjeta en la que le decía que los había roto aplaudiendo?

—La anécdota es exacta, menos en lo que se refiere a Florencio Sánchez, porque a quien se los mandó fué a Carlos Octavio Bunge, cuando estrenó...

No acude a su memoria el título de la obra, pero sí recuerda perfectamente que se estrenó en el teatro San Martín.

—¿Y su afición al teatro de qué provenía? —le preguntamos—. ¿Tendría acaso alguna veleidad de autor dramático?

—No lo creo, o por lo menos no lo manifestó nunca. Le gustaba y andaban en ello los amigos, eso era todo. Lo que saben muy pocos, es que un día hizo de actor. Fué en una de las primeras representaciones de *La fuerza ciega*, que yo acababa de estrenar. Quiso salir en el cafetín del primer acto, en una de las mesas. Pero no se resignó a figurar entre los comparsas que no decían nada, y pidió muy entonado, una botella de cerveza... ¡Era magnífico! Estaba al corriente del movimiento teatral, como lo estaba del literario. Lo leía todo, lo sabía todo...

—Se justifica el asombro de Darío. ¿De dónde sacaba tiempo para tantas lecturas?

—Muy sencillo. Tenía una vitalidad extraordinaria. Le bastaba con dormir unas pocas horas. Y de madrugada, cuando los demás se retiraban a sus casas, muertos de sueño, él se ponía a estudiar o a trabajar, como si acabara de levantarse de la cama. Por cierto que yo fuí testigo del asombro de Darío. Fué en París, donde me encontré con Ingenieros, cuando estuve en Europa, hacia 1912. Como en Buenos Aires, el maestro fué, para mí, compañero en algunas de mis andanzas por el viejo mundo. El me presentó entonces a Darío, a quien yo no conocía personalmente. Fuimos a verle a su casa. Estaba acostado, convaleciendo de una de sus frecuentes "enfermedades". Asistí a un diálogo admirable entre el sociólogo y el poeta. Mientras Ingenieros hablaba, Darío iba incorporándose en la cama, y mirándolo con ojos asombrados, le decía: "¡Lo que sabes, Pepe! dola!..." Y Pepe Ingenieros reía, con su risa infantil que encantaba a Darío.

Luego recuerda Martínez Cuitiño que, en aquella misma época, Ingenieros fué su introductor en el mundo intelectual madrileño.

—Fué él —nos dice— quien me llevó a *El gato negro*, el café que hay, o había, al lado del teatro de la Comedia, donde entonces iban Benavente, Valle-Inclán y otros escritores y artistas. El me los presentó, y por él conocí también a Villaespesa, de quien era muy amigo.

Es curioso: en Madrid, como en Buenos Aires, sus más íntimos amigos estaban entre los escritores más bohemios, entre los poetas de vida desorbitada, con los cuales compartía, si no su vida, aquel exceso de vida que le permitía llevar una doble existencia. De haber permanecido más tiempo en la capital española, *La Syringa* hubiera tomado carta de ciudadanía madrileña.

La Syringa cambia de nombre

—*La Syringa* —continúa Martínez Cuitiño—, después del regreso de Ingenieros cambió de nombre: se llamó la *Omnia*. Su finalidad era la misma, aunque me parece que estaba más estructurada y hasta llegó a tener su reglamento. La *Omnia*, inspirada y presidida por Ingenieros, hizo las mismas diabluras que *La Syringa*. Se le ocurrían las cosas más absurdas y divertidas: una de sus especialidades era la invención de personajes ilustres que visitaban el país por uno u otro motivo. A esos personajes, la *Omnia* organizaba homenajes y banquetes. Lo gracioso es que había gente de buena fe, que tomaba en serio semejantes bufonadas, que se hacían, como es natural, muy seriamente. Tanto, que una vez en uno de esos banquetes, uno de los asistentes pidió un empleo al falso personaje agasajado. Bueno, hay que reconocer que los que representaban aquellos papeles componían muy bien el tipo...

—¿Y quiénes eran los que se prestaban a eso?

—Nadie lo sabía. Eso pertenecía al secreto de Ingenieros, que era quien los preparaba para el papel que iban a representar.

—¿Y de dónde los sacaba?

—Seguramente de su clínica de alienista...

Comenta Martínez Cuitiño que Ingenieros ponía a veces tanta seriedad en sus bromas, que era difícil discernir lo que había en ellas de verdad... Como en el caso de la ruleta...

—Tenía una habitación de su casa llena de ruletas... —nos explica—. Allí estaba la ruleta de Montecarlo, la de Deauville, la de San Sebastián, las ruletas de todos los grandes casinos del mundo. Ruletas en miniatura, pero en las que se podía jugar lo mismo que en las auténticas y en las que Ingenieros hacía jugar a sus visitantes, en las que repetía jugadas famosas, combinaciones que se hicieron célebres, trampas, célebres también... Su erudición en materia de ruleta era igualmente fabulosa.

—Quiere decirse que era aficionado al juego...

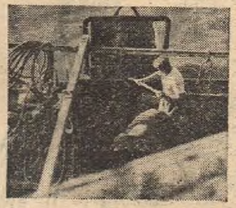
—No, el caso es que no era jugador. Pero, como los jugadores empedernidos, tenía su teoría: aseguraba que a la ruleta sólo se podía ganar después de haber llegado al convencimiento de que no se podía ganar. Además, hablaba siempre de un libro, que decía estar escribiendo, sobre la ruleta, y en el que demostraba un gran interés. No sé si llegó a escribir una sola línea de ese libro, ni si todo eso no sería más que una broma, una broma para su intimidad, de la que no daba participación a nadie...

Martínez Cuitiño comenta de nuevo:

—Era un niño... Un hombre extraordinario, genial..., pero a la vez un niño...

Y nosotros pensamos que esa dualidad de su naturaleza se manifestaba también en su vida de metódico trabajo cotidiano y estudio constante, por un lado, y por otro en su participación en la bohemia literaria, que lo contó entre sus figuras más insignes. ◈

COMBUSTIBLE SIN HUMO



Por medio de un método de calentamiento del carbón bituminoso, que le extrae las sustancias volátiles y la humedad, se puede obtener un combustible que no produce humo al quemarse.

En el próximo número:
ENRIQUE GARCIA VELLOSO, EL ALEGRE

La cebadora de



cuento, por

SERAFIN J. GARCIA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

¡Tás chorriando ese mate, parda bocabierta!

Silvia agacha con humildad la cabeza y sale en procura de la servilleta. No hay un solo día que no le ocurra lo que ahora. Le tiemblan demasiado las manos cada vez que ceba el mate para la patrona. Sabe que es el miedo el culpable y trata de sobreponérsele. Pero no puede. Pega demasiado fuerte y con demasiada frecuencia aquel mujerón bozudo, de hombruna estampa y de vocabulario cuartelero.

—¿Ya no t' he dicho que no le l' echés tant' asúcar? ¿Ti has pensao por si acaso que soy lumbris, pedaso' e sángana?

Tras el rezongo va el pescozón violento. La niña cae de bruces sobre el pedregullo del patio. Cuando se levanta, tiene los codos y las rodillas magullados. Finas estrías de sangre le colorean la piel áspera, de desvaída pigmentación chocolate. El escozor de las desgarraduras agolpa lágrimas en sus azorados ojos ovinos, que el terror desorbita.

Pero esas lágrimas no alcanzan a caer. Silvia sabe que el llanto le está vedado también, como la risa, como las palabras, como todo lo que no sea ese encogimiento tímido y borroso en que se escuda. Cada vez que llora, la patrona redobla su furor, y, en consecuencia, sus golpes.

Silvia ya ha aprendido a contener las lágrimas. Se aprende cualquier cosa cuando se tiene la piel oscura y se carece de madre y pan. Máxime si se da con una dueña exigente como doña Clemencia, acostumbrada a que se cumpla siempre su "santa voluntad"...

De nuevo en la cocina, la pardita retacea la porción de azúcar. Tal vez el mate peque ahora por demasiado amargo. Pero ante tal reflexión encógese de hombros. De no ser ése, otro motivo cualquiera habrá de encontrar la patrona para "capiniarla" o darle coscorrones.

Retira de las brasas el pesado calderón de hierro, que ha comenzado a chillar, y prosigue el acarreo de mates dulces. Hace más de dos horas que está cebando. Y tendrá que continuar haciéndolo hasta la del almuerzo, porque doña Clemencia no se harta jamás. Antes no "dulciaba" de esa manera; pero desde que tiene a Silvia a su disposición, se ha puesto "más viciosa que paraguay viejo", según sus propias palabras.

Mientras va y viene con la "cuya" emboquillada de oro, en la que un presidiario anónimo grabara a fuego un sencillo paisaje campesino, cruzado por la palabra RECUERDO, Silvia observa cómo se va achicando la sombra rectangular que la casa tiende sobre el patio. De esa sombra ha hecho ella una especie de reloj primitivo, que mide el tránsito de sus horas amargas y la acerca diariamente a la tan ansiada como efímera liberación de la siesta. Y desde temprano atisba su lento pero seguro decrecer, su derrota por el sol que la va royendo poco a poco, inexorablemente.

Ahora deben de ser las once de la mañana, porque la sombra está lamiendo el bor-



mate dulce

ILUSTRACION DE VALDIVIA

de de los palos que sostienen el alto zarzo de parras, donde las avispas entrecruzan sus vuelos y sus zumbidos alegres. Cuando comience a orillar el cordón de la despareja vereda de ladrillos, habrá llegado por fin el mediodía. Doña Clemencia se sentará a la mesa con su marido, que para entonces ya habrá vuelto de la barraca de cueros que tiene instalada en la calle principal, frente a la plaza. Tragarán ambos de prisa, hasta el hartazgo, dejándole solamente la "raspa" de la olla, y luego se irán a dormir la consabida siesta, que durará, como de costumbre, hasta las tres y media de la tarde.

Entonces ella se sentirá por un rato a sus anchas. No importa que la dejen encerrada en la cocina. Ha aprendido a escapar por la ventanita que da al fondo, valiéndose de una manea con la cual engancha y descorre el alto pasador.

Ya libre, se ocultará entre el tupido hinojal del baldío próximo y jugará a cualquier juego. Improvisará un cochecito con una lata de dulce de membrillo y cuatro carretes viejos, desenterrados del basurero allí existente. Vestirá de trapos un pedazo de caña, le pondrá a modo de cabeza un burucuyá verde — al que abrirá una boca, un par de ojos y un triángulo en el sitio de la nariz —, y tendrá una "bruja". O simplemente se entretendrá oyendo croar las ranas en aquel pozo semicegado, gramilludo, al que antes temía y ahora ha acabado por querer, y con el cual conversa a veces como hubiera podido hacerlo con otro niño en soledad...

* * *

Silvia fué "dada del todo" a raíz de la muerte de su madre, destino que les cupo igualmente a sus cinco hermanas. El padre, a quien su oficio de "capinchero" obligaba a pasar largas temporadas en el monte, no podía dejar abandonada a aquella gurrumina. Tuvo, pues, que acallar las protestas de su corazón, y hacer lo que tantos otros pobres como él hicieran en casos semejantes: repartir la prole.

A las mayores le fué relativamente fácil acomodarlas. Nunca faltan señoras adineradas que gusten ostentar una pardita con uniforme de niñera, cosa de muy buen tono, por cierto.

A Silvia, por el contrario, tardó mucho en encontrarle destino. Era demasiado raquítica para sus ocho años. Y demasiado deforme, además. Tenía unos brazos largos y siempre péndulos que le llegaban casi hasta las rodillas, unas piernas endebles y retorcidas como gajos de higuera y una cabeza grandota, en forma de camoatí, que parecía imposible pudiera sostenerse sobre el flaco pescuezo. Y, por añadidura, siempre le estaba fluyendo de los ojos esa tristeza ancestral, milenaria, que el sufrimiento ha perpetuado en su raza.

Pero como todavía quedan en este mundo almas caritativas, apareció al fin doña Clemencia, la barraquera, dispuesta a hacerse cargo de ella.

Silvia no había podido olvidar jamás la tarde en que su padre, el "capinchero", llegó al rancho acompañado por aquella mujerona. Llevaba doña Clemencia una "sinfinidá" de promesas y algunos caramelos largos que obsequió a la niña. Esta no había tenido todavía ocasión de gustar la tentadora golosina. Algunas veces había visto a los gurises del rancherío pasar mordiendo, con visible deleite, aquellos azucarados cilindros — rojos o verdes — que acostumbraba a darles de yapa el bolichero. Pero, como las compras que a ella le encomendaban no excedían del medio real, jamás habíale sido posible, por mucho que "pirinchase", obtener el codiciado premio.

Y hete aquí que, cuando menos lo esperaba, esa señora caderuda, de andar patuno y gordas manos verruguientas, venía a colmar su vieja aspiración...

Por otra parte, doña Clemencia le prodigó toda clase de arrumacos — con muy poca gracia, eso sí —, y hasta la tuvo sentada unos instantes sobre su regazo, que era blando y mullido como un cojín.

Silvia acabó por sonreírle a la mujeraza aquella. Cierto que le producían un poquitín de inquietud su voz bronca, de timbre masculino, y el apretado vello que le sombreaba el labio superior, y que muy bien podía confundirse con un bigote de hombre. ¡Pero parecía tan bondadosa doña Clemencia!... ¡Y llevaba puesto un vestido de seda verde luz, tan bonito!... ¡Y era tan agradable el olor a jabón de turco que despedían sus manoplas!...

—Tenés que dirte con eya, m'hija. Es pa tu bien. Algún día, cuando seas mosa, te vas a dar cuenta 'e lo que te digo...

Doña Clemencia aprobaba con inclinaciones de cabeza y guiñaditas picarescas. Sus continuas sonrisas dejábanle al descubierto los dientes largos, que el oro y el sarro recubrían en pésimo consorcio de suciedad y mal gusto.

Como Silvia no se decidía aún, el "capinchero" recurrió a un nuevo argumento:

—Vos comprenderás que yo no te puedo yevar conmigo a pasar trabajos por ahí, por los montes, criatura. Y en el rancho tampoco te podés quedar asina..., solita...

Silvia le echó los brazos al cuello, súbitamente enternecida. Las lágrimas corrían abundantes por su carita tímida, mezclándose a la pegajosa embadurnadura de los caramelos.

Doña Clemencia optó por agregar el socorrido cebo de las muñecas. Prometiéndole comprárselas de todos los tamaños y de todos los gustos, desde las que abrían y cerraban entre sonrisas sus ojos celestes hasta las que sabían decir "papá" y "mamá". Y cada cual, desde luego, munida de su bien provisto guardarropa...

Aquello terminó por convencer a la niña, ¡Con las ganas que tenía ella de poseer, no ya muchas, sino una sola muñequita a la que pudiera besar y acariciar, y que sustituyese a las hermanas ausentes en sus juegos!...

Silvia partió de la mano de la mujerona. Su padre siguióla con los ojos hasta que desapareció. Inmóvil, contra la pared del rancho, el "capinchero" confundíase con éste en el color y en la tristeza. Diríase que eran ambos una misma tierra y un mismo silencio bajo el cielo primaveral, surcado de golondrinas.

Al otro día, el hombre se marchó del pueblo para no regresar.

❦ ❦ ❦

La sombra ha continuado encogiéndose como de costumbre. Apenas si sobrepasa ahora el cordón de ladrillos carcomidos que margina la vereda.

Silvia extiende sobre la mesa el mantel floreado y pone encima los cubiertos. En la esquina aparece ya don Cantalicio, el barraquero, en mangas de camisa y con las manos metidas bajo la pretina de la bombacha porteña, como para proteger el fofo vientre.

Sin cambiar una sola palabra, a fin de no perder tiempo, engulle el matrimonio los platazos de "guiso carrero". En la cocina, Silvia raspa con avidez la olla panzuda, atento su oído a la voz de las ranas, que parecen llamarla desde el viejo pozo del baldío. El corazón empieza a retozarle en el pecho. Ya no la molesta el escozor de codos y rodillas. Y hasta sonríe sin motivo aparente.

Unos minutos más, y volverá a ser una niña que puede jugar... ◈

ATAMISQUI, COLORES EN LA...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 19)

magnífica alfombra tejida por una mujer de Salavina.

Está realizada con lana seleccionada, cuyos colores juegan en nuestras pupilas cordialmente. Tiene una inscripción en lenguaje quichua, que dice literalmente:

Uagchap makimpi purerani,
Cunanka ricup makimpi purini.

¿Qué dirá esta inscripción realizada en la lengua del incanato?... ¿Qué mensaje ofrece al comprador esta alfombra tejida con tanto celo?

Nuestras miradas recorren los rostros de los que allí se reúnen para descifrar el misterio. Entre el elemento criollo que viene de la ciudad de Santiago del Estero se inicia una discusión que, al parecer, no tendrá fin. Los hay "quichuistas" expertos, que dominan la lengua con toda perfección, y los hay aficionados de reconocida competencia para el caso; no obstante, la discusión se prolonga sin llegar a ningún lugar definitivo.

En ese momento se acerca a la reunión un hombre de alta estatura e inquiere sobre el motivo de la discusión. El recién llegado es un árabe afincado en el lugar y que, pese a los años que lleva en Atamisqui, pronuncia con dificultad las palabras castellanas. No obstante, con una seguridad que nos deja pasmados traduce sin lugar a dudas, explicando luego razones lingüísticas y etimológicas en la siguiente forma:

—*Uagchap makimpi purerani, Cunanka ricup makimpi purini* quiere decir: ¡Antes estuve en las manos de un pobre y ahora estoy en la mano de un rico!

El mensaje ha llegado a nosotros calurosamente, con exacta fidelidad, y lo hemos captado en su plenitud hasta dolernos el alma... ◈

STALIN Y TRUMAN CONTRA :

(CONTINUACION DE LA PAGINA 15)

una exposición de discípulos de Picaso.

El hombre revistó marcialmente los barullos de polígonos y narices colgados de las paredes.

—Todos los expositores son comunistas, camarada mariscal —le ponderaron.

—¿Comunistas? —rugió el guerrero—. ¡Si los autores de estos cuadros vivieran en la U.R.S.S. se les retirarían las tarjetas de alimentación y de ropa!

¡Excomunión!

Decididamente el Comunismo y el Cubismo no habían nacido para entenderse. Y en agosto último Moscú le declaraba la guerra a Montmartre, mediante un artículo de la *Pravda:*

"Los epígonos del arte formalista burgués, podrido, de Occidente, que continúan apestando con su veneno el aire puro del arte soviético, tratan de influir sobre nuestra juventud artística. Es absolutamente inadmisible que al lado del arte del realismo socialista puedan existir entre nosotros corrientes representadas por los admiradores del arte degenerado burgués, que consideren como maestros suyos a los formalistas franceses Picaso y Matisse... Existen, aún, en el mundo del arte soviético, rincones mal ventilados. De ahí viene la admiración, indigna de artistas soviéticos, a los artistas fracasados del Occidente capitalista".

"Gran artista" y "gran hombre", según "*L'Humanité*", en noviembre de 1944, y "artista fracasado", según la *Pravda*, en agosto de 1947, Picaso debería sentir algún desconcierto. Pero no lo manifiesta, por lo que dicen. El "formalista francés", que en realidad es, como se sabe, andaluz, y profundamente andaluz, anda ahora por la costa mediterránea dedicado a la alfarería, su última experiencia o su última diversión.

Trumon apoya a Stalin

Le esperaba una nueva prueba.

Ocurre que míster Truman, de acuerdo con Moscú por una vez, ha condenado también agriamente al creador del cubismo.

"Las pinturas de Picaso, Matisse y compañía —ha diagnosticado en carta al organizador de una exposición— *no son más que vapores de perezoso a medio cocer...*

"Hay muchos artistas americanos —agrega— que persisten en creer que la primera cualidad de un artista es la de conseguir el parecido: no pertenecen a la escuela moderna. En mi opinión los pintores modernos no tienen nada que ver con el arte..."

No se adivina dónde podrá refugiarse Picaso, condenado por Stalin y anatematizado por Truman; rechazado por Oriente y Occidente. ¿Quizá en esa sonrisa que jamás le ha entreabierto los labios, pero que lleva medio siglo brillando en su mirada buida, de banderillero?... ◈

Aquí le contestamos

A. D., *Córdoba.* — La respuesta a su carta anterior se publicó en el número 336 de LEOPLÁN.

A. SRUOGA, *Capital.* — Lamentamos no poder complacerle esta vez, pues la índole de su pedido no encuadra dentro de las normas de nuestro magazine.

NENUCHA FLORES. — Es indudable que, en esa materia, las leyes de aquel país han de diferir de las nuestras. Por lo tanto, conviene que se haga asesorar detalladamente por un abogado, a fin de no incurrir en gastos inútiles.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

SANTOS E. VALDEZ, *Chaco.* — 1º Puede escribirle a la Sociedad General de Autores de la Argentina, Santa Fe 1243. 2º Debe aclarar si se trata de una crónica o de un libro.

UN AFICIONADO, *Concordia.* — 1º Existen varias, pero lo hacen con carácter puramente popular. Desde un punto de vista más serio o científico, quizá pueda usted hallar alguna publicación especializada, a cuyo fin debe dirigirse a la Asociación Amigos de la Astronomía, de esta capital. 2º Por razones fáciles de comprender, en esta sección tenemos por norma no suministrar direcciones comerciales.

SUSY BETTY, *Capital.* — En general, todas las que son populares. En cuanto a los datos que solicita, comprenderá usted que tratándose de cuestiones de administración interna, no estamos en condiciones de suministrárselos. Como reside usted en la Capital, fácil le será averiguarlos personalmente.

ROBERTO, *Salta.* — 1º Basta sumergir la lona durante varias horas en una disolución de alumbre. Luego se deja secar y se lava con agua clara. 2º La novela que usted cita no se ha publicado en las páginas de LEOPLÁN. Tendremos en cuenta su pedido para cuando lo permita nuestro plan de publicaciones.

JUAN CARLOS CISNEROS, *Salta.* — En cada ejemplar está impresa la tarifa y la dirección a la cual debe dirigir su pedido. En cuanto a una publicación del carácter especializado a que usted alude, quizá es posible que se edite alguna en Estados Unidos, donde se halla tan difundida esa música.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

"LEOPLAN"

Anual .... $ 19.—

Semestral .... „ 9.60

Estos precios rigen para todo el país, América y España.

Imp. Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. Iriarte 2035, Bs. Aires - Mayo 1948